# Pirómides

# Terry Pratchett

# LIBRO PRIMERO

# EL LIBRO DEL GRAN MUNDO

Estrellas y nada más que estrellas esparcidas sobre la negrura como si el Creador hubiera roto de un puñetazo el parabrisas de su coche y no se hubiera tomado la molestia de recoger los trozos.

Esto es el abismo que se extiende entre los universos, las gélidas profundidades del espacio que no contienen nada salvo alguna que otra molécula perdida, unos cuantos cometas extraviados y…

…pero entonces un círculo de negrura cambia ligeramente de posición, el ojo vuelve a evaluar la perspectiva y lo que parecía ser la impresionante distancia de algún como-se-llame interestelar se convierte en un mundo que flota bajo el manto de la oscuridad, y sus estrellas pasan a ser las luces de lo que haciendo un cierto esfuerzo imaginativo puede llamarse civilización.

El mundo se mueve perezosamente y queda revelado como el Mundodisco, ese círculo plano que es transportado a través del espacio por los cuatro elefantes que se mantienen en pie sobre la concha de la Gran A'tuin, la única tortuga que ha tenido el honor de aparecer en el Diagrama Hertzprung-Russell. A'tuin… dieciséis mil kilómetros de tortuga cuya concha está espolvoreada por la escarcha de los cometas muertos y señalada por los impactos de los meteoros y cuyos ojos poseen albedo propio. Nadie sabe cuál es la razón de que A'tuin exista, pero lo más probable es que sea cuántica.

En un mundo situado sobre la concha de una tortuga pueden ocurrir muchas cosas raras.

Y ya están ocurriendo.

Las estrellas que se ven abajo son hogueras de campamentos perdidos en el desierto y las luces de aldeas remotas acurrucadas sobre las montañas tapizadas de bosques. Los pueblos son nebulosas, las ciudades constelaciones inmensas. Por ejemplo, la colosal salpicadura de claridad que es Ankh-Morpork brilla con la intensidad de dos galaxias que acaban de chocar.

Pero lejos de los grandes centros de población, allí donde el Mar Circular se encuentra con el desierto, hay una línea de frío fuego azul. Llamas tan heladas como las laderas del Infierno suben rugiendo hacia el cielo. Una luz fantasmagórica parpadea sobre el desierto.

Las pirámides milenarias del valle del Djel arden en la noche desprendiéndose de la energía acumulada.

Es posible que los chorros de energía que brotan de sus cúspides paracósmicas arrojen luz sobre muchos misterios en los capítulos venideros. Quizá nos revelen la respuesta a preguntas como por qué las tortugas odian la filosofía, por qué un exceso de religión es malo para las cabras y qué es lo que realmente hace la servidumbre femenina de un palacio durante todas las horas que debería invertir en quitar el polvo.

De una cosa no cabe duda, y es que nos revelarán lo que pensarían nuestros antepasados si estuvieran vivos hoy. La gente suele especular sobre ese tema. ¿Aprobarían la sociedad actual, se maravillarían ante los logros de nuestros tiempos? Pero, naturalmente, todas esas especulaciones siempre pasan por alto un punto fundamental. Si vivieran nuestros antepasados no pensarían en ninguna de esas cosas. Estarían demasiado ocupados haciéndose una única pregunta: «¿Por qué está todo tan oscuro?»

El gran sacerdote Dios abrió los ojos. El frescor del amanecer se estaba adueñando del valle, y Dios llevaba bastante tiempo sin dormir. De hecho, no podía recordar cuándo había dormido por última vez. El sueño se parecía demasiado a lo otro y, de todas formas, ya no parecía necesitarlo. Acostarse un rato resultaba más que suficiente… por lo menos el acostarse aquí parecía bastar. Los venenos de la fatiga se iban disipando igual que se disipaba todo lo demás. Durante un tiempo, claro.

El suficiente para cumplir con sus deberes.

Sacó las piernas de la losa situada en el centro de la cámara. Su mano derecha aferró el báculo-serpiente insignia de su rango sin que su cerebro tuviera que ordenárselo. Dios siguió sentado sobre la losa el tiempo suficiente para hacer otra marca en la pared, se ciñó los pliegues de la túnica alrededor del cuerpo y recorrió con paso veloz el pasadizo que hacía pendiente hasta emerger a la luz del día. Las palabras de la Invocación al Nuevo Sol ya estaban desfilando por su mente. La noche había quedado olvidada, el día se extendía delante de él. Había muchos consejos prudentes y sabios que dar, y Dios sólo existía para servir.

No puede afirmarse que Dios poseyera el dormitorio más extraño del mundo, pero sí es cierto que a lo largo de toda la historia nadie ha abierto los ojos, se ha levantado y ha salido de un dormitorio más extraño que el suyo.

Y el sol avanzaba a través del cielo.

Muchas personas se han preguntado por qué. Algunas creen que el sol es empujado por un gigantesco escarabajo pelotero. La explicación es ingeniosa, pero peca de una cierta imprecisión técnica y aparte de eso tiene el inconveniente de que, como quizá acaben revelando ciertas circunstancias futuras, posiblemente sea correcta.

El sol consiguió llegar al punto en que debía iniciar el descenso sin que le ocurriese nada desagradable[[1]](#footnote-1), y el azar quiso que los últimos rayos de su agonía entraran por una ventana de la ciudad de Ankh-Morpork y se reflejaran en un espejo.

Era un espejo de cuerpo entero. Todos los asesinos tienen un espejo de cuerpo entero en su habitación porque matar a alguien yendo mal vestido sería un terrible insulto para la víctima.

Teppic se estaba observando con mucha atención. El traje le había costado hasta su última moneda, y el sastre se había permitido tantos excesos con la seda negra que cada movimiento de Teppic iba acompañado por un susurro. Sí, no estaba nada mal…

Y el dolor de cabeza parecía estarse esfumando. Teppic había pasado un día terrible, y había llegado a temer que tendría que empezar el examen con un montón de manchitas púrpuras bailoteando delante de sus ojos.

Teppic suspiró, abrió la caja negra, cogió sus anillos y se los puso. Al lado había otra caja que contenía un juego de cuchillos de acero klatchiano cuyas hojas habían sido oscurecidas con el hollín de una lámpara. Varios artefactos de diseño tan astuto como complicado fueron extraídos de bolsas de terciopelo y colocados dentro de los bolsillos del traje. Un par de tlingas arrojadizas provistas de la típica hoja larga desaparecieron dentro de las vainas ocultas en el interior de sus botas. Teppic arrolló la delgada pero muy resistente cuerda de seda terminada en un gancho plegable alrededor de su cintura y la tensó sobre la camisa de cota de malla. La cerbatana fue unida a la tira de cuero y quedó oculta a su espalda debajo de la capa. Después cogió una cajita de latón que contenía un surtido de dardos —cada punta estaba protegida con un corcho y el código Braille grabado en los ástiles permitía escoger el más adecuado sin perder ni un momento incluso estando a oscuras—, y se la guardó en un bolsillo.

Torció el gesto, examinó la hoja de su estoque y se colocó la faltriquera sobre el hombro derecho para contrarrestar el peso de la bolsa que contenía las bolas de plomo de la honda. Después repasó su lista mental de preparativos, abrió el cajón de los calcetines y sacó de él una mini-ballesta, un frasco de aceite, un manojo de ganzúas y, después de pensarlo un poco, una daga, una bolsa que contenía tachuelas especiales de varios tamaños para sembrar suelos y unos nudillos de hierro.

Teppic cogió su sombrero y examinó el forro para asegurarse de que el alambre estrangulador seguía en su sitio. Después lo colocó sobre su cabeza en un ángulo lo más elegante posible, lanzó una última mirada de satisfacción a su reflejo, giró sobre sus talones y se fue desplomando muy, muy despacio.

El verano estaba siendo bastante duro con Ankh-Morpork. Hacía mucho, mucho calor. Las ciudades no sudan, pero Ankh-Morpork no es una ciudad cualquiera y apestaba.

El gran río había quedado reducido a un rezumar de algo parecido a la lava que iba desde Ankh, la parte más elegante y con mejor reputación de la ciudad, hasta Morpork, la parte de la ciudad que se encontraba en la orilla opuesta. Morpork no era elegante y no tenía prácticamente ninguna reputación. Morpork parecía un cruce entre una ciudad y un pozo de brea, y no había mucho que se pudiera hacer para empeorarla. Un impacto directo de meteorito, por ejemplo, habría sido considerado como un enérgico y astuto intento de mejora urbana.

La mayor parte del río se había convertido en una corteza de barro agrietado. El sol parecía un gigantesco gong de cobre clavado en el cielo. El calor que había secado el río freía a la ciudad durante el día y la horneaba durante la noche. Los viejos maderos se retorcían, y la red de ciénagas tradicionalmente usada como calles se resecaba dejando escapar nubes asfixiantes de polvo color ocre.

No era el clima más adecuado para Ankh-Morpork, una ciudad de temperamento algo sombrío que se sentía mucho más a gusto rodeada de neblinas, goteras, ráfagas de aire frío y sigilosos deslizamientos en la oscuridad. Ankh-Morpork jadeaba en el centro del tostadero formado por las llanuras consumiéndose como un sapo colocado encima de un ladrillo que llevara horas calentándose al fuego. El calor resultaba asfixiante incluso cuando faltaba poco para la medianoche —como ahora—, y el manto de terciopelo chamuscado del verano flotaba sobre las calles agarrando a la atmósfera por la garganta y estrujándola hasta dejarla sin aliento.

Una ventana se abrió en la fachada norte de la Casa del Gremio de los Asesinos girando sobre sus bisagras con un chasquido casi imperceptible.

Teppic —quien se había librado de algunas de sus armas más pesadas, cosa que hizo con considerable reluctancia— tragó una honda bocanada de aquel aire abrasador y estancado.

Por fin…

Ésta era la gran noche.

Todos decían que tenías una posibilidad entre dos… a menos que te tocara examinarte con Mericet, en cuyo caso sería mejor que te rajaras la garganta antes de empezar.

Teppic tenía clase de Estrategia y Teoría de los Venenos con Mericet cada jueves por la tarde, y no se llevaba demasiado bien con él. Los dormitorios de la Escuela de Asesinos eran un hervidero de rumores que giraban alrededor de Mericet. El número de asesinatos, el asombroso despliegue de técnicas distintas… En su época Mericet había roto todos los records. Decían que incluso había liquidado al Patricio de Ankh-Morpork… no al actual, naturalmente, sino a uno de los que estaban muertos.

Quizá le tocaría examinarse con Nivor, un hombrecillo gordo y jovial al que le encantaba comer y que daba clase de Trampas y Argucias Letales los martes. Teppic tenía un talento natural para tender trampas, y se llevaba muy bien con el profesor. O quizá le tocaría examinarse con le Kompte de Yoyo, quien tenía a su cargo la enseñanza de Idiomas Modernos y Música… A Teppic no se le daban muy bien ninguna de las dos asignaturas, pero le Kompte era un entusiasta de la escalada urbana y tenía debilidad por los chicos que compartían su afición a balancearse muy por encima de las calles de la ciudad sosteniéndose con una sola mano.

Teppic pasó una pierna por encima del alféizar y desenrolló la cuerda de seda. Enganchó el garfio en un desagüe situado dos pisos por encima de su cabeza y saltó por el hueco de la ventana.

Un asesino jamás utiliza la escalera.

Si queremos establecer cierta continuidad con los acontecimientos posteriores, quizá haya llegado el momento de explicar que el matemático más genial de toda la historia del Mundodisco estaba acostado y cenaba apaciblemente.

Resulta interesante observar que debido a la constitución propia de su especie la cena de dicho matemático consistía en su almuerzo.

Teppic dejó atrás el parapeto adornado con multitud de tallas que se alzaba cuatro pisos por encima de la Calle de la Filigrana cuando los gongs empezaban a resonar por toda Ankh-Morpork anunciando la llegada de la medianoche. Su corazón latía a gran velocidad.

Había una silueta delineada contra el telón de fondo de los últimos residuos de claridad dejados por el ocaso. Teppic se quedó inmóvil junto a una gárgola particularmente repulsiva para hacer un rápido examen de sus opciones.

Los rumores más sólidos que circulaban entre los estudiantes afirmaban que inhumar al examinador antes de que empezara el examen equivalía a obtener un aprobado automático. Teppic sacó un cuchillo Número Tres de su vaina y lo sopesó con expresión pensativa. Naturalmente, cualquier intentona o movimiento cuya intención declarada fuese la eliminación del examinador provocaría un suspenso igualmente automático y la pérdida de todos los privilegios docentes.[[2]](#footnote-2)

La silueta no podía estar más inmóvil. Los ojos de Teppic se desplazaron hacia el laberinto de chimeneas, gárgolas, conductos de ventilación, puentes y escaleras que componían el decorado de los tejados de AnkhMorpork.

«Claro —pensó—. Es un muñeco. Se supone que lo atacaré y eso quiere decir que él me está observando desde algún sitio… ¿Podré localizarle? No. Por otra parte, quizá se supone que pensaré que es un muñeco, a menos que él ya haya pensado que yo pensaré que…»

Descubrió que sus dedos habían empezado a tamborilear sobre la gárgola y se apresuró a ordenarles que se estuvieran quietos. ¿Cuál era el curso de acción más prudente en su situación actual?

Un grupo de juerguistas atravesó con paso tambaleante un charco de luz en la calle, cuatro pisos por debajo de donde estaba Teppic.

Teppic guardó el cuchillo en la vaina y se irguió.

—Señor… —dijo—. Estoy aquí.

—Muy bien —murmuró secamente una voz junto a su oreja.

Teppic pensó que la voz sonaba un poco extraña, pero siguió mirando hacia adelante. Mericet surgió de la nada delante de él y se quitó la capa de polvo gris que cubría sus huesudas facciones. Extrajo un trozo de tubería de su boca, lo arrojó a un lado, metió una mano dentro de su jubón y sacó una tablilla de anotaciones. Iba tan abrigado como si estuvieran en pleno invierno. Mericet era de la clase de personas que es capaz de congelarse incluso estando en el interior de un volcán.

—Ah… —dijo, y su voz goteaba desaprobación—. El señor Teppic, ¿eh? Bien, bien.

—Hace una noche excelente, señor —dijo Teppic. El examinador replicó con una mirada gélida que parecía sugerir que cualquier tipo de observación sobre el clima sería recompensada automáticamente sustrayendo un punto de la calificación e hizo una anotación en su tablilla.

—Empezaremos con unas cuantas preguntas —dijo.

—Como desee, señor.

—¿Cuál es la longitud máxima permitida en un cuchillo de lanzamiento? —preguntó Mericet.

Teppic cerró los ojos. Durante la última semana no había leído nada que no fuese el Vertebrato. Podía ver la página ahora mismo flotando delante de la parte interior de sus párpados, pero las líneas borrosas del texto parecían burlarse de él. Los compañeros de clase que se las daban de enterados le habían asegurado que los examinadores jamás hacían preguntas sobre longitudes y pesos. «Suponen que te aprenderás de memoria las longitudes, los pesos y las distancias de lanzamiento, pero nunca…»

El terror le atravesó el cerebro como si fuese un alambre al rojo vivo y pateó despiadadamente su memoria haciendo que se pusiera en funcionamiento. Teppic vio la página con toda claridad.

—La longitud máxima de un cuchillo de lanzamiento puede ser de diez dedos o de doce si está lloviendo —recitó—. La distancia de lanzamiento…

—Nombre tres venenos que puedan ser administrados a través del oído.

Una brisa surgió de la nada, pero no produjo ningún efecto refrescante y se limitó a remover el calor de un lado a otro.

—El agárico de avispa, el acorión púrpura y la mostiza, señor —se apresuró a replicar Teppic.

—¿Y por qué no el espimato? —contraatacó Mericet con la rapidez de la serpiente.

—Se-señor, porque el espimato no es un ve-veneno, señor —logró tartamudear Teppic—. Es un antídoto extremadamente raro contra los venenos de algunas serpientes, y se obtiene… —Teppic sintió que iba cobrando seguridad en sí mismo y empezó a hablar más despacio. Todas aquellas horas de repasar viejos diccionarios parecían haber servido de algo…—, se obtiene del hígado del ganso hinchable, el cual…

—¿Cuál es el significado de este signo? —preguntó Mericet.

—… sólo se encuentra en…

La voz de Teppic se fue debilitando hasta perderse en el silencio. Inclinó la cabeza, entrecerró los ojos para ver mejor la complicada runa que había en la tarjeta sostenida por la mano de Mericet y acabó dejando que su mirada volviera a perderse más allá de una de las orejas del examinador.

—No tengo ni la más mínima idea, señor —dijo. Le pareció que sus oídos acababan de detectar una inhalación de aire tan débil que resultaba casi imperceptible y lo que podía ser la semilla infinitesimal de la que nacería un gruñido de satisfacción—. Pero si estuviera al revés… —siguió diciendo—. Si estuviera al revés sería un signo del Gremio de los Ladrones cuyo significado es «Casa con perros que ladran mucho».

El silencio que siguió a sus palabras fue absoluto, pero sólo duró un momento.

—¿Es cierto que la soga de asesinar está permitida en todas las categorías? —preguntó la voz del viejo asesino desde un lugar situado más o menos junto a su hombro derecho.

—Señor, las reglas indican que se harán tres preguntas —protestó Teppic.

—Ah. Y ésa es tu respuesta, ¿no?

—Eh… No, señor. Sólo era una observación, señor. La respuesta que corresponde a su pregunta es que todas las categorías pueden llevar encima la soga de asesinar, pero sólo los asesinos del tercer grado pueden utilizarla como una de las tres opciones… señor.

—Estás seguro de eso, ¿verdad?

—Señor…

—¿Quieres reconsiderarlo? ¿Deseas cambiar tu respuesta?

La voz del examinador se había vuelto tan untuosa que se habría podido utilizar para engrasar los ejes de una carreta.

—No, señor.

—Muy bien.

Teppic se relajó. La parte trasera de su túnica estaba empapada de un sudor helado y la tela se le había empezado a pegar a la espalda.

—Y ahora quiero que vayas hasta la Calle de los Tenedores de Libros obedeciendo todas las señales, sin apresurarte y etcétera, etcétera —dijo Mericet—. Te veré en la habitación que está debajo de la torre del gong en el cruce con el Callejón de las Auditorías. Y… ah, sí, ten la bondad de coger esto.

Le entregó un sobre no muy grande.

Teppic le entregó un recibo. Mericet se introdujo en el charco de sombras que había junto a una chimenea y desapareció.

El examinador nunca había sido muy amante de las ceremonias y las despedidas espectaculares.

Teppic hizo unas cuantas inspiraciones lo más profundas posible y dejó caer el contenido del sobre en la palma de su mano. El sobre contenía un bono del Gremio extendido al portador por valor de diez mil dólares de Ankh-Morpork. Era un documento de lo más impresionante coronado por el capuchón y la daga del sello gremial.

Bueno, ahora ya no podía echarse atrás… Había aceptado el dinero. O sobrevivía, en cuyo caso naturalmente seguiría la tradición y donaría el dinero al fondo para viudas y huérfanos del Gremio, o éste sería recuperado de su cadáver. El bono tenía las esquinas un poco arrugadas, pero Teppic no logró encontrar ninguna mancha de sangre.

Examinó sus cuchillos, se puso bien el cinturón del estoque, echó una rápida mirada a su espalda y empezó a trotar hacia su destino.

Teppic se consoló pensando que Mericet podría haber escogido un sitio mucho peor. Los rumores que corrían entre los estudiantes afirmaban que sólo había media docena de rutas usadas durante los exámenes, y las noches de verano estaban repletas de estudiantes que se enfrentaban a los tejados, torres, aleros y desagües de la ciudad. La escalada urbana era un deporte por derecho propio que contaba con muchos practicantes en todas las fraternidades estudiantiles; y también era una de las pocas actividades en las que Teppic estaba seguro de poder hacer un buen papel. Había sido capitán del equipo que derrotó a la Casa del Escorpión durante la final de los Juegos de Pared. Y ésta era una de las rutas más sencillas…

Llegó al final del tejado, se dejó caer, aterrizó sobre una cornisa y corrió sin ninguna clase de problemas a lo largo del edificio dormido, saltó la corta distancia que le separaba de las baldosas que cubrían el tejado del gimnasio de la Asociación de Jóvenes Adoradores Reformados de Bel-Shamharoth, Dios de las Viscosidades Purulentas, bajó rápidamente por la pendiente gris, trepó cuatro metros de pared sin reducir la velocidad y se encontró sobre el tejado del Templo de la Ciega Io.

Una luna llena de color anaranjado se cernía sobre el horizonte. Allí arriba soplaba una auténtica brisa, y aunque no tuviera mucha potencia después del calor asfixiante de las calles resultaba tan refrescante como una ducha fría. Teppic apretó el paso disfrutando de la agradable caricia del aire en su cara y saltó del tejado siguiendo una trayectoria calculada con impecable precisión para hacerle caer sobre el tablón que llevaba al otro lado del Callejón de la Tapa de Latón.

Y descubrió que alguien, decidido a desafiar todas las leyes de la probabilidad, se había llevado el tablón.

En momentos así la vida de una persona pasa a toda velocidad por delante de sus ojos…

Su tía había llorado de una forma que Teppic encontró más melodramática que otra cosa, quizá porque la conocía muy bien y sabía que la anciana señora era más dura que el empeine de un hipopótamo. Su padre lucía su expresión más adusta y digna —aunque a veces se olvidaba de que debía mantenerla y parecía simplemente distraído—, e intentaba apartar las tentadoras imágenes de riscos y peces que se obstinaban en invadir su mente. Los sirvientes estaban alineados a lo largo del pasillo formando una doble hilera que empezaba al pie de la escalera principal, doncellas del palacio a un lado y eunucos y mayordomos al otro. Las mujeres le saludaron con una reverencia cuando pasó por delante de ellas, lo cual creó un efecto de ondulación sinoidal francamente hermoso que el matemático más genial de todo el Mundodisco habría apreciado si no fuera porque en aquellos momentos estaba muy ocupado dejando que un hombrecillo vestido con lo que parecía un camisón le golpeara con un palo.

—Pero… —La tía de Teppic se sonó la nariz—. Después de todo es un oficio, ¿no?

El padre de Teppic le dio unas palmaditas en la mano.

—Tonterías, flor del desierto —dijo—. Como mínimo es una profesión.

—¿Y dónde está la diferencia? —sollozó la tía de Teppic.

El padre de Teppic suspiró.

—Tengo entendido que en el dinero. Estoy seguro de que le sentará bien. Verá mundo, hará amigos, se pulirá un poco y estará tan ocupado que no tendrá tiempo de hacer travesuras y meterse en líos.

—Pero… El asesinato… Y es tan joven, y nunca ha mostrado ni la más mínima inclinación a… —La tía de Teppic se limpió los ojos con la esquina del pañuelo—. Eso no ha podido heredarlo de nuestro lado de la familia —añadió en un tono considerablemente acusatorio—. Ese cuñado tuyo…

—El tío Virt —dijo el padre de Teppic.

—¡Ir por el mundo matando gente!

—Creo que no utilizan esa palabra —dijo el padre de Teppic—. Creo que prefieren términos como «concluir» o «anular». O «inhumar», según tengo entendido.

—¿Inhumar?

—Creo que es bastante parecido al exhumar, oh majestuoso fluir de las aguas, sólo que se hace antes de que te entierren.

—Pues yo creo que es horrible —replicó ella sorbiendo aire por la nariz—. Pero Lady Nooni me ha comentado que sólo uno de cada quince muchachos logra pasar el examen final. Quizá deberíamos seguirle la corriente hasta que se dé cuenta de que es una locura…

El faraón Teppicamón XXVII asintió con expresión más bien lúgubre y se dispuso a despedirse de su hijo. Su hermana estaba convencida de que el asesinato era algo muy desagradable, pero él no estaba tan seguro. Llevaba mucho tiempo metido en política aunque fuese de mala gana, y tenía la impresión de que aunque el asesinato probablemente fuese peor que los debates parlamentarios era indudablemente mejor que la guerra, y ello a pesar de que algunas personas opinasen que se trataba de lo mismo sólo que bastante más ruidoso. Además, no se podía negar que el joven Virt siempre parecía disponer de montones de dinero y solía aparecer en palacio luciendo un envidiable bronceado obtenido en algún lugar exótico trayendo consigo regalos carísimos y montones de historias sobre las personas interesantes a las que había conocido en el extranjero. La mayoría de sus relaciones con esas personas duraban muy poco, pero oyéndoselas contar a Virt no cabía duda de que habían sido muy emocionantes.

Ah, si Virt estuviera aquí para aconsejarle… Su Majestad también había oído comentar que sólo un estudiante de cada quince llegaba a convertirse en asesino. No tenía muy claro qué ocurría con los otros catorce, pero estaba casi seguro de que si eras un estudiante pobre matriculado en la Escuela de Asesinos tus condiscípulos te atormentaban arrojándote algo más que tizas y sospechaba que los menús servidos en el comedor escolar debían poseer toda una dimensión extra de sorpresas e incertidumbre.

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que la Escuela de Asesinos ofrecía la mejor educación que se podía encontrar en el mundo. Un asesino cualificado debía sentirse a sus anchas en cualquier ambiente y tenía que ser capaz de tocar por lo menos un instrumento musical. Cualquier persona inhumada por un graduado de la escuela del Gremio podía iniciar su eterno descanso con la satisfacción que proporciona el saber que has sido anulado con todo el buen gusto y la discreción que sólo un profesional está en condiciones de garantizar.

Y, después de todo, si Teppic se quedaba en casa… ¿Qué se le podía ofrecer? Un reino de tres kilómetros y medio de anchura y doscientos cincuenta de longitud que quedaba casi totalmente sumergido durante la estación de las inundaciones, amenazado a un lado y a otro por vecinos mucho más poderosos que toleraban su existencia sólo porque el que estuviera allí les evitaba pasarse la vida guerreando entre ellos.

Oh, sí, hubo un tiempo en el que Djelibeibi[[3]](#footnote-3) había sido grande cuando recién llegadas presuntuosas como Espadarta y Efebas sólo eran pandillas de nómadas con toallas alrededor de la cabeza; pero lo único que quedaba de aquellos días de esplendor era un palacio que devoraba una fortuna cada año sólo en mantenimiento y reparaciones, unas cuantas ruinas polvorientas en el desierto y —el faraón lanzó un suspiro—, las pirámides, claro. No había que olvidar las pirámides…

Sus antecesores habían sido unos fanáticos de las pirámides. El faraón no compartía su entusiasmo por ellas. Las pirámides habían terminado provocando la bancarrota del país y lo habían dejado más seco de lo que jamás podría dejarlo un retraso en los desbordamientos del río. La situación había llegado a tales extremos que actualmente la única maldición que podían permitirse el lujo de poner en una tumba era «Largo de aquí».

Las únicas pirámides que le gustaban eran las mini-miniaturas que había al extremo del jardín, ésas cuyo número iba aumentando con cada defunción producida entre los felinos del palacio.

Y también estaba la promesa que le había hecho a la madre del chico.

Artela… La echaba de menos. Su decisión de tomar una esposa nacida fuera del Reino había provocado una conmoción terrible, y algunas de sus costumbres de extranjera resultaban incomprensibles y fascinantes incluso para él. Quizá fuese ella la que le había hecho adquirir aquella extraña aversión a las pirámides; algo que en Djelibeibi resultaba tan poco corriente como tener aversión al respirar. Pero le había prometido que Pteppic estudiaría fuera del reino. Artela había insistido en ello.

—En este sitio la gente nunca aprende nada —solía decir—. Se limitan a recordar cosas.

Ah, si hubiera recordado que no debía nadar en el río…

El faraón observó cómo dos sirvientes colocaban el baúl de Teppic en la parte trasera del carruaje y puso una mano sobre el hombro de su hijo en un gesto paternal que carecía de precedentes en la memoria de ambos.

La verdad es que no sabía qué decir. «Nunca hemos dispuesto del tiempo necesario para conocernos el uno al otro —pensó—. Podría haberle dado tantas cosas… Unos cuantos escondites a prueba de registros no le habrían ido nada mal.»

—Esto… —dijo—. Bueno, muchacho…

—¿Sí, padre?

—Es la… eh… la primera vez que estarás fuera sin ir acompañado y…

—No, padre. El verano pasado estuve en casa de Lord Ejemta-jem, ¿no te acuerdas?

—Oh, ¿de veras?

El faraón recordaba que el verano pasado el palacio le había parecido más silencioso que de costumbre, pero lo había achacado a los nuevos tapices.

—En fin… —dijo—. Ya casi tienes trece años y…

—Doce, padre —dijo Teppic pacientemente.

—¿Estás seguro?

—Mi cumpleaños fue el mes pasado, padre. Me regalaste un calentador de latón para poner en los pies de la cama.

—¿De veras? Qué regalo tan curioso… ¿Y te dije por qué había escogido regalarte precisamente eso?

—No, padre. —Teppic alzó la cabeza y contempló los apacibles y siempre un poco perplejos rasgos de su padre—. Es un calentador excelente y de muy buena calidad —añadió para tranquilizarle—. Me gusta mucho, y es muy útil en invierno.

—Oh. Bien. Esto…

Su Majestad dio unas cuantas palmaditas más sobre el hombro de su hijo tan distraídamente como el hombre que tamborilea con los dedos sobre su escritorio mientras intenta pensar en lo que dirá a continuación. Su rostro se iluminó de repente como si acabara de tener una idea.

Los sirvientes habían acabado de asegurar el baúl sobre el techo del carruaje y el conductor esperaba pacientemente junto a él manteniendo abierta la puerta.

—Cuando un joven se dispone a aventurarse en el mundo hay… —Su Majestad vaciló—. Hay… Eh… Bueno, ese joven debe recordar que… Lo importante es que el mundo es muy grande, y que tiene toda clase de… Y, naturalmente, eso resulta especialmente importante en la ciudad, donde hay muchos… eh… adicionales que…

Se quedó callado y movió una mano de un lado a otro como si hubiese olvidado lo que quería decir.

Teppic cogió la mano que oscilaba delante de él y la apretó suavemente.

—No te preocupes, padre —dijo—. El gran sacerdote… Dios me ha explicado todo lo que he de saber para no quedarme ciego, y también me ha dicho que debo bañarme con regularidad.

Su padre parpadeó y le contempló sin decir nada.

—No te estarás quedando ciego, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Parece que no, padre.

—Oh. Bien. Estupendo —dijo el faraón—. Estupendo, realmente estupendo… Eso sí que es una buena noticia.

—Creo que será mejor que suba al carruaje, padre. Si me entretengo un poco más perderé la marea.

Su Majestad asintió y empezó a darse palmaditas en los bolsillos.

—Había algo que… —murmuró.

Logró encontrar lo que buscaba —una bolsita de cuero—, la metió en un bolsillo de Teppic e intentó repetir la rutina de la mano en el hombro.

—No es nada, no es nada, no me lo agradezcas —murmuró—. Y no se lo digas a tu tía… Oh, claro, tampoco podrías. Ha ido a acostarse un rato. Esto ha sido terrible para ella.

Ya sólo quedaba una cosa por hacer, y era que Teppic fuera a sacrificar una gallina ante la estatua de Khuft, el fundador de Djelibeibi, para que la mano de su antepasado guiara sus pasos por el gran mundo. La gallina era bastante pequeña, y cuando Khuft hubo terminado con ella pasó a convertirse en el almuerzo del rey.

La verdad es que Djelibeibi era un reino muy pequeño bastante absorto en sí mismo, e incluso sus plagas dejaban bastante que desear. Todo reino con río que se respete un poco a sí mismo sufre terribles plagas sobrenaturales, pero la más pavorosa que el Viejo Reino había conseguido escenificar durante los últimos cien años fue la Plaga de la Rana.[[4]](#footnote-4)

Teppic se acordó de la bolsita de cuero esa tarde cuando ya habían dejado bastante atrás el delta del Djel y empezaban a cruzar el Mar Circular en dirección a Ankh-Morpork. La sacó del bolsillo, examinó su contenido y acabó pensando que expresaba tanto amor como la actitud ante la vida típica de su padre. La bolsita contenía un corcho, media pastilla de jabón, una minúscula moneda de bronce tan gastada que no había forma de averiguar cuál era su valor y una sardina de extremada ancianidad.

Es un hecho bien sabido que cuando estás a punto de morir tus sentidos adquieren una agudeza increíble, y siempre se ha creído que esa agudización de los sentidos tiene como objetivo permitir que su poseedor detecte cualquier posible salida a su apurada situación actual que no sea la obvia de morirse.

Esa creencia es falsa. El fenómeno es un ejemplo clásico de actividad de desplazamiento. Los sentidos se concentran desesperadamente en cualquier cosa que pueda hacerles olvidar el problema más inmediato —en el caso de Teppic escogieron un adoquinado de considerables dimensiones que estaba a unos nueve metros de él, pero que se aproximaba rápidamente—, con la esperanza de que éste se esfumará si dejan de prestarle atención.

El problema del método, naturalmente, es que eso no tardará en ocurrir.

Fuera por la razón que fuese lo innegable es que de repente Teppic cobró una aguda consciencia de todo cuanto le rodeaba. Los reflejos de la luna en los tejados; el olor de las hogazas recién horneadas que brotaba de una panadería cercana; el zumbido de un tábano que pasó velozmente junto a su oreja alejándose hacia arriba; el llanto distante de un bebé y los ladridos de un perro; la suave caricia del aire y, sobre todo, el que la atmósfera fuese tan sorprendentemente impalpable y no ofreciera ningún tipo de asideros…

El número de estudiantes matriculados aquel año ascendió a setenta. El examen de entrada en la Escuela de Asesinos no era muy difícil. Entrar en la escuela era de lo más sencillo, y salir de ella todavía lo era más (lo difícil era salir de ella por tu propio pie). El patio situado en el centro del conjunto de edificios del Gremio estaba repleto de chicos que tenían dos cosas en común: los gigantescos baúles sobre los que se encontraban y las ropas escogidas con la idea de que les sentarían bien cuando hubieran crecido un poco y dentro de las que estaban más o menos sentados. Algunos optimistas habían traído consigo armas, que fueron confiscadas y enviadas a casa a lo largo de las primeras semanas del curso.

Teppic los observaba con mucha atención. Ser el único hijo de unos padres tan absortos en sus propios asuntos que apenas le prestaban atención y que, de hecho, eran capaces de pasar días enteros sin acordarse de que existía tenía ciertas ventajas indudables.

Por lo poco que recordaba de ella, su madre había sido una mujer agradable y tan centrada en sí misma como un giróscopo. Le gustaban los gatos. Su madre no se limitaba a venerarlos —todos los habitantes del reino veneraban a los gatos—, sino que además le gustaban. Teppic sabía que tener a los gatos en un alto concepto era una tradición de casi todos los reinos fluviales, pero sospechaba que normalmente dichos animales eran criaturas gráciles y majestuosas. Los gatos de su madre eran maníacos de cabeza achatada y ojos amarillos que no paraban de gruñir y bufar.

Su padre pasaba la mayor parte del tiempo preocupándose por el reino y haciendo algún que otro intento de convencer a quienes le rodeaban de que era una gaviota, probablemente más por puro olvido que por estar realmente seguro de serlo. El hecho de que sus padres casi nunca se encontraran dentro del mismo marco de referencia —y no digamos ya el mismo estado anímico—, hizo que Teppic se entregara a frecuentes especulaciones sobre cómo había sido posible que le concibieran.

Pero al parecer su concepción se había producido y Teppic no tuvo más remedio que crecer guiándose por el viejo método de la prueba y el error mientras soportaba las no muy molestas restricciones impuestas por una sucesión de preceptores. Aquella parte de su vida no fue muy divertida, pero también tuvo algunos interludios muy agradables. Los preceptores que más le gustaban eran los contratados por su padre, sobre todo los que contrató cuando estaba volando a la máxima altitud posible, y durante todo un invierno maravilloso Teppic tuvo como preceptor a un viejo cazador furtivo de ibis que se había introducido en los jardines reales siguiendo la trayectoria de una flecha perdida.

Fue una época de carreras frenéticas con pelotones enteros de soldados detrás, vagabundeos bajo la luz de la luna por las calles desiertas de la necrópolis y, lo mejor de todo, de sus primeras experiencias con la barcazapicadora, una invención espantosamente complicada de manejo peligrosísimo que era capaz de convertir un cenagal repleto de inocentes aves acuáticas en una cantidad de paté flotante equivalente al peso de las aves involucradas.

También tuvo a su disposición toda la biblioteca incluidos los estantes cerrados con llave —cuando hacía mal tiempo el furtivo tenía que asegurarse el sustento dedicándose a otras actividades—, y Teppic pasó muchas horas de silencio y recogimiento estudiando lo que contenían. Acabó particularmente encariñado con El palacio secreto, Traducido del Fhranciano por Un Caballero, con Láminas Coloreadas a Mano en una Edición Estrictamente Limitada para Expertos y Eruditos. Las revelaciones del libro le dejaron un poco perplejo, pero su lectura le resultó muy instructiva, y cuando un joven preceptor un tanto rarito contratado por los sacerdotes intentó instruirle en ciertas técnicas atléticas que habían hecho furor en la Pseudópolis de la época clásica, Teppic examinó sus sugerencias durante algún tiempo y acabó dejándole sin conocimiento con un perchero.

Teppic no había sido educado. La educación se había limitado a irse posando sobre él como si fuera una capa de caspa.

El mundo que estaba fuera de su cabeza se hallaba muy mojado. Había empezado a llover, lo cual era otra experiencia nueva. Teppic había oído hablar de aquello, naturalmente, y sabía que el agua puede caer del cielo en trocitos pequeños llamados «gotas». Aun así, no había esperado que hubiese tantos. En Djelibeibi no llovía nunca.

Los profesores se movían entre los chicos como pájaros negros de plumaje húmedo y un poquito desaliñados, pero Teppic no les prestaba atención. Estaba contemplando a un grupo de estudiantes veteranos situado junto a las columnas de la entrada. Los estudiantes también vestían de negro, y sus trajes ofrecían todo un muestrario de los distintos colores del negro.

Era su primera experiencia con los colores terciarios, esos colores que se hallan en el extremo más distante de la negrura y que se obtienen si desintegras la negrura con un prisma de ocho lados. Esos colores resultan prácticamente imposibles de describir en un ambiente no-mágico, pero si alguien decidiera intentarlo probablemente empezaría aconsejándote que examinaras atentamente el ala de un estornino después de haber fumado cualquier sustancia ilegal.

Los veteranos estaban inspeccionando a los recién llegados, y a juzgar por sus expresiones no les gustaban demasiado.

Teppic siguió observándoles. Aparte de los colores, lo primero que saltaba a la vista era que iban vestidos a la última moda, y en aquellos momentos la última moda sentía debilidad por los sombreros anchos, las hombreras, las cinturas estrechas y los zapatos puntiagudos. Los seguidores de aquellas tendencias indumentarias parecían clavos muy bien vestidos.

«Voy a ser como ellos —se dijo Teppic—. Pero intentaré vestir mejor…»

Se acordó de su tío Virt sentado en los peldaños que dominaban el Djel durante una de sus breves y misteriosas visitas.

—El satén, el cuero, las joyas… Olvídate de todo eso. No puedes llevar encima nada que brille, cruja o tintinee. Prescinde de todo lo que no sea terciopelo o seda cruda. Lo importante no es el número de personas que inhumes, sino el que nadie consiga inhumarte a ti.

Se había estado moviendo a una velocidad bastante temeraria, lo cual podía serle de alguna ayuda en aquellos momentos. Teppic se retorció en el aire mientras seguía cayendo hacia el vacío del callejón, extendió los brazos desesperadamente y sintió que las yemas de sus dedos rozaban una cornisa del edificio de enfrente. El contacto bastó para hacerle girar sobre sí mismo. Su cuerpo chocó con los maltrechos ladrillos de la pared con la fuerza suficiente para arrebatarle el poco aliento que le quedaba dentro de los pulmones y empezó a deslizarse por la pared…

—¡Chico!

Teppic alzó la mirada y vio a un asesino inmóvil delante de él, una silueta vestida con una túnica ceñida a la cintura mediante una faja de color púrpura. Era el primer asesino que veía, dejando aparte a Virt. No parecía mala persona. Incluso podías imaginártelo picando carne para hacer salchichas.

—¿Está hablando conmigo? —preguntó Teppic.

—Cuando hables con un profesor te pondrás en pie —dijeron los labios de aquel rostro rosado.

—Ah… ¿Lo haré?

Teppic estaba fascinado. Se preguntó qué habría que hacer para conseguir esa clase de comportamiento reflejo. Hasta aquel entonces la disciplina no había ocupado un lugar muy importante en su vida. Los preceptores intentaron inculcársela, claro, pero ver al rey posado sobre una puerta con cara de estar meditando solía ponerles tan nerviosos que se limitaban a dar la lección lo más deprisa posible y huían a encerrarse en su habitación.

—Lo haré, señor —dijo el profesor, y consultó la lista que llevaba en la mano—. Bien, chico, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Soy el Príncipe Pteppic del Viejo Reino, el Reino del Sol —dijo Teppic de carrerilla—. Comprendo que no estás familiarizado con la etiqueta, pero no deberías llamarme señor y cuando te dirijas a mí deberías tocar el suelo con la frente.

—Patetic, ¿no? —preguntó el profesor.

—No. Pteppic.

—Ah. Teppic… —dijo el profesor, e hizo una cruz junto a uno de los nombres de su lista mientras obsequiaba a Teppic con una gran sonrisa—. Bien, Su Majestad —añadió—, yo soy Grunworth Nivor, el preboste de tu fraternidad. Estás en la Casa de la Víbora. Que yo sepa hay por lo menos once Reinos del Sol en el Disco y antes de que termine la semana me entregarás un breve ensayo en el que se explique detalladamente todo lo referente a su situación geográfica, complexión política y capital o sede principal de gobierno, y el ensayo debe incluir una propuesta de ruta que lleve hasta el dormitorio del jefe de estado o de un alto dignatario, a tu elección. Pero en todo el mundo sólo hay una Casa de la Víbora, ¿entiendes? Buenos días, chico.

El profesor giró sobre sus talones y se dirigió hacia otro recién llegado, el cual empezó a encogerse apenas le vio acercarse.

—No es mal tipo —dijo una voz detrás de Teppic—. Y no te preocupes, en la biblioteca encontrarás todos los datos que necesitas para el trabajo. Si quieres te enseñaré dónde has de buscar. Por cierto, me llamo Broncalo.

Teppic se dio la vuelta. Quien le estaba hablando era un chico que tendría más o menos sus años y su altura, y cuyo traje negro —negro sencillo, el color reservado a los Primeros Años—, daba la impresión de haber sido colocado sobre él por etapas y estar asegurado con chinchetas. El chico le estaba ofreciendo una mano. Teppic la contempló sin mucho interés.

—¿Sí? —exclamó.

—¿Cómo te llamas, chaval?

Teppic se irguió hasta el máximo de su estatura. Estaba empezando a hartarse de aquellos tratamientos tan poco respetuosos.

—¿Chaval? ¡Te hago saber que por mis venas corre la sangre de los faraones!

Broncalo no se dejó impresionar.

—¿Quieres que siga corriendo por ellas? —preguntó mientras inclinaba la cabeza a un lado con una sonrisa casi imperceptible.

La panadería estaba al final del callejón, y algunos empleados habían salido del local para fumar un cigarrillo y escapar del calor desértico de los hornos cambiándolo por lo que casi podía llamarse frescor de las horas que preceden al amanecer. Su charla subía en espirales hacia Teppic, quien estaba oculto entre las sombras agarrándose con los dedos a un alféizar de lo más providencial mientras sus pies se movían frenéticamente intentando hallar un punto de apoyo en los ladrillos.

«No es una situación tan desesperada —se dijo—. Has salido de líos peores, ¿no? Acuérdate de la fachada encarada al cubo del palacio del Patricio el invierno pasado, por ejemplo… Todos los desagües habían reventado y las paredes se convirtieron en láminas de hielo. Esto de ahora debe de ser una magnitud 3, o una 3,2 como mucho… Tú y el viejo Bronco habéis escalado paredes peores sólo porque no os apetecía ir por la calle. Es una cuestión de perspectiva, nada más.»

Perspectiva… Miró hacia abajo y contempló veintiún metros de infinito. Bienvenido a Planilandia, amigo. «No pierdas la cabeza. Claro que si la pierdes pesarías menos y te resultaría más fácil… No, concéntrate en la pared y en seguir agarrado a ella.» Su mano derecha encontró una zona en la que el cemento se había desgastado, y sus dedos se introdujeron en ella impulsados por una orden tan débil que apenas podía considerarse como una instrucción consciente del cerebro. A esas alturas su cerebro se sentía tan frágil y amenazado que apenas conseguía interesarse por lo que estaba ocurriendo.

Teppic tragó una bocanada de aire, tensó el cuerpo y bajó una mano hacia su cinturón. Cogió una daga y la clavó entre dos ladrillos junto a él antes de que la gravedad tuviera tiempo de comprender lo que estaba pasando. Se quedó muy quieto y se entretuvo jadeando mientras esperaba a que la gravedad volviera a dejar de interesarse por él, movió el cuerpo a un lado y repitió la operación.

Un empleado de la panadería acabó de contar un chiste verde y se quitó un trocito de cemento que le había caído en la oreja. Sus compañeros se echaron a reír mientras la silueta de Teppic se recortaba bajo los rayos de la luna haciendo equilibrios sobre dos hojas de acero klatchiano y las palmas de sus manos iban subiendo lentamente hacia la ventana cuyo alféizar le había ofrecido una breve salvación.

La ventana estaba cerrada. Un golpe bastaría para abrirla, pero los postigos girarían hacia dentro más o menos en el mismo instante en que su cuerpo reaccionaría a la fuerza aplicada hacia adelante saliendo despedido hacia atrás para caer por los aires. Teppic dejó escapar un suspiro, sacó el compás con puntas de diamante de su faltriquera moviéndose con la cautelosa delicadeza de un relojero y empezó a dibujar un círculo sobre el cristal polvoriento…

—Tienes que llevarlo tú —dijo Broncalo—. Es la regla, ¿entiendes?

Teppic contempló el baúl. La idea le parecía de lo más intrigante.

—En casa tenemos personas que se encargan de ese tipo de cosas —dijo—. Eunucos y…

—Deberías haber traído uno contigo.

—Los viajes les sientan muy mal —dijo Teppic.

De hecho había rechazado tozudamente todas las sugerencias de que debía ir acompañado por un pequeño séquito, y Dios había estado de muy mal humor durante varios días. El gran sacerdote opinaba que ningún miembro del linaje real debería aventurarse por el mundo de aquella forma, pero Teppic había seguido firme en su decisión. Estaba casi seguro de que los asesinos no iban a trabajar acompañados por criadas y trompeteros, pero ahora… Bueno, quizá no hubiera sido tan mala idea. Teppic empujó el baúl para averiguar lo que pesaba, tiró de él y consiguió colocárselo sobre los hombros.

Broncalo se puso a su lado y empezaron a caminar.

—Así que tus viejos son bastante ricos, ¿eh? —preguntó Broncalo.

Teppic pensó en la pregunta.

—No, la verdad es que no lo son —dijo por fin—. Los que aún pueden moverse cultivan melones, ajos y esa clase de cosas. Ah, sí, y de vez en cuando salen a la calle y gritan «hurra».

—Oye, ¿estamos hablando de tus padres o no? —preguntó Broncalo poniendo cara de perplejidad.

—Oh… ¿Te referías a ellos? No, mi padre es faraón. Mi madre… Creo que era concubina.

—Creía que eso era una variedad de hortaliza.

—No, me parece que no. Bueno, la verdad es que nunca llegamos a hablar del tema. Y… Murió cuando yo era bastante pequeño.

—Qué terrible —dijo Broncalo con voz jovial.

—Fue a bañarse a la luz de la luna en lo que resultó ser un cocodrilo.

Teppic estaba lo suficientemente bien educado para intentar no sentirse herido por la reacción del chico.

—Mi padre tiene un comercio —dijo Broncalo mientras pasaban por debajo del arco que daba acceso al edificio principal.

—Qué interesante —dijo Teppic cumpliendo con lo que se esperaba de él. Tantas experiencias nuevas estaban empezando a afectarle—. Nunca he tenido ninguno, pero me han comentado que son muy fieles y cariñosos.

Durante las dos horas siguientes, Broncalo —quien se movía por la vida con tanta calma y seguridad en sí mismo como si ésta no tuviera secretos para él— se encargó de que Teppic se fuese familiarizando con los misterios de los dormitorios, las aulas y la fontanería. Broncalo dejó la fontanería para el final, una decisión para la que había toda clase de buenas razones.

—Pero ¿nada de nada?

—Tenemos cubos y esas cosas —dijo Teppic. Le habría gustado ser un poco más claro, pero no podía—. Y montones de sirvientes, naturalmente.

—Ese reino tuyo está un poquito anticuado, ¿no?

Teppic asintió.

—Es por las pirámides —dijo—. Nos gastamos todo el dinero en ellas.

—Ya… Supongo que esos trastos deben salir carísimos, ¿no?

—No especialmente. Están hechas de piedra. —Teppic suspiró—. Tenemos toda la piedra que quieras —dijo—, y mucha arena. Oh, sí, estamos muy bien surtidos tanto de una cosa como de la otra. Si alguna vez necesitas arena y unas cuantas piedras te aconsejo que acudas a nosotros. Lo que sale realmente caro es el interior. Aún no hemos terminado de pagar la del abuelo, y no era muy grande. Sólo tenía tres cámaras, ¿sabes?

Teppic giró sobre sí mismo y miró por la ventana. Ya llevaban un rato en el dormitorio.

—Todo el reino está endeudado —dijo en voz baja—. Estamos tan endeudados que… Bueno, hasta tenemos deudas sobre las deudas. Por eso estoy aquí. Alguien de la casa debe ganar un poco de dinero. Un príncipe de sangre real ya no puede pasarse la vida sirviendo de adorno. Tiene que salir al gran mundo y hacer algo útil para la comunidad.

Broncalo apoyó los brazos en el alféizar de la ventana.

—¿Y no podríais sacar algo de todo eso que dices habéis metido dentro de las pirámides? —preguntó.

—No digas bobadas.

—Perdona.

Teppic inclinó la cabeza y contempló con expresión lúgubre las siluetas que se movían por debajo de la ventana.

—Aquí hay montones de personas —dijo para cambiar de tema—. No me había imaginado que esto sería tan grande. —Se estremeció—. Ni tan frío… —añadió.

—Oh, hay abandonos a cada momento —dijo Broncalo—. No pueden aguantar el ritmo y se van. Lo importante es saber qué es qué y quién es quién. ¿Ves a ese chaval de ahí?

Teppic siguió la dirección indicada por su dedo y vio a un grupo de estudiantes veteranos apoyados en las columnas de la entrada.

—¿El corpulento? ¿El que tiene la cara como la puntera de tu bota?

—Es Garrotho. Ten cuidado con él. Si te invita a tomar té con tostadas en su estudio… No aceptes, ¿entendido?

—¿Y quién es el bajito de los rizos? —preguntó Teppic.

Señaló con el dedo a un jovencito que estaba recibiendo las atenciones de una dama bastante anciana que no parecía encontrarse muy bien. La dama no paraba de lamer el pañuelo con la punta de la lengua y lo pasaba por la cara del jovencito como si quisiera quitarle alguna mancha. Cuando hubo terminado con esa operación de limpieza alargó las manos hacia su cuello y le arregló el nudo de la corbata.

Broncalo sacó la cabeza por la ventana para ver a quién se refería.

—Oh, algún nuevo —dijo—. Arthur No Sé Qué… Veo que aún sigue pegado a las faldas de esa momia. No durará mucho.

—Oh, no sé qué decirte —murmuró Teppic—. Nosotros no sabríamos vivir sin nuestras momias, y ya llevamos miles de años así.

Un disco de cristal cayó sobre el suelo del edificio y rompió el silencio con un suave tintineo. Durante varios minutos no hubo ningún otro sonido. Después se oyó el casi imperceptible clonk-clonk de una aceitera al ser apretada. La sombra que llevaba un buen rato yaciendo con la máxima naturalidad posible sobre el alféizar de la ventana —lo cual le había permitido descubrir que era utilizada como cementerio sagrado por las moscas y moscardones de la zona—, resultó ser un brazo que estaba moviéndose con una lentitud casi vegetal hacia el pestillo de la ventana.

Un chirrido metálico y toda la ventana giró hacia adentro con una admirable exhibición de silencio que dejó atónitas a todas las leyes físicas de la fricción y la inercia.

Teppic se deslizó sobre el alféizar y se desvaneció en las sombras que había debajo de él.

Durante uno o dos minutos el espacio polvoriento fue invadido por la intensa ausencia de ruido que acompaña la presencia de alguien que se está moviendo con la máxima cautela posible. El clonk-clonk se repitió y fue seguido por un susurro metálico. El pestillo de la trampilla que daba acceso al tejado acababa de ser empujado a un lado.

Teppic esperó a que sus pulmones hubieran tragado todo el aire que no les había permitido aspirar con normalidad hasta aquel momento… y entonces oyó el sonido. Estaba agazapado entre la masa de estática que hierve junto a las fronteras de la gama auditiva, pero no cabía duda de que existía. Alguien estaba esperando al lado de la trampilla, y el alguien en cuestión acababa de poner una mano sobre un trozo de papel para impedir que la brisa lo moviera.

Teppic apartó la mano del pestillo. Volvió a atravesar el suelo grasiento con un sigilo exquisito y avanzó a tientas a lo largo de una pared de madera llena de agujeros e irregularidades hasta encontrar una puerta. No quería correr ningún riesgo, por lo que sacó el corcho de su aceitera y dejó que una gota cayera silenciosamente sobre las bisagras.

Un instante después ya había cruzado el umbral. La rata que estaba dando un paseo por el pasillo repleto de corrientes de aire que había al otro lado tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no tragarse la lengua a causa del susto que le produjo verle pasar flotando junto a ella.

Había otra puerta al final del pasillo, y Teppic recorrió un auténtico laberinto de cuartos traseros y almacenes que olían a moho hasta encontrar una escalera de caracol. Debía de estar como a unos treinta metros de la trampilla. No había visto ninguna chimenea o conducto de ventilación, lo cual invitaba a suponer que esa parte del tejado estaba libre de obstáculos.

Teppic se agazapó y sacó de un bolsillo el rollo de tela dentro del que llevaba los cuchillos. La negrura aterciopelada se posó sobre el suelo creando un óvalo más oscuro que las sombras. Escogió un Número Cinco, un modelo de cuchillo que no tenía muchos partidarios pero que daba resultados excelentes si te habías acostumbrado a manejarlo.

Poco después su cabeza asomó cautelosamente por encima del extremo del tejado con un brazo doblado detrás de ella, pero listo para estirarse en un complicado despliegue de fuerzas que se combinarían para conseguir que unos cuantos gramos de acero se deslizaran por los aires hendiendo la noche.

Mericet estaba sentado junto a la trampilla contemplando su tablilla de anotaciones. Los ojos de Teppic se movieron de un lado a otro y acabaron posándose en el tablón que servía de puente para cruzar el callejón. El tablón estaba apoyado en el parapeto a un par de metros de distancia.

El anciano alzó su calva cabeza.

—Bienvenido, señor Teppic —dijo—. Puede seguir.

Teppic sintió cómo la capa de sudor que cubría su cuerpo se enfriaba de repente. Sus ojos se clavaron en el tablón. Alzó la cabeza y contempló primero al examinador y luego al cuchillo que sostenía en la mano.

—Sí, señor —dijo.

Dadas las circunstancias le pareció que no era suficiente, y añadió un «Gracias, señor» casi inaudible.

La primera noche que pasó en el dormitorio comunal no se borraría jamás de su memoria. El dormitorio era lo bastante grande para acoger a los dieciocho chicos de la Casa de la Víbora, y el número de corrientes de aire que se deslizaban por él era tan elevado que si cerrabas los ojos tenías la impresión de estar durmiendo en un descampado. La persona que lo había diseñado quizá hubiera dedicado algún pensamiento fugaz al concepto de la comodidad, pero sólo para poder evitarlo siempre que fuera posible, y había logrado obtener un dormitorio en el que hacía bastante más frío que en la calle.

—Yo creía que cada estudiante tendría su propia habitación —dijo Teppic.

Broncalo le miró y asintió con la cabeza. Su nuevo amigo había conseguido apoderarse de la cama menos expuesta de las dieciocho con que contaba aquella nevera.

—Más adelante —dijo. Se acostó en la cama y torció el gesto—. Estos muelles te destrozan la espalda… ¿Crees que los afilan?

Teppic no dijo nada. De hecho la cama que le había tocado en suerte era bastante más cómoda que la del palacio. Sus padres eran gente de alta cuna, y uno de los resultados naturales de esa condición era el tolerar que sus hijos vivieran en condiciones que incluso una lagartija sin hogar habría encontrado inaguantables.

Teppic desenrolló el delgado colchón y empezó a analizar los acontecimientos del día. Se había matriculado en la Escuela de Asesinos y… sí, de hecho llevaba más de siete horas siendo estudiante de asesino y hasta el momento ni tan siquiera le habían dejado poner la mano sobre un cuchillo. Naturalmente, siempre le quedaba el recurso de consolarse pensando que mañana sería otro día…

Broncalo se inclinó hacia él.

—¿Dónde está Arthur? —preguntó.

Teppic volvió la cabeza hacia la cama de al lado. El centro de la cama estaba adornado por una bolsa de tela patéticamente pequeña, pero no había ni rastro de quien debería haber estado ocupándola.

—¿Crees que se ha escapado? —preguntó Teppic observando las sombras que les rodeaban.

—Podría ser —replicó Broncalo—. Ocurre muy a menudo, ¿sabes? Críos acostumbrados a no separarse de las faldas de sus mamaítas que se encuentran lejos del hogar por primera vez en toda su vida… Algunos no consiguen aguantarlo.

La puerta que había al extremo del dormitorio giró lentamente sobre sus goznes y Arthur entró en la habitación caminando de espaldas y tirando de un chivo muy grande que no parecía tener demasiados deseos de estar allí. El chivo se resistió ferozmente cada metro del pasillo que se extendía entre las dos filas de camas.

Los chicos observaron en silencio a Arthur durante los minutos que tardó en atar el animal a los pies de su cama con una cuerda, meter las manos dentro de la bolsa y sacar de ella varias velas negras, un manojo de hierbas, un collar de cráneos y un trozo de tiza. Arthur cogió el trozo de tiza y sus rosados rasgos adoptaron la expresión entre tozuda y concentrada de quien se dispone a hacer lo que sabe es correcto pase lo que pase. Arthur dibujó un doble círculo alrededor de su cama, puso sus regordetas rodillas sobre el suelo y empezó a llenar el espacio existente entre los dos círculos con la colección de símbolos ocultos más desagradables y repulsivos que Teppic había visto en toda su vida. Les dio los últimos retoques, los examinó hasta convencerse de que no les faltaba ningún detalle, colocó las velas en puntos estratégicos del círculo y procedió a encenderlas. Las velas chisporrotearon y empezaron a desprender un olor que te sugería que dormirías mucho mejor si no sabías de qué estaban hechas.

Después alargó la mano hacia el montón de objetos que había encima de la cama, cogió un cuchillo de hoja corta y mango escarlata, fue hacia el chivo…

Una almohada cruzó los aires y chocó con su nuca.

—¡Vale ya, bastardo santurrón!

Arthur dejó caer el cuchillo y se echó a llorar. Broncalo se irguió en la cama.

—¡Has sido tú, Pesthilencio! —exclamó—. ¡Te he visto!

Pesthilencio —un chico pelirrojo bastante flaco cuya cara parecía una peca gigante—, intentó fulminarle con la mirada.

—Bueno, esto es increíble —dijo—. Quiero dormir y con tanta ceremonia religiosa suelta por aquí no hay forma de pegar ojo. Hoy en día sólo los mocosos rezan antes de acostarse, ¿no? Se supone que vamos a ser asesinos y…

—¡Cierra el pico, Pesthilencio! —gritó Broncalo—. El mundo sería un sitio bastante mejor de lo que es si todo el mundo dijera sus oraciones antes de acostarse, ¿no te parece? En lo que a mí respecta, estoy seguro de que no rezo todo lo…

Una almohada se estrelló contra su rostro impidiéndole terminar la frase. Broncalo se levantó de un salto y se lanzó sobre el chico pelirrojo moviendo los puños como si fueran las aspas de un molino de viento.

El resto del dormitorio no tardó en formar un círculo alrededor de la pareja de combatientes. Teppic aprovechó la confusión para ponerse en pie e ir hacia Arthur, quien se había sentado en el borde de su cama y seguía sollozando.

Teppic le dio unas palmaditas en el hombro. No sabía si servirían de mucho, pero se suponía que consolaban a la gente que tenía problemas.

—Yo no lloraría por eso, jovencito —gruñó.

—Pero… pero… ¡Todas las runas se han borrado! —gimió Arthur—. ¡Es demasiado tarde! ¡Y eso quiere decir que el Gran Orm vendrá a buscarme en la hora más oscura de la noche y enrollará mis entrañas alrededor de un palo!

—¿Estás seguro?

—¡Y mi madre me ha dicho que me sacará los ojos antes!

—¡Caramba! —exclamó Teppic poniendo cara de fascinación—. ¿De veras? —Su cama se hallaba situada justo enfrente de la de Arthur y Teppic pensó que estaba de suerte. Asistiría al espectáculo en primera fila—. Oye, ¿qué religión practicas?

—Somos Ormitas Estrictos Autorizados —dijo Arthur, y se sonó la nariz—. Me he dado cuenta de que no has rezado —siguió diciendo—. ¿No tienes ningún dios?

—Oh, claro que sí —respondió Teppic con voz algo vacilante—. Puedes estar seguro de que lo tengo.

—Pues no pareces querer hablar con él.

Teppic meneó la cabeza.

—No puedo —dijo—. Al menos no aquí… No podría oírme, ¿entiendes?

—Mi dios puede oírme esté donde esté —dijo Arthur con fervor.

—Bueno, pues el mío empieza a tener dificultades de audición en cuanto me voy al otro extremo del cuarto —dijo Teppic—. A veces puede ser realmente molesto.

—No serás offliano, ¿verdad? —preguntó Arthur.

Offler era un Dios Cocodrilo, y no tenía orejas.

—No.

—Bueno, entonces… ¿A qué dios adoras?

—Adorar no es la palabra adecuada —replicó Teppic sintiéndose un poquito incómodo—. No, no creo que se pueda decir que le adoro. Entiéndeme, le tengo afecto y todo eso, claro, pero… Bueno, ya que quieres saberlo… Es mi padre.

Arthur le contempló con los ojos desorbitados.

—¿Eres hijo de un dios? —murmuró.

—En mi país todo eso forma parte del ser rey —se apresuró a replicar Teppic—. No tiene que hacer gran cosa. Los sacerdotes se encargan del gobierno y la administración. La tarea principal de mi padre es asegurarse de que el río se salga de su cauce cada año, ¿entiendes? Ah, sí, y también celebra los ritos de la Gran Vaca del Arco Celeste. Bueno, al menos solía hacerlo…

—La Gran…

—Me refiero a mi madre —le explicó Teppic—. Oye, apenas nos conocemos y todo esto me resulta un poco embarazoso.

—¿Y castiga a los incrédulos fulminándolos con sus rayos?

—No lo creo. Al menos nunca me ha hablado de ello.

Arthur volvió la cabeza hacia los pies de la cama. El chivo había aprovechado la confusión para roer la cuerda con los dientes y estaba trotando hacia la puerta del dormitorio jurándose que en el futuro intentaría evitar hasta el más mínimo contacto con la religión.

—Creo que voy a tener serios problemas —dijo—. Supongo que no podrías pedirle a tu padre que hablara con el Gran Orm y le explicara que no ha sido culpa mía, ¿verdad?

—No sé… —dijo Teppic con expresión dubitativa—. Quizá pueda hacerlo. De todas formas pensaba escribir una carta a casa mañana y…

—El Gran Orm es fácil de encontrar. Normalmente está en uno de los Infiernos Exteriores —dijo Arthur—. Nos vigila y se entera de todo lo que hacemos, ¿sabes? Bueno, al menos se entera de todo lo que hago… Ahora sólo quedamos yo y mi madre, y ella es tan mayor que no creo que le cueste mucho mantenerla vigilada.

—No te preocupes. Le pediré que hable con él.

—¿Crees que el Gran Orm vendrá esta noche?

—No, no lo creo. Le diré a mi padre que se asegure de que ha entendido que no era culpa tuya y que no hace falta que se moleste en venir.

Broncalo acababa de arrodillarse sobre la espalda de Pesthilencio, le había agarrado por el cuello e intentaba agujerear la pared del otro extremo del dormitorio con su cabeza.

—Repítelo —ordenó—. Venga, venga… No hay nada malo en…

—No hay nada malo en que un tipo sea lo bastante hombre… Maldito seas, Broncalo, asqueroso…

—No te oigo, Pesthilencio —dijo Broncalo.

—Lo bastante hombre para decir sus oraciones delante de los demás, bravucón asqueroso.

—Perfecto. Y procura no olvidarlo, ¿de acuerdo?

El dormitorio no tardó en quedar a oscuras. Teppic se acostó en su cama y empezó a pensar en la religión. No cabía duda de que era un tema realmente complicado.

El valle del Djel tenía sus propios dioses y éstos no tenían nada que ver con los dioses del mundo exterior, cosa de la que el valle del Djel siempre se había sentido especialmente orgulloso. Los dioses eran justos y sabios y gobernaban las vidas de los hombres con gran prudencia y mesura, eso estaba clarísimo, pero aún así quedaban algunos puntos oscuros.

Por ejemplo, Teppic sabía que su padre hacía salir el sol, se encargaba de que el río inundara el valle cuando debía hacerlo y ese tipo de cosas. Era algo tan básico que hasta un niño de pecho estaba al corriente de ello. Los faraones habían hecho salir el sol desde los tiempos de Khuft, y había que ser realmente muy idiota para ponerlo en tela de juicio. Pero Teppic no tenía muy claro si su padre hacía salir el sol únicamente en el Valle o en todo el mundo. Que hiciera salir el sol únicamente en el Valle parecía una proposición bastante más razonable —sobre todo teniendo en cuenta que a cada día que pasaba su padre era un día más viejo y no más joven—, pero resultaba bastante difícil imaginar al sol saliendo en todas partes excepto en el Valle, y si seguías esa cadena de razonamientos acababas obteniendo una idea tan inquietante como la de que el sol saldría incluso si su padre sufría un despiste, una eventualidad que parecía bastante probable dado lo distraído que se estaba volviendo últimamente. Y, después de todo, Teppic tenía que admitir que nunca había visto que su padre hiciera nada de particular en lo tocante al sol. Lo mínimo que podías esperar era un gruñido de esfuerzo al amanecer, ¿no? Su padre nunca se levantaba hasta después de la hora de desayunar, y a pesar de eso el sol salía como si tal cosa.

Tardó bastante en conciliar el sueño. Dijera lo que dijese Broncalo la cama era demasiado blanda, el dormitorio estaba demasiado frío y, lo peor de todo, el cielo que se extendía al otro lado de los ventanales estaba demasiado oscuro. En el valle del Djel habría estado iluminado por los resplandores de la necrópolis y el fantasmagórico pero familiar y reconfortante brillo de las llamas silenciosas, como si los antepasados siguieran vigilando su valle para que no le ocurriese nada malo. No, aquella oscuridad no le gustaba nada…

La noche siguiente un chico que había nacido en la costa intentó encerrar al ocupante de la cama contigua en una jaula de mimbre que había hecho en la clase de Manualidades y trató de prenderle fuego, pero no se lo tomó con mucho entusiasmo y el otro chico logró escapar de la jaula; y a la noche siguiente Snoxall —que ocupaba la cama situada junto a la puerta y venía de un país minúsculo perdido en los bosques—, se pintó el cuerpo de verde y pidió voluntarios que se dejaran sacar los intestinos para atarlos a las ramas de un árbol. El martes hubo una pequeña guerra entre los que adoraban a la Diosa Madre en su aspecto lunar y los que la adoraban en su aspecto de mujer increíblemente gorda con un par de nalgas descomunales. Después de aquello los profesores decidieron intervenir y les explicaron que la religión era algo magnífico, pero que no había que llevarla demasiado lejos.

Teppic ya había albergado la sospecha de que la falta de puntualidad no sería perdonada, pero aun así Mericet tenía que llegar a la torre un poco antes que él, ¿no? Y Teppic iba a seguir la ruta directa. El anciano no podía llegar allí antes que él. Naturalmente, no había que olvidar que tampoco podía haber llegado al callejón antes que Teppic, pero el tablón había desaparecido… Teppic se dijo que Mericet debía haber quitado el tablón antes de hacerle el examen oral y que había trepado hasta el tejado mientras él escalaba la pared, pero ni él mismo se creía una sola palabra de sus razonamientos.

Corrió a lo largo de un tejado con los sentidos en estado de alerta máxima para que le avisaran de si había alguna teja suelta o una trampa de alambres. Su imaginación estaba muy atareada equipando cada sombra con un pelotón de siluetas que le observaban.

La torre del gong no tardó en alzarse delante de él. Teppic se quedó inmóvil y la contempló. Ya la había visto en mil ocasiones, y la había escalado muchas veces aunque eso sólo te proporcionaba 1,8 puntos —a pesar de que la cúpula de latón en que terminaba era un obstáculo bastante interesante—, por lo que la torre formaba parte del paisaje cotidiano con el que estaba familiarizado. Esa familiaridad era lo que hacía que enfrentarse a ella ahora resultara tan terrible. La torre se había convertido en una silueta achaparrada y amenazadora que se recortaba contra el cielo grisáceo.

Teppic reanudó el avance moviéndose bastante más despacio que antes y fue hacia la torre siguiendo una trayectoria diagonal a través de la pendiente del tejado. Un instante después le pasó por la cabeza que sus iniciales estaban allí arriba, grabadas en el latón de la cúpula junto a las de Bronco y varios centenares de jóvenes aspirantes a asesinos, y que seguirían allí arriba incluso si no llegaba a ver la luz del nuevo día. Pensar en ello resultaba consolador, pero no mucho.

Desenrolló la cuerda de seda y lanzó el gancho hacia el parapeto que corría por debajo de la cúpula dando la vuelta a la torre. Estaba tan cerca que no podía fallar, y el gancho dio en el blanco. Teppic dio un suave tirón y oyó el tintineo metálico del gancho al quedar asegurado.

Después tiró con todas sus fuerzas apoyando un pie en la chimenea.

Y un trozo de parapeto cayó hacia adelante sin hacer ningún ruido y se precipitó en el vacío.

El trozo de parapeto chocó con el tejado que había debajo haciendo bastante ruido y fue resbalando sobre las tejas hasta volver a caer en el vacío. El nuevo período de silencio que se produjo a continuación terminó con un ruido ahogado cuando el trozo de parapeto se estrelló contra los adoquines de la calle. Un perro ladró a lo lejos.

El silencio y la inmovilidad volvieron a adueñarse de los tejados. Una brisa casi imperceptible removió el aire recalentado en el espacio que había ocupado Teppic.

Varios minutos después Teppic emergió de las sombras proyectadas por una chimenea. Sus labios estaban curvados en una sonrisa extraña y francamente terrible.

El examinador podía hacer cualquier cosa y fuera la que fuese no se consideraría excesiva o injusta. Los clientes de un asesino siempre eran lo bastante ricos para poder permitirse protecciones extremadamente ingeniosas, las cuales podían llegar hasta el extremo de contratar a sus propios asesinos.[[5]](#footnote-5) Mericet no estaba intentando matarle. Se estaba limitando a hacer todo lo posible para que Teppic cometiera un error tan grave que le costara la vida.

Teppic consiguió llegar a la base de la torre y la examinó hasta encontrar un desagüe. Se llevó la sorpresa inicial de ver que la tubería no estaba recubierta de resbalina, pero sus dedos siguieron palpando delicadamente hasta encontrar los dardos envenenados pintados de negro pegados a la parte interior de la tubería. Teppic extrajo uno con sus pinzas y lo olisqueó.

Hinchón destilado… Era una sustancia bastante cara que poseía unos efectos realmente asombrosos. Teppic cogió un frasquito de su cinturón, metió dentro de él todos los dardos que pudo arrancar, se puso los guantes protegidos con escamillas metálicas y empezó a trepar moviéndose un poquito más despacio que una babosa.

—Bien, es muy posible que cuando se desplacen por la ciudad durante el desempeño de una misión acaben encontrándose en una situación de enfrentamiento con algún miembro del gremio, el cual incluso puede ser uno de los caballeros con los que están compartiendo un banco ahora. Eso es perfectamente normal y… ¿Qué demonios está haciendo, señor Broncalo? No, no me lo diga, estoy seguro de que prefiero no saberlo… Pase por mi despacho después de la clase… y legítimo, y en tal caso pueden defenderse lo mejor que sepan. Pero hay otros enemigos que les seguirán los pasos y contra los que ninguno de ustedes podría hacer gran cosa. ¿Quiénes son esos enemigos a los que acabo de referirme, señor Pesthilencio?

Mericet giró sobre sí mismo hasta quedar de espaldas a la pizarra moviéndose con la rapidez del buitre que acaba de oír un estertor agónico y señaló a Pesthilencio con la mano que sostenía la tiza. Pesthilencio tragó saliva haciendo bastante ruido.

—¿El Gremio de los Ladrones, señor? —consiguió decir por fin.

—Venga aquí, muchacho.

Los dormitorios eran un hervidero de rumores sobre lo que Mericet había hecho con alumnos distraídos en el pasado. Los rumores no eran muy precisos, pero tendían a lo horripilante. La clase se relajó. Mericet tenía la costumbre de concentrarse en una sola víctima cada vez, por lo que lo único que debían hacer era poner cara de atención y disfrutar del espectáculo. Pesthilencio se puso en pie y recorrió el pasillo que se extendía entre las dos filas de pupitres. Estaba muy rojo, y sus orejas parecían dos faros carmesíes.

El profesor le observó con expresión pensativa.

—Bien, bien… —dijo—. Hete aquí a Pesthilencio G., deslizándose sigilosamente sobre los tejados que crujen bajo sus pies. Observen la decisión que se percibe incluso en el ángulo de sus orejas. Observen la firmeza de esas rodillas.

La clase emitió la risita colectiva que se esperaba de ella. Pesthilencio respondió a la burla de sus condiscípulos con una sonrisa alarmantemente parecida a una mueca de imbecilidad y puso los ojos en blanco.

—Pero… Eh, ¿qué son esas siluetas siniestras que le siguen? Ya que parece encontrarlo tan divertido, señor Teppic, quizá tenga la bondad de ayudar al señor Pesthilencio revelándole sus identidades.

Teppic sintió cómo los músculos de su rostro quedaban paralizados en plena carcajada.

Los ojos de Mericet se clavaron en su rostro y trataron de taladrar el hueso. «Mira igual que Dios, el gran sacerdote —pensó Teppic—. Incluso papá tiene miedo de Dios…»

Teppic era consciente de lo que debía hacer, y no pensaba hacerlo. Tendría que estar muy asustado, pero…

—Preparación insuficiente —dijo—. Descuido. Falta de concentración. Herramientas descuidadas y en mal estado. Oh, y el exceso de confianza en uno mismo, señor.

Mericet le sostuvo la mirada durante algún tiempo, pero Teppic había practicado con los gatos del palacio.

El profesor acabó permitiéndose una fugaz sonrisa que no tenía absolutamente nada que ver con el humor, arrojó el trozo de tiza al aire y lo pilló al vuelo.

—El señor Teppic tiene toda la razón —dijo por fin—, especialmente en lo referente al exceso de confianza.

Había una cornisa que llevaba hasta una ventana abierta que era toda una invitación. La cornisa estaba cubierta de aceite, y Teppic pasó los minutos siguientes introduciendo los diminutos crampones de escalada en las grietas antes de reanudar el avance.

Llegó a la ventana y sacó las varillas metálicas que llevaba en el cinturón. Los extremos de las varillas estaban unidos mediante un alambre, y unos cuantos segundos de manipulaciones le permitieron obtener una varilla de noventa centímetros de longitud. Teppic sacó uno de los espejitos que llevaba en un bolsillo y lo colocó en el extremo de la varilla.

El espejo no reveló ninguna silueta acechando en la penumbra que había al otro lado de la ventana. Teppic retiró la varilla y probó suerte con otro sistema. Quitó el espejo y colocó su capucha al extremo de la varilla después de haberla rellenado con sus guantes para producir la impresión de una cabeza cuyo propietario había cometido el descuido de revelar su presencia dejando que se silueteara contra la luz del exterior. Teppic estaba casi seguro de que la capucha recibiría el impacto de un dardo o una flecha, pero no hubo ningún ataque.

El que la noche siguiera siendo asfixiante no impedía que Teppic tuviera la impresión de estar convirtiéndose en un bloque de hielo. El terciopelo negro resultaba muy elegante, pero aparte de eso… Bueno, la lista de ventajas de llevar puesto un traje de terciopelo negro empezaba y terminaba con la elegancia. Un poco de ejercicio físico y unas cuantas emociones, y era como si te hubieran tirado encima varios litros de agua helada.

Avanzó.

Un cable negro tan delgado que casi resultaba invisible iba de un extremo a otro del alféizar, y cuando levantó la cabeza Teppic vio una hoja aserrada unida al marco de la ventana. Asegurar el marco con unas cuantas varillas más y cortar el cable sólo requirió unos momentos. El marco de la ventana bajó una fracción de centímetro. Teppic sonrió y escrutó la oscuridad.

Un barrido con una varilla más larga reveló que la habitación tenía suelo y que éste parecía hallarse libre de obstrucciones. También reveló otro cable colocado más o menos a la altura del pecho. Teppic retiró la varilla, sujetó un gancho a su extremo, volvió a meterla por la ventana, enganchó el cable con el garfio y tiró.

Oyó el golpe ahogado de un dardo de ballesta incrustándose en una superficie de yeso reblandecido por el tiempo.

Teppic sustituyó el gancho por una bola de masilla y la deslizó por el suelo. La inspección reveló varias tachuelas de distintos tamaños. Teppic retiró la varilla y las examinó con bastante interés. Eran de cobre. Si hubiera utilizado la técnica del imán —que era el método habitual en aquellos casos—, no habría logrado detectar su presencia.

Se quedó inmóvil durante unos momentos y pensó en cuál debía ser su siguiente paso. Llevaba un par de sacerdotes dentro de su faltriquera. Moverse por una habitación con los sacerdotes puestos era molestísimo, pero Teppic los sacó de la faltriquera y los encajó en sus botas. (Un sacerdote es una especie de chanclo reforzado con láminas metálicas. Te protegían las suelas, y unos pies protegidos son el primer paso en el camino que lleva a la salvación del alma. Es un chiste de asesinos, y todo el mundo sabe que los asesinos no se distinguen por su gran sentido del humor.) No había que olvidar que Mericet era un experto en venenos. ¡Hinchón! Si Mericet había untado la punta de las tachuelas con esa sustancia Teppic acabaría esparcido por las paredes. No haría falta que le enterrasen. Bastaría con que ocultaran sus restos dando una nueva capa de pintura.[[6]](#footnote-6)

Las reglas… Mericet tendría que obedecer las reglas. No podía limitarse a matarle sin ninguna clase de advertencia previa. Lo único que podía hacer era aprovechar el descuido o el exceso de confianza en sí mismo de Teppic y explotarlo para que fuese él mismo quien acabara con su vida.

Teppic se dejó caer ágilmente al suelo dentro de la habitación y esperó a que sus ojos se hubiesen adaptado a la oscuridad. Unos cuantos barridos exploratorios con la varilla no detectaron más cables. Un sacerdote aplastó una tachuela produciendo un leve crujido metálico.

—Ya iba siendo hora, señor Teppic.

Mericet estaba inmóvil en una esquina de la habitación. Teppic oyó el arañar casi imperceptible de su lápiz cuando hizo una anotación en la tablilla. Teppic intentó convencerse de que Mericet no estaba allí. Intentó pensar.

Había una silueta acostada sobre una cama. El cuerpo quedaba totalmente oculto por una manta.

La última etapa del examen… Teppic estaba en la habitación donde se decidiría todo. Los estudiantes que habían logrado aprobar nunca hablaban de aquella parte. Los que habían fracasado ya no estaban en condiciones de ser interrogados al respecto.

La mente de Teppic se llenó de opciones. «En momentos así no iría nada mal un poquito de ayuda divina que te guiara —pensó—. ¿Dónde estás ahora, papá?»

Sintió una aguda envidia hacia aquellos compañeros de estudios que creían en dioses intangibles que vivían en la cima de alguna montaña muy distante. Creer en esos dioses era coser y cantar, pero creer en un dios al que veías desayunar cada día resultaba extremadamente difícil.

Teppic cogió su ballesta y sus dedos se movieron rápidamente uniendo las distintas piezas. No era el arma adecuada para la situación, pero se había quedado sin cuchillos y sus labios estaban demasiado secos para utilizar la cerbatana.

Oyó un chasquido procedente de la esquina. Mericet se estaba golpeando los dientes con el lápiz.

Lo que había debajo de la manta podía ser un muñeco. Teppic no tenía forma de averiguarlo, pero… No, tenía que ser una persona, alguien de carne y hueso. Todos los estudiantes habían oído historias y rumores al respecto. Quizá debiera probar con las varillas…

Meneó la cabeza, alzó la ballesta y apuntó con el mayor cuidado posible.

—Cuando quiera, señor Teppic.

El momento de la verdad.

El momento en el que descubrían si eras capaz de matar.

El momento en el que había estado intentando no pensar desde que empezó el examen.

Teppic sabía que podría hacerlo.

Las tardes de los octiernes tenía clase de Conveniencias Políticas con Lady T'Malia, una de las pocas mujeres que habían logrado alcanzar un puesto de responsabilidad en el Gremio. Lady T'Malia era bastante conocida en las comarcas que bordeaban el Mar Circular, y casi todo el mundo estaba de acuerdo en que si querías vivir hasta una edad avanzada harías bien rechazando sus invitaciones a cenar. Las joyas de una de sus manos contenían el veneno suficiente para inhumar a un pueblo entero. Lady T'Malia era asombrosamente atractiva, pero su belleza era la clase de hermosura calculada resultado de los esfuerzos de un equipo de artistas —manicuras, escayoladores, corseteros y modistas, entre otros—, y tres horas de trabajo cada mañana. Cuando entraba en una habitación si aguzabas el oído podías oír el crujido de las barbas de ballena sometidas a una tensión increíble.

Los chicos estaban aprendiendo. Lady T'Malia hablaba, pero los ojos de la clase no vigilaban su silueta. Vigilaban sus dedos.

—Así pues —dijo Lady T'Malia—, consideremos la situación que existía antes de la creación del Gremio. En esta ciudad y en muchos otros lugares la civilización prospera y avanza gracias a la interrelación dinámica de intereses entre muchos grupos poderosos que pretenden obtener ventaja los unos sobre los otros.

»Antes de la fundación del Gremio la competencia entre estos consorcios daba como resultado invariable lamentables desacuerdos que eran resueltos con graves daños para todas las partes implicadas. Dichos desacuerdos resultaban extremadamente deletéreos para el interés común de la ciudad. No olvidéis que el estandarte del comercio siempre ondea más alto allí donde gobierna la desarmonía.

»Pero, pero… —Lady T'Malia se llevó las manos al pecho. El chirrido producido por el gesto no tenía nada que envidiar al de un galeón abriéndose paso por entre los embates de una galerna—. Estaba claro que era preciso encontrar un medio extremo pero digno de confianza que permitiera poner fin a las diferencias irreconciliables —siguió diciendo—, y esa situación permitió ir poniendo los cimientos del Gremio tal y como lo conocemos ahora. Qué maravilloso… —La subida repentina de su tono de voz hizo que varias docenas de jóvenes fueran arrancados bruscamente a sus ensueños privados y se irguieran poniendo cara de culpabilidad—. Qué maravilloso tuvo que ser el vivir esos últimos días en los que hombres impulsados por los más firmes propósitos morales se dispusieron a forjar la herramienta política más eficiente y temible que existe aparte de la guerra. Qué afortunados sois… Estáis siendo adiestrados para convertiros en miembros de un gremio que exige mucho en términos de modales, buena conducta, elegancia y habilidades esotéricas y que, pese a ello, ofrece un poder tan grande que en tiempos estaba reservado única y exclusivamente a los dioses. Ah, sí, el mundo es vuestro molusco favorito y espera que abráis su concha…

Broncalo se encargó de traducirles el discurso de Lady T'Malia detrás de los establos durante la hora de la cena.

—Ya sé lo que quiere decir Anular con Extrema Saña —dijo Pesthilencio con voz presuntuosa—. Quiere decir inhumar con un hacha.

—No puedes estar más equivocado —replicó Broncalo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque mi familia tiene un comercio desde hace muchos años —dijo Broncalo.

—Uh… —murmuró Pesthilencio—. Un comercio, ¿eh?

Broncalo nunca daba detalles concretos que permitieran hacerse una idea clara de qué clase de comercio tenía su familia. Parecía tener algo que ver con el trasladar artículos de un lado a otro y atender las necesidades del consumidor, pero nadie sabía con exactitud qué clase de artículos eran trasladados y qué clase de necesidades eran atendidas.

Broncalo inició su explicación golpeando a Pesthilencio en la cara, después de lo cual dejó bien claro que Anular con Extrema Saña era algo muy complicado que exigía no sólo el que la víctima fuese inhumada —preferiblemente de una forma extremadamente concienzuda—, sino que los conocidos y empleados de la víctima también estaban involucrados en el asunto junto con el local comercial, el edificio y una parte considerable del vecindario en el que éste se encontrara; y que lo realmente importante era asegurarse de que todo el mundo llegaba a enterarse de que la víctima en cuestión había sido lo bastante imprudente y estúpida para ganarse la clase de enemigos capaces de enfadarse mucho y descargar su ira de forma lo más indiscriminada posible.

—Caray —dijo Arthur.

—Oh, eso no es nada —dijo Broncalo—. Recuerdo que una Vigilia del Cerdo mi abuelo y su departamento de contabilidad celebraron una reunión de negocios de alto nivel con los tipos del Cubo y el resultado de la reunión ascendió a quince cadáveres que jamás fueron encontrados. Muy, muy mal asunto… Afecta mucho a toda la comunidad comercial.

—¿A toda la comunidad comercial o sólo a esa parte de ella que flota cara abajo en el río? —preguntó Teppic.

—A eso iba —dijo Broncalo meneando la cabeza—. Si hay alguna posibilidad de evitar ese tipo de soluciones drásticas siempre es mejor hacerlo de una forma… de una forma… limpia, ¿entendéis? Por eso mi padre dijo que quería que entrase en el Gremio. Hoy en día siempre tienes que estar lo más pendiente posible del negocio. No puedes perder todo tu tiempo con las relaciones públicas.

El extremo de la ballesta estaba temblando.

Era lo único que no le gustaba de la escuela. Todo lo demás —las escaladas, las clases de música, la amplitud del programa de asignaturas…—, le encantaba, pero no conseguía quitarse de la cabeza el hecho de que al final acababas matando gente. Teppic nunca había matado a nadie.

«De eso se trata, ¿no? —se dijo a sí mismo—. Éste es el momento en que todo el mundo averigua si eres capaz de hacerlo, tú incluido. Y si meto la pata puedo darme por muerto.»

Mericet empezó a canturrear en voz baja sin moverse de su rincón.

El Gremio pagaba un precio por su licencia para operar. El Gremio se aseguraba de que no hubiera asesinos descuidados, poco entusiastas o, por así decirlo, criminalmente faltos de eficiencia. Podrías vivir mil años y nunca conocerías a nadie que hubiera suspendido el examen.

Y, naturalmente, algunos estudiantes no conseguían pasar el examen, pero no les volvías a ver nunca más. El cuerpo que había debajo de la manta quizá fuera uno de ellos. Incluso podía ser Broncalo, o Snoxall, o cualquiera de los chicos… Todos tenían su examen final aquella noche. Si suspendía, el mismo Teppic podía acabar en esa cama…

Teppic clavó los ojos en la silueta que yacía sobre la cama intentando dar con alguna pista que le permitiera identificarla.

—Ejem… —tosió el examinador.

Teppic tenía la garganta muy seca. El pánico salió disparado de su estómago y empezó a trepar por ella moviéndose con la celeridad de la cena de un borracho.

Sus dientes sentían un deseo casi irresistible de castañetear, y cuanto más ruidosamente mejor. Su espina dorsal se había convertido en una masa de hielo y sus ropas se habían transformado en un montón de harapos empapados. Todo parecía estar ocurriendo terriblemente despacio.

No. No lo haría. La decisión surgió de la nada e hizo impacto en su mente dejándole tan aturdido como si estuviera andando por un callejón oscuro y alguien acabara de arrojarle un ladrillo a la cabeza. La sorpresa que sintió tenía muy poco que envidiar a la que le habría producido el recibir un ladrillazo. No se trataba de que odiara al Gremio o a Mericet —el examinador ni tan siquiera le resultaba particularmente desagradable—, sino que no le parecía que aquella fuese la forma más correcta de poner a prueba a un estudiante. Estaba mal, y punto.

Decidió que iba a suspender. En cuanto al viejo… ¿Qué podía hacer? Nada, ¿verdad?

Y además suspendería de la forma más elegante y vistosa posible.

Giró lentamente hasta quedar de cara a Mericet, clavó la mirada en los ojos del examinador, extendió el brazo que sostenía la ballesta apuntando más o menos hacia su derecha y apretó el gatillo.

Hubo un tañido metálico.

El dardo salió disparado hacia el alféizar de la ventana y rebotó en un clavo con un suave chasquido. Mericet se agachó una fracción de segundo antes de que el dardo pasara por encima de su cabeza. El dardo volvió a rebotar en un aro para antorchas que había en la pared y pasó, junto al cada vez más pálido rostro de Teppic, ronroneando como un gato enloquecido.

El dardo se incrustó en la manta con un golpe ahogado al que siguió el silencio más absoluto imaginable.

—Gracias, señor Teppic. Y ahora, si tiene la bondad de esperar un momento…

El viejo asesino inclinó la cabeza sobre su tablilla de anotaciones y empezó a mover los labios sin emitir ningún sonido.

Cogió el lápiz unido a la tablilla mediante un trocito de cordel un poco deshilachado e hizo unas cuantas cruces en una hoja de papel rosa.

—No voy a pedirle que me lo quite de las manos —dijo Mericet—. Dadas las circunstancias no creo que sea lo más adecuado, ¿verdad? Lo dejaré en la mesa que hay junto a la puerta.

No era una sonrisa particularmente agradable. Seca, débil, desnutrida… Aquella sonrisa había sido hervida tan concienzudamente que había perdido todo su calor hacía ya mucho tiempo. La gente que sonreía así normalmente llevaba dos años muerta cociéndose bajo el sol del desierto, pero por lo menos te dabas cuenta de que Mericet estaba haciendo cuanto podía.

Teppic no se había movido.

—¿He aprobado? —preguntó.

—Parece ser que sí.

—Pero…

—Estoy seguro de que ya sabe que no me está permitido comentar el examen con los estudiantes. Sin embargo, lo que sí puedo decirle es que esas técnicas modernas entre aparatosas y exhibicionistas nunca me han gustado demasiado. Que tenga un buen día.

Y Mericet salió de la habitación.

Teppic fue tambaleándose hacia la mesa cubierta de polvo que había junto a la puerta y se inclinó sobre el papel contemplándolo con expresión horrorizada. La fuerza de la costumbre hizo que sacara unas pinzas de la faltriquera para cogerlo.

Parecía auténtico. Estaba adornado con el sello del Gremio y con un garrapateo ininteligible que no cabía duda era la firma de Mericet. Teppic lo había visto con bastante frecuencia, casi siempre al final de una hoja de examen junto a comentarios como 3/10. Pase por mi despacho.

Teppic fue hacia la cama y apartó la manta de un manotazo.

Faltaba poco para la una de la madrugada y los relojes intentaban convencer a Ankh-Morpork de que ya era de noche.

Los tejados que formaban el mundo aéreo de los ladrones y los asesinos estaban muy oscuros, pero debajo de ellos la vida de la ciudad fluía por las calles con el ímpetu de la marea.

Teppic caminaba por entre la muchedumbre sin prestar demasiada atención a lo que le rodeaba. Cualquier otro habitante de la ciudad que sintiera curiosidad por averiguar cuáles eran los resultados de ese tipo de comportamiento no tardaría en descubrir que equivalían a solicitar una visita turística del fondo del río con guía incluido, pero Teppic vestía el traje negro de los asesinos y la multitud se limitaba a abrirse automáticamente delante de él para dejarle paso y volvía a cerrarse a su espalda en cuanto había pasado. Incluso los carteristas se mantenían lejos de él. ¿Meter la mano en el bolsillo de un asesino? No, gracias. ¿Quién sabe lo que podrías encontrar? Teppic cruzó el umbral de la Casa del Gremio, tomó asiento sobre un banco de mármol negro y apoyó el mentón en los nudillos.

La triste e innegable realidad era que su vida parecía haberse detenido tan bruscamente como si acabara de chocar con un muro de ladrillos. Teppic no había pensado en lo que ocurriría después del examen. De hecho, ni tan siquiera se había atrevido a suponer que pudiera haber un después…

Alguien le dio una palmadita en el hombro. Teppic se volvió y vio que Broncalo se dejaba caer junto a él y le alargaba una hoja de papel rosa sin decir ni una palabra.

—Bingo —dijo.

—¿También has aprobado? —le preguntó Teppic. Broncalo sonrió.

—Estuvo chupado —dijo—. Me tocó Nivor, ¿sabes? Estuvo chupado, aunque me hizo sudar un poco con la Caída de Emergencia. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido?

—¿Humm? Oh. No. —Teppic intentó poner algo de orden en el caos de sus pensamientos—. Estuvo chupado —dijo por fin.

—¿Sabes algo de los demás?

—No.

Broncalo se echó hacia atrás.

—Pesthilencio aprobará —dijo muy seguro de sí mismo—, y el joven Arthur también. Creo que los demás no lo conseguirán. ¿Qué te parece si les damos veinte minutos para que aparezcan?

Teppic se volvió hacia él. Su rostro habría podido figurar como ilustración en un manual universitario sobre problemas emocionales.

—Bronco, yo…

—¿Qué?

—Cuando llegó el momento de hacerlo, yo…

—¿Qué estás intentando explicarme?

Teppic bajó la cabeza y clavó los ojos en los adoquines.

—Nada —dijo.

—Eres un tipo afortunado. Te diste un paseíto por los tejados y pudiste tomar el aire. A mí me tocó ir por las alcantarillas y después el guardarropa en la Torre del Sastre. Tuve que entrar allí y no me ha quedado más remedio que cambiarme al volver.

—El tuyo era un muñeco, ¿verdad? —preguntó Teppic.

—Cielos… ¿Es que el tuyo no lo era?

—¡Pero nos hicieron creer que sería una persona de verdad! —gimoteó Teppic.

—Bueno, todo parecía muy real, ¿no?

—¡Sí!

—Pues entonces… Y has aprobado, así que no hay motivos para preocuparse.

—Pero… ¿No te preguntaste quién podía estar debajo de esa manta, qué clase de vida había llevado y por qué… ?

—Hombre, me preocupaba bastante el no hacerlo bien —admitió Broncalo—. Pero en cuanto a lo que dices… No, pensé que no era asunto mío y lo olvidé.

—Pero yo…

Teppic no siguió hablando. ¿Qué podía hacer? ¿Explicárselo todo? No estaba muy seguro del porqué, pero le pareció que no sería una buena idea.

Su amigo le dio una palmada en la espalda.

—¡No le des más vueltas! —exclamó—. ¡Lo hemos conseguido!

Y Broncalo alzó el pulgar y lo pegó a los dos primeros dedos de su mano derecha en el antiquísimo saludo de los asesinos.

Un pulgar pegado a dos dedos y la flaca silueta del doctor Cruces, el jefe de profesores, se alzó sobre las cabezas de los chicos que le contemplaban con expresión algo atemorizada.

—No asesinamos —dijo.

Tenía una voz suave y agradable. El doctor nunca alzaba la voz, pero sabía alterar los tonos y manipularlos de tal forma que se le habría podido oír incluso durante un huracán.

—No ejecutamos. No masacramos. Ah, y pueden estar totalmente seguros de que nunca torturamos. No tenemos nada que ver con los crímenes motivados por la pasión, el odio o el deseo desordenado de conseguir lucros o ganancias materiales. No hacemos lo que hacemos porque nos guste inhumar a la gente, o para alimentar alguna secreta necesidad interior, o por conseguir algo tan mezquino como mejorar nuestra posición, o por alguna causa o creencia. No, caballeros, yo les digo que todas esas razones son sospechosas en el más alto grado imaginable. Examinen el rostro de un hombre capaz de matarles por una creencia y sus fosas nasales captarán la vaharada pestilente de la abominación. Escuchen el discurso de quien predica una guerra santa y les aseguro que sus oídos no tardarán en captar el tintineo metálico de las escamas del mal y el susurro de su cola monstruosa arrastrándose sobre la pureza del lenguaje.

»No. Lo hacemos por dinero.

»Y como si hay algo que debamos recordar por encima de todo es que la vida humana tiene un valor inmenso, lo hacemos por grandes cantidades de dinero.

»Creo que existen muy pocos motivos más limpios o que estén más libres de falsas excusas y disfraces engañosos.

»Nihil mortifi, sine lucre. Recuérdenlo bien. Si no hay honorarios, no hay cadáver.

Se quedó callado durante unos instantes.

—Y no se olviden nunca de dar el recibo —añadió.

—Así que todo ha salido a pedir de boca —dijo Broncalo.

Teppic asintió con expresión lúgubre. Eso era lo que hacía tan fácil que Broncalo te cayera bien. Poseía la envidiable capacidad de hacer las cosas sin tener que pensar en ellas.

Una silueta entró cautelosamente en la Escuela después de haber cruzado las puertas abiertas que daban a la calle.[[7]](#footnote-7) La luz de la antorcha que ardía dentro de la garita del portero arrancó destellos dorados a los rizados mechones rubios del recién llegado.

—Así que también lo habéis conseguido, ¿eh? —dijo Arthur agitando despreocupadamente la hoja de papel rosa que sostenía entre los dedos de una mano.

Arthur había cambiado mucho en siete años. El fracaso continuado e inexplicable del Gran Orm en llevar a cabo la que para Él debía ser sencillísima tarea de cobrarse la falta de pleitesía con una terrible venganza orgánica había servido para que Arthur acabara librándose de su molesta tendencia a ir de un lado a otro con la cabeza tapada por la chaqueta. Su aptitud innata para la violencia canalizada quedó revelada el día en que Garrotho y unos cuantos secuaces suyos decidieron que mantear a los nuevos podía resultar divertido y escogieron a Arthur como primer candidato al viaje aéreo. Diez segundos después hicieron falta los esfuerzos combinados de todos los chicos del dormitorio para contener a Arthur y arrancarle los restos de la silla de entre los dedos. Poco después sus condiscípulos se enteraron de que era hijo del difunto Johan Ludorum, uno de los asesinos más eminentes de toda la historia del Gremio. Los hijos de los asesinos muertos nunca tenían que pagar la matrícula. Sí, la profesión de asesino no es tan desalmada como parece a veces.

Nadie tenía ni la más mínima duda de que Arthur aprobaría el examen. Le habían dado clases extra y se le había permitido utilizar venenos realmente complicados. Probablemente se quedaría una temporada en la escuela para escribir una tesis y trabajar como posgraduado.

Esperaron a que los gongs de la ciudad dieran las dos. La tecnología relojera de Ankh-Morpork no había alcanzado un grado de precisión muy elevado, y aparte de eso muchas de las numerosísimas comunidades de la ciudad tenían ideas bastante distintas sobre lo que debía considerarse una hora, por lo que las salvas de campanadas rebotaron en los tejados durante casi cinco minutos.

Cuando quedó claro que el consenso de la ciudad estaba a favor de que ya pasaba un buen rato de las dos el trío dejó de contemplarse las punteras de las botas.

—Bueno, se acabó —dijo Broncalo.

—Pobre Pesthilencio… —dijo Arthur—. La verdad es que si lo piensas bien resulta bastante trágico, ¿no os parece?

—Sí —murmuró Broncalo—. Me debía cuatro peniques. Bien, vamos… Os he preparado una pequeña sorpresa.

El faraón Teppicamón XXVII se levantó de la cama y se tapó las orejas con las manos para no oír el rugido del mar. Aquella noche sonaba particularmente fuerte.

El rugido siempre se hacía un poco más intenso cuando estaba nervioso o preocupado por algo. Necesitaba una distracción. Podía ordenar que le trajeran a Ptraci, su sirvienta favorita. Ah, Ptraci era realmente especial… Sus canciones siempre conseguían animarle. Cuando Ptraci dejaba de cantar la vida parecía mucho más hermosa y digna de ser vivida.

También estaba el amanecer. Eso siempre le reconfortaba. Sentarse sobre el tejado más alto del palacio envuelto en una manta viendo cómo las nieblas se iban alejando del río mientras la inundación dorada se derramaba sobre la tierra resultaba muy agradable. Te hacía sentir esa cálida satisfacción que produce otro trabajo bien hecho, y, el que no tuvieras ni idea de cómo te las habías arreglado para hacerlo no disminuía en nada la sensación de bienestar.

Se puso en pie, se calzó las zapatillas, salió de su dormitorio y fue por el pasillo que llevaba hasta la gigantesca escalera de caracol y el tejado. Unos cuantos haces de cañas empapadas de aceite ardían iluminando las estatuas de los otros dioses locales y adornaban las paredes con retratos móviles de criaturas con cabeza de perro, cuerpo de pez o patas de araña en lugar de brazos. El faraón las conocía desde su infancia. Sin ellas sus pesadillas juveniles habrían resultado de lo más aburridas y poco espectaculares.

El mar… Sólo lo había visto una vez cuando era un muchacho. No recordaba muchas cosas acerca de él, dejando aparte el tamaño. Y el ruido. Y las gaviotas, claro.

Las gaviotas se habían convertido en una auténtica obsesión. Ah, las gaviotas parecían habérselo montado mucho mejor… Le habría gustado poder volver en forma de gaviota pero, naturalmente, si eras faraón esa opción quedaba automáticamente descartada. Si eras faraón no volvías nunca. De hecho, incluso podía decirse que nunca llegabas a irte del todo.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Teppic.

—Pruébalo —replicó Broncalo—. Venga, pruébalo. Nunca volverás a tener la oportunidad de hacerlo.

—Es tan bonito que me da pena echarlo a perder —dijo Arthur intentando hablar con el tono de voz admirativo que se esperaba de él mientras contemplaba el complicado mosaico de colores y formas que ocupaba su plato—. ¿Qué son todas esas cositas rojas?

—Oh, no son más que rábanos —dijo Broncalo en un tono de voz algo despectivo—. No tienen mucha importancia. Vamos, adelante.

Teppic cogió el diminuto tenedor de madera, lo llevó hasta el plato y pinchó una rebanada de pescado tan blanca y delgada que parecía un trocito de papel. El chef del restaurante chafashi le estaba observando tan atentamente como si Teppic fuera un bebé en la fiesta de su primer cumpleaños. De hecho, todo el mundo le estaba observando.

Teppic masticó concienzudamente la rebanada de pescado y descubrió que tenía una consistencia gomosa, que era bastante salada y que el olor le recordaba un poco al que sale de los desagües.

—¿Está bueno? —preguntó Broncalo con cierto nerviosismo.

Algunos comensales de las mesas más cercanas empezaron a aplaudir.

—Es… Es distinto —admitió Teppic sin dejar de masticar—. ¿Qué es?

—Pez globo de las profundidades abisales —dijo Broncalo—. Calma, calma… —se apresuró a añadir al ver que Teppic se apresuraba a dejar su tenedor sobre la mesa e intentaba fulminarle con la mirada—. No hay el más mínimo peligro siempre que se haya extraído hasta el último fragmento de estómago, hígado y conducto digestivo y por eso cuesta tantísimo dinero, porque si te dedicas a servir pez globo o eres el mejor o cambias de oficio, y es el alimento más caro del mundo y hay gente que ha escrito poemas sobre él y…

—Una auténtica explosión de nuevos sabores —murmuró Teppic intentando no perder el control de sí mismo.

Aun así el pez globo debía de estar correctamente preparado, visto que Teppic no se había convertido en papel de pared y no estaba formando parte de la decoración del local. Volvió a coger el tenedor y lo usó para examinar las raíces que ocupaban el resto del plato.

—Y esas cosas… ¿Qué efecto producen? —preguntó.

—Bueno, a menos que sean maceradas y preparadas de la forma correcta a lo largo de un período de seis semanas reaccionan de una forma catastrófica apenas entran en contacto con los ácidos de tu estómago —dijo Broncalo—. Lo siento. Pensé que debíamos celebrar el haber aprobado con la cena más cara que nos pudiéramos permitir.

—Comprendo. Pescado y patatas fritas para hombres que los tengan bien puestos, ¿eh? —dijo Teppic.

—Oye, ¿crees que podrían traer un poco de vinagre si lo pido? —preguntó Arthur con la boca llena—. Ah, y unos guisantitos no irían nada mal para acompañar…

Pero el vino era bueno. No es que fuese increíblemente bueno, desde luego. No pertenecía a una de las grandes cosechas, pero explicaba el porqué Teppic había tenido dolor de cabeza todo el día.

Había estado sufriendo los efectos de un remete particularmente fuerte. Su amigo había comprado cuatro botellas de un vino blanco perfectamente normal cuya única particularidad era que no provocaba resaca sino lo que los expertos en magia temporal conocían como remete. ¿Por qué resultaba tan caro? Porque las uvas de las que estaba hecho aún tenían que plantarse.[[8]](#footnote-8)

En el Disco la luz se mueve lenta y perezosamente. No tiene prisa por llegar a ninguna parte. ¿Para qué molestarse? A la velocidad de la luz todos los sitios son más o menos el mismo.

El faraón Teppicamón XXVII estaba observando cómo el disco dorado flotaba sobre el borde del mundo. Una bandada de grullas emergió de las neblinas que cubrían el río y se remontó hacia las alturas.

El rey se estaba diciendo que siempre se había tomado el trabajo lo más seriamente posible. Nadie le había explicado cómo te las arreglabas para que el sol saliera cada mañana, por no hablar de las inundaciones anuales o de que el trigo creciera en los campos. ¿Cómo podían explicárselo? Después de todo él era la deidad, ¿no? Tendría que saberlo. Pero no tenía ni idea, por lo que se había limitado a vivir un día después de otro repitiéndose que todo saldría bien y deseándolo con todas sus fuerzas, y la verdad es que el truco parecía haber funcionado. El problema estaba en que si algún día dejaba de funcionar no sabría por qué. Una de sus pesadillas recurrentes era soñar que el gran sacerdote Dios le despertaba sacudiéndole una mañana… sólo que referirse a esas horribles tinieblas utilizando las palabras «una mañana» sería una considerable exageración, naturalmente. Todas las antorchas y lamparillas del palacio estaban encendidas y podía oír los murmullos irritados de la multitud que aguardaba en la oscuridad puntuada por las estrellas, y todo el mundo le miraba esperando que hiciera algo…

Y él no podría hacer nada salvo decir «Lo siento».

Le aterrorizaba. Qué fácil resultaba imaginar la capa de hielo formándose sobre el río, la escarcha eterna recubriendo los troncos de las palmeras y acumulándose encima de las hojas hasta que su peso las hiciera caer (para quedar hechas añicos cuando chocaran con el suelo congelado), y los cuerpos sin vida de los pájaros lloviendo del cielo…

Las sombras se deslizaron sobre él. Alzó la cabeza y contempló el vacío gris del horizonte con ojos velados por las lágrimas sintiendo cómo el horror le aflojaba las mandíbulas.

Se puso en pie, arrojó la manta a un lado y levantó las dos manos en un gesto de súplica. Pero el sol se había esfumado. Él era el dios, éste era su trabajo, lo único que sus súbditos esperaban de él… y les había fallado.

Era como si su mente tuviera oídos, y le pareció que ya captaban los gritos irritados de la multitud, el rugido retumbante que empezaba a invadirle hasta que el ritmo se volvió tan insistente como familiar, hasta que llegó a ser tan ensordecedor que ya no intentaba entrar en su cabeza sino que tiraba de él llevándole hacia aquel desierto azul que sabía a sal donde el sol nunca dejaba de brillar y esbeltas siluetas blancas se movían lentamente trazando círculos en el cielo.

El faraón se irguió sobre las puntas de los dedos de sus pies, echó la cabeza hacia atrás y desplegó las alas. Y se lanzó al vacío.

Y mientras surcaba las alturas se sorprendió al oír un golpe detrás de él. Y el sol salió de detrás de las nubes que lo habían estado ocultando.

El faraón no tardó en comprender que se había precipitado un poco, y empezó a tener la sensación de que había hecho el ridículo.

Los tres nuevos asesinos avanzaban tambaleándose por la calle corriendo un continuo peligro de caerse de narices que jamás llegaba a materializarse mientras intentaban cantar «Soy un hechicero y mi báculo es el primero» de forma coral o, por lo menos, en el mismo tono.

—Esh grande y esh redondo y pesha tres… —canturreó Broncalo—. Mierda, ¿qué acabo de pishar?

—¿Alguien sabe dónde estamos? —preguntó Arthur.

—Íbamos… íbamos hacia la escuela —replicó Teppic—. Pero creo que debemos haber tomado por el camino equivocado porque tenemos el río delante. Puedo olerlo.

La cautela logró atravesar el blindaje alcohólico de Arthur.

—Podría ser peligroso —murmuró—. A estas horas de la noche puede que haya ind… ind… indeseables rondando por ahí.

—Desde luego —dijo Broncalo poniendo cara de satisfacción—. Estamos nosotros, ¿no? Podemos demostrarlo. Tenemos la calificación, ¿no? Me gustaría que alguien intentara meterse con nosotros.

—Tienes toda la razón —dijo Teppic apoyándose en él. Como apoyo Broncalo no era gran cosa, pero no había nada mejor cerca—. Les abriremos en canal desde el como se llame hasta el no sé qué.

—¡Eso, eso!

El trío siguió avanzando con paso inseguro hacia el Puente de Latón.

De hecho había unas cuantas personas peligrosas acechando en las sombras que preceden al amanecer, y se encontraban unos veinte pasos por detrás de ellos.

El complicado sistema de los Gremios criminales no había servido para que Ankh-Morpork fuese un lugar más seguro. Su único efecto era racionalizar los peligros y volverlos lo suficientemente regulares como para que pudieras contar con ellos, considerándolos un factor más de la existencia cotidiana. Los Gremios desempeñaban su labor secundaria de policía ciudadana mucho más concienzudamente —y no cabe duda de que con mucho más éxito—, de lo que jamás hubiese hecho la vieja Ronda, y cualquier ladrón sin licencia que intentara actuar por libre y fuera detenido por las patrullas del Gremio de Ladrones no tardaba en quedar confinado para propósitos de investigación social, aparte de sufrir la indudable molestia de que le unieran las rodillas con un clavo.[[9]](#footnote-9) Pese a ello, siempre había unos cuantos espíritus aventureros que preferían correr el riesgo de llevar una existencia precaria fuera de los fuera de la ley, y cinco hombres que encajaban con esta descripción se estaban aproximando cautelosamente al trío para exponerles la oferta especial de la semana, garganta rajada más robo y entierro en el barrizal del fondo del río que prefiriesen.

Lo normal era que la gente se mantuviera lo más alejada posible de los asesinos debido al convencimiento instintivo de que el matar personas a cambio de grandes sumas de dinero es una actividad que no goza de la aprobación de los dioses (los dioses prefieren a los asesinos que matan a cambio de pequeñas sumas de dinero o sin cobrar nada) y podía dar como resultado un grave caso de hubris, o juicio de los dioses. Los dioses son unos entusiastas de la justicia —al menos en lo que concierne a los seres humanos—, y se conocen casos en los que dispensaron justicia de forma tan entusiástica que personas que se encontraban a kilómetros de distancia acabaron convertidas en relleno de empanadillas.

Pero el atuendo negro de los asesinos no asusta a todo el mundo, e incluso existen ciertos segmentos de la sociedad en los que se considera que matar a un asesino confiere un innegable prestigio, más o menos como el que confiere en otros ambientes el saber hacer sombras chinescas.

Y aparte de todo eso los tres asesinos que avanzaban tambaleándose sobre los tablones del Puente de Latón estaban espantosamente borrachos, y los hombres que les seguían pensaban sacar el máximo provecho posible de esa circunstancia.

Broncalo tropezó con uno de los hipopótamos[[10]](#footnote-10) de madera en actitudes heráldicas que adornaban el lado del puente que daba al mar, rebotó y se desplomó sobre el parapeto.

—Me encuentro fatal —anunció—. Creo que voy a vomitar.

—Adelante —dijo Arthur—. El río está para eso, ¿no?

Teppic suspiró. Tenía mucho cariño a los ríos, pensaba que un río no estaba bien diseñado a menos que tuviera nenúfares y cocodrilos abajo y el Ankh siempre le deprimía porque si ponías un nenúfar en su cauce lo desintegraría en unos cuantos segundos. El río serpenteaba por las inmensas llanuras aluviales acumulando barro y arenilla durante todo el trayecto hasta las mismísimas Montañas del Carnero, y cuando le llegaba el momento de atravesar Ankh-Morpork, pob. un millón de habitantes, sólo se le podía seguir definiendo como líquido porque se movía más deprisa que la tierra situada a su alrededor. Dada su composición, vomitar en el río probablemente incluso serviría para limpiarlo un poquito.

Teppic contempló el hilillo de sustancia viscosa que rezumaba entre los pilares centrales y acabó alzando la cabeza hacia la línea gris del horizonte.

—Falta poco para que salga el sol —anunció.

—No recuerdo haber comido ningún sol —consiguió farfullar Broncalo.

Teppic dio un paso hacia atrás y un cuchillo pasó zumbando junto a su nariz y acabó enterrándose en las nalgas del hipopótamo que tenía al lado.

Cinco siluetas emergieron de la niebla. La reacción instintiva de los tres asesinos fue pegarse los unos a los otros.

—Si te acercas a mí te aseguro que lo lamentarás —gimió Broncalo sujetándose el estómago con las manos—. La factura de la tintorería será increíble.

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí? —dijo el líder de los ladrones.

Es el tipo de frase estúpida y nada adecuada a la situación que suele decirse en circunstancias semejantes.

—Sois del Gremio de Ladrones, ¿verdad? —preguntó Arthur.

—No —dijo el líder del grupo—, pertenecemos a esa pequeña minoría nada representativa que da tan mala reputación a la inmensa mayoría de la profesión. Os ruego que tengáis la amabilidad de entregarnos vuestras armas y objetos de valor. Naturalmente ya os imaginaréis que eso no cambiará en nada el desenlace, pero robar a un cadáver resulta tan desagradable como degradante y preferimos evitarlo siempre que sea posible.

—Podríamos atacarles por sorpresa —dijo Teppic en un tono de voz algo vacilante.

—Oye, a mí no me mires —replicó Arthur—. Creo que no sería capaz de encontrarme el culo ni con un atlas.

—Os lo advierto por última vez —balbuceó Broncalo—. Voy a vomitar, y cuando lo haga lo lamentaréis.

Teppic era consciente de la presencia de los cuchillos que llevaba en las mangas, y de que las posibilidades de que consiguiera coger alguno y seguir con vida el tiempo suficiente para arrojarlo probablemente fuesen muy escasas.

En momentos así el consuelo religioso es muy importante. Teppic se dio la vuelta y alzó la mirada hacia el sol justo cuando éste emergía de entre los bancos de nubes del amanecer.

Y vio un puntito minúsculo que parecía estar inmóvil en el centro del sol.

El difunto faraón Teppicamón XXVII abrió los ojos.

—Estaba volando —murmuró—. Recuerdo la sensación de tener alas. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Trató de levantarse. Experimentó una sensación momentánea de peso y ésta desapareció tan de repente que consiguió ponerse en pie casi sin ningún esfuerzo. El faraón miró hacia abajo para averiguar qué la había causado.

—Oh, oh —dijo.

La cultura del reino del río tenía muchas cosas que decir sobre la muerte y lo que ocurría después. En cuanto a la vida, tenía muy poco que decir sobre ella y se limitaba a considerarla como una especie de preludio bastante incómodo al acontecimiento principal que debía ser soportado sin perder la compostura con la esperanza de que transcurriría lo más deprisa posible, y el faraón no necesitó mucho tiempo para llegar a la conclusión de que había muerto. Naturalmente, la visión de su cuerpo destrozado yaciendo sobre la arena era una pista de primera categoría.

Todo parecía haberse vuelto de color grisáceo. El paisaje poseía una extraña cualidad fantasmagórica, como si fuese tan tenue e inmaterial que se podía caminar a través de él. «Y lo más probable es que pueda hacerlo», pensó.

Se frotó la contraparte espiritual de sus manos. Bien, así que por fin había llegado el gran momento. «Las cosas van a ponerse interesantes —pensó—. Ahora es cuando empezaré a vivir de verdad.»

—BUENOS DÍAS —dijo una voz a su espalda.

El faraón se dio la vuelta.

—Hola —dijo—. Tú debes de ser…

—LA MUERTE —dijo la Muerte.

El faraón puso cara de sorpresa.

—Tenía entendido que la Muerte era un escarabajo pelotero gigante con tres cabezas —dijo.

La Muerte se encogió de hombros.

—BUENO, PUES YA VES QUE TE EQUIVOCABAS.

—¿Qué es esa cosa que llevas en la mano?

—¿ESTO? ES UNA GUADAÑA.

—Tiene un aspecto muy extraño, ¿verdad? —dijo el faraón—. Creía que la Muerte llevaba el Flagelo de la Misericordia y el Gancho de la Justicia.

La Muerte pareció pensar en lo que acababa de decir.

—¿CÓMO SE LAS ARREGLABA? —preguntó por fin.

—Me temo que no te entiendo.

—SEGUIMOS HABLANDO DE UN ESCARABAJO PELOTERO GIGANTE, ¿NO?

—Ah. Sí, claro… Supongo que los sujetaba con las mandíbulas. Pero creo recordar que está representada en uno de los frescos del palacio y que tenía brazos… —El faraón vaciló—. La verdad es que pensándolo bien resulta un poco ridículo, ¿no? Quiero decir que… En fin, un escarabajo pelotero gigante con brazos… Y creo recordar que una de las cabezas era de ibis.

La Muerte suspiró. No era una criatura del tiempo y, por lo tanto, en lo que a ella respectaba el pasado y el futuro eran una sola cosa, pero hubo un período en el que se esforzaba por aparecer con el aspecto que el cliente esperaba ver. Tuvo que acabar dejándolo porque no había ninguna forma de averiguar cuál era ese aspecto hasta después de que cliente hubiera muerto. La Muerte acabó llegando a la conclusión de que dado que en lo más íntimo de su fuero interno todo el mundo estaba convencido de que no moriría jamás no había por qué tomarse tantas molestias. La túnica con capuchón era el atuendo que le resultaba más cómodo y a partir de entonces se había mantenido apegado a él. Después de todo era elegante y limpio, casi nadie lo encontraba extraño y era aceptado en todas partes, al igual que ocurre con las mejores tarjetas de crédito.

—En fin… —dijo el faraón—. Supongo que será mejor que nos vayamos, ¿no?

—¿ADÓNDE?

—¿Es que no lo sabes?

—HE VENIDO PARA ASEGURARME DE QUE MORÍAS EN EL MOMENTO FIJADO. LO QUE OCURRA DESPUÉS ES COSA TUYA.

—Bueno… —El faraón se rascó la barbilla en un gesto puramente automático—. Supongo que tendré que esperar a que hayan hecho todos los preparativos. Tendrán que momificarme, claro. Y habrá que construir otra maldita pirámide… Hum. ¿Y tengo que seguir aquí y esperar a que hayan hecho todo eso?

—SUPONGO QUE SÍ.

La Muerte chasqueó los dedos, y un magnífico corcel blanco dejó de masticar el césped del jardín y trotó hacia la silueta de la guadaña.

—Oh. Bueno… En fin, creo que miraré hacia otro lado mientras lo hacen. Empiezan sacándote todas esas cosas blandas de dentro, ¿sabes?

El faraón no pudo contener una mueca de preocupación. Cosas que le habían parecido perfectamente lógicas y naturales cuando estaba vivo empezaban a resultarle vagamente sospechosas y desagradables después de muerto.

—Lo hacen para preservar el cuerpo con el fin de que éste pueda empezar una nueva vida en el Más Allá —dijo en un tono de voz ligeramente perplejo—. Y después te envuelven en vendajes. Bueno, por lo menos eso parece más lógico…

Se frotó la nariz.

—Pero después llenan la pirámide de comida y bebida. Francamente, lo encuentro un poco extraño.

—Y A ESAS ALTURAS DEL PROCESO, ¿DÓNDE SE SUPONE QUE ESTÁN TUS ÓRGANOS INTERNOS?

—Eso es lo que no acabo de entender. Están dentro de una jarra en la cámara contigua —dijo el faraón, y ahora la duda resultaba claramente perceptible en su tono de voz—. Recuerdo que cuando terminamos la pirámide de papá metimos dentro un carruaje tan grande que costó horrores hacerlo pasar por la entrada…

Las arrugas de su frente inmaterial se hicieron un poco más profundas.

—Madera sólida —dijo medio hablando consigo mismo—. Ah, y estaba recubierta con pan de oro. Y no hay que olvidar a los cuatro novillos para que tirasen de él, claro. Después hubo que colocar una piedra inmensa para que obstruyera la entrada…

Intentó pensar y descubrió que le resultaba sorprendentemente fácil. Las nuevas ideas afluían a su mente como un límpido torrente de aguas frescas y cristalinas. Las ideas tenían que ver con el movimiento de la luz sobre las rocas, el azul del cielo y las múltiples posibilidades del mundo que se esparcían a su alrededor desplegándose en todas direcciones. Ahora que no tenía un cuerpo que le importunara continuamente con sus insistentes demandas el mundo le parecía un lugar lleno de maravillas y prodigios, pero desgraciadamente lo más asombroso era el hecho de que una gran parte de lo que siempre habías creído verdad parecía haberse vuelto tan sólido y digno de confianza como una nube de gas de los pantanos. Aparte de eso, tampoco había que olvidar lo molesto que resultaba el que fueran a encerrarle dentro de una pirámide justo después de descubrir que por fin estaba plenamente equipado para disfrutar del mundo.

Cuando mueres lo primero que pierdes es la vida. Después pierdes tus ilusiones.

—ME PARECE QUE TIENES UN MONTÓN DE COSAS EN QUE PENSAR —dijo la Muerte montando sobre su caballo—. Y AHORA, SI ME DISCULPAS…

—Espera un momento…

—¿SI?

—Cuando me… me caí, casi podría haber jurado que estaba volando.

—LA PARTE DE TU SER QUE ERA DIVINA VOLÓ, NATURALMENTE. AHORA ERES PLENAMENTE MORTAL.

—¿Mortal?

—OH, PUEDES ACEPTAR MI PALABRA AL RESPECTO. YO ENTIENDO MUCHO DE ESTO.

—Escucha, hay unas cuantas preguntas que me gustaría hacerte y…

—SIEMPRE LAS HAY. LO SIENTO.

La Muerte pegó los talones a los flancos del caballo y se desvaneció.

El faraón se quedó inmóvil mientras varios sirvientes venían corriendo a lo largo del muro del palacio. Los sirvientes fueron reduciendo la velocidad a medida que se aproximaban a su cadáver, se detuvieron y acabaron reanudando el avance con bastante cautela.

—¿Estáis bien, oh gran señor enjoyado del sol? —se atrevió a preguntar uno de ellos.

—No, no estoy nada bien —respondió secamente el faraón. Algunas de las ideas básicas sobre el universo que se había ido formando a lo largo de su vida estaban tambaleándose de forma alarmante, y eso es algo que nunca ha puesto de buen humor a nadie—. De hecho tengo la impresión de que estoy muerto. Asombroso, ¿verdad? —añadió en un tono de voz impregnado de amargura.

—¿Puedes oírnos, oh divino acarreador del alba? —preguntó otro sirviente mientras se acercaba un poco más al cadáver del faraón caminando de puntillas.

—¿Que si puedo oíros? Acabo de caer treinta metros y la primera parte de mi cuerpo que ha tocado el suelo ha sido la cabeza. ¿Te parece que estoy en condiciones de oíros, so idiota? —gritó el faraón.

—Creo que no puede oírnos, Jahmet —dijo el primer sirviente.

—¡Escuchadme! —gritó el faraón en un tono de voz muy apremiante que rebotó infructuosamente contra la absoluta incapacidad de oír ni una sola de sus palabras de que estaban dando muestra los sirvientes—. Debéis encontrar a mi hijo y decirle que se olvide de la maldita pirámide, o por lo menos que retrase la construcción hasta que yo haya podido pensar con más calma en todo esto. Hay uno o dos aspectos de los preparativos para la otra vida que me parecen un poquito autocontradictorios, y…

—¿Y si grito? —preguntó Jahmet.

—Creo que nunca podrás gritar lo bastante alto para que te oiga. Me parece que está muerto.

Jahmet bajó la mirada y contempló el cadáver que ya empezaba a ponerse rígido.

—Demonios… —dijo por fin—. Bueno, tengo la impresión de que no hemos podido empezar peor la mañana.

El sol seguía deslizándose majestuosamente sobre el borde del mundo sin ser consciente de que estaba dando su función de despedida. Una gaviota emergió del horizonte moviéndose más deprisa de lo que debería poder volar cualquier ave y se lanzó en picado hacia Ankh-Morpork, hacia el Puente de Latón y las ocho siluetas inmóviles que había sobre él y, en concreto, hacia unos de los ocho rostros…

Las gaviotas eran bastante corrientes en Ankh-Morpork, pero la que venía hacia el grupo lanzó un grito muy prolongado y tan terriblemente gutural que tres ladrones se sobresaltaron lo suficiente para dejar caer sus cuchillos. Nada cubierto de plumas tendría que haber sido capaz de producir semejante sonido. Aquel grito tenía garras.

La gaviota trazó un círculo en el aire, acabó posándose sobre el hipopótamo de madera más cercano y contempló al grupo con un par de ojillos rojizos. Parecía muy, muy irritada.

El líder de los ladrones había estado observando a la gaviota con una expresión que sólo podía definirse como fascinada, pero la voz de Arthur consiguió que apartase la mirada de ella.

—Esto es un cuchillo del Número 2 —dijo Arthur en un tono muy afable y educado—. Saqué un noventa y seis sobre cien en el último examen de lanzamiento de cuchillos. ¿Qué ojo crees que te hace menos falta?

El líder de los ladrones se volvió hacia él. En lo que respectaba a los otros dos jóvenes asesinos uno no apartaba la mirada de la gaviota y el otro se hallaba muy ocupado vomitando ruidosamente sobre el parapeto.

—Estás solo —dijo—. Y nosotros somos cinco.

—Pero pronto sólo seréis cuatro —replicó Arthur.

Teppic alargó una mano hacia la gaviota moviéndose tan lentamente como un sonámbulo. Con cualquier gaviota normal el movimiento habría dado como resultado la pérdida de un dedo, pero la criatura saltó hacia la mano que le ofrecía Teppic y se posó en ella con la expresión entre satisfecha y presuntuosa del terrateniente que regresa a la vieja plantación después de una larga ausencia.

El extraño comportamiento de la gaviota pareció aumentar considerablemente la intranquilidad que había empezado a adueñarse de los ladrones. La sonrisa de Arthur tampoco ayudaba mucho a mantener la calma.

—Qué gaviota tan bonita —dijo el líder de los ladrones en el tono estúpidamente jovial que suelen utilizar las personas cuando están terriblemente preocupadas por algo.

Teppic había empezado a acariciar la cabeza en forma de bala con expresión distraída.

—Creo que sería buena idea que os marcharais —dijo Arthur.

La gaviota había empezado a moverse en dirección a la muñeca de Teppic. Los pies palmeados que se agarraban a la carne y las alas que se desplegaban para conservar el equilibrio tendrían que haberle dado un aspecto bastante risible, pero no sólo no ocurría así sino que la gaviota parecía llena de poder oculto, como si fuese la identidad secreta de un águila. Cuando abrió el pico revelando una ridícula lengua de ave de color púrpura, el gesto impregnó la atmósfera con la sugerencia de que si quería aquella gaviota podía hacer cosas mucho peores que amenazar los restos de un bocadillo caído sobre la arena de la playa.

—¿Es magia? —preguntó uno de los ladrones.

Su expresión indicaba que le habría gustado hacer más preguntas, pero el repentino coro de siseos que salió de las bocas de sus compañeros enseguida le hizo cambiar de opinión.

—Bueno… Pues nada… Nos vamos —dijo el líder de los ladrones—, y disculpad el malentendido, ¿eh?

Teppic replicó con una cálida sonrisa y la expresión aturdida de quien no está viendo nada de cuanto le rodea.

Y entonces todos oyeron un ruidito tan curioso como insistente. Seis pares de ojos se movieron hacia un lado y hacia abajo. Broncalo ya se encontraba en la posición adecuada, y sus ojos no tuvieron que hacer nada de particular.

El Ankh estaba subiendo de nivel, y un torrente oscuro empezaba a empapar el fango deshidratado que se extendía por debajo de ellos.

Dios, Primer Ministro y gran sacerdote entre los grandes sacerdotes, no era un hombre religioso por naturaleza. La religiosidad podía tener efectos tan nocivos como afectar tu capacidad de juicio y volverte un poquito inestable, y no resultaba una cualidad deseable en un gran sacerdote. Bastaba con que empezaras a creer en ese tipo de cosas para que todo el asunto se conviniese en una farsa.

Naturalmente Dios no tenía nada en contra de la fe. La gente necesitaba creer en dioses aunque sólo fuese por lo difícil que resultaba creer en las personas. Los dioses eran necesarios. Dios se limitaba a exigir que no le estorbaran y que le dejaran en paz para que pudiera desempeñar sus funciones sin interferencias.

El que tuviera el aspecto ideal para su oficio era una suerte, claro está. Si tus genes han decidido proporcionarte una estatura imponente, una calva que deslumbra y una nariz tan afilada que podrías tallar rocas con ella probablemente es porque tenían una idea muy concreta en mente para empezar.

Dios sentía una desconfianza instintiva hacia las personas propensas al entusiasmo religioso. Siempre había pensado que quienes sentían una inclinación natural hacia la religiosidad eran personas inestables con una molesta tendencia a los vagabundeos por el desierto y las revelaciones. Como si los dioses pudieran rebajarse hasta tales extremos y perder el tiempo con semejantes tonterías… Ah, y lo peor era que esa clase de personas nunca conseguían resultados tangibles. Empezaban a pensar qué rituales carecían de importancia. Empezaban a pensar que podías hablar con los dioses sin necesidad de intermediarios. Dios sabía que las divinidades de Djelibeibi disfrutaban del ritual tanto como las de cualquier otra tierra, y lo sabía con esa clase de certidumbre tan rígida e inflexible que se la puede utilizar como eje para hacer girar el mundo a su alrededor. Después de todo, ser una divinidad y estar en contra de los rituales venía a resultar el equivalente de ser un pez y estar en contra del agua.

Se sentó en los peldaños del trono con su báculo sobre las rodillas y empezó a transmitir las órdenes del faraón. El hecho de que actualmente no hubiese ningún faraón que pudiera emitirlas no era problema. Dios ocupaba el cargo de gran sacerdote desde… bueno, llevaba tantos años siendo gran sacerdote que ya ni intentaba recordar cuándo empezó a serlo, pero tenía perfectamente claro cuáles eran las órdenes que podían esperarse de un faraón que conociera su oficio y las estaba transmitiendo.

Y de todas formas el Rostro del Sol estaba en el trono y eso era lo que realmente importaba, ¿no? El Rostro del Sol era una máscara de oro sólido que tapaba toda la cabeza y que debía ser llevada por el gobernante actual en todas las ceremonias y actos públicos. Los sacrílegos opinaban que su expresión sugería una mezcla de estreñimiento y afabilidad, pero la máscara llevaba miles de años siendo el símbolo del linaje real de Djelibeibi. Aparte de eso, también había hecho que resultara muy difícil distinguir a un faraón de otro.

Lo cual también tenía un significado extremadamente simbólico, aunque nadie podía recordar en qué consistía.

El Viejo Reino siempre había tenido una gran afición al simbolismo. Por ejemplo, estaba el báculo que descansaba sobre las rodillas de Dios, con sus simboliquísimas serpientes simbólicamente entrelazadas alrededor de la alegoría de un aguijón para camellos. El pueblo creía que la posesión de ese báculo hacía que los grandes sacerdotes tuvieran poder sobre los dioses y los muertos, pero probablemente se trataba de una metáfora (es decir, una mentira).

Dios cambió de postura.

—Supongo que el faraón ya habrá sido llevado a la Sala del Segundo Camino, ¿no? —preguntó.

El círculo de grandes sacerdotes menores asintió.

—Dil el embalsamador le está atendiendo en estos mismos instantes, oh Dios.

—Muy bien. El constructor de pirámides… ¿Ya ha recibido sus instrucciones?

Ptra-hi-dor Koomi, el gran sacerdote de Ath-Aúd, Dios Bifronte de las Puertas, dio un paso hacia adelante.

—Me tomé la libertad de ocuparme yo mismo del asunto, oh Dios —ronroneó.

Los dedos de Dios tamborilearon sobre el báculo.

—Sí —dijo—, no me cabe duda de que te has ocupado de ello.

Casi todos los sacerdotes estaban convencidos de que Koomi sería quien sucediera a Dios en el caso de que éste muriera, aunque hasta el momento moverse sigilosamente entre bastidores esperando que Dios se muriera había resultado ser una forma particularmente aburrida de perder el tiempo. La única opinión discordante era la del mismo Dios, quien de tener amistades probablemente les habría hecho la confidencia de que su fallecimiento exigiría ciertas condiciones previas como por ejemplo el que la luna se volviera azul, que los cerdos nacieran con alas y que Dios decidiese hacer un viajecito turístico por el Infierno. Probablemente habría añadido que la única diferencia existente entre Koomi y un cocodrilo sagrado estribaba en que el cocodrilo no intentaba disimular que disfrutaba comiéndose a la gente.

—Muy bien —dijo.

—Si Su Señoría permite que me tome la libertad de recordárselo… —dijo Koomi.

Dios le fulminó con la mirada y los rostros de los otros sacerdotes adoptaron la expresión entre impasible y distraída de quien no quiere tener problemas.

—¿Sí, Koomi?

—El príncipe, oh Dios… ¿Ha sido convocado?

—No —dijo Dios.

—Entonces, ¿cómo se enterará de lo que ha ocurrido? —preguntó Koomi.

—Lo sabrá —dijo Dios con firmeza.

—¿ Cómo es posible que…?

—Lo sabrá. Y ahora, salid de aquí y dejadme solo. Id. ¡Id a ocuparos de vuestros dioses!

Los sacerdotes salieron a toda prisa dejando a Dios solo sobre los peldaños del trono. Estar sentado en los peldaños del trono era su posición habitual desde hacía tanto tiempo que ya había desgastado la piedra creando un hueco en el que encajaba perfectamente.

El príncipe lo sabría, naturalmente. Era parte del funcionamiento ordenado y correcto de las cosas, ¿no? Pero cuando Dios examinó los profundos surcos que los años de ritual y observancia debida habían producido en su mente detectó una cierta inquietud. La mente de Dios no era el sitio más adecuado para emociones como la inquietud o el nerviosismo. Ponerse nervioso o estar preocupado era algo que le ocurría a otras personas, no a él. Dios no había llegado a su posición actual perdiendo tiempo y espacio mental en algo tan inútil como la duda. Pero… Sí, ahí estaba. Un pensamiento minúsculo, una diminuta certeza de que el nuevo faraón iba a darle problemas.

Bueno, el chico no tardaría en aprender. Todos acababan aprendiendo.

Dios cambió de posición y torció el gesto. Los dolores y pequeñas molestias habían vuelto, y no podía permitir que le distrajeran. Los achaques se interponían entre él y sus deberes, y los deberes de Dios eran sagrados.

Tendría que volver a visitar la necrópolis. Sí, iría allí esta misma noche.

—Oh, vamos, ya puedes ver que no es el de siempre, ¿verdad?

—Bueno, entonces… ¿Quién es? —preguntó Broncalo.

Estaban avanzando por la calle con paso tambaleante acompañados por el ruido de los chapoteos, pero esta vez no se trataba del tambalearse resultado de la embriaguez sino del ir dando tumbos que suele producirse cada vez que dos personas intentan dirigir tres cuerpos. Teppic caminaba, pero su forma de caminar no invitaba a creer que su mente estuviera jugando algún papel en el desplazamiento físico.

Y a su alrededor todo era un abrir de puertas, maldiciones en varias fases del proceso de ser maldecidas y sonidos de muebles trasladados apresuradamente a las habitaciones del segundo piso.

—Esa tormenta en las montañas debe de haber sido realmente terrible —dijo Arthur—. No es normal que el nivel del río suba tanto ni tan siquiera en primavera.

—Quizá deberíamos quemar unas cuantas plumas debajo de su nariz —sugirió Broncalo.

—Voto porque sean de esa maldita gaviota —gruñó Arthur.

—¿Qué gaviota?

—Tú la viste.

—Bien, ¿y qué pasa con ella?

—La viste, ¿verdad?

El parpadeo de la oscura llama de la incertidumbre bailoteó en los ojos de Arthur. La gaviota había desaparecido cuando la confusión estaba en su punto álgido.

—La verdad es que tenía otras cosas a las que prestar atención —dijo Broncalo con voz algo vacilante—. Debieron de ser esos chocolates a la menta que nos trajeron con el café. Me pareció que estaban un poquito pasados.

—No cabe duda de que ese pájaro era francamente raro —dijo Arthur—. Oye, dejémosle en algún sitio mientras vacío mis botas, ¿de acuerdo? Están tan llenas de agua que apenas puedo caminar.

Había una panadería cerca y las puertas estaban abiertas para que las bandejas de hogazas recién horneadas pudieran ser enfriadas por las brisas del amanecer. Broncalo y Arthur apoyaron a Teppic en la pared.

—A juzgar por su aspecto se diría que alguien le ha golpeado en la cabeza —murmuró Broncalo—. Pero nadie le ha golpeado, ¿verdad?

Arthur meneó la cabeza. Los labios de Teppic seguían curvados en una sonrisa casi imperceptible. Fuera lo que fuese lo que estaban viendo sus ojos, no se encontraba en el conjunto de dimensiones habitual.

—Tendríamos que llevarle a la escuela y acompañarle a la enfermería para que…

No llegó a completar la frase. Hubo un ruido muy extraño detrás de él, una mezcla de roce y susurro. Las hogazas empezaron a dar saltitos sobre sus bandejas. Un par de ellas acabaron cayendo al suelo, donde giraron rápidamente sobre sí mismas como si fuesen escarabajos vueltos del revés.

Las cortezas se agrietaron como si fuesen cáscaras de huevo y revelaron centenares de brotes verdes.

Unos segundos después las bandejas se habían convertido en pequeñas parcelas de trigo y las mazorcas empezaron a hincharse inclinándose rápidamente sobre los tallos. Broncalo y Arthur se abrieron paso por el trigal surgido de la nada y decidieron averiguar si podían conseguir un nuevo récord en la carrera de cien metros lisos sosteniendo a Teppic entre ellos mientras procuraban que sus rostros se mantuvieran todo lo impasibles que podían estar en esas circunstancias.

—¿Crees que es él quien está haciendo todo esto?

—Tengo la sensación de que…

Arthur volvió la cabeza para averiguar si algún panadero irritado había salido del local y, de ser así, qué tal se estaba tomando aquella agresiva exhibición de productos totalmente orgánicos, y se detuvo con tanta brusquedad que sus dos compañeros pivotaron sobre él como si fuese un timón.

Arthur y Broncalo contemplaron la calle con expresión pensativa.

—No es algo que se vea cada día, ¿eh? —dijo Broncalo por fin.

—¿Te refieres a los tallos de hierba y esas otras cosas verdes que están creciendo allí donde pone los pies?

—Sí.

Los ojos de Broncalo se encontraron con los de Arthur y los dos pares de pupilas bajaron rápidamente hacia las botas de Teppic. La vegetación ya le llegaba a la altura de los tobillos, y los brotes que emergían de los adoquines parecían tener tanta prisa por crecer que los estaban agrietando. Arthur y Broncalo cogieron a Teppic por los codos sin decir una palabra y le alzaron en vilo.

—La enfermería —dijo Arthur.

—La enfermería —dijo Broncalo.

Pero incluso entonces los dos sabían que la situación iba a exigir algo más que una cataplasma caliente.

El médico se echó hacia atrás.

—Está muy claro —dijo mientras pensaba a toda velocidad—. Es un caso de mortis sardinae antiquissima con complicaciones.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Broncalo.

—Un profano diría que está más muerto que una sardina pasada —replicó el médico acompañando sus palabras con un bufido.

—¿Y cuáles son las complicaciones?

Las facciones del médico ensayaron una rápida serie de expresiones y no se decidieron por ninguna en concreto.

—Aún respira —dijo—. Miren, su corazón late tan deprisa que el pulso parece el zumbido de una abeja y tiene la temperatura tan alta que se podrían freír huevos en su frente, y… —Se quedó callado. No estaba muy seguro de qué más podía decir, y era consciente de que las explicaciones que acababa de dar probablemente resultaban demasiado claras y fáciles de entender. La medicina era un arte bastante nuevo en el Mundodisco, y si la gente conseguía entender sus enigmas a las primeras de cambio nunca llegaría demasiado lejos.

—Sufre de pirocerebrum oeuf culinaria —añadió después de haberse devanado los sesos frenéticamente durante unos momentos.

—Bueno, ¿y puede hacer algo al respecto? —preguntó Arthur.

—No puedo hacer nada. Está muerto. Todos los análisis y pruebas que le he hecho lo confirman. Por lo tanto… Eh… Entiérrenle, manténganle cómodo en un sitio lo más fresco posible y vengan a verme la semana próxima para informarme de cómo va evolucionando la cosa. De día, a ser posible.

—¡Pero si aún respira!

—Oh, no es más que una acción refleja —replicó el médico sin darle importancia—. Los profanos casi siempre se dejan engañar por este tipo de cosas, ¿saben?

Broncalo suspiró. Sospechaba que el Gremio —que, después de todo, poseía una experiencia inigualable en el manejo de cuchillos afilados y complicadas mezclas de sustancias orgánicas—, estaba en condiciones de emitir diagnósticos elementales mucho más fiables que los de los médicos. El Gremio quizá matara a las personas, pero por los menos no esperaba que se lo agradecieran.

Teppic abrió los ojos.

—He de volver a casa —dijo.

—Conque está muerto, ¿eh? —exclamó Broncalo. La reacción del médico dejó bien claro que era un soberbio representante de la profesión médica y que su colegio profesional jamás tendría que avergonzarse de él.

—No es nada raro que un cadáver emita ruidos extraños después de la muerte —replicó valerosamente—. Esos sonidos pueden poner nerviosos a los parientes y…

Teppic se irguió de golpe.

—Y en ciertas circunstancias los espasmos musculares pueden hacer que el cadáver… —empezó a decir el médico, pero incluso él se estaba dando cuenta de que aquello no le llevaría a ninguna parte. Entonces tuvo una idea—. Es una enfermedad muy rara y misteriosa, y en estos momentos se están produciendo un gran número de casos —dijo—. Es causada por un… un… algo tan pequeño que no hay forma alguna de detectarlo —concluyó felicitándose a sí mismo con una sonrisa.

No estaba nada mal, desde luego. Tendría que recordarlo en el futuro.

—Muchísimas gracias —dijo Broncalo abriendo la puerta y empujándole hacia el umbral—. No se preocupe, y tenga la seguridad de que le llamaremos la próxima vez que nos sintamos realmente bien.

—Probablemente sea una morsa —dijo el médico mientras era expulsado de la habitación con amabilidad pero con innegable firmeza—. Ha pillado una morsa. Últimamente se han dado muchos casos y…

La puerta se cerró ruidosamente en sus narices.

Teppic sacó las piernas de la cama y se llevó las manos a la cabeza.

—He de volver a casa.

—¿Por qué? —preguntó Arthur.

—No lo sé. El reino me necesita y quiere que vuelva.

—Oye, no creo que te encuentres en condiciones de… —empezó a decir Arthur.

Teppic le hizo callar con un ademán despectivo.

—Mira, no quiero que nadie haga de portavoz de la razón y me sugiera que debería descansar una temporada —dijo—. Nada de todo eso tiene ni la más mínima importancia, ¿entiendes? Tengo que volver al reino lo más deprisa posible, y quiero que comprendas que no es un caso de «deber». Voy a volver. Y tú puedes ayudarme, Bronco.

—¿Cómo?

—Tu padre posee una embarcación extremadamente rápida que utiliza para hacer contrabando —explicó Teppic con voz átona—. Me la prestará a cambio de que vea con buenos ojos cualquier posibilidad futura de intercambios comerciales. Si partimos antes de que haya pasado una hora llegaré allí con tiempo más que suficiente.

—¡Pero mi padre es un comerciante honrado!

—Al contrario. El setenta por ciento de sus ingresos del año pasado procedían de operaciones comerciales no declaradas durante las que compró o vendió los siguientes artículos… —Los ojos de Teppic se clavaron en la nada—. Transporte ilegal de gullanes y leucares, nueve por ciento. Contrabando nocturno de…

—De acuerdo —admitió Broncalo—, pero un treinta por ciento de sus negocios son honrados y eso es un porcentaje de honradez bastante más elevado de lo que suele darse en la profesión. Oye, será mejor que me expliques cómo te has enterado de eso, y que me lo expliques extremadamente deprisa.

—Yo… No lo sé —murmuró Teppic—. Cuando estaba… dormido era como si… como si lo supiese todo. Lo sabía todo acerca de todo. Creo que mi padre ha muerto.

—Oh —dijo Broncalo—. Caray. Lo siento.

—Oh, no. No es lo que te imaginas. Es lo que él habría querido. De hecho, creo que ya estaba empezando a hartarse de la vida. En nuestra familia la muerte es el momento en el que empiezas a… ¿Cómo te lo explicaría? A disfrutar de la vida, ¿comprendes? Supongo que lo estará pasando en grande.

De hecho el faraón estaba sentado sobre una losa en la cámara de preparación ceremonial viendo cómo sus partes blandas eran cuidadosamente extraídas de su cuerpo y colocadas en las jarras canópicas especiales.

Muy pocas personas han presenciado esa operación, y lo habitual es que quienes asisten a ella no estén en condiciones de prestarle mucha atención.

El faraón estaba bastante preocupado. Oficialmente ya no habitaba dentro de su cuerpo, pero seguía estando unido a él por alguna especie de lazo oculto y ver cómo dos profesionales meten los brazos en tus entrañas hasta los codos basta para poner nervioso a cualquiera.

Los chistes tampoco le parecían especialmente graciosos. Por mucho sentido del humor que tengas ver cómo alguien hace chistes sobre el aspecto o las dimensiones de tus órganos internos resulta desagradable y hace que te sientas un poquito incómodo.

—Mirad, maese Dil —dijo Gern, un joven regordete de rostro enrojecido. El faraón se acababa de enterar de que era el nuevo aprendiz—. Mirad esto… atención, mucha atención… nada por aquí, nada por allá… ¡Y me saco un riñón de la manga! No está mal, ¿verdad? ¡Nada por aquí, nada por allá y me saco un riñón de la manga! ¿Qué os ha parecido?

—Deja de hacer tonterías y ponlo en la jarra, chico —murmuró Dil con voz cansada—. Y ya que has vuelto a sacar el tema, debo decirte que lo de saltar a la comba con los intestinos no me ha hecho ninguna gracia.

—Lo siento, maese Dil.

—Y haz el favor de pasarme un gancho para cerebros del número tres, ¿quieres?

—Viene volando, maese Dil —se apresuró a replicar Gern.

—Y haz el favor de no atosigarme. Esta parte siempre resulta bastante complicada.

—Claro, claro.

El faraón dio un par de pasos hacia su cadáver.

Gern volvió a concentrarse en su trabajo.

—¡Fijaos en esto! Qué color tan raro, ¿no? —exclamó dejando escapar un sonoro y prolongado silbido—. Jamás me habría imaginado que tendría un color semejante. ¿Y vos? Maese Dil, ¿creéis que es por algo que comen o por… ?

Dil volvió a suspirar.

—Ponlo en la jarra, Gern.

—Enseguida, maese Dil. Maese Dil…

—¿Sí, chico?

—¿En qué trocito está el dios?

Dil siguió examinando el interior de una de las fosas nasales del faraón e hizo un esfuerzo desesperado para no perder la concentración.

—Ya se han encargado de separar esa parte antes de bajarle aquí —replicó con infinita paciencia.

—Ah —dijo Gern—. No veo que haya ninguna jarra para meterlo y, claro, me preguntaba si…

—No, claro que no hay ninguna jarra. Tendría que ser una jarra francamente extraña, Gern.

Gern pareció un poquito desilusionado.

—Oh —dijo—. Entonces ahora es… Bueno, es corriente, ¿no?

—En un sentido estrictamente orgánico, sí —dijo Dil.

Su voz sonaba ligeramente ahogada a causa de su postura y de lo que estaba haciendo.

—Mi mamá dijo que había sido un buen faraón —comentó Gern—. ¿Qué opináis vos?

Dil se quedó inmóvil con una jarra en la mano y pareció pensar seriamente en la conversación por primera vez desde que ésta había empezado.

—La verdad es que nunca pienso en eso hasta que bajan aquí —dijo—. Supongo que fue mejor que la mayoría. Un par de pulmones magníficos, riñones limpios… Ah, y unos senos nasales bien desarrollados, que es lo que siempre busco primero en un faraón. —Miró hacia abajo y emitió su dictamen profesional—. Realmente, es un placer trabajar con él.

—Mi mamá afirma que tenía un gran corazón —dijo Gern. El faraón asintió con expresión lúgubre desde el rincón de la cámara ceremonial en el que estaba flotando. «Bueno, Dil ha comentado que los había visto mayores, pero que era un buen ejemplar —pensó—. Y ahora se encuentra en la jarra número tres del estante de arriba…»

Dil se limpió las manos con un trapo y suspiró. Es posible que sus treinta y cinco años como embalsamador le hubieran proporcionado no solamente unas manos firmes y seguras de sí mismas, la tendencia a tomarse las cosas con filosofía y un agudo interés en el vegetarianismo sino también unos poderes de audición mucho más considerables de lo normal, pues estaba casi convencido de que alguien acababa de suspirar junto a su oreja derecha.

El faraón fue hacia el otro extremo de la cámara ceremonial y contempló el líquido oscuro que hervía en la cuba de preparación.

Resultaba bastante extraño. Cuando estaba vivo todo le había parecido tan lógico, tan obvio… Y ahora que estaba muerto le parecía un considerable desperdicio de tiempo y energías.

Estaba empezando a irritarse. Vio cómo Dil y su aprendiz recogían las herramientas, quemaban algunas resinas ceremoniales, le levantaban de la losa, le llevaban respetuosamente a través de la cámara y le introducían con gran delicadeza en el abrazo aceitoso del líquido preservador.

Teppicamón XXVII contempló las oscuras profundidades del líquido y su pobre cuerpo posado en el fondo de la cuba, y pensó que le recordaba al último pepinillo de un frasco de encurtidos. Siempre había pensado que ser el último pepinillo debía resultar bastante triste.

Alzó los ojos hacia los sacos amontonados en un rincón de la cámara. Los sacos estaban llenos de paja. No hacía falta ser ningún genio para comprender lo que iban a hacer con ella.

La embarcación no se deslizaba sobre las olas. Lo que hacía era insinuarse a través del agua y atravesarla bailando sobre las puntas de los doce remos flotando como un pájaro, yendo de un punto a otro con la sigilosa velocidad de una mancha de aceite. Era negra, y tema la forma de un tiburón.

No había ningún forzudo que marcara el ritmo a los remeros golpeando un timbal. La embarcación no quería cargar con más peso del estrictamente necesario y, de todas formas, la velocidad a que avanzaba habría exigido una batería completa.

Teppic estaba sentado entre las dos hileras de remeros silenciosos en el pequeño espacio de la bodega de carga. Unos minutos en la embarcación le habían hecho comprender que no era aconsejable hacer ninguna clase de especulaciones sobre la naturaleza de los cargamentos que transportaba. La embarcación parecía haber sido diseñada para trasladar pequeñas cantidades de cosas muy rápidamente sin que nadie se diera cuenta de que eran llevadas de un sitio a otro, y Teppic tenía la impresión de que ni tan siquiera el Gremio de Contrabandistas conocía su existencia. El comercio parecía ser mucho más interesante de lo que había creído hasta entonces.

La sombra envuelta en murmullos dentro de la que viajaba encontró el delta con una sospechosa facilidad. Teppic se preguntó cuántas veces habría subido sigilosamente por el río, y los perfumes exóticos del último cargamento que había ocupado la bodega fueron rindiéndose ante los olores del hogar. Teppic ya podía detectarlos. Los excrementos de cocodrilo; el polen de los juncos; el aroma de los nenúfares; la ausencia de algo remotamente merecedor de ser llamado sistema de fontanería; el olor acre de los leones y la pestilencia de los hipopótamos…

El jefe de los remeros le dio un golpecito en el hombro, le indicó que se pusiera en pie y le ayudó a no perder el equilibrio mientras Teppic pasaba por encima de la borda para poner los pies en medio metro escaso de agua. Cuando consiguió llegar a la orilla la embarcación ya había girado sobre sí misma y se había convertido en la mera sospecha de una sombra que se alejaba río abajo.

Teppic era curioso por naturaleza y se preguntó dónde se escondería durante el día, más que nada porque la embarcación tenía todo el aspecto de haber sido diseñada para viajar únicamente a cubierto de la oscuridad, y acabó decidiendo que probablemente se ocultaría en alguno de los cañaverales pantanosos del delta.

Y como ahora era faraón, hizo una anotación mental para acordarse de que a partir de ahora los cañaverales deberían ser patrullados periódicamente. Un faraón tiene que estar enterado de cuanto sucede a su alrededor.

Teppic se quedó inmóvil hundido hasta los tobillos en el fondo fangoso del río, y recordó que hacía poco había vivido unos momentos durante los que lo sabía todo.

Arthur le había contado una historia bastante extraña de gaviotas, ríos y hogazas de pan que se llenaban de brotes verdes, lo cual invitaba a pensar que había bebido demasiado. En cuanto a su experiencia, Teppic sólo podía recordar que había despertado con una terrible sensación de pérdida, como si su memoria fuese un recipiente defectuoso incapaz de conservar a buen recaudo los nuevos tesoros que había adquirido. Era algo parecido a esas revelaciones impresionantes que llegan durante los sueños y se desvanecen al despertar. Lo había sabido todo, pero en cuanto intentaba recordar en qué consistía exactamente ese saberlo todo los conocimientos inefables huían de su cabeza como el agua de un cubo agujereado.

Pero la experiencia le había cambiado. Antes su vida era un mero deambular sin rumbo guiado por las circunstancias, ahora parecía avanzar rápidamente moviéndose sobre rieles de metal reluciente. Quizá no tuviese madera de asesino, pero Teppic sabía que podía ser un buen faraón.

Sus pies encontraron tierra firme. La embarcación le había dejado bastante cerca del palacio y las llamas que brotaban de las pirámides de la otra orilla llenaban la noche con ese resplandor tan familiar que la luna volvía de color azul.

Las moradas de los muertos tenían todos los tamaños imaginables aunque, naturalmente, el diseño era prácticamente único y se pegaban las unas a las otras aumentando de número a medida que te acercabas a la ciudad. Era como si a los muertos les gustara estar lo más acompañados posible.

E incluso las más antiguas estaban intactas. Nadie había decidido tomar prestadas unas cuantas piedras para construir casas o hacer caminos, y Teppic se sentía oscuramente orgulloso de que así fuera. Nadie había roto los sellos de las puertas y había vagabundeado por el interior para averiguar si los muertos estaban enterrados con algún tesoro antiguo que ya no necesitaban para nada. La comida era depositada cada día sin falta en las pequeñas antecámaras, y los departamentos de abastecimiento y administración de la necrópolis ocupaban una gran parte del palacio.

A veces la comida desaparecía y a veces no, pero los sacerdotes no podían ser más claros en lo que respectaba a ese punto. Tanto si los alimentos se esfumaban como si no habían sido consumidos por los muertos, y punto. Teppic suponía que los muertos debían estar razonablemente satisfechos con su dieta, ya que nunca se quejaban y jamás habían dejado una nota diciendo que se habían quedado con hambre o solicitando un menú especial.

Cuidad de los muertos y los muertos cuidarán de vosotros, decían los sacerdotes. Después de todo, los muertos eran mayoría, ¿no?

Teppic apartó los juncos que tenía delante. Se alisó la ropa, quitó una pella de barro que se le había pegado a la manga y fue hacia el palacio.

La gran estatua de Khuft se alzaba ante él, una gigantesca silueta oscura que se recortaba contra el resplandor de las pirámides. Hacía siete mil años Khuft sacó a su pueblo de… (Teppic no podía recordar de dónde, pero lo más probable era que se tratara de un sitio que no les gustaba demasiado y que hubiese obrado impulsado por razones muy sólidas. En momentos como aquel Teppic siempre pensaba que le habría gustado saber un poquito más de historia), había rezado en el desierto y los dioses del lugar le habían mostrado el Viejo Reino. Y Khuft holló la tierra sagrada, y tomó posesión de ella a fin de que fuera semillero de su linaje por siempre jamás, y se prosternó ante los dioses, y agradeció el que le hubieran guiado. Teppic estaba casi seguro de que las cosas debieron ocurrir más o menos de aquella forma, aunque probablemente los textos sagrados contenían bastantes «y» más, y también creía recordar algo sobre la leche y la miel. Pero la visión de aquel rostro de patriarca, aquel brazo extendido y aquel mentón con el que habrías podido cascar nueces recortándose imponentes aureolados por el resplandor de las pirámides le dijo lo que ya sabía.

Había regresado a casa, y no volvería a marcharse. El sol empezó a subir en el horizonte.

El mayor matemático vivo de todo el Disco —y, de hecho, el único matemático de todo el Viejo Reino—, se estiró perezosamente, contempló su aprisco y empezó a contar las briznas de paja sobre las que dormiría. Después calculó el número de clavos que había en la pared. Después invirtió unos cuantos minutos en demostrar que un campo de resonancia automórfica posee un número semifinito de ideales primos indeterminables. Cuando hubo terminado decidió que volver a masticar el desayuno sería una buena forma de pasar el tiempo.

# 

# LIBRO SEGUNDO

# EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Habían pasado dos semanas. Los rituales y las ceremonias celebradas en el momento adecuado mantenían el mundo debajo del cielo y las estrellas fijas en sus rumbos habituales. Lo que se podía llegar a conseguir con unos cuantos rituales y ceremonias bien aplicadas era realmente asombroso.

El nuevo faraón se examinó en el espejo y frunció el ceño.

—¿De qué está hecho? —preguntó—. Apenas se ve nada.

—Es de bronce, señor. Bronce pulido a mano —le explicó Dios alargándole el Flagelo de la Misericordia.

—En Ankh-Morpork había espejos de cristal con la parte de atrás recubierta de plata. Iban estupendamente.

—Sí, Alteza. Aquí usamos espejos de bronce, Alteza.

—¿Y tengo que llevar esta máscara de oro?

—Es el Rostro del Sol, Alteza, y ha pasado de un faraón a otro desde el comienzo de la dinastía. Sí, Alteza, Tenéis que llevarla siempre que aparezcáis en público, Alteza.

Teppic se puso la máscara delante de la cara y miró por las rendijas de los ojos. No cabía duda de que era soberbia. Un rostro hermoso y de facciones regulares, una leve sonrisa… Teppic aún no había olvidado que en una ocasión su padre se inclinó sobre su cuna sin acordarse de que llevaba puesta la máscara. Teppic era muy pequeño, pero creía recordar que su niñera había tardado horas en conseguir que se calmara lo suficiente para dejar de gritar.

—Pesa bastante.

—Es el peso de los siglos —dijo Dios, y le alargó el Gancho de la Justicia.

—¿Hace mucho que eres sacerdote, Dios? —preguntó Teppic cogiendo el impresionante artefacto de obsidiana.

—Mucho tiempo, Alteza, primero como hombre y luego como eunuco. Y ahora…

—Papá me contó que ya eras gran sacerdote en tiempos del abuelo. Debes de ser muy viejo.

—Me conservo bien, Alteza. Los dioses han sido bondadosos conmigo —dijo Dios. Después de todo, negar lo evidente no habría servido de nada—. Y ahora, Alteza, si tuvieseis la bondad de coger esto y colocarlo…

—¿Qué es?

—Es el Panal de la Multiplicación, Alteza. Es muy importante.

Teppic hizo unos cuantos malabarismos y consiguió dejarlo en la posición correcta.

—Supongo que habrás visto muchos cambios, ¿verdad? —preguntó educadamente.

Una expresión entre apenada y dolorida pasó por los rasgos de Dios y se desvaneció a toda velocidad, como si quisiera alejarse lo más deprisa posible de aquella cara.

—No, Alteza —replicó Dios sin perder la calma—. He sido muy afortunado.

—Oh. ¿Qué es esto?

—Es la Gavilla de la Abundancia, Alteza. Es extremadamente significativa, y muy simbólica.

—Bueno, a ver si puedes ponérmela debajo del brazo… Dios, ¿has oído hablar de la fontanería?

El gran sacerdote chasqueó los dedos mientras lanzaba una rápida mirada a uno de los ayudantes.

—No, Alteza —dijo, y se inclinó hacia adelante—. Esto es el Áspid de la Sabiduría. Voy a ponerlo aquí, ¿os parece bien?

—Verás, la fontanería es algo bastante parecido a los cubos, pero no resulta tan… eh… tan maloliente.

—Suena horrible, Alteza, y además según tengo entendido el mal olor mantiene alejados a los poderes malignos. Bien, Alteza, esto es el Odre de las Aguas de los Cielos. Si pudierais levantar el mentón un poquito…

—Todo esto es necesario, ¿verdad? —preguntó Teppic.

Cada vez se le oía menos.

—Es tradicional, Alteza. Y ahora, Alteza, si consiguiéramos hacer unos pequeños cambios en la colocación creo que… Esto es el Tridente de las Aguas de la Tierra. Me parece que si nos esforzamos podremos curvar este dedo alrededor del astil… Tendremos que ir pensando en nuestro matrimonio, Alteza.

—Lo siento, Dios, pero me temo que no nos llevaríamos demasiado bien.

El gran sacerdote sonrió, pero sólo con la boca.

—Su Alteza tiene un gran sentido del humor, Alteza —replicó con gélida cortesía—. Pero tengo la obligación de recordaros que el matrimonio es esencial.

—Me temo que todas las chicas a las que conozco están en Ankh-Morpork —dijo Teppic despreocupadamente.

Teppic era consciente de que si se le hubiera obligado a ser más preciso habría tenido que confesar que los únicos representantes del sexo opuesto con los que había llegado a intimar un poco durante su estancia en AnkhMorpork eran la señora Collar, la encargada de la ropa de cama de sexto curso, y una moza de cocina que le miraba con buenos ojos y que siempre le ponía una ración extra de salsa en el plato. (Pero —y le bastó con pensar en ello para que se le acelerase el pulso—, no había que olvidar el Baile Anual de los Asesinos, claro… Los jóvenes asesinos eran adiestrados para que supieran cómo comportarse en cualquier tipo de ambiente y se esperaba de ellos que bailaran bien. Un traje de seda negra bien cortado y un par de piernas largas y esbeltas son dos imanes que cierta clase de mujer madura encuentra irresistibles, y Teppic y su pareja habían bailado durante toda la noche dando vueltas y más vueltas al compás de las baubonas, gallardas y pavoninas hasta que la atmósfera quedó saturada por los olores del almizcle y el deseo. La franqueza jovial de sus rasgos y su envidiable don de adaptarse a lo que los demás esperaban de él hacían que Broncalo no tuviera rival en esa clase de eventos sociales, y durante los días siguientes al baile su amigo se acostó muy tarde y mostró una cierta tendencia a quedarse dormido en clase…)

—No resultarían adecuadas, Alteza. Necesitamos una consorte que posea unos conocimientos lo más extensos posible sobre la observancia de los rituales y las ceremonias. Naturalmente, no hay que olvidar que nuestra tía está disponible, Alteza y…

El estrépito del metal y la piedra chocando con el suelo le impidió seguir hablando. Dios suspiró, se volvió hacia los ayudantes y les ordenó que empezaran a recogerlo todo.

—Bien, Alteza, ¿qué os parece si volvemos a empezar? Esto es el Repollo del Incremento Vegetativo…

—Perdona, pero… —murmuró Teppic—. No puedo haberte oído decir que debería casarme con mi tía, ¿verdad?

—Sí, Alteza, es justamente lo que he dicho. El matrimonio interfamiliar es una de las tradiciones de las que nuestro linaje se siente más orgulloso —dijo Dios.

—¡Pero mi tía es mi tía!

Dios puso los ojos en blanco. Había mantenido largas conversaciones con el difunto faraón aconsejándole que tomara medidas respecto a la educación de su hijo, pero el difunto faraón podía llegar a ser tan, tan tozudo cuando quería… Y ahora Dios tendría que hacerlo todo deprisa y corriendo. «Las deidades del reino me están poniendo a prueba», pensó. Se necesitaban décadas para fabricar un monarca, y Dios sólo disponía de unas cuantas semanas.

—Sí, Alteza, por supuesto —dijo pacientemente—. Y también es vuestro tío, vuestro primo y vuestro padre.

—Espera un momento. Mi padre…

El gran sacerdote se apresuró a interrumpirle alzando la mano.

—Es un mero tecnicismo —dijo—. En una ocasión vuestra tatarabuela resolvió un pequeño problema político declarando que es un rey y creo que el edicto no ha sido revocado jamás.

—Pero era una mujer, ¿no?

—Oh, no, Alteza —repuso Dios con cara de sorpresa—. Es un hombre. Ella misma lo dejó perfectamente claro.

—Pero, escucha, si mi tía tuviera… Eh… Bueno, si ella tuviera… En fin, si tuviera lo que hay que tener sería mi tío, ¿no?

—Cierto, Alteza, cierto. Lo entiendo perfectamente.

—Vaya, gracias por ser tan comprensivo —dijo Teppic.

—Es una pena que no tengamos hermanas.

—¡Hermanas!

—La sangre del linaje divino no debe diluirse mezclándose con sangre de calidad inferior, Alteza. El sol podría tomárselo a mal. Y ahora, Alteza, esto es la Escápula de la Higiene. ¿Dónde preferís llevarla?

Teppicamón XXVII estaba viendo cómo le rellenaban. Por suerte últimamente andaba muy desganado, porque si de una cosa estaba seguro era de que nunca volvería a comer pollo.

—Una costura preciosa, maese Dil.

—No hables y mantén quieto el dedo, Gern.

—A mi mamá le encanta coser —dijo Gern en el tono de quien se aburre y quiere trabar conversación—. Tiene un cesto de costura enorme, y siempre está cose que te cose.

—Te he dicho que no hables.

—Es un cesto muy bonito —dijo Gern como si ofreciera una información vital—. Está adornado con patitos y gallinitas pintadas.

Dil intentó concentrarse en lo que estaba haciendo. Oh, era una excelente muestra de artesanía, no le importaba admitirlo. El Gremio de Embalsamadores y Oficios Relacionados le había concedido más de una medalla por trabajos similares.

—Es como para sentirse orgulloso, ¿verdad? —preguntó Gern.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi mamá dice que después de haberle rellenado y haberle cosido el faraón sigue viviendo como si nada. No lo tengo muy claro, pero mi mamá dice que el faraón vivirá para siempre en el Mundo Subterráneo y eso quiere decir que lucirá vuestras costuras durante toda la eternidad, ¿no?

«Por no hablar de lo que llevaré dentro, claro —pensó melancólicamente la sombra del faraón—. Cinco sacos de paja y un par de cubos de brea, si no me fallan las cuentas…» Y no había que olvidar el papel que había servido para envolver el bocadillo de Gern, aunque el faraón no culpaba al pobre chico. Gern era un poco despistado y se lo había dejado olvidado. Tendría que pasar toda la eternidad con el envoltorio de un almuerzo formando parte de sus órganos vitales, por no mencionar la media salchicha que Gern no se había llegado a comer.

Había acabado encariñándose con Dil y con Gern, y en cuanto a su cuerpo parecía que también seguía teniéndole bastante cariño —por lo menos se sentía incómodo cuando se alejaba más de unos centenares de metros de él—, y durante el curso de los últimos dos días había llegado a conocer bastante bien al embalsamador y a su aprendiz.

Era realmente extraño. Había pasado toda su vida en el reino hablando con unos cuantos sacerdotes y prácticamente con nadie más. El conocimiento objetivo de que había otras personas a su alrededor siempre estuvo allí, desde luego —sirvientes, jardineros, etcétera—, pero el papel que jugaban en su existencia se reducía al de meras manchas borrosas. Él estaba arriba de todo, luego venía su familia y luego los sacerdotes y los nobles, naturalmente, y luego estaban las manchas borrosas. Oh, por supuesto que eran unas manchas borrosas estupendas y algunas de ellas podían contarse entre las manchas borrosas más soberbias del mundo entero. Ningún monarca habría podido desear una colección de manchas borrosas más leal y entusiasta sobre la que gobernar. Pero… eran manchas borrosas, y nada más.

Y sin embargo ahora concentraba toda su atención en las novedades del día y guardaba como un tesoro los últimos detalles sobre las tímidas esperanzas de conseguir un ascenso dentro del gremio que albergaba Dil, por no hablar del último capítulo en la apasionante historia del más bien torpe cortejo de que Gern estaba haciendo objeto a Glwenda, la hija del granjero cultivador de ajos que vivía cerca de su casa. Escuchaba con una mezcla de asombro y fascinación las conversaciones que iban describiendo un mundo lleno de distinciones de grado y posición tan sutiles como las del que había abandonado hacía muy poco tiempo. Pensar que había una posibilidad de que jamás llegara a saber si Gern conseguía vencer las objeciones de su padre y obtener la mano de su amada, o de si la excelente labor que Dil había hecho en su último desafío profesional —es decir, en el cadáver del faraón— le permitiría aspirar al rango de Grandiosa Variación Exaltada de los Noventa Grados de la Logia Natrónica del Gremio de Embalsamadores y Oficios Relacionados, era pura y simplemente terrible.

Era como si la muerte fuese un asombroso artilugio óptico que convertía incluso algo tan insignificante como una gota de agua en una colmena asombrosa llena de vida.

El difunto monarca descubrió que estaba empezando a sentir un impulso incontenible de dar algunos consejos de política elemental a Dil, o de informar a Gern de los indudables beneficios que le reportaría el lavarse y tratar de ofrecer un aspecto lo más respetable posible. Hizo varias intentonas. Dil y Gern podían sentir su presencia, de eso no cabía duda, pero la confundían con una corriente de aire.

Vio cómo Dil iba hacia la mesa de los vendajes y volvía sosteniendo en su mano un grueso trozo de tela que sostuvo con expresión pensativa junto a lo que incluso el faraón estaba empezando a considerar su cadáver.

—Creo que el lino le sentará bien —dijo—. Y no cabe duda de que es su color.

Gern ladeó la cabeza y observó el contraste.

—Pues yo creo que el yute no le quedaría nada mal —dijo—. O quizá el calicó…

—No, el calicó no. Cualquier cosa antes que el calicó, eso está claro. Le viene demasiado grande.

—Quizá acabaría adaptándose. Ya se sabe, con el uso y el desgaste…

Dil lanzó un bufido despectivo.

—¿El desgaste? ¿El desgaste? Oye, guárdate todas esas tonterías del calicó y el desgaste para otro, ¿quieres? Lo que me gustaría saber es qué pasaría si nos decidimos por el calicó y unos ladrones de tumbas rompen los sellos dentro de mil años. ¿Qué pasaría entonces? Oh, sí, conseguiría recorrer medio pasillo y quizá lograra estrangular a uno o dos, de acuerdo, pero luego se le empezaría a descoser todo. Los codos, por ejemplo… No quiero ni pensarlo. Me moriría de vergüenza.

—¡Pero dentro de mil años estaréis muerto de todas formas, maese Dil!

—¿Muerto? ¿Y qué tiene que ver eso con lo que estamos discutiendo? —Dil hurgó entre las muestras—. No, tendrá que ser el yute. El yute tiene mucho aguante, y el coeficiente de tracción tampoco está nada mal. Así podrá ir deprisa y no resbalar por los pasillos. Nunca se sabe cuándo puedes tener necesidad de moverte con rapidez, ¿no te parece?

El faraón suspiró. Personalmente habría preferido algo discreto y alegre que no pesara mucho, a ser posible en tafetán.

—Y haz el favor de cerrar la puerta —dijo Dil—. Cada vez hay más corrientes de aire aquí dentro.

—Y ahora ha llegado el momento de que veamos a nuestro difunto padre —dijo el gran sacerdote, y se permitió el lujo de sonreír—. Estoy seguro de que él ya está un poquito impaciente —añadió.

Teppic pensó en lo que acababa de decir. No tenía muchas ganas de ver a su padre, pero por lo menos la ceremonia serviría para distraer a los sacerdotes y les haría olvidar su obsesión de que se casara con una parienta aunque sólo fuese durante un rato. Teppic se inclinó y alargó un brazo en lo que esperaba resultara un gesto elegante y majestuoso para acariciar a uno de los gatos del palacio. Fue un error. La bestia olisqueó la mano que se le acercaba, hizo tal esfuerzo mental que bizqueó espantosamente y acabó atizándole un buen mordisco.

—Los gatos son sagrados —dijo Dios.

Las palabras que salieron de los labios de Teppic después de que hubiese recibido el mordisco le habían dejado entre sorprendido y escandalizado.

—Los gatos de patas largas, pelaje plateado y expresiones desdeñosas quizá lo sean —replicó Teppic examinando su mano—, pero en cuanto a éstos tengo mis dudas. Estoy seguro de que los gatos sagrados no van dejando ibis muertos debajo de la cama. Ah, Dios, y también estoy seguro de que los gatos sagrados que viven en un palacio rodeado por kilómetros y más kilómetros de arena no hacen sus necesidades dentro del palacio y, concretamente, sobre las sandalias del faraón.

—Todos los gatos son gatos —dijo Dios, lo cual era indiscutible pero también un tanto vago—. Y ahora, si tenéis la bondad de seguirnos…

Extendió una mano señalando hacia un arco distante.

Teppic le siguió lentamente. Llevaba lo que ya le parecían eras en su tierra natal, y seguía teniendo la sensación de que no encajaba. La atmósfera era demasiado seca. La ropa le molestaba. Hacía demasiado calor, e incluso los edificios le parecían indefiniblemente extraños. Las columnas, para empezar. En ca… en la escuela del Gremio de Asesinos las columnas eran unas cosas muy esbeltas con racimos de uvas, hojas de parra y otros adornos vegetales tallados alrededor de la parte de arriba. Aquí las columnas eran unas masas gigantescas con forma de pera, y cada vez que las miraba Teppic tenía la impresión de que la piedra se había escurrido hasta acumularse en la base.

Media docena de sirvientes iban detrás de ellos transportando los diversos objetos que simbolizaban el rango real.

Teppic intentó imitar la forma de caminar de Dios y descubrió que iba recordando los movimientos poco a poco. Tenías que girar el torso así, y luego volvías la cabeza así, y después extendías los brazos formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación al cuerpo, ponías las palmas hacia abajo e intentabas dar un paso.

El báculo del gran sacerdote creaba ecos cada vez que entraba en contacto con las losas del suelo. Un ciego podría haber recorrido todo el palacio de un extremo a otro sin perderse siempre que fuese descalzo y siguiera las hileras de pequeñas oquedades que había ido creando a lo largo de los años.

—Me temo que descubriremos que nuestro padre ha cambiado un poquito desde la última vez en que le vimos —dijo Dios en un tono tan tranquilo como si quisiera charlar del tiempo.

Estaban ondulando por delante del fresco en el que la Reina Kaphut aceptaba el Tributo de los Reinos del Mundo.

—Sí, claro —dijo Teppic, algo sorprendido ante su tono de voz—. Ha muerto, ¿no?

—Cierto, cierto, ése es otro factor que no debemos olvidar —dijo Dios.

Teppic comprendió que no se había estado refiriendo a algo tan trivial como el estado físico actual del difunto faraón.

Sintió una avasalladora mezcla de horror y admiración. Dios no era especialmente cruel o insensible. Para el gran sacerdote la muerte era una simple transición irritante en el eterno negocio de la existencia, y el hecho de que las personas muriesen era una mera molestia cotidiana más, algo así como el ir de visita y descubrir que no hay nadie en casa.

«Qué mundo tan extraño —pensó Teppic—. No hay más que sombras que van de un lado a otro como si estuviesen muy ocupadas, y nunca cambia. Y yo formo parte de él…»

—¿Quién es? —preguntó.

Extendió una mano señalando un fresco particularmente grande en el que se veía a un hombre muy alto con un sombrero en forma de chimenea y una barba que parecía una soga. El carro de guerra tirado por caballos blancos que conducía estaba pasando sobre un montón de siluetas mucho más pequeñas.

—Su nombre está escrito en el cartucho que hay debajo —replicó Dios en un tono más bien seco.

—¿En el qué?

—En ese óvalo pequeño que hay debajo del fresco, Alteza —dijo Dios.

Teppic se acercó al fresco y examinó la densa masa de jeroglíficos.

—Águila flacucha, ojo, garabato, hombre con un palo, pájaro sentado en el suelo, garabato —leyó. Dios torció el gesto.

—Creo que deberíamos pensar seriamente en estudiar idiomas modernos —dijo, recobrándose un poquito del disgusto que le había producido la ignorancia de Teppic—. Su nombre es Pta-ka-ba. Es rey cuando el Imperio del Djel se extiende desde el Mar Circular hasta el Océano del Borde, cuando casi la mitad del continente nos paga tributo.

Teppic por fin se dio cuenta de qué era lo que tanto le había extrañado en la forma de hablar del gran sacerdote y que no había conseguido localizar hasta entonces. Dios era capaz de retorcer cualquier frase hasta el punto de ruptura sintáctica e incluso más allá de él si eso le permitía evitar el uso del pasado verbal. Señaló otro fresco.

—¿Y ésa? —preguntó.

—Es la Reina Khata-lina-ra-pta —dijo Dios—. Conquista el reino de Hocuantalandia mediante la astucia y los ardides. Esto ocurre en la época del Segundo Imperio.

—Pero está muerta, ¿no? —preguntó Teppic.

—Tengo entendido que sí —replicó el gran sacerdote después de una pausa tan corta que resultó casi imperceptible.

Sí, estaba claro que Dios y algunos tiempos verbales no se llevaban demasiado bien…

—He aprendido siete idiomas —dijo Teppic, envalentonado por la seguridad de que las calificaciones obtenidas en tres de esos siete idiomas estaban a buen recaudo en los archivos del Gremio y allí seguirían.

—¿De veras, Alteza?

—Oh, sí. Morporkiano, vanglemeshto, efébico, laotatiano y… algunos más —dijo Teppic.

—Ah. —Dios asintió, sonrió y siguió avanzando por el pasillo. Cojeaba ligeramente, pero aun así verle caminar te hacía pensar en el tictac del gran reloj de los siglos—. Las tierras bárbaras, ¿eh?

Teppic contempló a su padre. Los embalsamadores habían hecho un buen trabajo, y bastaba con mirarles para comprender que estaban esperando oírselo decir.

«Estoy contemplando un cadáver envuelto en vendas —dijo la parte de su ser que seguía viviendo en AnkhMorpork—, y supongo que no creerán que envolverle en vendas le ayudará en algo, ¿verdad? En Ankh te mueres y te entierran o te queman o te arrojan a los cuervos. Aquí el morirse significa que debes adaptarte a una existencia muy sedentaria y que a partir de ese momento te darán lo mejor que haya en la cocina. Es ridículo… ¿Cómo se puede gobernar un reino semejante? Parecen creer que estar muerto es como estar sordo. Basta con hablar un poco más alto y todo arreglado.»

Pero Teppic también podía oír una segunda voz mucho más vieja que la primera. «Llevamos siete mil años gobernando un reino así —dijo la segunda voz—. Aquí el cultivador de melones más humilde puede enorgullecerse de un linaje tan antiguo que a su lado los reyes de otras tierras parecen efímeros. Tuvimos que acabar vendiéndolo para pagar las pirámides, cierto, pero hubo un tiempo en el que todo el continente era nuestro. Ni tan siquiera pensamos en los países que tienen menos de tres mil años de historia. Todo parece funcionar bien. ¿Para qué cambiar?»

—Hola, padre —dijo Teppic.

La sombra de Teppicamón XXVII le había estado observando con gran atención y se apresuró a cruzar la habitación en cuanto le oyó hablar.

—¡Tienes un aspecto magnífico! —exclamó—. ¡Me alegro mucho de verte! Escucha, esto es muy importante. Préstame atención, por favor. Es sobre la muerte y…

—Dice que le complace mucho veros —dijo Dios.

—¿Puedes oírle? —preguntó Teppic—. Yo no he oído nada.

—Los muertos hablan a través de los sacerdotes, naturalmente —dijo el gran sacerdote—. Es la costumbre, Alteza.

—Pero él puede oírme, ¿verdad?

—Por supuesto.

—He estado pensando en todo eso de la pirámide y… En fin, no estoy muy seguro de si es una buena idea. Teppic se inclinó sobre la cabeza de su padre.

—Muchos recuerdos de la tía —dijo en voz alta. Pensó en lo que acababa de decir, y decidió que quizá no había sido muy claro—. Me refiero a mi tía, no a la tuya…

«Eso espero», añadió mentalmente.

—Hijo, ¿puedes oírme?

—Vuestro padre os saluda desde el mundo que se encuentra más allá del velo —dijo Dios.

—Bueno, sí, supongo que sí, pero ESCUCHA, no quiero que te tomes la molestia de construir una…

—Te construiremos una pirámide maravillosa, padre. Te gustará, te lo aseguro… Habrá gente que cuidará de ti y dispondrás de todo lo que te haga falta. —Teppic volvió la cabeza hacia Dios buscando alguna clase de confirmación—. Eso le gustará, ¿verdad?

—¡No QUIERO una pirámide! —aulló el faraón—. Hay toda una eternidad de lo más interesante que aún no he visto. ¡Te prohíbo que me encierres en una pirámide!

—Dice que así es como tiene que ser y que sois un hijo respetuoso y obediente —dijo Dios.

—¿Puedes verme? ¿ Cuántos dedos te estoy enseñando? Supongo que crees que pasar el resto de tu muerte debajo de un millón de toneladas de roca viendo cómo te vas desmoronando resulta divertido, ¿eh? ¿Es ésa tu idea de una época digna de ser recordada?

—Me parece que este lugar está lleno de corrientes de aire, Alteza —dijo Dios—. Creo que será mejor que nos vayamos.

—¡Y además no puedes permitirte gastar tanto dinero!

—Y pondremos tus frescos y tus estatuas favoritas dentro de la pirámide. Te gustará, ¿verdad? —preguntó Teppic en un tono de voz que empezaba a ser francamente desesperado—. Todas tus cositas, tus objetos personales… No te faltará nada, ya lo verás.

Salieron al pasillo y fueron hacia la sala del trono.

—Le gustará, ¿verdad? —preguntó Teppic mirando a Dios—. Es que a veces… No sé, tengo la sensación de que no le hace demasiada gracia.

—Os aseguro que no puede tener ningún otro deseo, Alteza —dijo Dios.

El silencio volvió a adueñarse de la sala de embalsamamiento. Teppicamón XXVII intentó atraer la atención de Gern dándole un golpecito en el hombro y, naturalmente, no lo consiguió. El difunto faraón lanzó un suspiro de cansancio y se sentó junto a sí mismo.

—No lo hagas, chico —dijo con amargura—. Arréglatelas como puedas, pero procura no tener descendencia.

Y allí estaba. Bastaba con verla para darse cuenta de que era la Gran Pirámide.

Teppic caminó alrededor del modelo. Sus pies creaban ecos al moverse sobre las losas de mármol. No estaba muy seguro de lo que se suponía que debía hacer, pero sospechaba que los reyes tenían que pasar con mucha frecuencia por ese tipo de situaciones. Bueno, siempre quedaba el viejo e infalible recurso de mostrar interés.

—Bien, bien… —dijo—. ¿Y cuánto tiempo llevas diseñando pirámides?

Ptaclusp, arquitecto y constructor de pirámides para la nobleza, le hizo una profunda reverencia.

—Toda mi vida, oh luz del mediodía.

—Supongo que es un trabajo fascinante, ¿eh? —dijo Teppic.

Ptaclusp lanzó una rápida mirada de soslayo al gran sacerdote, quien asintió con la cabeza.

—Tiene sus cosas buenas, oh manantial de las aguas —se atrevió a decir.

Ptaclusp no estaba acostumbrado a que un faraón le hablara como si fuese un ser humano, y tenía la vaga sensación de que no era demasiado correcto.

Teppic movió una mano señalando al modelo que había sobre el estrado.

—Sí —dijo con voz algo vacilante—. Bien, perfecto… Cuatro muros y una punta arriba de todo. Estupendo, estupendo… Es de primera calidad, ¿eh? Te das cuenta enseguida.

La cantidad de silencio que había a su alrededor seguía pareciéndole demasiado elevada, y Teppic decidió que la única forma de que no le asfixiara era continuar hablando.

—Magnífica, magnífica —dijo—. Sí, no cabe duda, ¿verdad? Esto sí que es una pirámide. ¡Y menuda pirámide! Sí, sí…

Seguía teniendo la impresión de que se esperaba algo más de él, y empezó a estrujarse los sesos buscando desesperadamente más palabras.

—La gente la contemplará en siglos venideros y quienes la vean dirán… dirán… dirán «¡Vaya maravilla de pirámide!». Sí… Esto… —Tosió—. La pendiente de los muros es preciosa, ¿no? —logró graznar—. Pero…

Dos pares de ojos giraron velozmente hacia él.

—Eh… —dijo Teppic. Dios enarcó una ceja.

—¿Alteza?

—Creo recordar que en una ocasión mi padre dijo que cuando… en fin, ya sabes… que cuando se… cuando se muriera le gustaría que… que… que le enterráramos en el mar.

El bufido de incredulidad ofendida que había estado esperando oír no se produjo.

—Se refería al delta —dijo Ptaclusp—. El suelo de esa zona es muy blando. Haría falta trabajar meses enteros para conseguir unos cimientos mínimamente decentes. Y, claro, luego corres el riesgo de que haya hundimientos, y no hay que olvidar la humedad. La humedad dentro de una pirámide es lo peor que hay.

—No, claro —dijo Teppic sudando bajo la mirada implacable de Dios—. Creo que mi padre pensaba en… bueno, yo… creo que quería ser enterrado no al lado del mar o cerca del mar sino… eh… dentro del mar.

La frente de Ptaclusp se llenó de arrugas.

—Vaya, eso es bastante más complicado —dijo con voz pensativa—. Es una idea muy interesante, desde luego. Sí, supongo que se podría hacer. Habría que construir una pirámide pequeña, un millón de toneladas como mucho, y transportarla sobre pontones o algo así…

—No —dijo Teppic intentando contener la risa—. Creo que mi padre pensaba en ser enterrado sin…

—Teppicamón XXVII sólo quiere una cosa y es que se le entierre sin ninguna dilación y lo más deprisa posible —dijo Dios en un tono de voz algo más untuoso que la seda engrasada—. Y no cabe duda de que necesitará lo mejor que puedas construir, arquitecto.

—No, estoy seguro de que lo has entendido mal —dijo Teppic.

Los rasgos de Dios se quedaron absolutamente inmóviles. Ptaclusp adoptó la expresión entre incómoda y atontada de quien se encuentra repentinamente de más en un lugar, y empezó a contemplar el suelo como si su supervivencia dependiera de que memorizase hasta el más mínimo detalle de las losas.

—¿Mal? —murmuró Dios.

—No te ofendas —dijo Teppic—. Estoy seguro de que ha sido sin querer y de que tus intenciones son buenas, pero… Bueno, cuando lo dijo parecía tenerlo muy claro y…

—¿Mis intenciones son buenas? —repitió Dios saboreando cada palabra como si fuese una uva en mal estado.

Ptaclusp tosió. Ya había terminado de estudiar el suelo, y decidió empezar con el techo.

Dios tragó una honda bocanada de aire.

—Alteza —dijo—, siempre hemos sido constructores de pirámides. Todos nuestros faraones están enterrados en pirámides. Es nuestra forma de hacer las cosas, Alteza. Es la única forma de hacer las cosas que existe.

—Sí, pero…

—No puede ser discutida —dijo Dios—. ¿Quién podría desear cualquier otro destino? Sellado con todos los artificios posibles y protegido contra las profanaciones del Tiempo… —La seda engrasada de su voz se convirtió en una coraza tan dura como el acero y tan burlonamente despectiva como un bosque de lanzas—. Protegido por toda la duración del Tiempo contra los insultos del Cambio…

Teppic bajó la vista hacia los nudillos del gran sacerdote y vio que estaban muy blancos. El hueso presionaba la carne como si quisiera escapar de ella.

Sus ojos fueron subiendo por el brazo cubierto de tela gris y acabaron llegando al rostro del gran sacerdote. «Dioses —pensó—, es realmente cierto. Su aspecto… Es como si se hubieran hartado de esperar a que muriera y hubieran decidido embalsamarle sin pasar por ese pequeño trámite preliminar.» Un instante después sus ojos se encontraron con los del gran sacerdote, y el encuentro de miradas resultó bastante ruidoso.

Teppic sintió como si su carne estuviera separándose lentamente de sus huesos. Tenía la sensación de ser tan insignificante como una efímera. Oh, una efímera necesaria, ciertamente, una efímera a la que se trataría con todo el respeto debido, pero aun así era un insecto y los derechos inherentes a su situación no eran muy impresionantes. La furia de aquella mirada que caía sobre él hacía que su cuota de libre albedrío fuese tan insignificante como la de un trozo de papiro atrapado en un huracán.

—Es voluntad del faraón que sea enterrado dentro de una pirámide —dijo Dios en el tono de voz que el Creador debía de haber utilizado para hacer los primeros esbozos de la luna y las estrellas.

—Esto… —dijo Teppic.

—El faraón tendrá la más hermosa e imponente de todas las pirámides —dijo Dios. Teppic se rindió.

—Oh —dijo—. Bueno, entonces… De acuerdo. Sí. Estupendo. La mejor, claro.

Ptaclusp dejó que el alivio se fuera extendiendo por toda su cara, sacó una tablilla de cera de un bolsillo con una floritura y extrajo un punzón de las profundidades de su peluca. Tenía bastante experiencia en aquel tipo de situaciones, y sabía que lo principal era cerrar el trato lo más pronto posible. Si permitía que las cosas llegaran hasta cierto punto sin tomar medidas al respecto un hombre podía acabar encontrándose con 1.500.000 toneladas de piedra caliza en las manos y nada que hacer con ellas.

—Entonces estamos de acuerdo en que se usará el modelo habitual, ¿verdad, oh agua en el desierto?

Teppic miró a Dios, quien estaba totalmente inmóvil con los ojos clavados en la nada dominando a los bulldogs de la Entropía por pura fuerza de voluntad.

—Yo había pensado en algo más grande —dijo con cierta desesperación.

—Ah, por supuesto, el modelo Ejecutivo —dijo Ptaclusp—. Muy exclusivo y elegante, oh base de la columna eterna. Dura una auténtica perpetuidad, desde luego… Además nuestra oferta especial de este eón consiste en varias medidas de significado paracósmico incorporadas al diseño básico sin ningún coste extra.

Miró a Teppic con expresión expectante.

—Sí, sí —dijo Teppic—. Estupendo.

Dios tragó aire.

—El faraón exige mucho más que eso —dijo.

—¿Sí? —murmuró Teppic poniendo cara de duda—. No, creo que me conformaré con…

—No, Alteza. Es vuestro deseo expreso que vuestro padre repose en el mayor de los monumentos que se han erigido hasta la fecha —dijo Dios sin perder la calma.

Teppic comprendió que aquello era una especie de juego entre él y Dios. El problema era que no conocía las reglas, no tenía ni idea de cómo jugar y sabía que iba a perder.

—¿De veras? Oh. Sí. Sí, claro, supongo que sí. Sí.

—Una pirámide que no tenga igual en todo el Djel —dijo Dios—. Es la orden del faraón. Así es como tiene que ser, ¿no os parece?

—Sí, claro, algo así. Eh… Y que tenga el doble del tamaño normal —dijo Teppic desesperadamente.

Tuvo la breve satisfacción de ver cómo incluso Dios parecía desconcertado aunque sólo fuese durante unos momentos.

—¿Alteza? —exclamó el gran sacerdote.

—Así es como tiene que ser, ¿no te parece? —replicó Teppic.

Dios abrió la boca disponiéndose a protestar, se dio cuenta de cómo le estaba mirando Teppic y volvió a cerrarla.

Ptaclusp movía velozmente el punzón sobre la tablilla mientras la nuez de su garganta subía y bajaba convulsivamente. Era maravilloso, realmente maravilloso… Algo así sólo ocurría una vez a lo largo de una carrera profesional.

—Puedo incluiros un recubrimiento exterior de mármol negro precioso —dijo sin apartar la vista de su tablilla—. Puede que tengamos la cantidad suficiente en la cantera… oh rey de las esferas celestiales —se apresuró a añadir.

—Estupendo —dijo Teppic. Ptaclusp terminó de hacer anotaciones en la primera tablilla de cera y cogió otra.

—En cuanto a la punta, ¿qué os parece si la ponemos de electro? Si dibujas los planos con esa idea en la cabeza desde el principio siempre sale un poquito más barato, y además hay quien primero se conforma con que la punta sea de plata y luego vienen y te dicen «No sé, no me acaba de gustar, ¿y si la cambiáramos por otra de electro?», y entonces…

—Sí, que sea de electro.

—Y supongo que también querréis la distribución del modelo habitual, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Una cámara funeraria y una antecámara, naturalmente. Si me lo permitís yo os recomendaría el modelo Memfis. Es muy elegante, y además incluye una sala del tesoro extra que hace juego con la decoración de las demás. Resulta muy útil para guardar todos esos pequeños objetos personales de los que no puedes separarte. —Ptaclusp dio la vuelta a la tableta y empezó a deslizar el punzón por el otro lado—. Y, naturalmente, supongo que también querréis una suite similar para la Reina, oh monarca que vivirá eternamente…

—¿Eh? Oh, sí… Sí, claro, supongo que sí —dijo Teppic mirando a Dios—. Quiero todo lo que sea necesario en estos casos, ya sabéis.

—No hay que olvidar los laberintos, por supuesto —dijo Ptaclusp intentando que no le temblara la voz—. Son muy populares en esta era. Ah, el laberinto es muy importante… Decidir que quieres un laberinto después de que los ladrones hayan entrado en la pirámide es una pérdida de tiempo y de dinero, ya podéis imaginarlo. Puede que yo sea un poquito anticuado, pero soy un firme partidario de los laberintos. Sí, no hay nada como un buen laberinto… Tal y como solemos decir los del oficio, puede que consigan entrar, pero nunca conseguirán salir. Hace aumentar un poquito el coste final, pero… ¿qué es el dinero en un momento como éste, oh señor de las aguas?

«¿Qué es el dinero? ¿Algo de lo que no disponemos, quizá?», dijo una vocecita perdida en las profundidades de la cabeza de Teppic. Teppic la ignoró. «Es el destino —se dijo—, y resistirse al destino nunca ha servido de nada.»

—Sí —dijo, y se irguió—. Laberintos… Una idea excelente. Que sean dos.

El punzón de Ptaclusp atravesó limpiamente la tablilla.

—Claro, oh piedra de las piedras, uno para él y uno para ella —graznó—. Muy bien pensado, y siempre resulta más cómodo. ¿Deseáis la selección de trampas habitual? Nuestra gama ofrece abismos, pozos de arena, pendientes engrasadas, bolas de piedra, lanzas que caen del techo, flechas…

—Sí, sí —dijo Teppic—. Queremos trampas. Que haya muchas trampas, montones de trampas. Las queremos todas. Sí, eso es… Poned una de cada.

El arquitecto tragó una honda bocanada de aire.

—Y, naturalmente, supongo que también desearéis incluir el número habitual de estelas, avenidas, esfinges ceremoniales… —empezó a decir.

—Cuantas más haya mejor —dijo Teppic—. Lo dejamos en vuestras manos.

Ptaclusp se limpió el sudor de la frente.

—Estupendo —dijo—. Maravilloso. —Se sonó la nariz—. Si me permitís que me atreva a decirlo, oh sembrador de la semilla, creo que vuestro padre es extremadamente afortunado al tener un hijo tan respetuoso y considerado. ¿Puedo añadir que…?

—Puedes marcharte —dijo Dios—, y esperamos que los trabajos empiecen de forma inmediata.

—Os aseguro que empezarán enseguida —dijo Ptaclusp—. Yo… Esto…

A juzgar por su expresión Ptaclusp parecía estar debatiéndose con algún problema filosófico de dimensiones más bien colosales. —¿Sí? —preguntó Dios con voz gélida.

—Es que uh. Está el pequeño detalle del uh. No olvidemos el uh. Naturalmente, apreciadísimo y más antiguo de los clientes, pero el hecho es que uh. No es que exista ni la más leve duda sobre vuestra solvencia o capacidad de crédito, pero uh. No, yo no querría dar a entender ni por un solo instante que uh.

Dios le lanzó una mirada que habría hecho parpadear a una esfinge. De hecho una esfinge joven no sólo habría parpadeado, sino que habría acabado volviendo la cabeza en otra dirección.

—¿Deseas decir algo? —preguntó—. El tiempo de Su Majestad es extremadamente limitado y valioso.

Ptaclusp movió las mandíbulas sin emitir ningún sonido, pero no se necesitaban grandes dotes proféticas para predecir cómo terminaría la cosa. Cuando el gran sacerdote miraba de aquella forma incluso un dios podía quedar reducido a un estado de confusión balbuceante y temblorosa. Y lo peor era que las serpientes del báculo también parecían estarle observando…

—Uh. No, no. Lo siento, disculpadme. Estaba… eh… pensaba en voz alta, nada más. Entonces me marcho, ¿verdad? Sí, sí, creo que me marcho… Hay tanto que hacer. Uh.

Ptaclusp se despidió con una reverencia tan pronunciada que su cabeza casi tocó el suelo.

Llevaba recorrida la mitad de la distancia que le separaba del arco cuando Dios volvió a hablar.

—La pirámide tiene que estar terminada dentro de tres meses —añadió—. Ha de estar lista para la Inundación.[[11]](#footnote-11)

—¿Qué?

—Estás hablando con el monarca número 1.398 del linaje real —dijo Dios con voz gélida.

Ptaclusp tragó saliva.

—Lo siento —murmuró—. Lo que quería decir es… ¿Qué, oh, gran rey? Quiero decir que… Sólo el acarreo de los bloques exigirá… Uh. —Los labios del arquitecto temblaron espasmódicamente mientras su imaginación jugueteaba con varios comentarios posibles, los desarrollaba y veía cómo se convenían en cenizas bajo la mirada de Dios—. Bueno, Espadarta no se construyó en un día —farfulló por fin.

—Nos parece que ese trabajo no fue encargado por nosotros —dijo Dios, y obsequió a Ptaclusp con una sonrisa. En ciertos aspectos la sonrisa era aún peor que todo cuanto la había precedido—. Pagaremos una bonificación extra, naturalmente —añadió.

—Pero si nunca pa… —empezó a decir Ptaclusp, y no terminó la frase.

El arquitecto clavó la mirada en el suelo y dejó que sus hombros se fueran encorvando lentamente.

—Las penalizaciones por no terminar el trabajo a tiempo serán terribles, naturalmente —dijo Dios—. La cláusula habitual, ya sabes.

Ptaclusp ya no se sentía con ánimos de seguir discutiendo.

—Naturalmente —dijo admitiendo la derrota—. Es un honor, claro. Y ahora, si sus eminencias tienen la bondad de disculparme… Aún quedan unas cuantas horas de luz.

Teppic asintió.

—Gracias —dijo el arquitecto—. Que vuestras sagradas ingles den el máximo fruto posible. Eh… Con la respetuosa excepción debida a vuestro rango y condición, gran sacerdote.

Dios y Teppic le oyeron bajar corriendo por la escalera.

—Será magnífica. Un poco demasiado grande, pero… Sí, será magnífica —dijo Dios.

Volvió la cabeza hacia la columnata y contempló el panorama necropolitano que se extendía por la otra orilla del Djel.

—Será magnífica… —repitió.

Sintió una nueva punzada de dolor en una pierna y torció el gesto. Ah, sí, tendría que volver a cruzar el río aquella misma noche, no cabía duda… Tendría que haberlo hecho hacía varios días, y lo había estado retrasando con pretextos estúpidos. Pero, naturalmente, no estar en situación de servir adecuadamente al reino sería algo impensable…

—¿Te ocurre algo, Dios? —preguntó Teppic.

—¿Alteza?

—Me pareció que estabas un poco pálido.

Una oleada de pánico inundó los arrugados rasgos de Dios. El gran sacerdote hizo un terrible esfuerzo de voluntad y se irguió en toda su considerable estatura.

—Alteza, os aseguro que mi estado de salud no puede ser mejor. ¡Me encuentro perfectamente, Alteza!

—No te habrás estado excediendo, ¿verdad?

La expresión de terror provocada por las palabras de Teppic fue tan intensa que resultaba imposible confundirla con otra emoción.

—¿Excederme… Alteza?

—Siempre estás tan ocupado. Dios. El primero en levantarse, el último en acostarse… Deberías tomártelo con más calma.

—Sólo existo para servir, Alteza —replicó Dios en el tono de voz más firme de que fue capaz—. Sólo existo para servir.

Teppic se reunió con él en el balcón. El sol de primera hora del anochecer arrancaba reflejos a una cordillera creada por las manos del hombre. Lo que estaban contemplando no era más que el macizo central; las pirámides se extendían sin ninguna interrupción desde el delta hasta la segunda catarata, allí donde el Djel desaparecía en las montañas. Las pirámides ocupaban las mejores tierras, las que estaban más cerca del río. Hasta los labradores habrían considerado imperdonablemente sacrílego sugerir que quizá estarían mejor en otro sitio.

Algunas de ellas eran pequeñas y estaban construidas con bloques sin desbastar que conseguían darles un aspecto mucho más antiguo que el de las montañas que delimitaban el valle separándolo de las arenas del desierto. Después de todo las montañas siempre habían estado allí, y no se les podían aplicar adjetivos como «joven» o «vieja»; pero aquellas primeras pirámides habían sido construidas por seres humanos, esas bolsitas de agua pensante encerrada en frágiles acumulaciones de calcio que impedían su dispersión durante períodos de tiempo generalmente muy cortos. Las bolsitas habían convertido los peñascos en trozos más pequeños y relativamente más manejables que habían vuelto a juntar laboriosamente dándoles una forma más elegante que la original. Oh, sí, las pirámides eran realmente viejas…

Las modas habían ido fluctuando a lo largo de los milenios. Las pirámides más recientes eran de contornos esbeltos y ángulos más pronunciados, o tenían la parte superior plana y recubierta con losetas de mica. Teppic pensó que ni tan siquiera la más empinada de ellas obtendría una puntuación superior al 1 en la escala de cualquier escalador urbano, aunque algunas de las estelas y templos que se amontonaban alrededor de la base de las pirámides como si fuesen remolcadores apelotonados alrededor de los gigantescos acorazados de la eternidad podían ser dignos de que se les tomara en consideración.

«Acorazados de la eternidad que navegan majestuosamente a través de las neblinas del Tiempo —pensó Teppic—, navíos donde todo el mundo viaja en primera clase…»

Unas cuantas estrellas habían obtenido permiso para salir temprano. Teppic alzó los ojos hacia ellas. «Quizá haya vida en otros lugares —pensó—. Puede que en las estrellas… Si es cierto que existen miles de millones de universos colocados el uno al lado del otro y separados por una distancia tan minúscula como el grosor de un pensamiento tiene que haber gente en otros sitios. Pero estén donde estén, por mucho que lo intenten y por muy admirable que sea el esfuerzo que inviertan en ello estoy seguro de que jamás podrán llegar a ser tan increíblemente estúpidos como nosotros. Hay que reconocer que hemos hecho un trabajo magnífico, ¿no? Oh, claro, cuando llegamos los cimientos ya estaban puestos, pero llevamos centenares de millares de años dejándonos la piel en ello y hemos conseguido resultados insuperables.»

Se volvió hacia Dios. Tenía la sensación de que debía tratar de reparar una parte del daño que había causado.

—Puedes sentir cómo el tiempo irradia de ellas, ¿no te parece? —comentó afablemente.

—Disculpad, Alteza, ¿cómo decís?

—Las pirámides, Dios. Son tan antiguas…

Dios las contempló como si acabara de darse cuenta de que estaban allí.

—¿De veras? —preguntó—. Sí, supongo que lo son.

—¿Tendrás la tuya después de que…? —preguntó Teppic.

—¿Una pirámide? —replicó Dios—. Alteza, ya tengo una. Uno de vuestros antepasados tuvo la inmensa amabilidad de pensar en mi futuro.

—Supongo que te sentiste muy honrado —dijo Teppic.

Dios asintió cortésmente. Lo habitual era que los almacenes de la eternidad estuvieran reservados única y exclusivamente a la familia real.

—Es muy pequeña, naturalmente, y muy sencilla. Pero bastará, ya que mis necesidades también son sencillas.

—¿Sí? —preguntó Teppic bostezando—. Qué bien. Y ahora, si no te importa, creo que iré a acostarme. He tenido un día realmente agotador.

Dios se inclinó ante él moviéndose como si tuviera una bisagra en la cintura. Teppic ya se había dado cuenta de que el repertorio de reverencias de Dios incluía un mínimo de cincuenta modalidades distintas y tan sutilmente graduadas que cada una transmitía un mensaje de significado diferente y muy finamente matizado. Aquella reverencia parecía ser la Modelo Número 3, Soy Vuestro Humilde Servidor.

—Y también ha sido un día magnífico, Alteza. Os ha quedado muy bien, si me permitís que os lo diga.

Teppic no supo qué responder.

—¿Eso crees? —dijo por fin.

—Los efectos de nubes al amanecer resultaron particularmente efectivos.

—¿Sí? Oh. ¿También tengo algo que ver con el crepúsculo o eso funciona por sí solo?

—Su Majestad se complace en bromear —dijo Dios—. Los crepúsculos se producen sin necesidad de vuestra divina intervención, Alteza. Ja, ja.

—Ja, ja —repitió Teppic.

Dios hizo crujir los nudillos.

—Pero lo que realmente tiene mérito es el amanecer —dijo.

Los ya casi desintegrados pergaminos de Knudo afirmaban que la gran naranja del sol era devorada cada noche por Khé, la diosa del cielo, quien siempre dejaba una pepita para que hubiera un nuevo sol a la mañana siguiente. Y Dios sabía que los pergaminos no se equivocaban.

El Libro de la Vida en el Abismo afirmaba que el sol era el Ojo de Yay, quien recorría el cielo cada día en Su interminable búsqueda de las uñas de Sus sagrados pies.[[12]](#footnote-12) Y Dios sabía que el Libro de la Vida en el Abismo no se equivocaba.

Los rituales secretos del Espejo Humeante mantenían que el sol era un agujero redondo en la burbuja de jabón azul de la diosa Nesh, que la burbuja no paraba de girar sobre sí misma desplazando el agujero que daba acceso al mundo real de llamas y calor que había más allá y que las estrellas eran los pequeños orificios por los que entraba la lluvia. Y Dios sabía que los rituales secretos del Espejo Humeante no se equivocaban.

El folklore popular afirmaba que el sol era una bola de fuego que se movía alrededor del mundo cada día, y que el mundo se hallaba encima del caparazón de una tortuga colosal que viajaba a través del vacío eterno que no tiene principio ni final. Y Dios también sabía que el folklore popular no se equivocaba, aunque ciertos aspectos teóricos del modelo cósmico que proponía le resultaban un poquito difíciles de entender.

Y el gran sacerdote sabía que Rhed era el Dios Supremo, y que Fon era el Dios Supremo —al igual que Hast, Ponh, Khubo, Thont, Io, Dhek y Esh-Pu-Tho—; que Herpetino Triskelero reinaba sobre el mundo de los muertos sin compartir las tareas de gobierno con ninguna otra deidad, y que lo mismo podía decirse de Síncope, de Siluro el Dios con Cabeza de Pez Gato y de Orexis-Nupt.

Dios era máximo gran sacerdote de una religión nacional que había estado fermentando, hirviendo y burbujeando en un proceso de sedimentación y producción de posos iniciado hacía más de siete mil años y que jamás había echado una divinidad al cubo de la basura porque siempre podía darse el caso de que resultara útil en un momento dado. Sabía que una gran cantidad de cosas que se contradecían las unas a las otras eran ciertas e indudables. Decir que no lo eran equivaldría a afirmar que los rituales y las creencias tenían tan poca importancia como unos cuantos granos de polvo, y en tal caso el mundo no existiría. El resultado básico de esta curiosa forma de pensar era que las cabezas de los sacerdotes del Djel podían albergar una colección de ideas capaz de hacer que incluso una mecánica cuántica palideciese y devolviera su caja de herramientas acompañándola con su dimisión irrevocable.

El báculo de Dios golpeaba las losas arrancándoles ecos mientras el gran sacerdote cojeaba por los tenebrosos y poco frecuentados pasillos que acabaron llevándole hasta un pequeño embarcadero. Desató el cabo del bote que había atracado en él, subió a la embarcación con cierta dificultad, cogió los remos y empezó a impulsarse por las turbias aguas del oscuro Djel.

Tenía la sensación de que sus manos y sus pies estaban demasiado fríos. Qué estúpido había sido, qué estúpido… No tendría que haber esperado tanto tiempo.

El bote avanzaba a sacudidas por el centro de la corriente moviéndose lentamente mientras la noche se desplegaba sobre el valle. Las pirámides de la otra orilla respondieron a las antiguas leyes y empezaron a iluminar el cielo.

Las luces también estaban encendidas en la sede de Ptaclusp y Asociados, Constructores Necropolitanos al servicio de las Dinastías. El padre y sus hijos gemelos estaban encorvados sobre la inmensa bandeja de cera de los diseños y discutían entre sí.

—No pagan nunca —se quejó Ptaclusp IIa—. Quiero decir que… No es un mero caso de que no puedan pagar, sino que ni tan siquiera parecen entender la idea de que hay que pagar. Por lo menos dinastías como la de Espadarta pagaban unos cien años después de haber recibido la factura. ¿Por qué no…?

—Hemos construido pirámides a lo largo del Djel durante los tres mil últimos años —le interrumpió su padre con cierta irritación—, y no nos ha ido tan mal, ¿verdad? No nos ha ido tan mal, creo yo. ¿Y sabéis por qué? Pues porque cuando los otros reinos vuelven la mirada hacia el Djel enseguida se dan cuenta de que allí hay una familia que realmente entiende de pirámides. Saben reconocer a unos conochuars en cuanto los ven, y se guían por lo que ellos hacen. «Sí, póngame lo mismo que a ellos pero añádale unos cuantos adornos más en la punta…» Y, de todas formas, estamos hablando de una realeza auténticamente real —siguió diciendo—, no de los advenedizos con que te encuentras hoy en día, esas dinastías de tres al cuarto que no te duran ni un miserable milenio. Ah, y además son semidioses, no hay que olvidarlo. No esperaréis que la realeza real se acuerde de algo tan insignificante como el que hay que pagar las facturas, ¿verdad? Ésa es precisamente una de las señales por las que se reconoce a los miembros de la realeza real, por si no lo sabíais. Nunca llevan dinero encima.

—Bueno, en tal caso admito que son de lo más real que se puede encontrar. Haría falta una nueva palabra para definirlo —dijo IIa—. En ese caso nosotros podemos considerarnos como casi reales, ¿no os parece?

—No entiendes los verdaderos intríngulis del negocio, hijo mío. Crees que todo se reduce a llevar la contabilidad al día, ¿verdad? Bueno, pues hay algo más que eso.

—Es una cuestión de masa. Y del coeficiente entre el peso y la energía, claro…

Los dos volvieron la cabeza hacia Ptaclusp IIb, quien estaba inmóvil con los ojos clavados en los esbozos preliminares dando vueltas y más vueltas al punzón entre los dedos. Las manos le temblaban a causa de la excitación que apenas conseguía contener.

—La parte inferior de los muros tendrá que ser de granito, evidentemente —dijo Ptaclusp IIb hablando consigo mismo—. No, está claro que la piedra caliza no aguantaría, y menos teniendo en cuenta los flujos de energía que se producirán… Los flujos van a ser realmente grandes, oh, sí. Después de todo no estamos hablando de cuchillas de afeitar, ¿verdad? Este trasto será capaz de sacarle filo incluso a un alfiler.

Ptaclusp puso los ojos en blanco. Su dinastía sólo contaba con dos generaciones y ya empezaba a padecer problemas generacionales francamente serios. Uno de sus hijos había nacido para ser contable, y el otro estaba enamorado de algo tan abstruso e ininteligible como la nueva ingeniería cósmica. Ah, cuando Ptaclusp era joven esas tonterías ni tan siquiera existían… Entonces todo era cuestión de arquitectura. Dibujabas los planos, movilizabas a diez mil tipos repartidos en tres turnos con horas extra los fines de semana si el cliente tenía prisa y ya habías cumplido. Después de todo lo único que debían hacer era amontonar piedras, ¿verdad? Ptaclusp no creía que hiciera falta tomárselo como si el amontonar piedras fuese una grandiosa empresa cósmica.

¡Descendientes! Los dioses habían creído adecuado darle un hijo que era capaz de cobrarte la cantidad de aliento que gastabas al decir «Buenos días», y otro que adoraba la geometría y se pasaba las noches en vela diseñando acueductos. Te pasabas la vida sacrificándote y ahorrando para enviarles a las mejores escuelas, y después los muy ingratos te lo pagaban convirtiéndose en hombres educados.

—¿De qué estás hablando? —preguntó secamente.

—Bueno, meramente la descarga energética… —IIb cogió su ábaco y las cuentas de cerámica empezaron a deslizarse a lo largo de los alambres con un tintineo casi musical—. Supongamos que estamos hablando de unas dos veces la altura del modelo Ejecutivo, lo cual nos proporciona una masa de… más dimensiones codificadas de significados ocultos adicionales tal y como se detalla en el anteproyecto… hace tan sólo cien años esto habría sido imposible, claro. Con las técnicas primitivas de que disponíamos entonces no se habría podido…

Su dedo se convirtió en un manchón borroso.

IIa dejó escapar un bufido despectivo y cogió su ábaco.

—Caliza a dos talentos la tonelada… —murmuró—. Desgaste de las herramientas… costes de albañilería… penalizaciones por retrasos que corran a nuestro cargo… pérdida de materiales… oh, oh… costes financieros… mármol negro a precio de saldo…

Ptaclusp suspiró. Dos ábacos haciendo ruido durante todo el día, uno alterando la forma del mundo y el otro deplorando lo carísimo que salía cambiar el mundo. ¿Qué había sido de los dos trocitos de madera y la plomada?

Las últimas cuentas chocaron con los topes y se quedaron inmóviles con un último chasquido.

—Sería un auténtico salto cuántico en piramidología —dijo IIb echándose hacia atrás con una sonrisa mesiánica en los labios.

—Sería un auténtico salto cá… —empezó a decir IIa.

—Cuántico —dijo IIb saboreando la palabra.

—Sería un auténtico salto cuántico en las quiebras y suspensiones de pagos —dijo IIa—. Tendrían que inventar otra palabra nueva para eso.

—Puede valer la pena en términos de prestigio —dijo IIb—. Sería una estrategia empresarial del tipo «pierde dinero hoy, fórrate mañana». Creo que eso es lo que llaman ser un líder de pérdidas, ¿no?

—Desde luego. En lo que concierne a pérdidas siempre vamos los primeros, te lo aseguro —dijo IIa con amargura.

—¡Pero piensa en los resplandores que desprendería! En los milenios venideros la gente vendría a contemplarla y diría «Vaya, no cabe duda de que ese Ptaclusp entendía de pirámides…».

—¡Querrás decir que la llamarían la Locura de Ptaclusp!

Los hermanos ya se habían puesto en pie y se fulminaban con la mirada después de haber reducido la distancia existente entre sus narices a unos cuantos centímetros.

—¡Mira, hermanito, tu gran problema es que sabes calcular el coste de todo pero no conoces el valor de nada!

—Y tu problema, hermanito… Tu gran problema es que… ¡Que tú no entiendes de costes!

—¡El progreso de la humanidad no puede detenerse!

—¡Sí, pero hay que edificarlo sobre unos cimientos financieros lo mas sólidos posible, por Khuft!

—La búsqueda del conocimiento…

—La búsqueda de la liquidez…

Ptaclusp dejó que siguieran discutiendo y volvió la cabeza hacia el patio iluminado por la luz de las antorchas en el que sus empleados estaban llevando a cabo un frenético inventario de las existencias actuales.

Cuando lo heredó de su padre el negocio no era gran cosa. De hecho, se limitaba a un patio lleno de bloques de piedra y esfinges varias, obeliscos, estelas y otros artículos de catálogo y a un grueso fajo de facturas por cobrar, la mayor parte de ellas ya enviadas varias veces al palacio junto con cartas redactadas en el tono más respetuoso posible explicando que al parecer la factura que presentamos hace novecientos años se ha extraviado de forma inexplicable, y que les quedaríamos muy agradecidos si tuvieran la amabilidad de tramitar el pago lo más rápidamente posible. Pero por lo menos en aquellos tiempos Ptaclusp disfrutaba trabajando. Todo era más íntimo y más manejable. Él, cinco mil trabajadores y la señora Ptaclusp llevando la contabilidad, nadie más.

«Tienes que hacer pirámides», le había repetido su padre una y otra vez. Oh, claro, el dinero se ganaba con las mastabas, las pequeñas tumbas familiares, los obeliscos conmemorativos y las mil y una chapuzas que siempre trae consigo una necrópolis, pero si no hacías pirámides era como si no hicieses nada. Todo el mundo lo sabía, e incluso el cultivador de ajos más miserable —el tipo de cliente que quería «algo mono y duradero, sí, puede que con unos cuantos adornos de mármol verde, de acuerdo, pero procure que no nos salgamos del presupuesto, ¿eh?»—, se lo pensaría dos veces antes de encargar el trabajo a un hombre que jamás había edificado una pirámide, y lo más probable era que después de habérselo pensado dos veces decidiera buscar a otro.

Y, naturalmente, Ptaclusp construyó pirámides, y habían sido unas pirámides excelentes, no como algunas de las que veías hoy en día, esos horrores que ni tan siquiera tenían el número de caras correcto y con unas paredes que se podían atravesar de una patada. Y, sí, la empresa había ido hacia arriba, y un encargo había traído otro más ambicioso e importante…

Construir la mayor pirámide de toda la historia…

En tres meses…

Con penalizaciones terribles si no estaba terminada a tiempo. Dios no había precisado lo terribles que llegarían a ser, pero Ptaclusp le conocía lo bastante bien para saber que había muchas probabilidades de que contaran con la participación de unos cuantos cocodrilos. Sí, no cabía duda de que serían realmente terribles…

Contempló las luces parpadeantes que bailoteaban a lo largo de las avenidas de estatuas, incluida la del maldito Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre de los Invitados Inesperados que había comprado hacía unos cuantos años porque los caprichos de la clientela son infinitos. El único cliente que se interesó por ella acabó rechazándola porque el pico no le parecía lo bastante imponente, y desde aquel entonces la estatua había demostrado ser invendible ni aun dejándola a precio de coste.

La mayor pirámide de la historia…

Y después de que te hubieras dejado la piel para que la nobleza del país dispusiera de su billete a la eternidad, ¿acaso se te permitía utilizar tus dotes profesionales en beneficio propio, digamos que construyendo una piramidilla de nada para que un servidor y la señora Ptaclusp tuvieran asegurado el acceso al Otro Mundo? Pues claro que no. Incluso su padre se había tenido que conformar con una mastaba, aunque Ptaclusp tenía que admitir que era una de las mejores mastabas de todo el río. Aquel mármol con vetas rojas traído desde la lejanísima Maravillolandia daba unos resultados magníficos, de eso no cabía duda. Muchos clientes se habían encaprichado con él nada más verlo, y la inversión redundó en beneficio del negocio. Su padre se habría sentido realmente orgulloso de él…

La mayor pirámide de la historia…

Y ni tan siquiera se acordarían de quién estaba debajo de ella… Que la conocieran como la Locura de Ptactusp o la Gloria de Ptaclusp le daba igual. «… DE PTACLUSP.» Eso era lo que realmente importaba.

Ptaclusp emergió de la laguna de sus pensamientos, volvió a prestar atención al mundo exterior y se enteró de que sus hijos seguían discutiendo.

Si ésta era la posteridad que le habían concedido los dioses… Bueno, Ptaclusp casi habría preferido conformarse con que le recordaran por todos los bloques de caliza de seiscientas toneladas que había esparcido a lo largo del Djel. Por lo menos los bloques de piedra caliza no hacían ruido.

—Callaros —dijo—. Los dos.

Los gemelos dejaron de discutir y se sentaron entre gruñidos y murmullos de protesta.

—He tomado una decisión —dijo Ptaclusp. IIb jugueteó pensativamente con su punzón. IIa arrancó un tañido a los alambres de su ábaco.

—La construiremos —dijo Ptaclusp, y salió de la habitación—. Y si algún hijo no está de acuerdo con la idea será arrojado a las tinieblas de los abismos para que pase toda la eternidad entre el llanto y el rechinar de dientes —gritó por encima de su hombro después de haber cruzado el umbral.

Los dos hermanos se quedaron solos y siguieron fulminándose con la mirada durante unos momentos.

—Y de todas formas, ¿qué quiere decir eso de «cuántico»? —preguntó por fin IIa. IIb se encogió de hombros.

—Quiere decir que añades una muesca más —replicó.

—Oh, ¿sólo se trata de eso? —murmuró IIa.

Las pirámides esparcidas a lo largo del valle del Djel ardían en silencio lanzando sus resplandores hacia el cielo nocturno y se iban desprendiendo de la energía acumulada durante el día.

Inmensos surtidores de fuego más frío que el hielo brotaban de sus puntas sin hacer el más mínimo ruido y subían hacia las alturas moviéndose con el veloz zigzagueo de los relámpagos.

Los reflejos de las constelaciones de los muertos y la aurora de la antigüedad se extendían sobre centenares de kilómetros cuadrados de desierto, pero en el valle del Djel las luces se confundían unas con otras hasta formar una cinta de fuego.

Estaba encima del suelo y había una almohada a un extremo. Tenía que ser una cama.

Teppic descubrió que empezaba a dudar de que lo fuese, pero siguió removiéndose y cambiando de postura en un intento de encontrar alguna parte del colchón que estuviese dispuesta a firmar un tratado de no agresión con su cuerpo. «Esto es ridículo —pensó—. Llevo toda la vida durmiendo en camas así, por no hablar de las almohadas de roca tallada… Nací en este palacio. Ésta es mi herencia, y debo estar preparado para aceptarla.»

Volvió a cambiar de postura.

«Lo primero que haré en cuanto me levante por la mañana será ordenar que un barco vaya a Ankh y vuelva lo más deprisa posible trayendo una almohada de plumas y una cama como es debido. Yo, el faraón, así lo he decidido y así se hará.»

Un nuevo cambio de postura y su cabeza chocó contra la almohada con un golpe ahogado.

Y la fontanería, claro… Era una idea magnífica. El provecho que se le podía sacar a algo tan simple como un agujero en el suelo era realmente asombroso.

Sí, fontanería. Y puertas, maldición. Teppic no estaba acostumbrado a que hubiera varias personas inmóviles a su alrededor esperando el momento de adelantarse a sus deseos, y las abluciones de antes de acostarse le habían resultado particularmente embarazosas. Y la gente, claro. Tenía que conocer a sus súbditos. Pasar el resto de su existencia encerrado en un palacio no le parecía una perspectiva muy prometedora.

Teppic comprendió que conciliar el sueño iba a resultarle un poco difícil, quizá porque el cielo estaba tan iluminado como si alguien hubiera decidido celebrar un concurso de fuegos artificiales en el río.

El cansancio acabó arrastrando su cuerpo hasta una zona situada a medio camino entre el sueño y la vigilia, y un cortejo de imágenes que no tenían ni la más mínima lógica empezó a desfilar por detrás de sus globos oculares.

Por ejemplo, lo avergonzados que iban a sentirse sus antepasados cuando los arqueólogos del futuro tradujeran los frescos que los artistas de su reinado aún no habían pintado. «Garabato, águila estreñida, garabato, trasero de hipopótamo, garabato: Y en el año del Ciclo de Cephnet Teppic el Dios Sol hizo instalar la Fontanería y desdeñó las Almohadas de sus Antepasados.»

Soñó con Khuft, una silueta inmensa y barbuda que hablaba con truenos y rayos y que invocaba la ira de los cielos para que cayese sobre aquel miserable descendiente suyo que estaba traicionando un pasado tan noble.

Dios flotó a través de su campo visual y le explicó que como resultado de un edicto promulgado hacía varios miles de años era esencial que se casara con un gato.

Dioses con cabezas de todas las formas y tamaños compitieron por atraer su atención y le explicaron con toda clase de detalles los problemas que traía consigo el ser una divinidad mientras una voz que parecía venir de muy lejos intentaba conseguir que Teppic le hiciera caso y gritaba cosas que no logró entender, aunque en un momento dado le pareció oírle decir que el propietario de la voz no quería ser enterrado bajo un montón de piedras. Pero no tenía tiempo para concentrarse en aquello, pues acababa de ver a siete vacas gordísimas y a siete vacas flaquísimas, y lo más curioso era que una de ellas tocaba el trombón.

Pero ese sueño ya era muy viejo, y se presentaba prácticamente cada noche…

Y después vio a un hombre que disparaba flechas contra una tortuga…

Y después estaba caminando por el desierto y se encontró con una pirámide minúscula que apenas tendría diez centímetros de altura. Un vendaval terrible surgió de la nada y se llevó la arena, pero ahora ya no era un vendaval, era la pirámide que empezaba a brotar del suelo y la arena se escurría por sus caras relucientes…

Y la pirámide se fue haciendo más y más grande, y acabó siendo más grande que el mundo, y al final alcanzó tales dimensiones que el mundo era un puntito perdido en su centro.

Y en el centro de la pirámide ocurrió algo muy extraño.

Y la pirámide se fue haciendo más y más pequeña, y se llevó al mundo con ella, y se esfumó…

Naturalmente si eres faraón tienes derecho a sueños oscuros e indescifrables de primerísima categoría.

Otro día acababa de amanecer por cortesía del faraón, quien estaba hecho un ovillo en la cama con la ropa enrollada debajo de la cabeza sirviéndole de almohada. Los sirvientes del reino que habían pasado la noche durmiendo en el laberinto de piedra del palacio empezaron a despertar.

El bote de Dios se deslizó lentamente sobre las aguas y su proa acabó chocando suavemente con el embarcadero. Dios saltó del bote, corrió hacia el palacio y subió los peldaños de tres en tres frotándose las manos mientras pensaba en el día que se extendía delante de él y barajaba las horas y los rituales haciéndolos encajar en un esquema perfecto. Había tantos detalles de los que ocuparse y tantas cosas que hacer…

El jefe de escultores y fabricante de féretros se guardó el metro en el bolsillo después de doblarlo.

—Habéis hecho un buen trabajo, maese Dil —dijo. Dil asintió. La falsa modestia es algo desconocido entre los artesanos.

El escultor le dio un suave codazo en las costillas.

—Menudo equipo formamos, ¿eh? —dijo—. Vos los ponéis en adobo y yo los empaqueto.

Dil asintió, pero bastante más despacio que antes. El escultor contempló el óvalo de cera que sostenía en las manos.

—Aunque si he de seros franco la máscara mortuoria no me parece gran cosa —dijo.

Gern estaba muy concentrado con la cabeza inclinada sobre una esquina de la losa ocupándose de la última defunción producida entre los felinos de la Reina —Dil le había dejado que se encargara de todo sin su ayuda—, pero alzó los ojos con expresión horrorizada al oír aquellas palabras.

—Pues he procurado esmerarme al máximo con ella —dijo haciendo un mohín.

—Sí, me temo que ahí está el problema —dijo el escultor.

—Ya lo sé —dijo Dil poniendo expresión apesadumbrada—. Se trata de la nariz, ¿verdad?

—Yo pensaba más bien en el mentón.

—Y la nariz.

—Sí.

—Sí.

Los dos se sumieron en un lúgubre silencio y contemplaron el rostro cerúleo del faraón. El faraón les imitó.

—¿Qué le pasa a mi mentón? No veo que tenga nada de malo.

—Se le podría colocar una barba —dijo Dil por fin rompiendo el silencio—. Una barba lo taparía casi todo, ¿no?

—Sigue estando el problema de la nariz.

—Siempre se podría recortar un poquito… creo que bastaría con un centímetro o dos. Y quizá se podría hacer algo con los pómulos.

—Sí.

—Sí.

Gern estaba horrorizado.

—Pero… pero maeses… ¡Estáis hablando del rostro de nuestro difunto monarca! —protestó—. ¡No podéis hacer eso! Y además la gente se daría cuenta… —Vaciló—. Se darían cuenta, ¿verdad?

Los dos artesanos se contemplaron el uno al otro.

—Gern, Gern… Pues claro que se darían cuenta —dijo Dil pacientemente—. Pero nadie dirá nada. Esperan que nosotros… eh… que mejoremos un poquito las cosas, ¿entiendes?

—Después de todo —dijo el jefe de escultores con voz jovial—, no pensarás que se van a plantar delante del féretro y que van a decir algo así como «No se le parece en nada. El faraón siempre tuvo cara de gallina miope», ¿verdad?

—Muchísimas gracias. Oh, sí, muchísimas gracias, de verdad.

El faraón fue a sentarse junto al gato. Al parecer la gente sólo se tomaba la molestia de ser respetuosa con los muertos cuando creía que los muertos podían estar escuchando.

—Supongo que si se lo compara con los frescos resulta un poquito más feo —murmuró el aprendiz de embalsamador con voz vacilante y un poquito temblorosa.

—Has dado justo en el blanco —dijo Dil en un tono cargado de sobreentendidos—. Me parece que ya lo vas entendiendo, ¿eh?

Los rasgos francos, un poco toscos y abundantemente provistos de granos del aprendiz fueron cambiando tan lentamente como un paisaje lleno de cráteres cuando las nubes se deslizan sobre él. Gern estaba empezando a percatarse de que aquella conversación debía incluirse en el apartado «Iniciación a los secretos milenarios del oficio».

—Queréis decir que incluso los pintores cambian la… —empezó a decir.

Dil le miró y frunció el ceño.

—Nunca hablamos de eso —dijo. Gern intentó que sus facciones adoptaran una expresión lo más seria y digna de confianza posible.

—Oh —murmuró—. Sí, claro. Comprendo, maese Dil.

El jefe de escultores le dio una palmadita en la espalda.

—Eres un chico muy inteligente, Gern —dijo—. No se te escapa nada y aprendes deprisa, ¿eh? Después de todo, ser feo en vida ya es bastante malo. Piensa en lo terrible que resultana pasar una eternidad en el Otro Mundo siendo igual de feo.

Teppicamón XXVII meneó la cabeza. «Cuando estamos vivos todos debemos tener el mismo aspecto —pensó—, y encima se aseguran de que seamos idénticos después de muertos… Menudo reino.» Bajó la mirada y se dedicó a observar el alma del felino recién fallecido, la cual estaba muy ocupada aseándose. Cuando estaba vivo siempre había odiado a los gatos, pero el que tenía al lado parecía bastante amistoso y quizá pudiera ser una buena compañía. Alargó cautelosamente una mano hacia su cabeza y la acarició. El gato ronroneó durante unos momentos, cambió bruscamente de parecer e intentó arrancarle una tira de carne de la mano. La muerte quizá cambiara un poco a los seres humanos, pero un gato sagrado no se dejaba afectar por algo tan insignificante.

Volvió a concentrar su atención en el trío y se dio cuenta de que la conversación había empezado a girar alrededor de una pirámide. Su pirámide, para ser exactos… El faraón siguió escuchando con creciente horror, y se enteró de que iba a ser la pirámide más grande de toda la historia del Viejo Reino. Ocuparía una parcela de terreno extremadamente fértil situada en una de las mejores zonas de la necrópolis. Haría que incluso la pirámide más grande existente en la actualidad pareciera el resultado de unos minutos de actividad infantil con una pala y un poco de arena mojada. Estaría rodeada por jardines de mármol y obeliscos de granito. Iba a ser el monumento conmemorativo más gigantesco e imponente que un hijo hubiera construido jamás a su padre. El faraón lanzó un gemido.

Ptaclusp lanzó un gemido.

En los tiempos de su padre todo era más sencillo y agradable. Bastaba con tener grandes cantidades de obreros y de troncos y disponer de veinte años, lo cual resultaba muy útil porque así la gente tenía algo que hacer durante la Inundación cuando todos los campos desaparecían debajo de las aguas. En cambio ahora lo único que necesitabas era un joven espabilado con un trozo de tiza y los encantamientos adecuados.

Oh, había que admitir que resultaba impresionante. Siempre que te gustaran esa clase de cosas, claro…

Ptaclusp IIb estaba caminando alrededor del gigantesco bloque de piedra retocando una ecuación aquí o subrayando una inscripción hermética allá. Cuando hubo terminado alzó la mirada y dirigió una breve inclinación de cabeza a su padre.

Ptaclusp fue corriendo hacia el faraón y su séquito, quienes estaban observando el curso de los trabajos desde el risco que se alzaba junto a la cantera. El sol arrancaba destellos a la máscara. Una visita real, como si no tuviera bastantes problemas…

—Estamos preparados para empezar si tal es vuestro deseo, oh arco del cielo —dijo Ptaclusp—. El sudor ya había empezado a brotar de sus poros. «Por favor, por favor, otra vez no…»

Oh, dioses. El faraón acababa de volverse hacia él, y si no ocurría algún milagro, dentro de unos momentos volvería a Tratarle Como A Un Amigo.

Ptaclusp lanzó una mirada implorante al gran sacerdote. Dios sólo necesitó una casi imperceptible contracción de los rasgos para indicarle que no se proponía hacer absolutamente nada al respecto. Aquello era demasiado, y Ptaclusp no era el único que no estaba de acuerdo con esa nueva forma de tratar a los súbditos. Ayer mismo Dil había pasado por la espantosa experiencia de entretener al faraón durante media hora hablándole de su familia. No estaba bien. Lo que la gente esperaba de un faraón era que se quedase en su palacio, y aquello resultaba demasiado… El faraón fue hacia Ptaclusp con un caminar relajado y tranquilo cuidadosamente calculado cuyo objetivo era conseguir que el constructor de pirámides tuviera la sensación de estar entre amigos. «Oh, no —pensó Ptaclusp—. Va a Acordarse De Cómo Me Llamo…»

—Debo decir que en sólo nueve semanas has conseguido que esto avance de una forma increíble. Un comienzo realmente impresionante, mi buen… eh… Ptaclusp, ¿verdad? —preguntó el faraón.

Ptaclusp tragó saliva. Bien, ya no había forma de escapar.

—Sí, oh mano que se mueve sobre las aguas —dijo—, oh manantial de…

—Creo que bastaría con «Su Majestad» o «Alteza» —dijo Teppic.

Ptaclusp sucumbió al pánico y lanzó una mirada de pavor puro a Dios. El gran sacerdote torció el gesto, pero volvió a asentir.

—El faraón desea que te dirijas a su augusta persona… —Los rasgos de Dios se contorsionaron en una fugaz mueca de dolor—, de una manera informal. Al estilo de los bárba… de los habitantes de otras tierras.

—Debes considerarte muy afortunado por tener unos hijos con tanto talento y con tanta capacidad de trabajo, ¿no? —dijo Teppic contemplando el atareado panorama de la cantera que se extendía debajo de ellos.

—Me… me consideraré muy afortunado… oh… Alteza —consiguió balbucear Ptaclusp, quien había interpretado las palabras de Teppic como una orden.

El constructor de pirámides volvió a preguntarse por qué los faraones no podían conformarse con mandar sin rodeos como en los viejos tiempos. Ah, entonces al menos sabías cuál era tu posición… Los faraones de antes no se presentaban de repente en tu cantera para tratarte como si fueras su igual y ser encantadores. «Como si yo pudiera hacer salir el sol por mucho que me lo propusiera», pensó Ptaclusp.

—Ha de ser un oficio fascinante —siguió diciendo Teppic.

—Como desee Su Majestad, Majestad —dijo Ptaclusp—. Si Su Majestad tuviese la bondad de dar la orden…

—Y, dime, ¿cómo se construye una pirámide?

—¿Alteza? —preguntó Ptaclusp con expresión horrorizada.

—Hacéis que los bloques de piedra vuelen por los aires, ¿verdad?

—Sí, oh Alteza.

—Qué interesante. ¿Y cómo lo conseguís?

Ptaclusp se mordió el labio inferior con tanta fuerza que estuvo a punto de perforárselo. ¿Revelar secretos del Oficio? Le bastó con pensar en esa inimaginable posibilidad para sentir un escalofrío de horror. Y entonces ocurrió lo increíble, y Dios decidió acudir en su ayuda.

—Mediante ciertos signos y talismanes secretos sobre cuya naturaleza exacta no es aconsejable ni prudente hacer preguntas, Alteza —dijo—. Es la sabiduría de… —Dios hizo una breve pausa—, de los modernos.

—Supongo que debe de resultar mucho más rápido y cómodo que acarrear los bloques de un lado a otro manualmente, ¿no? —preguntó Teppic.

—Los métodos antiguos poseían cierta gloria, Alteza —dijo Dios—. Y ahora, ¿me permitís que os sugiera… ?

—Oh. Sí, claro. Adelante, adelante.

Ptaclusp se limpió el sudor de la frente y fue corriendo hacia el borde del risco.

Agitó un pañuelo.

Todas las cosas están definidas por sus nombres. Cambia el nombre y cambiarás la cosa. Naturalmente el proceso es mucho más complicado de lo que suena explicado así, pero visto desde la perspectiva paracósmica se reduce básicamente a eso.

Ptaclusp IIb alzó su báculo y golpeó suavemente el bloque de piedra con la punta.

La atmósfera recalentada empezó a ondular por encima del bloque en una danza de remolinos, y la gigantesca masa de piedra fue subiendo lentamente entre chorritos de polvo hasta dejar tensas las cuerdas que la mantenían unida al suelo y se inmovilizó a un metro y medio de altura.

Y eso fue todo. Teppic había esperado unos cuantos truenos o, por lo menos, una aureola llameante, pero los trabajadores ya estaban agrupándose alrededor de otro bloque y un par de hombres empezaban a remolcar el primer bloque hacia el lugar donde se alzaría la pirámide.

—Muy impresionante —dijo en un tono algo entristecido.

—Ciertamente, Alteza —dijo Dios—. Y ahora debemos volver al palacio. Pronto será el momento de iniciar la Ceremonia de la Tercera Hora.

—Sí, sí, de acuerdo —replicó secamente Teppic—. Te felicito, Ptaclusp. Seguid así, ¿eh? Lo estáis haciendo pero que muy bien.

Ptaclusp estaba tan confuso y emocionado que faltó poco para que se herniara al hacer la reverencia.

—Desde luego, Alteza —dijo, y decidió que había llegado el momento de arriesgarse—. Alteza, ¿puedo mostraros los últimos planos?

—El faraón ya ha aprobado los planos —dijo Dios—. Y discúlpame si me equivoco, pero me parece que el proceso de construcción de la pirámide ya se encuentra considerablemente avanzado, ¿no?

—Sí, sí, pero… —balbuceó Ptaclusp—. Veréis, se nos ha ocurrido que esta avenida desde la que se domina la entrada, pues veréis, pensamos que sería un lugar maravilloso para colocar una estatua de por ejemplo ChistHera, el Dios con Cabeza de Buitre de los Invitados Inesperados, prácticamente a precio de coste, y…

Dios echó un vistazo a los esbozos que le alargaba el constructor de pirámides.

—¿Se supone que eso son alas? —preguntó.

—Ni tan siquiera a precio de coste, ni tan siquiera eso, os diré lo que vamos a hacer… —farfulló Ptaclusp con creciente desesperación.

—¿Y eso de ahí es una nariz? —preguntó Dios.

—Más bien un pico, más bien un pico —dijo Ptaclusp—. Escuchad, oh gran sacerdote, ¿qué os parecería si…?

—Creo que no quedaría bien —dijo Dios—. No, realmente creo que la avenida estará mucho mejor sin esa estatua.

Recorrió la cantera con la mirada buscando a Teppic, lanzó un gemido, arrojó los esbozos sobre las manos que el constructor de pirámides extendía hacia él en un gesto de súplica y echó a correr.

Teppic había bajado por el sendero que llevaba a los carros en que había venido el cortejo, había contemplado con expresión melancólica el hervidero de actividad que se agitaba a su alrededor y se había detenido para observar a un grupo de trabajadores que estaban retocando un bloque de piedra. Los trabajadores sintieron el peso de su mirada, se quedaron paralizados y le observaron con expresiones entre perplejas y asustadas.

—Bien, bien… —dijo Teppic, y empezó a inspeccionar el bloque aunque la suma de sus conocimientos sobre el arte de la construcción se podría haber esculpido a cincel en un grano de arena—. Qué trozo de roca tan espléndido, ¿verdad?

Se volvió hacia el trabajador más cercano, el cual reaccionó quedándose boquiabierto.

—Eres cantero, ¿no? —preguntó Teppic—. Supongo que es un trabajo muy interesante, ¿verdad?

Los ojos del trabajador empezaron a sobresalir de las órbitas. Su mano se aflojó y dejó caer el cincel que sostenía.

—Erk —dijo.

Dios estaba a cien metros de distancia aproximándose a toda velocidad por el sendero con los faldones de su túnica aleteando alrededor de sus piernas. El gran sacerdote se los subió hasta la altura de los muslos y se lanzó al galope. Las sandalias amenazaban con escapar de sus pies.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Teppic.

—Aaaaarghhh —dijo el hombre, cada vez más aterrorizado.

—Ya. Bueno, bueno… —dijo Teppic. Le cogió la mano más próxima y se la estrechó. Los fláccidos dedos del trabajador no ofrecieron ni la más mínima resistencia.

—¡Alteza! —aulló Dios—. ¡No!

Y el trabajador giró sobre sí mismo agarrándose el brazo derecho a la altura de la muñeca, gritó y empezó a luchar con su mano…

Teppic tensó los dedos sobre los brazos del trono y clavó la mirada en el gran sacerdote.

—Pero si es un simple gesto de amistad. No es nada más que eso. En el sitio del que vengo…

—¡Alteza, el sitio del que venís es éste! —tronó Dios.

—Pero… Cortarle la mano… ¡Es demasiado cruel!

Dios dio un paso hacia adelante. Cuando volvió a hablar su voz había recuperado la untuosidad habitual.

—¿Cruel, Alteza? Pero se hará con precisión y con todos los cuidados médicos necesarios, y se utilizarán drogas para eliminar el dolor. Os aseguro que el trabajador sobrevivirá a la amputación.

—Pero ¿por qué?

—Ya os lo he explicado. Alteza. No puede volver a utilizar esa mano sin profanarla. Es un hombre muy devoto y lo sabe. Veréis, Alteza, sois… Sois una divinidad, Alteza.

—Pero tú puedes tocarme. ¡Y los sirvientes también!

—Yo soy un sacerdote, Alteza —dijo Dios con amabilidad—. Y los sirvientes gozan de una dispensa especial.

Teppic se mordió el labio.

—Esto es barbarie pura —dijo.

Los rasgos de Dios permanecieron absolutamente inmóviles.

—No se hará —dijo Teppic—. Soy el faraón. Prohibo que se haga.

Dios se inclinó ante el trono. Teppic reconoció el Modelo Número 49 de reverencia, Desdén Horrorizado.

—Vuestro deseo será obedecido, oh manantial de toda la sabiduría. Aunque, naturalmente, es posible que el trabajador decida… decida poner manos a la obra él mismo, y os ruego que disculpéis la forma de expresarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó secamente Teppic.

—Alteza, si sus colegas no se lo hubieran impedido lo habría hecho él mismo. Y con un cincel, según tengo entendido.

«Soy un forastero en una tierra familiar», pensó Teppic mientras le miraba fijamente.

—Comprendo —dijo por fin.

Siguió pensando en silencio durante unos momentos.

—Entonces la… la operación se llevará a cabo con el mayor cuidado posible y cuando haya terminado el trabajador recibirá una pensión vitalicia, ¿entendido?

—Se hará lo que vos digáis, Alteza.

—Una pensión lo bastante generosa para que pueda vivir sin problemas, ¿de acuerdo?

—Desde luego, Alteza. Hay que echarle una mano para que se acostumbre a su nueva situación —dijo Dios, impasible.

—Y quizá podríamos encontrarle algún trabajo en el palacio. Algo que no le exija demasiados esfuerzos…

—¿En calidad de cantero manco de Su Majestad, Alteza?

La ceja izquierda de Dios se curvó un par de milímetros.

—En calidad de lo que sea, Dios.

—Desde luego, Alteza. Vuestros deseos serán obedecidos. Me encargaré de averiguar si andamos escasos de manos cualificadas en algún departamento.

Teppic le fulminó con la mirada.

—Soy el faraón, ¿recuerdas? —dijo secamente.

—Es un hecho del que soy consciente cada hora que paso despierto, Alteza.

—Dios… —dijo Teppic cuando el gran sacerdote se disponía a salir de la sala del trono.

—¿Alteza?

—Hace unas cuantas semanas ordené que me trajeran una cama de Ankh-Morpork. Supongo que no sabrás qué ha sido de ella, ¿verdad?

Dios movió las manos en un gesto altamente expresivo.

—Alteza, tengo entendido que los piratas de la costa khaliana han incrementado notablemente sus actividades delictivas —dijo.

—E indudablemente los piratas también son responsables de que el experto del Gremio de Fontaneros y Zambulleros no se haya presentado todavía, ¿verdad? —preguntó Teppic con cierta amargura.[[13]](#footnote-13)

—Sí, Alteza. Aunque también es posible que hayan sido los bandidos, Alteza.

—Puede que un pájaro gigante de dos cabezas haya bajado del cielo y se lo haya llevado —dijo Teppic.

—Todo es posible, Alteza —replicó el gran sacerdote.

Sus facciones irradiaban cortesía.

—Puedes irte, Dios.

—Alteza… Alteza, ¿puedo recordaros que los emisarios de Espadarta y Efebas os visitarán a la hora quinta?

—Sí. Puedes irte.

Teppic se quedó solo o, por lo menos, todo lo solo que podía aspirar a estar, lo cual quería decir que su soledad incluía la presencia de dos abanicadores, un mayordomo, dos gigantescos guardias nacidos en Maravillolandia estacionados junto a la puerta y un par de doncellas.

Oh, sí, las doncellas… Teppic aún no había conseguido acostumbrarse a su presencia. Suponía que eran escogidas por Dios —después de todo el gran sacerdote parecía supervisar personalmente todo el funcionamiento del palacio—, y le sorprendía que Dios hubiera demostrado tener tan buen gusto en lo tocante a pieles aceitunadas, pechos y piernas. En el caso concreto de aquellas dos la cantidad de tela que llevaban encima apenas habría servido para cubrir un platito de postre, y lo que resultaba más extraño era que el efecto global de su cuasi desnudez se reducía a convertirlas en dos piezas de mobiliario atractivas, capaces de moverse y tan asexuadas como un par de columnas. Teppic suspiró y se acordó de las mujeres de Ankh-Morpork, aquellas criaturas sorprendentes capaces de ir cubiertas de brocados desde el cuello hasta el tobillo y que pese a ello podían conseguir que un aula llena de adolescentes se sonrojara hasta las raíces de los cabellos.

Extendió un brazo hacia el cuenco de la fruta. Una chica se movió con la velocidad del rayo, le cogió la mano apartándosela delicadamente a un lado y cogió una uva.

—Por favor, no la peles —dijo Teppic—. La piel es lo mejor de la fruta, ¿sabes? Está llena de minerales y vitaminas muy nutritivas. Aunque supongo que no tendrás ni idea de esas cosas, ¿verdad? Las han inventado hace poco —añadió, básicamente para sí mismo—. Bueno, dentro de los últimos siete mil años —concluyó con amargura.

«Así que el tiempo fluye implacablemente y no se detiene nunca, ¿eh? —pensó—. Puede que se comporte así, en el resto del Disco, pero no aquí. Aquí se limita a irse amontonando como si fuese nieve. Es como si las pirámides nos frenaran y nos impidieran movernos del sitio, igual que esas cosas que utilizaban en la embarcación, esas como-se-llamen… ah, sí, las anclas marinas. Aquí todos los días son iguales. Mañana será las sobras de hoy recalentadas y puestas en un plato.»

La doncella no le hizo ningún caso y peló la uva.

Los segundos-copos de nieve fueron cayendo sobre las losas.

Los gigantescos bloques de piedra flotaban por los aires y se colocaban en su sitio como si estuvieran tomando parte en una demolición invertida. Fluían de la cantera al solar donde se alzaría la Gran Pirámide deslizándose silenciosamente sobre el paisaje y se movían majestuosamente por encima de las negrísimas sombras rectangulares que proyectaban.

—He de admitir que resulta asombroso —dijo Ptaclusp mirando a su hijo. Estaban inmóviles el uno al lado del otro en lo alto de la torre de observación—. Algún día la gente se preguntará cómo demonios lo hicimos.

—Todo ese jaleo de los troncos y los látigos es cosa del pasado, papá —dijo IIb—. Ya puedes tirarlos al cubo de la basura.

El joven arquitecto sonrió, pero la sonrisa tenía algunos matices inquietantes que la acercaban bastante al rictus de un maníaco.

Era asombroso, desde luego. De hecho, era bastante más asombroso de lo que habría debido ser. Ptaclusp IIb no lograba librarse de la sensación de que la pirámide era…

Agarró a su mente por los hombros y le dio una buena sacudida. Debería avergonzarse de estar pensando esas cosas. Dada la naturaleza de su trabajo si no iba con cuidado podía acabar volviéndose muy supersticioso.

Las cosas tenían una tendencia natural a formar una pirámide… bueno, por lo menos un cono. Lo había comprobado aquella misma mañana haciendo unos cuantos experimentos. Trigo, sal, arena… El agua no, claro. Pensándolo bien lo del agua había sido un error. Pero una pirámide no era más que un cono un poquito más pulcro, ¿verdad? Sí, una pirámide era un cono que había tomado la decisión de ser metódico y esmerado.

Quizá se le hubiese ido la mano en las medidas paracósmicas. No mucho, sólo un poquito, pero…

Su padre le dio una palmada en la espalda.

—Un trabajo magnífico —dijo—. ¿Sabes una cosa? ¡Casi se podría decir que la pirámide se está construyendo a sí misma!

IIb lanzó un chillido y se mordió la muñeca, una manía infantil en la que recaía siempre que estaba nervioso, pero Ptaclusp no se dio cuenta porque un capataz había escogido ese mismo instante para ir corriendo hacia el pie de la torre agitando su vara de medir ceremonial.

Ptaclusp se inclinó sobre la barandilla.

—¿Qué? —preguntó.

—¡He dicho que vengáis enseguida, oh amo!

Cuando estabas cerca de la pirámide y contemplabas la superficie de trabajo actual —hacia la mitad de la altura que tendría la pirámide cuando estuviera terminada—, con el hormigueo de trabajadores que se encargaban de ultimar los detalles de las cámaras interiores la palabra «impresionante» dejaba de resultar adecuada. La única palabra que parecía encajar con la situación era «aterradora».

Los bloques de piedra se amontonaban en el cielo moviéndose en una lenta danza colosal yendo y viniendo de un lado a otro mientras sus conductores intercambiaban gritos entre sí o con los infortunados controladores de vuelo situados en la cima de la pirámide, los cuales estaban muy ocupados intentando hacer oír sus instrucciones por encima del estrépito.

Ptaclusp se abrió paso por entre la multitud de trabajadores hasta llegar a su centro. Allí por lo menos había silencio. De hecho, había un silencio absoluto.

—Bueno, bueno —dijo—. ¿Qué está…? Oh.

Ptaclusp IIb echó un vistazo por encima del hombro de su padre y se metió la mano en la boca hasta la muñeca.

El hallazgo estaba muy arrugado. Era muy antiguo, y estaba claro que hubo un tiempo lejano en el que había sido un ser vivo. Ahora yacía sobre la losa y hacía pensar en una pasa tan grande y arrugada que rayaba en la obscenidad.

—Era mi almuerzo —dijo el jefe de escayoladores—. Era mi maldito almuerzo, lo juro. Con las ganas que tenía de hincarle el diente a esa manzana…

—Pero aún no puede ocurrir —murmuró IIb—. Todavía no puede formar nódulos temporales. Quiero decir que… ¿Cómo sabe que va a ser una pirámide?

—Extendí la mano para cogerlo y sentí como si… bueno, no sé muy bien lo que sentí, pero os aseguro que resultó muy desagradable —se quejó el jefe de escayoladores.

—Y además es un nódulo negativo —añadió IIb—. No debería haberlos.

—¿Sigue ahí? —preguntó Ptaclusp, y añadió—: Dime que sí.

—Si han colocado en posición algún otro bloque ya habrá desaparecido —respondió su hijo volviendo la cabeza en todas direcciones—. Los cambios de posición en el centro de masas hacen que los nódulos se muevan, ¿entiendes?

Ptaclusp le cogió del codo y tiró de él apartándolo de los trabajadores.

—¿Qué demonios me estás diciendo? —preguntó en un susurro de camello.[[14]](#footnote-14)

—Tendríamos que taparla —farfulló IIb—. El tiempo atrapado se disiparía, y dejaríamos de tener problemas…

—¿Cómo quieres que la tapemos? Aún falta bastante para que esté terminada, ¿no? —replicó Ptaclusp—. ¿Qué has hecho? Las pirámides no empiezan a acumular energía hasta estar terminadas. Una pirámide no puede acumular energía mientras no sea una pirámide, ¿verdad? Energía piramidal, ¿comprendes? Se llama así porque se acumula en las pirámides, ¿eh? Por eso se llama energía piramidal, ¿no?

—Debe de ser un efecto colateral imprevisto causado por la masa y por la gran velocidad a la que estamos construyendo —se atrevió a conjeturar el arquitecto—, o algo parecido. El tiempo está quedando atrapado dentro de la estructura. En teoría pueden formarse nódulos de tamaño muy pequeño durante la construcción, pero deberían ser tan débiles que ni te enterarías de que estaban allí. Si te metías en uno envejecerías o rejuvenecerías unas cuantas horas como mucho o…

Su voz se convirtió en un balbuceo ininteligible.

—Me acuerdo de que cuando construimos la tumba de Kharlos XIV el pintor que se encargó de los frescos dijo que necesitó dos horas para hacer el de la Sala de la Reina, y nosotros le dijimos que había tardado tres días y le despedimos —murmuró Ptaclusp hablando muy despacio—. También recuerdo que tuvimos un jaleo considerable con el Gremio…

—Ya lo habías dicho —replicó IIb.

—¿El qué?

—Lo del pintor de frescos. Lo dijiste hace un momento.

—No, no había dicho nada sobre el pintor de frescos, y aunque lo hubiese dicho no podrías haberme oído —dijo Ptaclusp.

—Pues podría haber jurado que lo habías dicho. Bueno, de todas formas esto es bastante más grave que aquello —dijo su hijo—. Y hay muchas probabilidades de que vuelva a ocurrir.

—¿Podemos esperar que sucedan más cosas parecidas?

—Sí —dijo IIb—. No tendría que haber nódulos negativos, pero parece que los hay. Podemos esperar flujos acelerados y flujos invertidos, y probablemente incluso rizos de corta duración. Me temo que podemos esperar que haya toda clase de anomalías temporales. Será mejor que saquemos a los trabajadores de aquí.

—Supongo que no hay forma de conseguir que trabajen a ritmo acelerado cobrando la paga de ritmo lento fijada por el Gremio, ¿verdad? —preguntó Ptaclusp—. Calma, calma, era sólo una idea. Pero estoy seguro de que tu hermano hará alguna sugerencia similar.

—¡No! ¡Hay que mantener alejado a todo el mundo! ¡Colocaremos los bloques que faltan y la taparemos!

—De acuerdo, de acuerdo. Estaba pensando en voz alta, nada más. Como si no tuviéramos bastantes problemas…

Ptaclusp volvió a internarse en el grupo de trabajadores y se abrió paso hasta llegar al centro. Allí por lo menos había silencio. De hecho, había un silencio absoluto.

—Bueno, bueno —dijo—. ¿Qué está…? Oh.

Ptaclusp IIb echó un vistazo por encima del hombro de su padre y se metió la mano en la boca hasta la muñeca.

El hallazgo estaba muy arrugado. Era muy antiguo, y estaba claro que hubo un tiempo lejano en el que había sido un ser vivo. Ahora yacía sobre la losa y hacía pensar en una pasa tan grande y arrugada que rayaba en la obscenidad.

—Era mi almuerzo —dijo el jefe de escayoladores—. Era mi maldito almuerzo, lo juro. Con las ganas que tenía de hincarle el diente a esa manzana…

Ptaclusp vaciló. Todo aquello le parecía muy familiar. Ya había experimentado aquella sensación antes. Era una abrumadora sensación de reja vu.[[15]](#footnote-15)

Su mirada se encontró con los ojos horrorizados de su hijo. Los dos empezaron a girar lentamente sobre sí mismos moviéndose de forma tan sincronizada como si fueran una sola persona temiendo lo que podrían ver en cuanto hubieran completado la rotación.

Se vieron a sí mismos en pie detrás de sí mismos discutiendo sobre algo que IIb juraba que ya había oído.

«Y no se equivoca —comprendió Ptaclusp, horrorizado—. Ése de ahí soy yo. Qué distinto resulto visto desde fuera… Y ese otro de ahí también soy yo. Asimismo. Igualmente. En fin, lo que sea… Es un rizo. Igual que esos remolinos diminutos que se forman en el río, sólo que éste se ha formado en el discurrir del tiempo. Y acabo de recorrerlo dos veces.»

El otro Ptaclusp alzó la vista y le miró.

Hubo un larguísimo y agónico momento de tensión temporal casi insoportable seguido por un ruido como el que podría hacer un ratón hinchando una bola de chicle y el rizo se desintegró. La silueta se desvaneció.

—Sé qué está causando todo esto —murmuró IIb. Su voz sonaba un poco ahogada, probablemente debido a que se había vuelto a meter la mano en la boca—. Ya sé que la pirámide todavía no está terminada, pero se terminará así que los efectos están… Bueno, es una especie de eco que se mueve hacia atrás. Papá, tendríamos que parar ahora mismo, es demasiado grande, estaba equivocado, no…

—Cierra la boca. ¿Puedes calcular dónde se formarán los nódulos? —preguntó Ptaclusp—. Y vamonos de aquí. Todos los chicos nos están mirando. Contrólate, hijo.

IIb reaccionó de forma instintiva. Su mano fue hacia el ábaco que colgaba de su cinturón.

—Bueno, sí, probablemente —dijo—. Es una mera función de la distribución de las masas y…

—Estupendo —dijo el constructor de pirámides con voz firme y tranquilizadora—. Empieza a trabajar en ello. Ah, y reúne a los capataces y diles que vengan a verme.

La llamita que había empezado a arder en los ojos de Ptaclusp hacía que parecieran dos bolitas de mica. Su mandíbula había adquirido los contornos cuadrados de un bloque de granito.

—Puede que todo esto sea cosa de la pirámide —dijo—. Estoy pensando muy deprisa, y soy consciente de ello.

—Y dile a tu hermano que venga también —añadió.

«Es el efecto piramidal —pensó—. Estoy recordando una idea que voy a tener. Será mejor que no le dé demasiadas vueltas. Hay que ser práctico.»

Contempló la pirámide a medio edificar.

—No podríamos terminarla a tiempo, bien lo saben los dioses —dijo—. Ahora no tendremos que hacerlo. ¡Podemos tardar todo lo que queramos!

—¿Te encuentras bien? —preguntó IIb—. Papá, ¿te ocurre algo?

—¿Qué era eso? ¿Uno de tus rizos temporales? —replicó Ptaclusp con voz adormilada.

¡Menuda idea! Nadie volvería a quitarles un contrato de las manos. ¡Conseguirían las bonificaciones por terminar antes del plazo fijado y no importaría el tiempo que tardaran!

—¡No! Papá, deberíamos…

—Pero tú estás seguro de que puedes calcular dónde se producirán esos rizos, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí, pero…

—Perfecto.

Ptaclusp estaba tan excitado que casi temblaba. En cuanto a los trabajadores, quizá habría que subirles el sueldo, pero valdría la pena y aparte de eso IIa acabaría teniendo alguna de sus habituales ideas brillantes para reducir los gastos. La ciencia económica era casi tan eficaz como la magia. Los chicos tendrían que resignarse. Después de todo, en el pasado se habían quejado por cualquier cosa. No querían trabajar con hombres libres, no querían trabajar con inmigrantes de Maravillolandia y, de hecho, no querían trabajar con nadie salvo con miembros del Gremio que cobraran el salario establecido. Bueno, ahora trabajarían consigo mismos, y Ptaclusp estaba seguro de que ni el agremiado más quisquilloso se atrevería a quejarse por ello.

IIb dio un paso hacia atrás y tensó los dedos sobre el ábaco buscando el consuelo tranquilizador de aquel contacto que le resultaba tan familiar.

—Papá, ¿en qué estás pensando? —preguntó con cierto temor.

Ptaclusp le miró.

—Dobles —respondió, con una sonrisa radiante.

La política resultaba más interesante. Teppic tenía la sensación de que por fin había encontrado una actividad en la que podría hacer alguna aportación valiosa.

Djelibeibi era un reino antiquísimo y respetado. Pero también era pequeño y carecía de poder, al menos en el sentido de poder con filos cortantes que era el único que parecía importar actualmente. No siempre había sido así, y Dios se había encargado de explicárselo. Hubo un tiempo en el que Djelibeibi gobernaba el mundo gracias al respeto que siempre inspiran la nobleza y la superioridad natural, y rara era la ocasión en que necesitaba utilizar el ejército permanente de veinticinco mil hombres que poseía en aquella lejana época de esplendor.

Ahora disponía del poder más sutil que le proporcionaba ser un estado muy angosto situado entre los inmensos imperios enfrentados de Espadarta y Efebas, cada uno de los cuales era al mismo tiempo un escudo y una amenaza. Los faraones del Djel llevaban más de mil años manteniendo la paz en todo aquel flanco del continente gracias a una combinación de extremada diplomacia, modales exquisitos y la admirable cautela de movimientos de un ciempiés saturado de adrenalina. Si sabes utilizarlo adecuadamente, el mero hecho de haber existido durante más de siete mil años puede ser un arma formidable.

—¿Quieres decir que somos terreno neutral? —preguntó Teppic.

—Espadarta es una cultura del desierto, como nosotros —replicó Dios formando un puente con las manos—. Hemos ayudado a modelarla a lo largo de los años. En cuanto a Efebas… —El gran asesino sorbió aire por la nariz—. Sus habitantes tienen algunas creencias muy extrañas.

—¿A qué te refieres?

—Creen que el mundo está gobernado por la geometría. Alteza. Todo se reduce a una cuestión de líneas, ángulos y números. Esa clase de teorías… —Dios frunció el ceño— puede acabar llevando a que quienes creen en ellas conciban ideas muy poco sólidas, Alteza.

—Ah —dijo Teppic mientras tomaba la decisión de averiguar más cosas sobre las ideas poco sólidas tan pronto como le fuera posible—. Así que secretamente estamos de parte de Espadarta, ¿no?

—No. Es muy importante que Efebas siga siendo fuerte.

—Pero tenemos más en común con Espadarta, ¿verdad?

—Eso es lo que les inducimos a creer, Alteza.

—Pero Espadarta es una cultura del desierto, ¿no?

Dios sonrió.

—Me temo que los espadartanos no se toman muy en serio las pirámides, Alteza.

Teppic intentó digerir la información que acababa de recibir.

—Bueno, entonces… ¿Del lado de quién estamos realmente?

—Del nuestro, Alteza. Siempre hay un camino. Debéis recordar que vuestra familia ya iba por su tercera dinastía antes de que nuestros vecinos tuvieran ni la más mínima idea de cómo se fabrican los bebés.

La delegación diplomática de Espadarta daba la impresión de haber estudiado la cultura del Djel con un entusiasmo que rozaba el frenesí. Lo primero que saltaba a la vista era que sus integrantes no la habían comprendido. Se habían limitado a tomar prestadas todas las cosas que les habían parecido útiles y las habían unido de una forma sutilmente errónea hasta formar un todo francamente disparatado. Por ejemplo, todos los diplomáticos utilizaban el Caminar de los Tres Giros tal y como es representado en los frisos a pesar de que la corte del Djel sólo lo empleaba en ciertas ocasiones. Las protestas de sus vértebras hacían que torcieran el gesto de vez en cuando.

También lucían las Khrúspides de la Mañana y los abalorios del Segundo Camino, así como el faldellín de Tho-Da-Vhía junto con —y no era de extrañar que las doncellas que se encargaban de manejar los abanicos intentaran ocultar sus sonrisas—, ¡grebas que hacían juego![[16]](#footnote-16)

Incluso Teppic tuvo que toser para mantener la seriedad. «Pobrecitos —pensó—, hacen lo que pueden y no hay que pedirles más. Son como niños…»

Y aquel pensamiento fue rápidamente seguido por otro. «Estos niños podrían barrernos del mapa en una hora», añadió el segundo pensamiento.

Las sinapsis de su cerebro parecían tener ganas de funcionar a toda velocidad, y el cortejo de pensamientos no tardó en aumentar con la incorporación de un tercero. «Son sólo ropas, por el amor del cielo —dijo el tercer pensamiento—. Estás empezando a tomarte todo esto demasiado en serio, Teppic.»

Las togas blancas del grupo llegado de Efebas resultaban mucho más discretas y elegantes. Todos los diplomáticos de Efebas se parecían un poquito los unos a los otros, como si en algún lugar del país hubiera una prensa que producía hombrecillos calvos con rizadas barbas blancas.

Las dos delegaciones se detuvieron delante del trono y se inclinaron al mismo tiempo.

—Hola —dijo Teppic.

—Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere, os da la bienvenida y os ordena que bebáis vino con él —dijo Dios, y llamó al mayordomo dando una palmada.

—Oh, sí, creo que es una idea excelente —dijo Teppic—. ¿Queréis sentaros?

—Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere os ordena que toméis asiento —dijo Dios.

Teppic se devanó los sesos intentando dar con un discurso adecuado a la ocasión. Durante su estancia en Ankh-Morpork había oído montones de discursos, y pensó que había muchas probabilidades de que fueran iguales en todo el mundo.

—Estoy seguro de que nos llevaremos estupendamente…

—¡Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere os ordena que le escuchéis con la máxima atención! —retumbó la voz de Dios.

—… una larga historia de amistad…

—¡Escuchad y recordad las sabias palabras de Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere!

Los ecos se fueron desvaneciendo en la lejanía.

—Eh… Dios, ¿podría hablar contigo un momentito?

El gran sacerdote se inclinó sobre el trono.

—Oye, ¿no podríamos prescindir de ciertos formalismos? —siseó Teppic.

Los rasgos aquilinos de Dios adoptaron la expresión impasible e indescifrable típica de quien está luchando con un concepto que no le resulta nada familiar.

—Por supuesto que no, Alteza. Son tradicionales —dijo por fin.

—Creía que se suponía que debía hablar con estas personas. Ya sabes… Charlar sobre fronteras, intercambios comerciales y todas esas cosas. He estado pensando mucho en ello y tengo unas cuantas ideas. Quiero decir que… Si no paras de gritar me temo que va a resultarme un poco difícil exponerlas, ¿entiendes?

Dios le obsequió con una sonrisa cortés.

—Oh, no, Alteza. Todo eso ya ha sido discutido y acordado, Alteza. Hablé con ellos esta mañana.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

Dios movió una mano trazando un pequeño círculo en el aire.

—Lo que os plazca, Alteza. Lo normal es sonreír y hacer que se sientan a gusto.

—¿Y eso es todo?

—Su Majestad podría preguntarles si les gusta ser diplomáticos, Alteza —dijo Dios.

Los ojos que devolvieron la mirada furibunda de Teppic eran tan inexpresivos como un par de espejos.

—Soy el faraón —siseó Teppic.

—Ciertamente, Alteza. Pero estos asuntos tan banales no deben empañar el resplandor de vuestra augusta posición, Alteza. Mañana impartiréis la justicia suprema del faraón, Alteza. Ése sí que es un desafío digno de un monarca, Alteza.

—Ah. Sí, claro.

Era bastante complicado. Teppic escuchó atentamente la exposición del caso, una acusación de robo de ganado considerablemente agravada por el hecho de que los matices de las leyes del Djel fuesen lo bastante sutiles como para hacer palidecer de envidia a una cebolla. «Esto es lo que debería hacer todo el tiempo —pensó—. Nadie más puede averiguar quién es el propietario del maldito buey. Ésta es la clase de labor que sólo los monarcas pueden llevar a cabo. Bien, veamos… Hace cinco años él le vendió el buey al otro, pero al parecer después se descubrió que…»

Los ojos de Teppic fueron del preocupado rostro de un granjero al igualmente preocupado rostro del otro. Los dos tenían las manos tensas sosteniendo sus maltrechos gorros de paja delante del pecho, y ambos mostraban la expresión de perplejidad paralizada de los hombres sencillos que se han dejado llevar por el entusiasmo y descubren de repente que el pleito insignificante que les oponía les ha sacado de su aldea y les ha colocado encima de un suelo de mármol con su dios sentado encima de un trono a escasa distancia de sus narices. Teppic estaba seguro de que en aquellos momentos tanto el uno como el otro habrían renunciado rápidamente a los derechos que afirmaban poseer sobre aquella dichosa res a cambio de encontrarse a diez kilómetros de distancia del palacio.

«Es un buey bastante viejo —pensó Teppic—. Pronto llegará la hora de sacrificarlo, y aunque sea suyo ha estado engordando en los pastos del vecino durante todos estos años, y creo que lo más justo sería darle la mitad de la carne a cada uno, sí, estoy seguro de que esta sentencia será recordada durante mucho tiempo…» Teppic alzó la Hoz de la Justicia.

—¡Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere va a dictar sentencia! Temblad y encogeos ante la justicia de Su Grandeza el Faraón Tep…

Teppic interrumpió a Dios antes de que hubiera podido terminar la frase.

—Después de haber escuchado a ambas partes —dijo con voz firme que la máscara se encargó de amplificar proporcionándole una cierta cualidad de trueno distante—, y dada la impresión que nos han causado los argumentos y contra-argumentos, nos parece justo que la bestia en cuestión sea sacrificada sin más tardanza y que la carne sea repartida con toda equidad entre el acusado y el acusador.

Teppic se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el trono. «Me llamarán Teppic el Sabio —pensó—. Ah, sí, los súbditos se pirran por este tipo de cosas…»

Los rostros inexpresivos de los granjeros le contemplaron en silencio durante unos momentos que parecieron hacerse interminables. Después giraron sobre sí mismos como si estuvieran colocados encima de sendas mesas giratorias y se volvieron hacia Dios, quien ocupaba su lugar acostumbrado en los escalones del trono rodeado por un grupo de sacerdotes menores.

Dios se puso en pie, alisó los pliegues oscuros de su sencilla túnica totalmente desprovista de adornos y extendió su báculo.

—Escuchad la interpretación de la sabiduría de Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere —dijo—. Es nuestra divina sentencia que la res sobre la que se ha planteado esta disputa pertenece a Rhumusphut. Es nuestra divina sentencia que la res en cuestión será sacrificada sobre el altar de la Avenida de los Dioses en agradecimiento a la atención dispensada por Nuestra Divina Persona. Asimismo, es nuestra divina sentencia que tanto Rhumusphut como Ktoffle trabajarán tres días en los campos del Faraón como pago a la justicia que les ha sido impartida.

Dios alzó la cabeza hasta que su temible nariz quedó enfilada hacia la máscara de Teppic y levantó las dos manos.

—¡Grande es la sabiduría de Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere!

Los granjeros se apresuraron a expresar su aterrorizada gratitud con una espasmódica serie de reverencias y se fueron alejando de la presencia real retrocediendo de espaldas enmarcados por las dos filas de guardias.

—Dios… —dijo Teppic sin alzar la voz.

—¿Alteza?

—¿Tendrías la amabilidad de acercarte un momentito?

—¿Alteza? —repitió Dios materializándose junto al trono.

—Verás, Dios, discúlpame si me equivoco, pero no he podido evitar darme cuenta de que te has permitido unas cuantas florituras a la hora de traducir mis palabras.

El gran sacerdote puso cara de sorpresa. —Os aseguro que no, Alteza. He transmitido vuestra decisión de la forma más precisa posible, y me he limitado a pulir un poco los detalles para ponerlos en concordancia con los precedentes fijados por la tradición.

—Pero ¿cómo has podido…? ¡Ese condenado buey les pertenecía a ambos!

—Pero todo el mundo sabe que Rhumusphut es un hombre muy devoto y puntilloso en cuanto concierne a la observancia religiosa, y que aprovecha todas las oportunidades para alabar y magnificar a los dioses, en tanto que es sabido que Ktoffle ha albergado ideas ridículas, infundadas e imprudentes.

—¿Y qué tiene que ver eso con la justicia?

—Todo, Alteza —dijo Dios sin perder la compostura.

—¡Pero ahora ninguno de los dos tiene el buey!

—Cierto, Alteza. Pero Ktoffle no tiene el buey porque no se lo merece, en tanto que el sacrificio de Rhumusphut le ha asegurado una posición mejor en el Otro Mundo.

—Y supongo que esta noche cenarás buey, ¿no? —replicó Teppic.

Fue como si le hubiera dado un puñetazo. De hecho, el efecto de sus palabras no tuvo nada que envidiar al que se habría producido si Teppic hubiese cogido el trono y hubiera golpeado a Dios en la cabeza con él. Dios dio un paso hacia atrás y le observó con expresión atónita. Durante unos instantes sus ojos se convirtieron en dos lagos gemelos de dolor. Cuando volvió a hablar su voz parecía a punto de quebrarse.

—No como carne, Alteza —dijo—. La carne diluye el alma y la contamina. ¿Podemos pasar al segundo caso del día, Alteza?

Teppic asintió.

—Sí, de acuerdo.

El caso siguiente era una disputa sobre la renta de diez mil metros cuadrados de tierra situada a la orilla del río. Teppic escuchó atentamente la exposición. Los campos fértiles eran un bien de gran valor en Djelibeibi, quizá porque las pirámides ocupaban una parte tan increíblemente grande de la tierra cultivable. El asunto era realmente serio.

Y resultaba especialmente serio porque no cabía duda de que el arrendatario de las tierras era un hombre irreprochable que se deslomaba trabajando, pero tampoco cabía ninguna duda de que el propietario de las tierras era muy rico y de que se le podían reprochar montones de cosas reprochables.[[17]](#footnote-17) Desgraciadamente, si te atenías a los hechos no cabía duda de que la razón estaba de su parte.

—Me parece que… —dijo Teppic. Habló lo más deprisa posible, pero no fue lo bastante rápido.

—¡Escuchad la sentencia de Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere!

—Me parece… Nos parece —se corrigió Teppic—, que tomando en consideración todo lo expuesto y contemplándolo desde la perspectiva que se encuentra más allá del mero artificio mortal, la decisión justa y verdadera en este caso… —Hizo una pausa y pensó que un auténtico Monarca Divino no hablaba así—. El propietario ha sido pesado en la balanza y ha sido encontrado falto de peso —dijo dejando que su voz retumbara por la rendija bucal de la máscara—. Es nuestra voluntad que el fiel de la balanza se incline hacia el platillo del arrendatario.

Las cabezas de todos los presentes se movieron como una sola volviéndose hacia Dios, quien mantuvo una rápida conversación en susurros con los otros sacerdotes y acabó poniéndose en pie.

—¡Escuchad las palabras interpretadas de Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere! ¡El granjero Ptorne entregará inmediatamente al Príncipe Imtebos 18 toneleras en concepto de rentas atrasadas! ¡El Príncipe Imtebos entregará inmediatamente 12 toneleras al templo en concepto de ofrendas a los dioses del río! ¡Larga vida al Faraón! ¡Haced pasar al caso siguiente!

Teppic volvió a hacer una seña a Dios.

—Oye, ¿el que esté aquí sirve realmente de algo o me puedo ir a dar un paseo? —preguntó en un susurro un tanto excitado.

—Calmaos, Alteza, os lo ruego. Si no estuvierais aquí el pueblo no podría estar seguro de que se ha hecho justicia, ¿verdad?

—¡Pero tú cambias todo lo que digo!

—No, Alteza, nada de eso. Alteza, vos emitís el juicio del hombre. Yo interpreto el juicio del monarca.

—Comprendo —dijo Teppic frunciendo el ceño—. Bien, pues a partir de ahora…

Una algarabía repentina procedente del otro lado del umbral impidió que terminara la frase. Estaba claro que fuera había por lo menos un acusado que no tenía mucha confianza en la justicia del faraón, y el faraón tuvo que admitir que no le culpaba. Él también estaba empezando a perder la fe en la justicia del faraón.

La causa de los ruidos resultó ser una joven de cabellos oscuros que hizo su entrada en la sala del trono resistiéndose ferozmente a los guardias que la sujetaban mientras movía los puños y los talones asestándoles la clase de golpes que harían ruborizarse a un hombre solo de pensarlo. La joven no llevaba el atuendo adecuado para aquella clase de actividad. De hecho, llevaba tan poca ropa encima que habría tenido serias dificultades para conseguir que le permitieran pelar uvas tumbada en un diván.

En cuanto vio a Teppic la joven le lanzó una mirada impregnada del más puro odio que le encantó. Después de llevar toda una tarde soportando que le trataran como si fuese una estatua afectada por una amplia gama de graves deficiencias mentales descubrir que había alguien dispuesto a interesarse en él aunque sólo fuera para odiarle suponía un placer tan grato como inesperado.

No sabía qué podía haber hecho aquella joven, pero a juzgar por los golpes que estaba propinando a los guardias Teppic estaba dispuesto a apostar que fuera lo que fuese se lo había tomado con mucho entusiasmo y que se había esforzado hasta el límite de sus capacidades.

Dios se inclinó hasta que su boca quedó al nivel de los agujeros de la máscara detrás de los que estaban las orejas de Teppic.

—Se llama Ptraci —dijo—. Es una doncella de vuestro padre. Se ha negado a tomar el veneno.

—¿Qué veneno? —preguntó Teppic.

—La costumbre exige que un faraón muerto se lleve unos cuantos sirvientes al otro mundo, Alteza.

Teppic asintió melancólicamente. Era un privilegio celosamente guardado y, de hecho, la única forma en que un sirviente sin dinero podía asegurarse la inmortalidad. Teppic se acordaba del funeral del abuelo y el discreto clamor que se había producido entre la servidumbre personal del viejo. Su padre había estado terriblemente deprimido durante varios días.

—Ya, pero creo recordar que tomar el veneno no es obligatorio, ¿verdad? —preguntó.

—No, Alteza. No es obligatorio.

—Papá tenía montones de sirvientes.

—Tengo entendido que Ptraci era su favorita, Alteza.

—Bueno, entonces… ¿De qué se la acusa exactamente?

Dios suspiró. Era el tipo de suspiro de quien está harto de explicar lo mismo una y otra vez a un niño extremadamente obtuso.

—Se ha negado a tomar el veneno, Alteza.

—Perdona, Dios, pero hace tan sólo unos momentos creí oírte decir que no era obligatorio.

—Sí, Alteza, y no lo es, Alteza. Es totalmente voluntario. Es un acto del más puro libre albedrío imaginable. Y ella se ha negado a tomar el veneno, Alteza.

—Ah. Así que estamos ante una de esas situaciones un poquito… ¿eh? —murmuró Teppic.

Toda la existencia de Djelibeibi se sostenía sobre esa clase de situaciones. Tratar de entenderlas podía volver loco a cualquiera. Si uno de los antepasados de Teppic hubiese decretado que la noche era el día todo el mundo andaría a tientas tropezando bajo los rayos del sol.

Teppic se inclinó hacia adelante.

—Acércate, jovencita —dijo. Ptraci volvió la cabeza hacia Dios.

—¡Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII…!

—Oye, ¿tienes que repetir todo eso cada vez que… ?

—Sí, Alteza… ¡Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere te ordena que expongas tu culpabilidad!

La joven se liberó de los guardias que la sujetaban y se encaró con Teppic. Estaba temblando de puro terror.

—¡Él me dijo que no quería ser enterrado en una pirámide! —gritó—. Dijo que la mera idea de todos esos millones de toneladas de roca encima de él bastaba para darle pesadillas. ¡No quiero morir todavía!

—¿Te niegas a tomar el veneno de buena gana y con semblante alegre? —preguntó Dios.

—¡Sí!

—Pero niña mía, si lo haces el faraón no tendrá más remedio que condenarte a morir —dijo Dios—. ¿No crees que es mejor abandonar este mundo de una forma honorable y disfrutar dignamente de la vida eterna en el Otro?

—¡No quiero pasarme toda la eternidad siendo sirvienta en el Otro Mundo!

El grupo de sacerdotes dejó escapar un gemido colectivo de horror y perplejidad. Dios asintió.

—Entonces serás pasto del Devorador de Almas —dijo—. Alteza, esperamos oír vuestra sentencia.

Teppic se percató de que estaba mirando a la joven. Había en ella algo vagamente familiar que le torturaba y que no lograba definir con precisión.

—Dejadla en libertad —dijo.

—¡Su Grandeza el Faraón Teppicamón XXVIII, Señor de los Cielos, Auriga del Carro del Sol, Timonel de la Barcaza del Sol, Guardián del Conocimiento Secreto, Monarca del Horizonte, Protector del Camino, el Flagelo de la Misericordia, el Nacido en Noble Cuna, el Rey Que Nunca Muere ha hablado! Mañana al amanecer serás arrojada a los cocodrilos del río. ¡Grande es la sabiduría del rey!

Ptraci se volvió y miró a Teppic. Teppic no dijo nada. El temor a la metamorfosis que la magia traductora de Dios podía producir en sus palabras hizo que no se atreviera a abrir la boca.

La joven se dejó llevar sin hacer ningún ruido, y Teppic pensó que su silencio resultaba mucho más terrible que los sollozos o los alaridos.

—Ése era el último caso, Alteza —dijo Dios.

—Voy a retirarme a mis aposentos —replicó Teppic con voz gélida—. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—En ese caso haré que os lleven la cena, Alteza —dijo el sacerdote—. Se os servirá pollo asado.

—Odio el pollo.

Dios sonrió.

—No, Alteza. Los miércoles el faraón siempre cena pollo y le encanta; Alteza.

Las pirámides ardían. La luz que proyectaban sobre el paisaje resultaba curiosamente apagada y granulosa, casi gris, pero la punta de cada tumba desprendía una llama en forma de zigzag que subía chisporroteando hacia el cielo.

Un débil ruido de metal chocando contra la piedra arrancó a Ptraci de un sopor inquieto y tiró de ella hasta llevarla a un estado de plena vigilia. La joven se puso en pie con mucha cautela y se deslizó hacia la ventana.

A diferencia de las ventanas de una celda como es debido —que deberían ser de gran tamaño, dejar pasar una gran cantidad de aire fresco y conformarse con exigir la eliminación de unos cuantos barrotes de hierro para asegurar la evasión de quien tuviera el pequeño contratiempo de ser encerrado dentro de ella—, aquella ventana se limitaba a ser una ranura que tenía quince centímetros de ancho. Siete mil años de historia habían enseñado a los monarcas del Djel que es aconsejable diseñar las celdas con el objetivo de mantener en su interior a los prisioneros. La única forma de escapar a través de aquella rendija exigía la conversión previa en un montón de pedacitos.

Pero había una sombra recortada contra la luz de las pirámides, y la sombra no tardó en quedar acompañada por una voz.

—Pssst —dijo la voz.

Ptraci se pegó a la pared e intentó llegar a la rendija.

—¿Quién eres?

—He venido a ayudarte. Oh, maldición. ¿Y a esto le llaman una ventana? Atención, voy a enviarte una cuerda.

Una resistente cuerda de seda en la que nudos hechos a intervalos regulares apareció por la rendija y fue bajando hasta tocar el hombro de Ptraci. La joven la contempló en silencio durante unos momentos. Después se quitó los zapatos de puntera enroscada sobre sí misma que llevaba con un par de rápidas patadas y empezó a trepar por la cuerda.

El rostro que se encontraba al otro lado de la rendija quedaba medio oculto por una capucha negra, pero Ptraci podía ver lo suficiente de él para darse cuenta de que su propietario parecía estar considerablemente preocupado.

—No te entregues a la desesperación —dijo su visitante.

—No me estaba entregando a nada. Sólo intentaba dormir un ratito porque estoy muy cansada.

—Oh. Te ruego que me disculpes. Bueno… Será mejor que me vaya y te deje dormir, ¿eh?

—Pero despertaré en cuanto amanezca y entonces sí que me entregaré a la desesperación. ¿Encima de qué estás, demonio?

—¿No sabes lo que es un crampón?

—No.

—Bueno, pues estoy encima de dos crampones.

El encapuchado y la joven se contemplaron en silencio durante unos momentos.

—Bueno… —dijo el encapuchado por fin—. Tendré que dar la vuelta y entrar por la puerta. No te vayas, ¿de acuerdo?

Y desapareció hacia arriba después de haber pronunciado esas palabras.

Ptraci se dejó resbalar hasta que sus pies entraron en contacto con las frías piedras del suelo. ¡Entrar por la puerta! Ptraci se preguntó cómo se las arreglaría para conseguirlo. Un ser humano necesitaría abrirla antes.

Se agazapó en el rincón de la celda más alejado de la puerta y clavó los ojos en el pequeño rectángulo de madera.

Los minutos fueron transcurriendo muy despacio haciendo todo lo posible para resultar muy largos. En un momento dado Ptraci creyó oír un ruidito casi imperceptible, como un respingo ahogado.

Un rato después oyó un tintineo metálico tan débil que casi se encontraba más allá de los límites de la audición.

Un poco más de tiempo se enrolló en el carrete de la eternidad y el silencio que había fuera de la celda, que hasta entonces había sido el silencio que produce la ausencia de sonidos, se fue convirtiendo muy lentamente en el silencio causado por la presencia de alguien que no hace ningún ruido.

«Está al otro lado de la puerta», pensó Ptraci.

Después vinieron unos momentos de tenso silencio durante los que Teppic echó aceite sobre todos los pestillos y bisagras a fin de que cuando emprendiese el asalto final la puerta se abriera con una ausencia de ruido lo más espeluznante posible.

—¿Hola? —murmuró una voz en la oscuridad.

Ptraci retrocedió una fracción de milímetro y se pegó un poco más al rincón.

—Oye, te aseguro que he venido a rescatarte.

Ptraci forzó la vista y consiguió distinguir una sombra más negra silueteada contra la luz de las pirámides. La sombra dio un paso hacia adelante mucho más vacilante de lo que Ptraci habría esperado en un demonio.

—¿Vas a salir o no? —preguntó la sombra—. Me he limitado a dejar sin sentido a los guardias porque ellos no tienen la culpa de que te hayan encerrado, así que no disponemos de mucho tiempo.

—Me arrojarán a los cocodrilos en cuanto amanezca —murmuró Ptraci—. El faraón en persona así lo ordenó.

—Probablemente se equivocó.

El horror y la incredulidad se extendieron por el rostro de Ptraci y le dilataron las pupilas.

—¡Seré pasto del Devorador de Almas! —exclamó.

—¿Y te apetece serlo?

Ptraci respondió con un silencio dubitativo.

—Bueno, pues entonces… —dijo la sombra. La cogió de la mano y Ptraci no ofreció resistencia. La sombra la llevó hasta el umbral de la celda, y después de cruzarlo Ptraci estuvo a punto de tropezar con el guardia caído en el suelo.

—¿Quién hay en las otras celdas? —preguntó la sombra señalando hacia la hilera de puertas que se extendía a lo largo del pasadizo.

—No lo sé —dijo Ptraci.

—¿Qué te parece si lo averiguamos?

La sombra deslizó el pitorro de una aceitera sobre las bisagras y pestillos de la puerta contigua a la de la celda de Ptraci y la abrió. El resplandor que entraba por la ventana-rendija iluminó a un hombre de mediana edad sentado en el suelo con las piernas cruzadas delante del cuerpo.

—He venido a rescatarte —dijo el demonio. El hombre alzó la mirada hacia él.

—¿Rescatarme? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué estás aquí?

El hombre inclinó la cabeza.

—Estoy aquí porque blasfemé contra el faraón.

—¿De qué manera?

—Llevaba una roca en la mano y se me cayó encima del pie. Van a arrancarme la lengua como castigo.

La sombra asintió con la cabeza dando a entender que ya se imaginaba el resto.

—Y un sacerdote te oyó, ¿verdad? —preguntó.

—No. Yo se lo conté. Palabras como las que pronuncié no pueden quedar sin castigo —dijo el hombre en un tono tan reverente que hasta el mismo Dios lo habría aprobado.

«No cabe duda de que poseemos un auténtico talento natural para esta clase de cosas —pensó Teppic—. Unos simples animales jamás podrían comportarse de esta manera. Ser realmente estúpido es algo que sólo está al alcance de un ser humano.»

—Tengo la impresión de que deberíamos discutir esto fuera de la celda —dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo?

El hombre se echó hacia atrás y clavó la mirada en su rostro.

—¿Quieres que me escape? —preguntó.

—Dada tu situación actual me parece que es una buena idea, ¿no crees?

El hombre le miró a los ojos durante unos segundos mientras sus labios se movían sin emitir ningún sonido. Después pareció tomar una decisión.

—¡Guardias! —gritó.

El grito del prisionero creó un sinfín de ecos que resonaron por todo el palacio dormido. Su aspirante a salvador le contempló con incredulidad.

—Locos —dijo Teppic—. Estáis todos locos.

Salió de la celda, cogió a Ptraci de la mano y echó a correr por los pasillos sumidos en las sombras. El prisionero que dejaron atrás había decidido sacar el máximo provecho posible a su lengua mientras la tuviera dentro de la boca y la estaba utilizando para lanzar un chorro de imprecaciones.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Ptraci. Acababan de doblar una esquina y estaban en un patio delimitado por columnas.

Teppic vaciló. Apenas había pensado en lo que haría después de que su plan de rescatarla hubiera llegado a cierto punto.

—¿Por qué se molestan en cerrar las puertas? —preguntó mientras contemplaba las columnas—. Es lo que me gustaría saber. Me sorprende que no volvieras a tu celda mientras yo estaba hablando con ese tipo.

—Yo… No quiero morir —murmuró Ptraci.

—No te culpo.

—¡No debes decir eso! ¡No querer morir está muy mal! Teppic alzó los ojos hacia el tejado que corría alrededor del patio y desenrolló la cuerda de seda que terminaba en un garfio.

—Pensándolo bien creo que tendría que volver a mi celda —dijo Ptraci, pero no llegó a hacer ningún movimiento que pudiera llevarla en esa dirección—. Hasta el pensar en desobedecer al faraón está mal, ¿sabes?

—Oh, ¿de veras? ¿Y qué les ocurre a los que piensan en desobedecerle?

—Algo muy malo —respondió Ptraci sin concretar más.

—¿Algo peor que el que te arrojen a los cocodrilos o el que tu alma sea pasto del Devorador de Almas? —replicó Teppic.

Lanzó la cuerda y aseguró el gancho en alguna cornisa invisible del tejado.

—Esa observación es muy interesante —dijo Ptraci, con lo que ganó el Premio Teppic a la agilidad mental.

—Vale la pena pensar en ella, ¿no te parece?

Teppic tiró de la cuerda para averiguar si sería capaz de sostener su peso.

—Lo que estás diciendo es que si de todas formas te va a ocurrir lo peor que te puedas imaginar quizá no valga la pena tomarse tantas molestias —dijo Ptraci—. Si vas a ser pasto del Devorador de Almas hagas lo que hagas quizá valdría la pena saltarse lo de los cocodrilos. ¿Es eso?

—Sube primero —dijo Teppic—. Creo que se acerca alguien.

—¿Quién eres?

Teppic hurgó en su faltriquera. Había vuelto a Djelibeibi hacía un eón con sólo las ropas que llevaba puestas ahora, pero eran las ropas que le habían acompañado durante todo su examen. Alzó la mano sosteniendo en equilibrio un cuchillo del Número Dos y la luz de las pirámides arrancó reflejos a la hoja. Había muchas posibilidades de que aquel cuchillo fuese el único objeto de acero existente en todo el país. El problema no estribaba en que Djelibeibi no hubiese oído hablar del hierro, sino en el convencimiento general de que si tu tatarabuelo había conseguido arreglárselas durante toda su vida usando cobre tú no eras nadie para llevarle la contraria.

No, los guardias no se merecían el que utilizara los cuchillos. No habían hecho nada malo.

Sus dedos se cerraron sobre la bolsita de rejilla que contenía las tachuelas de cuatro puntas. Eran de un modelo pequeño, y cada punta apenas medía dos centímetros de longitud. Las tachuelas nunca han matado a nadie, pero obligan a ir un poco más despacio. Una o dos tachuelas clavadas en la planta del pie provocaban un acceso repentino de cautela y lentitud extremas en cualquier persona, salvo en las que padecían un caso terminal de entusiasmo y devoción al deber.

Teppic esparció unas cuantas tachuelas delante de la boca del pasillo, volvió corriendo hacia la cuerda y subió por ella con unos cuantos tirones y balanceos lo más rápidos posible. Llegó al tejado justo cuando los primeros guardias pasaban corriendo por debajo del dintel. Esperó hasta oír la primera maldición, enrolló la cuerda de seda y fue corriendo hacia la chica.

—Nos cogerán —dijo Ptraci.

—No lo creo.

—Y después de que nos hayan cogido el faraón ordenará que nos arrojen a los cocodrilos.

—Oh, no, no creo que él…

Teppic se calló antes de completar la frase. Era una idea muy intrigante, desde luego.

—Bueno, quizá lo hiciera —dijo por fin—. Hoy en día no hay forma de estar seguro de nada.

—¿Y qué hacemos ahora?

Teppic miró hacia la otra orilla del río. Las pirámides seguían emitiendo su luz. Las llamas silenciosas que brotaban de ellas revelaban que la Gran Pirámide aún no estaba terminada. Un enjambre de bloques empequeñecidos por la distancia flotaba alrededor de su punta. La cantidad de horas-hombre que Ptaclusp estaba invirtiendo en el proyecto resultaba realmente asombrosa.

«Ésa sí que dará luz —pensó Teppic—. Se podrá ver incluso en Ankh.»

—Son horribles, ¿verdad? —preguntó Ptraci a su espalda.

—¿Tú crees?

—Me ponen la piel de gallina. El faraón anterior las odiaba, ¿sabes? Decía que eran como clavos que mantenían unido el Reino al pasado.

—¿Y nunca dijo por qué?

—No. Las odiaba y punto. Era muy agradable. Y muy bueno. No como el nuevo.

Ptraci se sonó la nariz y volvió a colocar el pañuelo en el hueco apenas capaz de contenerlo formado por su sujetador cubierto de lentejuelas.

—Eh… Oye, ¿qué era lo que tenías que hacer exactamente? —preguntó Teppic—. Como doncella, quiero decir… —añadió mientras observaba el panorama de los tejados para ocultar lo incómodo que se sentía.

Ptraci lanzó una risita.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, la verdad es que no.

—Bueno, básicamente hablar con él. O escuchar. Cuando quería era capaz de charlar por los codos, pero siempre decía que en realidad nadie le escuchaba.

—Sí —dijo Teppic sintiendo una punzada de pena—. Y supongo que eso era todo, ¿eh?

Ptraci le miró fijamente y soltó una segunda risita.

—Oh, ¿pensabas en… en eso? No, era muy bueno, ya te lo he dicho. No es que me hubiera importado, entiéndeme. Me han enseñado todo lo que una doncella necesita saber, y la verdad es que al principio casi me sentí desilusionada. Las mujeres de mi familia llevan siglos sirviendo a los monarcas, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —logró decir Teppic.

—No sé si has visto alguna vez un libro llamado El palacio…

—… secreto —dijo Teppic reaccionando de forma automática.

—Ya me imaginaba que un caballero como tú lo habría leído —dijo Ptraci dándole un suave codazo en las costillas—. Es una especie de libro de texto. Bueno, pues mi tatarabuela posó para muchas de las ilustraciones. Ya hace algún tiempo de eso, claro… —añadió Ptraci por si se daba el caso de que Teppic no la hubiera entendido bien—. Ya lleva veinticinco años muerta así que hacerla posar ahora habría resultado un poco desagradable y nada estimulante. Cuando era joven mi abuela trabajó de modelo. Todo el mundo dice que me parezco mucho a ella.

—Urk —asintió Teppic.

—Llegó a ser muy famosa. Podía poner los pies detrás de la cabeza, ya sabes… Yo también puedo hacerlo. Me dieron un diploma especial por eso.

—¿Urk?

—Recuerdo que en una ocasión el difunto faraón me dijo que el sentido del humor es una compensación divina a los que renuncian al sexo. Creo que en esos momentos estaba bastante trastornado.

—Urk.

Las pupilas de Teppic se habían escondido debajo de los párpados y sólo se le veía el blanco de los ojos.

—Oye, no eres muy hablador, ¿eh?

La brisa de la noche estaba llevando el perfume de Ptraci hacia él. Ptraci usaba el perfume de la misma forma que un ejército de asedio los arietes.

—Tenemos que encontrar un sitio para que te escondas —dijo concentrándose en cada palabra—. ¿No tienes padres o algo así?

Teppic intentó ignorar el hecho de que la ausencia de sombras creada por los resplandores de las pirámides producía el curioso efecto de hacer que Ptraci pareciera hallarse envuelta en una aureola, pero no tuvo mucho éxito.

—Bueno, mi madre sigue trabajando en algún lugar del palacio —dijo Ptraci—. Pero creo que no le haría mucha gracia que fuese a verla en estas circunstancias.

—Hay que llevarte lejos de aquí —dijo Teppic con fervor—. Si puedes pasar el día escondida en algún sitio robaré unos caballos, un bote o lo que sea. Después podrías ir a Espadarta, a Efebas o a algún lugar.

—¿Te estás refiriendo al extranjero? Creo que no me gustaría —dijo Ptraci.

—¿Ni tan siquiera comparado con el Otro Mundo?

—Bueno, si lo planteas de esa forma… —Ptraci le cogió del brazo—. ¿Por qué me has rescatado?

—Esto… Creo que porque estar vivo es bastante mejor que estar muerto.

—Aún no he terminado mis estudios, pero he llegado hasta el número 46 de la tabla, la Conjunción de las Cinco Hormigas Auspiciosas —dijo Ptraci—. Si tuvieras a mano un poco de yoghurt quizá podríamos…

—¡No! Quiero decir… No. Aquí no. Ahora no. Debe haber gente buscándonos, y ya casi ha amanecido.

—¡No hace falta que te pongas a chillar de esa manera! Sólo estaba intentando ser amable.

—Sí. Ya… Estupendo. Gracias.

Teppic le dio la espalda con algo parecido a la desesperación y se asomó por encima de un parapeto que daba a uno de los numerosos tragaluces del palacio.

—Esto conduce al taller de los embalsamadores —dijo—. Ahí abajo tiene que haber montones de sitios donde esconderse.

Volvió a desenrollar la cuerda.

Al final del pozo había varias salas. Teppic entró en una amueblada con bancos cuyo suelo estaba cubierto de virutas. Un umbral llevaba a otra habitación llena de sarcófagos para momias, cada uno terminado en el mismo rostro dorado de muñeco que tan familiar y aborrecible le resultaba ya. Teppic dio golpecitos con los nudillos en unos cuantos y acabó levantando la tapa del más próximo.

—No hay nadie en casa —dijo—. Ahí estarás muy bien y podrás descansar sin que te molesten. Dejaré la tapa entreabierta para que entre algo de aire.

—No pensarás que soy capaz de correr un riesgo semejante, ¿verdad? ¡Supón que no vuelves!

—Volveré esta noche —dijo Teppic—. Y… y trataré de pasar a verte en algún momento del día para traerte agua y un poco de comida.

Ptraci se puso de puntillas y los aros de sus tobillos tintinearon con un torrente de notas musicales que cayó en cascada hasta terminar posándose sobre la libido de Teppic. Su reacción involuntaria fue bajar la mirada, lo que le permitió ver que cada uña de sus pies estaba pintada. Recordó aquella ocasión detrás de los establos durante la hora del almuerzo en que Pesthilencio les contó que las chicas que se pintaban las uñas de los pies eran… bueno, Teppic ya no se acordaba muy bien de lo que eran, pero fuera lo que fuese estaba seguro de que en aquellos momentos le había parecido francamente increíble.

—Parece muy duro —dijo Ptraci.

—¿Qué?

—Si he de pasar el día acostada aquí dentro necesitaré unos almohadones.

—¡Espera, espera, echaré unas cuantas virutas dentro! —exclamó Teppic en un tono de voz que ya empezaba a resultar algo frenético—. Pero date prisa… ¡Por favor!

—De acuerdo, de acuerdo. Pero… Volverás, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

—¡Sí, sí! ¡Te lo prometo!

Teppic incrustó una cuña de madera en un lado del sarcófago para asegurarse de que Ptraci tendría suficiente aire, colocó la tapa en su sitio y echó a correr.

El fantasma del faraón observó cómo se iba.

El sol empezó a subir en el cielo. La luz dorada se esparció sobre el fértil valle del Djel y los resplandores de las pirámides fueron palideciendo y se convirtieron en bailarines fantasmagóricos que se recortaban contra la creciente claridad del cielo. Ahora estaban acompañados por un ruido. El ruido había estado allí todo el tiempo, pero resultaba excesivamente agudo para los oídos mortales y ahora estaba empezando a alejarse de los lejanos confines de lo ultrasónico…

KKKkkkkkhhheee…

El ruido bajó aullando del cielo, una delgadísima monda de sonido como el que podría producir el arco de un violín deslizándose sobre la superficie de un cerebro que había dejado de estar protegido por el cráneo.

kkkhheeeeee…

Aunque algunas personas habrían afirmado que recordaba el de una uña mojada en saliva rozando un nervio puesto al descubierto. Si alguien hubiese sabido qué era habría dicho que podías poner en hora tu reloj guiándote por él.

keeee…

El sonido se fue haciendo más y más grave a medida que los rayos del sol se deslizaban sobre las piedras, pasando de ser el bufido de un gato al gruñido de un perro.

… ee… ee… ee…

Los resplandores de las pirámides se esfumaron.

… ops.

—Una mañana realmente espléndida, Alteza. Confío en que habréis dormido bien.

Teppic saludó a Dios con un gesto de la mano, pero no dijo nada. El barbero estaba llevando a cabo la Ceremonia del Afeitado de la Segunda Vida.

El barbero estaba temblando. Hasta hacía muy poco tiempo había sido un cantero sin empleo que sólo tenía una mano. Después el terrible gran sacerdote le había hecho acudir a palacio y le había ordenado que se convirtiera en barbero del faraón, pero eso significaba que tenías que tocar al faraón, sólo que ahora no tendría ninguna clase de problemas porque los sacerdotes ya se habían encargado de arreglarlo todo y no habría que cortarle nada más. Su nuevo trabajo no era tan terrible como se había imaginado, y aparte de eso el que tu única mano fuese la única responsable del estado de la barba del faraón era un gran honor.

—Espero que vuestro reposo no fuese alterado por ninguna perturbación, Alteza —dijo el gran sacerdote.

Sus ojos recorrieron la habitación rastrillándola con las púas de la suspicacia. La mirada era tan terrible que resultaba sorprendente no ver hilillos de roca fundida deslizándose por las paredes después de que se hubiera posado en ella.

—En aaaaab…

—Si tuvierais la bondad de estaros lo más quieto posible, oh monarca inmortal —dijo el barbero.

Usó el tono de voz suplicante que acostumbran emplear los barberos a los que se ha prometido que un corte en la oreja será recompensado con una excursión por el conducto digestivo de un cocodrilo.

—¿No habéis oído ningún ruido extraño esta noche, Alteza? —preguntó Dios.

Retrocedió bruscamente para poder echar un vistazo detrás del biombo adornado con pavos reales dorados que había al otro extremo de la habitación.

—Nooooo…

—Vuestra Majestad parece un poco alterada esta mañana, Alteza —dijo Dios.

Tomó asiento en el banco con un guepardo tallado a cada extremo. Sentarse en la presencia real no estaba permitido salvo durante algunas ceremonias, pero sentarse en aquel banco permitió que Dios inspeccionara lo que había debajo de la cama de Teppic.

Dios estaba nervioso. Teppic sintió un extraño júbilo tan intenso que ni los dolores varios ni la falta de sueño lograron empañarlo. Se limpió el mentón.

—Es culpa de la cama —dijo—. Creo que ya te había hablado de ello, ¿no? Colchones, ¿sabes? Están llenos de plumas. Si el concepto te resulta poco familiar habla con los piratas de Khali y ellos te informarán. A estas alturas supongo que la mitad de ellos estarán durmiendo sobre colchones de plumas.

—Vuestra Majestad tiene ganas de bromear —dijo Dios.

Teppic sabía que no era aconsejable ir demasiado lejos, pero no pudo resistir el impulso.

—¿Algún problema, Dios? —preguntó.

—Un incrédulo blasfemo entró en el palacio anoche, Alteza. La joven llamada Ptraci ha desaparecido.

—Eso es muy preocupante.

—Sí, Alteza.

—Probablemente haya sido un pretendiente, un porquerizo o alguien por el estilo.

La expresión del rostro de Dios no podía ser más pétrea.

—Posiblemente, Alteza.

—Bueno, parece que los cocodrilos sagrados van a tener que pasar hambre, ¿eh?

«Pero no por mucho tiempo», pensó Teppic. Bastaba con caminar hasta el final de cualquiera de los pequeños atracaderos que había esparcidos por la orilla y permitir que tu sombra cayera sobre el río para que las aguas color amarillo barro se convirtieran como por arte de magia en cuerpos color amarillo barro. Los cuerpos parecían troncos gigantescos que llevaran mucho tiempo acumulando agua, con la diferencia básica de que los troncos no se abren de repente por un extremo para arrancarte las piernas de un mordisco. Los cocodrilos sagrados del Djel eran el dispositivo eliminador de basuras del reino, su patrulla fluvial y, a veces, su depósito de cadáveres.

Decir que eran enormes no bastaba. Si alguno de esos machos colosales llegaba a tener la idea de colocarse en perpendicular a la corriente taponaría el curso del río tan efectivamente como si fuese una presa.

El barbero salió de la habitación andando de puntillas. Un par de sirvientes entraron en ella andando de puntillas.

—He previsto cuál sería la reacción natural de Vuestra Majestad, Alteza —siguió diciendo Dios.

Su voz hacía pensar en el gotear del agua que rezuma en las más profundas cavernas de piedra caliza.

—Estupendo, estupendo —dijo Teppic mientras inspeccionaba las ropas del día—. ¿Y cuál ha sido mi reacción?

—Ordenar que el palacio fuera registrado de la forma más concienzuda posible habitación por habitación.

—Desde luego. Has dado justo en el clavo. Sigue así, Dios, estás haciendo un gran trabajo.

«La expresión de mi rostro no puede ser más inocente y franca —se dijo Teppic—. No se me ha movido ni un solo músculo. Lo sé. Dios puede leer en mí con tanta claridad como si mi cara fuese una estela funeraria. Sé que puedo engañarle.»

—Gracias, Alteza.

—Supongo que a estas alturas esos quienes sean ya estarán a kilómetros de distancia —dijo Teppic—. La chica no era más que una sirvienta, ¿verdad?

—¡Es impensable que alguien ose desobedecer vuestra sentencia! ¡En todo el reino no hay nadie que pueda atreverse a hacer algo semejante! ¡Perderán sus mismísimas almas! ¡Serán perseguidos implacablemente, Alteza! ¡Serán acosados, encontrados y destruidos!

Los sirvientes se escondieron detrás de Teppic. Aquello no era simple enfado o un ataque de mal genio. Era ira, la auténtica ira de la mejor cosecha de la antigüedad. Los clásicos siempre habían afirmado que se podía distinguir la verdadera ira de las imitaciones baratas porque hervía y burbujeaba, y en aquellos momentos Dios parecía un puchero lleno de agua puesto al fuego.

—Dios, ¿te encuentras bien?

Dios había vuelto la cabeza hacia el río y lo estaba contemplando. La Gran Pirámide ya casi estaba terminada. Verla pareció calmarle o, por lo menos, estabilizar su estado de ánimo colocándolo en una nueva meseta mental.

—Sí, Alteza —dijo—. Gracias. —Tragó una honda bocanada de aire—. Alteza, mañana tendréis el placer de contemplar cómo la punta de la pirámide es colocada en su sitio. Será un momento inolvidable, Alteza. Naturalmente, aún pasará algún tiempo antes de que las cámaras interiores estén terminadas.

—Estupendo, estupendo. Y… Creo que esta mañana me apetece visitar a mi padre.

—Estoy seguro de que el difunto faraón se alegrará mucho de veros, Alteza. Es vuestro deseo que yo os acompañe.

—Oh.

Es un hecho tan inmutable como la Tercera Ley del Empape que la naturaleza jamás ha creado un Gran Visir bueno. La afición a soltar risitas siniestras y urdir conspiraciones parece formar parte de las cualidades imprescindibles para conseguir el puesto.

Los grandes sacerdotes tienden a ser colocados en la misma categoría. Tienen que enfrentarse a la presuposición implícita de que apenas han conseguido ese sombrerito tan gracioso que acompaña al cargo empezarán a dar órdenes extrañas (dos ejemplos típicos son atar a la princesa a una roca para que espere al primer monstruo marino que decida pasar por allí o arrojar bebés al mar).

Se trata de una calumnia de lo más baja y grosera. A lo largo de la historia del Disco la inmensa mayoría de grandes sacerdotes han sido hombres piadosos, serios y concienzudos que han hecho cuanto estaba en sus manos por interpretar los deseos de los dioses, y algunos de ellos han llegado a tomarse la molestia de despellejar en vida o dejar sin entrañas a centenares de personas en un solo día para asegurarse de que interpretaban sin equivocarse dichos deseos divinos.

El sarcófago de Teppicamón XXVII estaba listo para ser contemplado. Bello e impresionante era el sarcófago de Teppicamón XXVII, hecha de fórpido, esmeraldina, skelsa y delfinete su estructura, de jade rosa y empapato sus incrustaciones, con muchos perfumes y resinas exóticas se hallaba perfumado y sahumado…

El sarcófago tenía un aspecto realmente impresionante, pero después de observarlo un rato el difunto faraón había llegado a la conclusión de que no valía la pena morir por él. De hecho estaba tan harto de verlo que decidió ir a dar un paseo por el patio.

Un nuevo actor se había incorporado al drama de su muerte.

Se llamaba Grinjer, y era constructor de modelos.

Los modelos siempre le habían intrigado. Hasta el labrador más humilde esperaba ser enterrado con una selección de animales de granja tallados a mano que se convertirían en animales de verdad en el Otro Mundo. Nadie tenía muy claro cómo se producía dicha transformación, pero nadie dudaba de ella. Muchos se conformaban con una vaca tan flacucha que parecía un soporte para tostadas en este mundo porque eso les permitiría contar con todo un rebaño de raza en el próximo. Los nobles y los faraones disfrutaban del catálogo completo, el cual incluía carruajes, casas, embarcaciones y cualquier otra cosa que fuera lo suficientemente grande o difícil de introducir en una tumba. Cuando llegabas al otro lado de la barrera cada modelo se convertía en lo que representaba.

El faraón frunció el ceño. Cuando estaba vivo siempre había sabido que ésa era la pura y simple verdad. No había dudado de ella ni un instante, pero ahora…

Grinjer sacó la lengua por una comisura de los labios mientras movía con infinita delicadeza las pinzas que unirían un remo minúsculo a una trirreme fluvial a escala 1/80 tan perfecta que no le faltaba ni el más mínimo detalle. Todas las superficies planas de su parte del taller estaban llenas de artefactos y animales enanos; y algunas de sus creaciones más impresionantes colgaban del techo suspendidas mediante alambres.

El faraón ya había asistido como oyente invisible a varias conversaciones gracias a las que sabía que Grinjer tenía veintiséis años, que no había logrado dar con ningún remedio que detuviera el avance inexorable de su acné y que seguía viviendo en casa de su madre consagrando las tardes y buena parte de las noches a la fabricación de modelos. Uno de los bolsillos de la chaqueta de pana que tenía por mente albergaba la esperanza de que algún día conocería a una joven guapa y buena que sabría comprender lo importantísimo que era asegurarse de que un carruaje ceremonial tirado por seis bueyes no careciese de ningún detalle, que le sostendría el pote del pegamento y que siempre estaría allí para ofrecerle un pulgar cuando algún modelo necesitara una presión firme y sostenida hasta que las piezas hubieran quedado unidas entre sí.

Grinjer era consciente del resonar de trompetas y el ajetreo que se estaba produciendo detrás de él, pero los ignoraba. Últimamente siempre parecía haber ruido por una cosa o por otra, y Grinjer había descubierto que la causa siempre era trivial. La gente no sabía escoger sus prioridades. Llevaba dos meses esperando recibir unas cuantas onzas de varnillo pegador y a nadie parecía importarle que no llegara. Grinjer hizo girar su monóculo especial de joyero hasta dejarlo en una posición más cómoda y colocó en su sitio otro remo diminuto.

Alguien estaba de pie junto a él. Bueno, ya que estaba allí quizá pudiera servir de algo…

—¿Podrías poner el dedo ahí? —preguntó sin volverse a mirar—. Sólo será un minuto, hasta que se haya secado el pegamento.

La temperatura pareció bajar de golpe. Grinjer alzó la vista y se encontró contemplando una máscara de oro que le sonreía. Dios estaba mirando por encima del hombro de la máscara, y la piel de su rostro se estaba oscureciendo a toda velocidad en un cambio de colores que un experto como Grinjer no tuvo ninguna dificultad en identificar. «Número 13 (Carne Pálida) al Número 37 (Púrpura Crepuscular, Brillo)», pensó.

—Oh —dijo.

—Es magnífico —dijo Teppic—. ¿Qué es?

Grinjer le contempló en silencio y parpadeó. Después bajó la vista hacia el modelo y volvió a parpadear.

—Es una trirreme fluvial khaliana de veinticinco metros con espolón de abordaje y cubierta trasera cola-depez —respondió de manera automática.

En cuanto hubo terminado de hablar tuvo la impresión de que se esperaba algo más de él, y hurgó en su mente buscando frases más adecuadas a la situación.

—Tiene más de quinientas piezas —añadió—. Cada plancha de la cubierta ha sido cortada y pulida por separado, ¿veis?

—Fascinante —dijo Teppic—. Bien, no quiero entretenerte más. Sigue adelante, lo estás haciendo muy bien.

—Y la vela se puede desplegar y arriar —dijo Grinjer—. Si se tira de este hilo entonces…

La máscara desapareció y fue sustituida por el rostro de Dios. El gran sacerdote le lanzó una breve mirada cuyo significado era inconfundible —«Ya hablaremos de esto después», decía la mirada—, y se apresuró a seguir al faraón. El fantasma de Teppicamón XXVII le imitó.

Los ojos de Teppic se movían locamente detrás de la máscara. Allí estaba… el umbral que daba acceso a la sala de los sarcófagos. Forzó un poco la vista y logró distinguir el que contenía a Ptraci. La cuña de madera seguía en su sitio.

—Me temo que nuestro padre está aquí, Alteza —dijo Dios.

Si quería, el gran sacerdote podía moverse tan silenciosamente como un fantasma.

—Oh, sí.

Teppic vaciló durante unos momentos, acabó yendo hacia el gigantesco sarcófago sostenido por un par de caballetes y lo contempló en silencio. El rostro dorado que coronaba la tapa tenía el mismo aspecto que cualquier otra máscara.

—Un parecido soberbio, Alteza —sugirió Dios.

—S-sí —dijo Teppic—. Sí, supongo que sí. No cabe duda de que parece más contento. Supongo…

—Hola, hijo —dijo el faraón.

Sabía que nadie podía oírle, pero se sentía más a gusto hablándoles. Era mejor que hablar consigo mismo, y pronto tendría tiempo más que suficiente para dedicarse a eso.

—Creo que consigue expresar y realzar sus mejores cualidades, oh Comandante de los Cielos —dijo el jefe de escultores.

—Parezco un maniquí de cera con estreñimiento crónico.

Teppic inclinó la cabeza a un lado.

—Sí —dijo con cierta vacilación—. Sí. Eh… Estupendo. Buen trabajo.

Dio media vuelta y volvió a clavar la mirada en el umbral.

Dios movió la cabeza en una señal dirigida a los guardias apostados a cada lado del pasillo.

—Si tenéis la bondad de disculparme Alteza… —dijo muy educadamente.

—¿Hmmm?

—Los guardias tienen que seguir con el registro.

—Claro, claro. Oh…

Dios se lanzó a toda velocidad hacia el sarcófago que contenía a Ptraci en un avance imparable flanqueado por dos grupos de guardias. Agarró la tapa con las dos manos y tiró de ella levantándola hacia atrás.

—¡Ved! —gritó—. ¿Qué hemos encontrado?

Dil y Gern fueron hacia él, inclinaron la cabeza y miraron dentro del sarcófago.

—Virutas —dijo Dil.

Gern olisqueó el aire.

—Pero huelen muy bien, ¿no? —dijo.

Los dedos de Dios tamborilearon sobre la tapa del sarcófago. Teppic nunca había visto al gran sacerdote en una situación donde no supiera qué hacer. Dios llegó al extremo de dar unos cuantos golpecitos con los nudillos en los lados del sarcófago, aparentemente buscando algún panel secreto.

Después volvió a colocar la tapa en su sitio manejándola con mucho cuidado y le lanzó una mirada entre vacua y perpleja a Teppic, quien por primera vez se alegró de que la máscara dorada ocultase su expresión.

—No está ahí —dijo su padre—. Salió para atender a una llamada de la naturaleza cuando los hombres hicieron la pausa del desayuno.

«Debe de haber salido del sarcófago —se dijo Teppic—. Bien, ¿y dónde está ahora?»

Dios recorrió la habitación lentamente con la mirada. Sus ojos oscilaron de un lado a otro como si fueran la aguja de una brújula y acabaron posándose en el sarcófago que contenía la momia del faraón. El sarcófago era muy grande. Y muy espacioso. Y parecía envuelto en una vaga aureola de inevitabilidad.

Dios cruzó velozmente la habitación de un par de zancadas y levantó la tapa.

—No hace falta que te tomes la molestia de llamar —gruñó el faraón—. No he de ir a ningún sitio.

Teppic se arriesgó a echar un vistazo. La momia de su padre no podía estar más sola.

—Dios, ¿estás seguro de que te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, Alteza. Nunca se es demasiado precavido, Alteza. Está claro que no se encuentran aquí, Alteza.

—Tienes cara de que no te sentaría mal un poquito de aire fresco —dijo Teppic.

Una parte de su mente le reprochaba que estuviera haciendo esto, pero las demás partes estaban decididas a hacerlo y eran mayoría. Dios desorientado y sin saber cómo reaccionar era un espectáculo impresionante y ligeramente desconcertante. Hacía que tus instintos empezaran a temer por la estabilidad de las cosas.

—Sí, Alteza. Gracias, Alteza.

—Siéntate un ratito. Ordenaré que te traigan un vaso de agua y después iremos a inspeccionar la pirámide.

Dios se sentó.

Hubo un ruido de madera astillada tan terrible como débil.

—Se ha sentado encima de la trirreme —dijo el faraón—.Es la primera vez que le veo hacer algo mínimamente gracioso.

La pirámide hacía que la palabra «inmenso» cobrara un nuevo significado. Su masa colosal curvaba el paisaje que se extendía a su alrededor. Teppic tuvo la impresión de que su peso estaba deformando la mismísima forma de las cosas, y pensó que había empezado a tensar el reino como si éste fuese una lámina de goma y la pirámide una bola de plomo colocada sobre ella.

Sabía que era una idea ridícula. Por muy grande que fuese la pirámide resultaba minúscula comparada con… ¿Con qué? Bueno, con una montaña por ejemplo.

Pero comparada con cualquier otra cosa que no fuese una montaña la pirámide resultaba grande… muy grande. Y, de todas formas, las montañas tenían que ser grandes y la textura del universo ya estaba acostumbrada a la idea de que lo fuesen. La pirámide había sido creada por las manos del hombre, y era mucho más grande de lo que habría debido ser cualquier objeto creado por las manos del hombre.

Y también estaba muy fría. El mármol negro de sus flancos estaba cubierto de escarcha que brillaba con destellos blancos bajo los abrasadores rayos del sol de la tarde. Teppic cometió la estupidez de tocarlo y dejó una capa de piel pegada a la superficie.

—¡Está helada!

—Ya ha empezado a almacenar energía, oh Aliento del Río —dijo Ptaclusp, que estaba sudando a chorros—. Es el como-se-llame… eh… el efecto frontera.

—Observo que habéis dejado de trabajar en las cámaras funerarias —dijo Dios.

—Los hombres… la temperatura… los efectos frontera… riesgo un poquitín excesivamente excesivo… —balbuceó Ptaclusp—. Eh… Esto…

Los ojos de Teppic fueron del uno al otro.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Hay problemas?

—Esto… Eh… —dijo Ptaclusp.

—La pirámide se encuentra muy adelantada. Estáis haciendo un trabajo maravilloso —dijo Teppic—. Habéis invertido una tremenda cantidad de esfuerzo en el proyecto, ¿eh?

—Esto… Sí. Sólo que…

Silencio, salvo por los sonidos distantes de los trabajadores y el débil siseo del aire allí donde entraba en contacto con las superficies de la pirámide.

—En cuanto pongamos la punta todo irá bien —consiguió decir el constructor de pirámides por fin—. En cuanto empiece a descargar energía se habrán acabado los problemas. Eh…

Extendió una mano y señaló la punta de electro. Era sorprendentemente pequeña, apenas unos treinta centímetros de lado, y reposaba sobre un par de caballetes.

—Si todo va bien deberíamos ponerla mañana —dijo Ptaclusp—. ¿Seguiremos contando con el honor de la presencia de Vuestra Majestad en la ceremonia? —Ptaclusp estaba tan nervioso que se llevó las manos al dobladillo de la túnica y empezó a estrujarlo frenéticamente con los dedos—. Habrá servicio de bar —añadió—. Y una llana de plata que os podréis llevar a casa cuando haya terminado la ceremonia. Es muy bonito. Todo el mundo grita «Hurra, hurra» y arroja el sombrero al aire.

—Desde luego —dijo Dios—. Será un honor.

—Para nosotros también, Alteza —se apresuró a decir Ptaclusp, siempre leal a la monarquía.

—Me refería a que será un honor para vosotros —dijo el gran sacerdote.

Se volvió hacia el patio que se extendía entre el río y la base de la pirámide, una gran explanada en la que se alineaban filas de estatuas y estelas conmemorativas de las grandes hazañas del faraón Teppicamón XXVII,[[18]](#footnote-18) y extendió un dedo.

—Y ya podéis ir quitando eso —añadió.

Ptaclusp reaccionó con una mirada entre inocente y abatida.

—Esa estatua —dijo Dios—. Me estoy refiriendo a esa estatua de ahí.

—Oh. Ah. Bueno, pensamos que cuando la vierais en su sitio… eh… con la luz adecuada y todo eso, y tampoco hay que olvidar que Chist-Hera el Dios con Cabeza de Buitre es muy…

—Esa. Estatua. Fuera —dijo Dios.

—Como desee Vuestra Reverencia —murmuró Ptaclusp con un hilo de voz.

En aquellos momentos la estatua era el menor de sus problemas, pero había empezado a obsesionarse pensando que nunca conseguiría librarse de ella.

Dios se inclinó sobre él.

—No habréis visto a una joven rondando por aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Oh, aquí no hay mujeres, mi señor —dijo Ptaclusp—. Traen muy mala suerte.

—Ésta iba vestida de una forma bastante provocativa —dijo el gran sacerdote.

—Nada de mujeres, nada de mujeres.

—El palacio no está lejos, ¿comprendes? Y aquí debe haber muchos sitios en los que esconderse —insistió Dios.

Ptaclusp tragó saliva. Oh, como si no lo supiera. ¿Que podía haberle impulsado a… ?

—Os aseguro que aquí no hay ninguna mujer, Vuestra Reverencia —dijo.

Dios le observó durante unos momentos más con el ceño fruncido, acabó volviéndose hacia Teppic y descubrió que ya no se encontraba allí.

—¡Por favor, pedidle que no estreche la mano de nadie! —gritó el constructor de pirámides mientras Dios echaba a correr tras los distantes destellos que el sol arrancaba a la máscara dorada. El faraón seguía pareciendo incapaz de comprender que lo último que deseaban sus súbditos era tener un hombre del pueblo como monarca. Los trabajadores que no consiguieron apartarse a tiempo del camino de Teppic se apresuraron a esconder las manos detrás de la espalda.

Ptaclusp se había quedado solo. El constructor de pirámides se abanicó con la mano y fue tambaleándose a refugiarse en la sombra de su tienda.

Donde le estaban esperando Ptaclusp IIa, Ptaclusp IIa, Ptaclusp IIa y Ptaclusp IIa. La presencia de un contable siempre hacía que Ptaclusp se pusiera un poquito nervioso, y cuatro contables juntos suponía una experiencia casi insoportable especialmente cuando los cuatro eran la misma persona. También había tres Ptaclusp IIb; los otros dos —a menos que ya fuesen tres—, estaban supervisando los trabajos de construcción.

Ptaclusp alzó las manos y las movió en un gesto entre cansado y conciliador.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. Vamos a ver, ¿cuáles son los problemas de hoy?

Un IIa le alargó un montoncito de tablillas de cera.

—Padre, ¿tienes alguna idea de lo que es el cálculo? —preguntó utilizando el tono de voz estridente y afilado como una navaja que emplean los contables para que sirva de prefacio a la exposición de un acontecimiento inesperado que va a salir carísimo.

—Explícamelo tú —replicó Ptaclusp dejándose caer sobre un taburete.

—Es lo que he tenido que inventar para hacer las hojas de salario y cuadrarlas —dijo otro IIa.

—Creía que eso era el álgebra —dijo Ptaclusp.

—Dejamos atrás el álgebra la semana pasada —dijo el tercer IIa—. Ahora estamos de cálculo hasta las cejas. He tenido que desdoblarme cuatro veces para resolver los problemas que plantea, y hay tres yo trabajando en… —Lanzó una rápida mirada a sus hermanos—, en la contabilidad cuántica.

—¿Y para qué sirve eso de la contabilidad cuántica? —preguntó su padre con voz cansada.

—Ya te lo explicaré la semana que viene. —El líder de los contables clavó los ojos en la primera tablilla de cera—. Por ejemplo… ¿Conoces a Lu-Khas, el pintor de frescos?

—¿Qué pasa con él?

—Él… Es decir, ellos han presentado una factura por dos años de trabajo.

—Oh.

—Dicen que corresponde a lo que hicieron el martes. Afirman que es algo relacionado con la naturaleza fractal del tiempo.

—¿Han dicho eso? —preguntó Ptaclusp.

—Es sorprendente lo que se les llega a pegar oyendo conversaciones por ahí, ¿verdad? —dijo uno de los contables fulminando con la mirada a los arquitectos paracósmicos.

Ptaclusp vaciló.

—¿Cuántos hay?

—¿Cómo quieres que esté seguro? Sabemos que había cincuenta y tres, y a partir de ahí han entrado en fase crítica. Oh, no cabe duda de que se les ve por todas partes… —Dos IIa se sentaron y formaron un puente con los dedos, lo que siempre es mala señal en cualquier persona que tenga cualquier tipo de relación con el dinero—. El problema —siguió diciendo uno de ellos—, es que después del entusiasmo inicial un montón de trabajadores se han desdoblado de forma extraoficial para poder quedarse en casa y enviarse a sí mismos a trabajar.

—Pero eso es ridículo —protestó Ptaclusp con un hilo de voz—. No son dos personas distintas. Todo lo que hagan se lo estarán haciendo a sí mismos, ¿no?

—Eso nunca ha detenido a nadie, padre —dijo IIa —. ¿Cuántos hombres han dejado de emborracharse hasta caer redondos a los veinte años para impedir que un desconocido muriese de complicaciones hepáticas agudas a los cuarenta?

Hubo un lapso de silencio mientras todos los presentes intentaban entender lo que acababa de decir.

—¿Que un desconocido… ? —preguntó por fin Ptaclusp con voz vacilante.

—Me refiero a él mismo con más años —aclaró secamente IIa—. Eso era filosofía —añadió.

—Ayer un cantero se dio una paliza a sí mismo —dijo un IIb con expresión lúgubre—. Empezó a discutir consigo mismo por su mujer. Ahora se está volviendo loco porque no sabe si el que recibió la paliza es una versión anterior de él o alguien que todavía no ha sido. Tiene miedo de que le pille desprevenido y se vengue. Y hay problemas aún peores, papá. Estamos pagando salarios a cuarenta mil personas, y sólo tenemos dos mil empleados.

—Estás a punto de decir que acabaremos en la bancarrota —suspiró Ptaclusp—. Ya lo sé. Todo es culpa mía. Yo sólo… Sólo quería dejaros algo que valiera la pena, ¿entendéis? No esperaba que las cosas se complicaran hasta estos extremos. Al empezar me pareció que todo iba a ser tan sencillo…

Un IIa carraspeó para aclararse la garganta.

—Las cosas… Eh… Las cosas no están tan mal como parece —dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

El contable colocó una docena de monedas de cobre sobre la mesa.

—Bueno… Eh… —murmuró—. Veréis… Eh… Se me ha ocurrido que ya que hay tanto movimiento temporal en marcha, pues… No hay ninguna razón para que las personas sean las únicas que se desdoblen. ¿Veis estas monedas?

Una de las monedas de cobre se desvaneció apenas hubo acabado de hablar.

—Todas son la misma moneda, ¿verdad? —preguntó uno de sus hermanos.

—Bueno… Sí —respondió el IIa. Parecía sentirse muy incómodo, quizá porque interferir con el divino flujo del dinero era un concepto totalmente desconocido para su religión personal—. Son la misma moneda con intervalos de cinco minutos.

—¿Y estás usando este truco para pagar a los hombres? —preguntó Ptaclusp con voz átona.

—¡No es un truco! ¡Yo les doy el dinero! —replicó el IIa poniendo cara de ofendido—. Lo que le ocurra después no es responsabilidad mía, ¿verdad?

—Esto no me gusta nada —dijo su padre.

—No te preocupes. Al final todo se compensa —dijo otro IIa—. Todo el mundo recibe lo que se merece.

—Sí. Es justamente lo que me temía —dijo Ptaclusp.

—Es una forma de dejar que tu dinero trabaje para ti, nada más —dijo otro hijo—. Probablemente incluso sea cuántica.

—Oh, estupendo —dijo Ptaclusp con un hilo de voz.

—Pondremos el bloque de la punta en su sitio esta noche —dijo otro IIb—. No te preocupes, ¿de acuerdo? Cuando la energía se haya disipado todos veremos las cosas de otra manera.

—Le dije al faraón que lo haríamos mañana.

Todos los Ptaclusp IIb palidecieron al unísono. Hacía mucho calor, pero la atmósfera del interior de la tienda pareció enfriarse de repente.

—Esta noche, padre —dijo uno de ellos—. Estoy seguro de que te he entendido mal. Has dicho esta noche, ¿verdad?

—Mañana —replicó Ptaclusp con firmeza—. Ya he encargado un toldo a rayas y habrá gente arrojando flores de loto. Ah, y una banda de música. Campanas, trompetas, címbalos tintineantes… Y luego habrá discursos y un té con fiambres. Siempre lo hemos hecho así, ¿no? Atrae nuevos clientes. Les gusta echar un vistazo al proyecto en cuanto está terminado.

—Padre, ya has visto cómo está absorbiendo energía… ya has visto la escarcha…

—Pues que siga absorbiendo energía. Ptaclusp e Hijos no pone la punta de sus pirámides como si fuera el último ladrillo de la pared de un jardín. Oyéndote cualquiera diría que somos igual que esos como-se-llamen que limpian casas de noche en los países bárbaros… No tenemos nada de qué avergonzarnos, y la gente espera una ceremonia.

—Pero…

—No voy a escuchar ni una sola palabra más al respecto. Ya he escuchado demasiadas tonterías modernas. Mañana. La placa de bronce, los cortinajes de terciopelo… Todo está preparado.

Un IIa se encogió de hombros.

—Discutir con él no servirá de nada —dijo—. Vengo de tres horas más adelante y me acuerdo de todo. No conseguimos hacerle cambiar de parecer.

—Yo vengo de dos horas más adelante —dijo uno de sus clones—. Recuerdo que dijiste eso.

Y más allá de las paredes de la tienda la pirámide siseaba y seguía acumulando tiempo.

No hay nada místico en el poder de las pirámides.

Las pirámides son como presas que se alzan en la corriente del tiempo. Si tienen la forma y la orientación correctas y se les han incorporado las medidas paracósmicas adecuadas el potencial temporal de la gran masa de piedra puede ser utilizado para acelerar o invertir el tiempo en un área muy pequeña, de la misma forma que una turbina hidráulica puede ser utilizada para bombear agua en contra del curso de la corriente.

Los primeros constructores de pirámides —que, naturalmente, vivieron en la más lejana antigüedad y por lo tanto eran sapientísimos—, estaban al corriente de todo esto y el objetivo de una pirámide correctamente construida era conseguir una zona de tiempo cero en la cámara central para que un rey agonizante encerrado en ella viviera eternamente… o, por lo menos, para que no llegase a morir nunca. El tiempo que tendría que haber transcurrido en la cámara iba siendo almacenado en la estructura de la pirámide, y se permitía que fuera disipándose en forma de resplandores una vez cada veinticuatro horas.

Pasados unos cuantos eones la gente olvidó todo esto y pensó que podías conseguir el mismo efecto mediante a) los rituales b) poner en salmuera a las personas y c) guardar sus órganos internos más blandos y queridos dentro de recipientes.

Dicho procedimiento rara vez funciona.

Y el arte de construir pirámides cuidadosamente medidas y sintonizadas con las energías paracósmicas se perdió, y todo el conocimiento se convirtió en un puñado de reglas mal entendidas y recuerdos confusos. Los antiguos eran muy sabios, y jamás se les habría ocurrido construir pirámides de gran tamaño. Una pirámide muy grande podía hacer que ocurrieran cosas muy extrañas, cosas tan extrañas que comparadas con ellas las meras fluctuaciones temporales parecerían francamente insignificantes.

Por cierto, y en contra de lo que cree la opinión popular, las pirámides no son capaces de conseguir que una cuchilla de afeitar recobre el filo perdido. Lo único que hacen es transportarla hacia atrás en el tiempo hasta un momento en el que aún estaba afilada. Es muy probable que se trate de algo cuántico.

Teppic yacía sobre los estratos de su cama con los oídos aguzados al máximo.

Había dos guardias al otro lado de la puerta, otros dos apostados en el balcón y —Teppic estaba impresionado ante la capacidad de previsión de Dios—, uno en el tejado. Teppic podía oír claramente cómo intentaban no hacer ningún ruido.

Teppic no había podido protestar, naturalmente. Si se sospechaba que incrédulos blasfemos vestidos de negro tenían intención de entrar en el palacio había que proteger a la sagrada persona real. Era innegable, ¿verdad?

Teppic se deslizó sobre la inflexible solidez del colchón hasta poner los pies en el suelo y avanzó por entre la penumbra hasta llegar al rincón donde se alzaba la estatua de Bast, el Dios con Cabeza de Gato. Hizo girar lentamente la cabeza hasta desenroscarla, metió la mano en el agujero y sacó su traje de asesino. Se vistió rápidamente maldiciendo mentalmente la falta de espejos, cruzó la habitación y se agazapó detrás de una columna.

El único problema que podía detectar era lo difícil que le resultaba contener la risa. Ser soldado en Djelibeibi no era un trabajo muy arriesgado. Jamás se había producido el más mínimo atisbo de rebelión popular, y dado que cada vecino era capaz de aplastar al reino en cuestión de segundos por la fuerza de las armas no parecía haber ninguna razón válida que justificara la pérdida de tiempo que supondría crear un ejército de guerreros belicosos y amantes de su oficio. De hecho lo último que deseaban los sacerdotes era un montón de soldados entusiastas. Los soldados entusiastas sin batallas que les distraigan no tardan en aburrirse y empiezan a concebir ideas muy peligrosas, como por ejemplo que si echaran a los sacerdotes serían capaces de gobernar el país mucho mejor de lo que lo estaban gobernando ellos.

El oficio de soldado atraía a hombres corpulentos y sólidos, la clase de hombres que son capaces de mantenerse inmóviles durante horas seguidas sin aburrirse y que poseen la constitución de un buey y unos procesos mentales acordes con dicha constitución. Aparte de eso, tampoco estaba de más poseer un excelente control de tus esfínteres.

Teppic salió al balcón.

Había aprendido el arte de no moverse sigilosamente. Millones de años de ser devorados por criaturas que saben cómo moverse sigilosamente han servido para que los seres humanos adquieran una soberbia capacidad de detectar cualquier clase de movimientos sigilosos; y tampoco bastaba con no hacer ruido ya que una zona pequeña de silencio en movimiento siempre provoca sospechas. El truco estaba en deslizarse a través de la noche con una tranquila confianza en ti mismo, igual que hace el aire.

Había un guardia con el rostro vuelto hacia la habitación. Teppic flotó junto a él y empezó a trepar por la pared. La pared estaba adornada con un complicado bajorrelieve que describía los triunfos de monarcas ya fallecidos, por lo que en realidad podía decirse que su misma familia le estaba echando una mano y, en ocasiones, un pie o dos.

Teppic deslizó las piernas sobre el parapeto y caminó silenciosamente por el tejado. La brisa del desierto ya había empezado a soplar, pero el tejado aún estaba bastante caliente. El aire tenía el olor de un guiso recién cocinado en el que se hubiese utilizado una considerable cantidad de especias.

Deslizarse por el tejado de su propio palacio intentando evitar a sus propios guardias para llevar a cabo un acto de contravención directa a sus propias órdenes sabiendo que si le sorprendían él mismo se haría arrojar a los cocodrilos sagrados —después de todo, al parecer ya había dado instrucciones de que si era capturado no podía esperar ninguna clase de clemencia—, era una experiencia nueva para Teppic, y hacía que se sintiera bastante extraño.

No estaba muy seguro del porqué, pero también hacía que todo resultara mucho más emocionante.

Estar en las alturas y moverse entre los tejados equivalía a gozar de un poco de libertad, la única clase de libertad que estaba al alcance de un rey del valle. Teppic pensó que los campesinos sin tierras que vivían en el delta tenían más libertad que él, aunque el lado sedicioso y no monárquico de su personalidad replicó diciendo que su libertad se limitaba a atrapar cualquier enfermedad que les apeteciera, pasar todo el hambre que les diera la gana y morir con la variedad de agonía espantosa que les hiciera más gracia. Aun así, no se podía negar que seguía siendo libertad.

Un ruido casi inaudible perdido en el inmenso silencio de la noche le atrajo hasta el lado del tejado que daba al río. Las plácidas y un tanto aceitosas aguas del ancho cauce del Djel se deslizaban bajo los rayos de la luna.

Y en el centro de la corriente había un bote que volvía de la otra orilla y de la necrópolis. La figura que manejaba los remos resultaba inconfundible. Los resplandores de las pirámides se reflejaban en su calva.

«Un día le seguiré —pensó Teppic—, y averiguaré qué va a hacer allí… Siempre que vaya allí cuando todavía no haya anochecido, claro.»

De día la necrópolis era meramente tenebrosa, como si el universo entero hubiera decidido cerrar temprano e irse a casa. Teppic había llegado a explorarla y había vagabundeado por calles y callejones que conseguían permanecer silenciosos y polvorientos fuera cual fuese el clima que hiciera al otro lado del agua, el que estaba vivo. La necrópolis siempre estaba envuelta en una atmósfera indefinible, como si todo cuanto había en ella estuviese dispuesto a contener el aliento hasta el fin de la eternidad (lo cual, pensándolo bien, no tenía nada de extraño en una necrópolis), o quizá fuese que su atmósfera era idéntica a la del resto del reino sólo que mucho más exagerada. Además, era la única ciudad de todo el Mundodisco en la que un asesino no podía encontrar trabajo.

Teppic llegó al tragaluz que terminaba en el patio de los embalsamadores y miró hacia abajo. Un instante después ya había aterrizado ágilmente en el suelo y estaba dentro de la habitación de los sarcófagos.

—Hola, muchacho.

Teppic levantó la tapa del sarcófago. El sarcófago seguía estando vacío.

—Está en uno de los de atrás —dijo el rey—. Nunca ha tenido mucho sentido de la orientación.

El palacio era muy grande, y Teppic apenas podía moverse por él de día sin acabar completamente perdido. Las posibilidades de llevar a cabo un registro en las tinieblas de la noche y encontrarla no parecían muy numerosas.

—Es cosa de familia, ¿sabes? Tu pobre abuelo se extraviaba con tanta frecuencia que al final hubo que pintar las palabras «Izquierda» y «Derecha» en todos sus pares de sandalias. Tienes suerte de que en eso hayas salido a tu madre.

Era extraño. Ptraci no hablaba, parloteaba. No parecía capaz de mantener una idea dentro de su cabeza durante más de diez segundos. Su cerebro daba la impresión de estar provisto de una conexión directa con la boca, de tal manera que el pensamiento quedaba expresado en voz alta apenas había cobrado forma. Comparada con las damas que había conocido en las veladas sociales de Ankh —esas damas que disfrutaban atendiendo a los jóvenes asesinos, atiborrándoles de golosinas carísimas y conversando sobre temas etéreos y delicados mientras sus ojos brillaban como si fuesen taladros de carbón al diamante y sus labios empezaban a brillar—, Ptraci estaba tan vacía por dentro como… bueno, como algo que estuviera muy vacío. Y, aun así, Teppic descubrió que sentía un deseo desesperado de encontrarla. Ptraci le aceptaba como era y no le exigía nada, y eso resultaba tan irresistible como una droga. Evidentemente el que viera sus pechos cada vez que cerraba los ojos no guardaba ni la más mínima relación con lo que sentía.

—Me alegra que hayas vuelto a buscarla —dijo el difunto faraón—. Es tu hermana, ¿sabes? Bueno, tu media hermana… A veces pienso que debería haberme casado con su madre pero… No era de sangre real, ¿entiendes? Ah, sí, su madre era una mujer muy inteligente.

Teppic aguzó el oído. Allí estaba de nuevo. Un ruidito debilísimo que parecía una respiración, tan débil que sólo podía oírse gracias al profundo silencio de la noche. Teppic fue lentamente hacia la parte trasera de la habitación, volvió a detenerse para escuchar y levantó la tapa de un sarcófago.

Ptraci estaba hecha un ovillo en el interior y dormía plácidamente con la cabeza apoyada encima de un brazo.

Teppic apoyó la tapa en la pared con mucho cuidado para que no se cayera y le tocó el pelo con la mano. Ptraci murmuró algo sin llegar a despertar y se removió hasta encontrar una posición un poco más cómoda.

—Eh… Creo que será mejor que despiertes —susurró Teppic.

Ptraci volvió a cambiar de posición y farfulló algo que Teppic no entendió y que sonaba más o menos como «Wstflgl».

Teppic vaciló. Ni sus profesores ni Dios le habían preparado para esto. Conocía un mínimo de setenta formas distintas de matar a una persona dormida, pero ni un solo método para despertarla antes de proceder a la inhumación.

Teppic extendió un dedo y lo clavó en lo que parecía la zona menos embarazosa de las grandes extensiones de piel desnuda que se ofrecían a su mirada. Ptraci abrió los ojos.

—Oh —dijo—. Eres tú.

Y bostezó.

—He venido a sacarte de aquí —dijo Teppic—. Te has pasado el día entero durmiendo.

—Oí hablar a alguien —dijo Ptraci, y se desperezó de tal forma que Teppic se apresuró a apartar la mirada—. Era ese sacerdote, el que tiene cara de águila calva. Es realmente horrible.

—Sí, ¿verdad? —replicó Teppic, muy aliviado al oír que alguien lo decía por fin en voz alta.

—Así que me quedé muy quieta y no hice ningún ruido. Y también estaba el faraón. El nuevo, claro.

—Oh. Así que estuvo por aquí, ¿eh? —dijo Teppic con un hilo de voz.

El tono de amargura que había empleado Ptraci hizo que sintiera como si acabaran de clavarle un cuchillo del Número Cuatro en el centro del corazón.

—Todas las chicas dicen que es realmente rarillo —añadió Ptraci mientras Teppic la ayudaba a salir del sarcófago—. Oye, puedes tocarme, ¿sabes? No soy de porcelana.

Teppic tensó el brazo para impedir que siguiera temblando, y pensó que necesitaba urgentemente un baño frío y un buen rato de correr por los tejados.

—Eres un asesino, ¿verdad? —preguntó Ptraci—. Me acordé después de que te hubieras ido. Eres un asesino llegado de tierras distantes. Todo ese negro… ¿Has venido a matar al faraón?

—Ojalá pudiera —dijo Teppic—. Tengo los nervios destrozados por su culpa, y cada vez me cae más gordo. Oye, ¿te importaría quitarte los abalorios?

—¿Por qué?

—Porque cuando caminas hacen muchísimo ruido.

De hecho incluso los pendientes de Ptraci parecían dar las horas cada vez que movía la cabeza.

—No quiero quitármelos —dijo Ptraci—. Sin ellos me siento como si estuviera desnuda.

—Y con ellos puestos ya casi estás desnuda —siseó Teppic—. ¡Haz el favor de quitártelos!

—Sabe tocar el dúlcemele —dijo el fantasma de Teppicamón XXVII. El dato no venía muy a cuento, pero no se le había ocurrido nada mejor y tenía ganas de hablar—. Aunque te advierto que no toca demasiado bien. Ha llegado a la pagina cinco de Piececitas breves para deditos delicados.

Teppic fue hasta el pasadizo que nacía en la sala de embalsamamiento y aguzó el oído. El silencio reinaba sobre el palacio con las excepciones ocasionales de las respiraciones sibilantes de los durmientes y los igualmente ocasionales tintineos a su espalda indicadores de que Ptraci se estaba despojando de sus joyas. Teppic volvió por donde había venido.

—Date prisa, por favor —dijo—. No tenemos mucho…

Ptraci estaba llorando.

—Esto… —dijo Teppic—. Esto…

—Algunos me los regaló mi abuelita —consiguió decir Ptraci entre sollozo y sollozo—. Y el difunto faraón también me regaló unos cuantos. Estos pendientes llevan tanto tiempo siendo propiedad de mi familia… ¿Cómo crees que te lo tomarías tú si tuvieras que hacer algo así?

—Verás, las joyas no son meramente algo que lleva encima —dijo el fantasma de Teppicamón XXVII—. Son parte de su personalidad.

«Caramba —añadió para sí mismo—, creo que estoy dando muestras de Intuición y Perspicacia. ¿Por qué resultará mucho más fácil pensar cuando estás muerto?»

—Yo no llevo pendientes ni joyas —dijo Teppic.

—Pero llevas encima cuchillos y todas esas cosas horribles.

—Bueno, es que las necesito para hacer mi trabajo.

—Ya, claro.

—Oye, no hace falta que las dejes aquí. Puedes ponerlas dentro de mi faltriquera —dijo Teppic—. Pero tenemos que marcharnos enseguida. ¡Por favor!

—Adiós —dijo el fantasma con voz entristecida.

Vio cómo se alejaban hacia el patio y fue flotando hacia su cadáver, el cual no era una compañía muy entretenida.

Cuando llegaron al tejado la brisa se había vuelto un poco más fuerte. También era más caliente y seca.

Un par de las pirámides más antiguas ya habían empezado a iluminarse, pero los destellos eran bastante débiles y sutilmente distintos a los de costumbre.

—Me pica todo —dijo Ptraci—. ¿Qué ocurre?

—Parece que vamos a tener tormenta —dijo Teppic. Volvió la cabeza hacia el río y observó la Gran Pirámide. Su negrura se había intensificado y ahora era un triángulo de sombra más oscura que la noche. Unas cuantas siluetas corrían alrededor de su base con el frenesí de un grupo de lunáticos que ven arder el manicomio en el que estaban encerrados.

—¿Qué es una tormenta?

—Resulta muy difícil de describir —dijo Teppic con voz preocupada—. ¿Puedes ver lo que están haciendo?

Ptraci entrecerró los ojos y concentró toda su atención en lo que estaba ocurriendo al otro lado del río.

—Parece que están muy ocupados —dijo.

—Pues a mí me parece que están muy aterrorizados.

Unas cuantas pirámides empezaron a emitir sus destellos, pero en vez de subir hacia el cielo las llamas parpadeaban y se movían de un lado a otro como impulsadas por vientos intangibles.

Teppic tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para apartar la mirada de las pirámides.

—Vamos —dijo—. Hay que sacarte de aquí.

—¡Tendríamos que haber puesto la punta esta tarde! —gritó Ptaclusp IIb intentando hacerse oír por encima del estridente zumbido que envolvía a la pirámide—. ¡Ahora ya no hay forma de hacer que flote hasta tan arriba! La turbulencia a esas alturas tiene que ser terrible.

El hielo del día hervía y se evaporaba sobre el mármol negro, que ya estaba caliente al tacto. Ptaclusp IIb contempló la punta como si no supiera qué hacer con ella y acabó volviéndose hacia su hermano, quien no había tenido tiempo de cambiarse y seguía llevando puesta la camisa de dormir.

—¿ Dónde está papá? —preguntó.

—He enviado a uno de nosotros para que le despertara y le trajera aquí —dijo IIa.

—¿A quién?

—A un tú, ya que quieres saberlo.

—Oh. —IIb volvió a clavar los ojos en la punta de la pirámide—. No pesa tanto —dijo—. Dos de nosotros podríamos subirla.

Lanzó una mirada interrogativa a su hermano.

—Debes de estar loco. ¿Por qué no enviamos a algún trabajador?

—Porque han huido todos y…

Una pirámide que se encontraba a cierta distancia río abajo intentó descargar la energía acumulada, emitió un chisporroteo y acabó expulsando un chorro de llamas zigzagueantes que se curvó a través del cielo con un estrépito ensordecedor y chocó con la masa de la Gran Pirámide muy cerca de la cima.

—¡Está interfiriendo la descarga de las otras pirámides! —gritó IIb—. Vamos… ¡Hay que liberar la energía acumulada, es la única solución!

Una línea de fuego azulado recorrió velozmente el perímetro de la pirámide a una tercera parte de su altura desde la cima y acabó estrellándose en una esfinge de piedra. El aire empezó a hervir sobre la esfinge.

Los dos hermanos cogieron la piedra y fueron con paso tambaleante hacia el andamio mientras el polvo se arremolinaba a su alrededor adquiriendo formas muy extrañas.

—¿Puedes oír algo? —preguntó IIb un instante después de que lograran llegar a la primera plataforma.

—¿Como qué? —preguntó IIa—. ¿Como el ruido que haría la mismísima textura del tiempo y el espacio si la estuvieran pasando por un escurridor?

El arquitecto contempló a su hermano con una leve admiración, lógica teniendo en cuenta que muy pocos contables habrían sido capaces de hacer semejante observación. Un instante después sus rasgos ya habían recobrado la expresión entre perpleja y aterrada que tenían antes.

—No, no me refiero a eso —dijo.

—Bueno, entonces… ¿El sonido del aire siendo sometido a torturas horrendas?

—No, tampoco me refiero a eso —dijo IIb, que estaba empezando a irritarse—. Me refiero a los crujidos.

Tres pirámides más emitieron sus descargas, y los chorros de energía chisporrotearon abriéndose paso por entre las nubes que hervían en el cielo y volvieron a caer esparciéndose sobre el mármol negro que había debajo de ellas.

—Pues la verdad es que no he oído ningún crujido —dijo IIa.

—Creo que viene de la pirámide.

—Bueno, si te apetece puedes pegar la oreja a un bloque para averiguar si estás en lo cierto, pero te aseguro que yo no pienso hacerlo.

Subieron por otra escalera con la pesada masa de la punta balanceándose entre ellos. La tormenta ya era lo bastante intensa para hacer oscilar el andamiaje.

—Ya os dije que no debíamos hacerlo —murmuró el contable mientras la piedra resbalaba lenta y majestuosamente hasta posarse sobre los dedos de sus pies—. No tendríamos que haber construido esta maldita pirámide.

—¿Quieres hacer el favor de callar y levantar tu extremo?

Y los hermanos Ptaclusp siguieron discutiendo y ascendiendo por los flancos de la Gran Pirámide deslizándose por una escalera tambaleante detrás de otra, mientras las tumbas grandes y pequeñas esparcidas a lo largo del Djel iban disparando sus descargas una detrás de otra llenando el cielo con líneas de tiempo chisporroteante.

Y más o menos en ese momento el matemático más genial del Disco —que estaba cómodamente acostado en su aprisco debajo del palacio entregándose a los placeres de la flatulencia—, dejó de masticar el bolo alimenticio que había regurgitado y se dio cuenta de que algo muy extraño le estaba ocurriendo a los números. De repente todos los números parecían estar teniendo serios problemas.

La mirada del camello salió de sus ojos, se deslizó a lo largo de su hocico y acabó clavándose en el rostro de Teppic. Su expresión dejaba bien claro que Teppic ocupaba el primer lugar en la lista con los nombres de todos los jinetes del mundo que menos le gustaría llevar a cuestas; pero después de todo los camellos miran así a todo el mundo. Los camellos enfocan sus relaciones con la raza humana de una forma muy democrática. Odian por igual a todos sus miembros sin hacer ninguna distinción de rango o credo.

La perspectiva de entablar relación con el que tenía delante le resultaba tan poco apetecible como la de comer jabón.

Teppic contempló con expresión distraída los establos reales, un recinto muy largo sumido en las sombras que en tiempos había contenido un centenar de camellos. Habría dado el mundo entero a cambio de un caballo, y un continente de tamaño moderado a cambio de un pony. Pero ahora los establos sólo albergaban un puñado de carros de guerra medio podridos, reliquia de glorias pasadas, un elefante ya muy mayor cuya presencia era un gran pequeño misterio y aquel camello. El camello parecía un animal extremadamente poco eficiente y tenía las rodillas bastante desgastadas por el roce.

—Bien, esto es lo que hay —dijo volviéndose hacia Ptraci—. No me atrevo a cruzar el río de noche. Intentaré llevarte hasta el otro lado de la frontera.

—¿Crees que esa silla está bien puesta? —preguntó Ptraci—. Tiene un aspecto francamente extraño.

—Es una criatura francamente rara —dijo Teppic—. ¿Cómo hacemos para subir a ella?

—He visto trabajar a los conductores de camellos —replicó Ptraci—. Creo que se limitan a pegarles muy duro con un palo muy grande.

El camello se apresuró a arrodillarse y la obsequió con una mirada de suficiencia.

Teppic se encogió de hombros, abrió las puertas pensando que le revelarían el mundo exterior y se encontró contemplando los rostros de cinco guardias.

Dio un paso hacia atrás. Los guardias dieron un paso hacia adelante. Tres de ellos iban armados con los potentes arcos del Djel, que eran capaces de lanzar una flecha con la fuerza suficiente para que atravesase una puerta o convirtiera a un hipopótamo lanzado a la carga en tres toneladas de kebab móvil. Los guardias nunca habían tenido que disparar sus arcos contra un congénere, pero sus expresiones parecían indicar que estaban dispuestos a tomar en consideración la idea de hacerlo.

El capitán de los guardias se volvió hacia uno de sus hombres y le dio un golpecito en el hombro.

—Ve a informar al gran sacerdote —dijo. Después se volvió hacia Teppic y clavó los ojos en su rostro.

—Tira al suelo todas tus armas —ordenó.

—¿Qué? ¿Todas?

—Sí. Todas.

—Puede que necesite cierto tiempo —replicó Teppic cautelosamente.

—Y mantén las manos donde pueda verlas —añadió el capitán.

—Si lo hago puede que nos metamos en un auténtico callejón sin salida —se arriesgó a decir Teppic.

Sus ojos fueron de un guardia a otro. Conocía una amplia gama de métodos para el combate sin armas, pero todos ellos partían de la premisa inicial de que el adversario no estaría en condiciones de atravesarte con una flecha apenas hubieses empezado a moverte. Aun así, probablemente podría lanzarse hacia un lado, y en cuanto estuviera protegido por los apriscos de los camellos tendría algo de tiempo para pensar en una forma de salir del lío…

Y eso dejaría a Ptraci sola y totalmente expuesta, claro. Aparte de eso Teppic no podía luchar con sus propios guardias. Ese tipo de conducta no resultaba aceptable ni aunque fueses el faraón.

Hubo un movimiento detrás de los guardias, y Dios apareció ante los ojos de Teppic moviéndose con todo el silencio y la inevitabilidad de un eclipse de luna. El gran sacerdote sostenía una antorcha encendida y las llamas creaban un loco bailotear de reflejos que se movían sobre su calva.

—Ah —dijo—. Los blasfemos incrédulos han sido capturados. Bien hecho. —Hizo una seña de cabeza dirigida al capitán—. Arrojadles a los cocodrilos.

—¿Dios? —exclamó Teppic mientras dos guardias bajaban los arcos y se dirigían hacia él.

—¿Has hablado?

—Venga, hombre, ya sabes quién soy. Pon fin a esta ridiculez.

El gran sacerdote levantó la antorcha.

—Me hallo en desventaja respecto a ti, muchacho —dijo—. Metafóricamente hablando, claro.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo Teppic—. Te ordeno que les digas quién soy.

—Como desees. Este asesino —dijo Dios, y su voz había adquirido la capacidad de corte y penetración de un soplete—, ha matado al faraón.

—Yo soy el faraón, maldita sea —dijo Teppic—. ¿Cómo puedo matarme a mí mismo y seguir con vida?

—No somos idiotas —dijo Dios—. Estos hombres saben que el faraón no vaga de noche por los pasillos del palacio, y que no frecuenta la compañía de criminales condenadas a la máxima pena. Ahora sólo nos falta averiguar qué hiciste con el cadáver.

Los ojos de Dios se clavaron en el rostro de Teppic, y Teppic comprendió que el gran sacerdote estaba total e irremisiblemente loco. La locura que le aquejaba pertenecía a la rara variedad causada por llevar tanto tiempo siendo tú mismo que las costumbres de la cordura han acabado quedando grabadas de forma indeleble en el cerebro. «Me pregunto cuántos años tendrá realmente», pensó Teppic.

—Estos asesinos son criaturas muy astutas —dijo Dios—. Tened mucho cuidado con él.

Hubo un estrépito bastante considerable detrás del gran sacerdote. Ptraci había intentado lanzar un aguijón de camello contra un guardia y había fallado.

Cuando todo el mundo volvió a mirar en su dirección Teppic se había desvanecido. Los guardias que estaban junto a él se hallaban muy ocupados derrumbándose lentamente al suelo entre gemidos.

Dios sonrió.

—Coged a la mujer —ordenó.

El capitán se lanzó hacia adelante y agarró a Ptraci, quien no había hecho ni el más mínimo intento de huir. Dios se inclinó y cogió el aguijón caído en el suelo del establo.

—Hay más guardias fuera —dijo—. Estoy seguro de que eres consciente de ello. Creo que te conviene salir de tu escondite.

—¿Por qué? —preguntó Teppic desde las sombras mientras hurgaba en su bota buscando la cerbatana.

—Porque en cuanto lo hagas serás arrojado a los cocodrilos sagrados por orden del faraón —dijo Dios.

—Una perspectiva como para ponerse a dar saltos de entusiasmo, ¿eh? —dijo Teppic mientras unía febrilmente los diversos segmentos de la cerbatana.

—No cabe duda de que resulta preferible a sus muchas alternativas —replicó Dios.

Teppic deslizó los dedos sobre las diminutas protuberancias codificadas de los dardos. A esas alturas la mayoría de los venenos realmente espectaculares ya se habrían evaporado o se habrían disuelto lo suficiente para volverse inofensivos, pero aún contaba con unos cuantos venenos menores concebidos para que la clientela no experimentara nada más molesto que una noche de profundo y agradable sueño reparador. Un asesino podía verse obligado a llegar hasta el candidato a la inhumación abriéndose paso por entre una considerable cantidad de guardaespaldas pagados para que se mantuvieran alerta y con los ojos lo más abiertos posible, e incluirlos en la inhumación se consideraba una grave falta de cortesía.

—Podrías dejarnos marchar —dijo Teppic—. Sospecho que es lo que realmente te gustaría hacer, ¿verdad? ¿Prefieres que me vaya lo más lejos posible y que no vuelva nunca? Por mí encantado.

Dios vaciló.

—Se supone que debes añadir «Y deja marchar a la chica» —dijo pasados unos momentos.

—Oh, sí. Eso también, claro —replicó Teppic.

—No. Si lo hiciese incumpliría mis sagrados deberes para con el faraón —dijo Dios.

—¡Por el amor del cielo. Dios, tú sabes que soy el faraón!

—No. Tengo una imagen muy clara del faraón. Tú no eres el faraón —dijo el sacerdote.

Teppic asomó la cabeza por encima del borde del aprisco. El camello atisbó por encima de su hombro.

Y entonces el mundo enloqueció.

De acuerdo, ya estaba loco, pero enloqueció un poquito más.

Cuando los hermanos Ptaclusp lograron llegar a la plataforma principal, todas las pirámides estaban envueltas en llamas y habían inundado el cielo con su vacilante claridad.

IIa se derrumbó sobre los tablones jadeando como un fuelle senil. La pendiente de piedra que se extendía a un par de metros de él estaba caliente al tacto, y IIa ya estaba totalmente convencido de que la pirámide crujía de forma tan ruidosa como un navío de vela atrapado en una galerna. Siempre se había concentrado en el coste de la construcción de pirámides y nunca había prestado mucha atención a los detalles meramente mecánicos, pero estaba razonablemente seguro de que aquel ruido era tan anómalo como sumar II y II y obtener V.

Su hermano extendió una mano hacia la piedra, pero se apresuró a apartarla en cuanto ésta desprendió un diluvio de chispas que volaron hacia sus dedos.

—Se puede sentir el calor —dijo—. Es asombroso.

—¿Por qué?

—Calentar una masa semejante… Quiero decir que meramente el tonelaje…

—No me gusta, Dos-Be —dijo IIa con voz temblorosa. Oye, ¿por qué no nos limitamos a dejar la piedra aquí? Estoy seguro de que no le ocurrirá nada. Mañana a primera hora podemos enviar un grupo de trabajadores. Ellos sabrán qué…

Otro chorro de llamas chisporroteó por el cielo ahogando las palabras que pronunció a continuación y acabó chocando con la columna de aire bailoteante que se movía a unos quince metros por encima de sus cabezas. IIa se agarró a la parte del andamiaje más cercana.

—Ya estoy harto de esta maldita pirámide. Así se inunde —dijo—. Yo me largo.

—Espera un momento —dijo IIb—. Lo que no entiendo… ¿Qué es lo que cruje? La piedra no puede crujir.

—¡No seas idiota! ¡Todo el maldito andamiaje se está moviendo! —IIa contempló a su hermano con ojos que parecían platos—. Anda, dime que es el andamiaje —suplicó.

—No, esta vez estoy seguro… Viene de dentro.

Los hermanos intercambiaron una rápida mirada. Sus cabezas se movieron al unísono y sus ojos se posaron en la temblorosa escalera que llevaba hasta la punta de la pirámide o, mejor dicho, al sitio en el que habría debido estar la punta.

—¡Vamos! —dijo IIb—. No puede llamear, y está intentando encontrar alguna forma de descargar…

Hubo un sonido tan ensordecedor como el gemido de unos cuantos continentes con indigestión de lava.

Teppic lo sintió. Primero sintió que su piel se le había quedado varias tallas pequeña. Después sintió que alguien le estaba agarrando por las orejas e intentaba hacer girar su cabeza hasta arrancársela del cuello.

Vio cómo el capitán de los guardias caía de rodillas y trataba de quitarse el casco, y salió del aprisco dando un salto.

Es decir, intentó salir del aprisco dando un salto. Nada era lo que habría debido ser, y Teppic aterrizó pesadamente sobre un suelo que parecía no estar muy seguro de si debía convertirse en una pared. Logró ponerse en pie, osciló hacia un lado y bailoteó torpemente a través de los establos intentando no perder el equilibrio.

Los establos se estiraron y se encogieron como una imagen en un espejo distorsionante. Teppic había visto algunos en Ankh y recordaba que en una ocasión él, Broncalo y Arthur se habían desprendido de media moneda cada uno para visitar las efímeras maravillas del Emporio Ambulante del Doctor Cristaleras, el Hombre que le Dejará sin Aliento. Pero si entrabas en uno de esos pabellones sabías que todo eran trucos realizados mediante cristales de formas extrañas. Tu cabeza no se había convertido en una salchicha y tus piernas no se habían transformado en balones de fútbol. Teppic deseó poder estar tan seguro como entonces de que cuanto estaba ocurriendo a su alrededor permitía que te consolaras con una explicación igualmente inofensiva, pero no era así y de hecho probablemente la única forma de conseguir que las cosas volvieran a parecer normales habría sido utilizar unos cuantos espejos deformantes.

Corrió hacia Ptraci y el gran sacerdote sobre piernas que parecían haberse vuelto de chocolate mientras el mundo se expandía y se contraía a su alrededor, y obtuvo la pequeña gratificación de ver cómo la chica se retorcía entre los brazos de Dios y conseguía atizarle un sonoro puñetazo en la oreja.

Teppic siguió moviéndose como si estuviera en un sueño. Las distancias cambiaban igual que si la realidad se hubiese vuelto elástica. Otro paso hizo que chocara con Ptraci y el gran sacerdote. Agarró a la chica de un brazo y retrocedió tambaleándose hacia el aprisco del camello —el animal seguía masticando su bolo alimenticio y observaba el espectáculo con todo el interés que un camello puede sentir hacia algo (es decir, muy poco)—, y consiguió coger el ronzal de un manotazo.

Teppic y Ptraci se ayudaron a cruzar el umbral y emergieron a la locura en que se había convertido la noche. Nadie parecía muy interesado en detenerles.

—Cerrar los ojos ayuda un poco —dijo Ptraci.

Teppic lo intentó. Funcionaba. El trozo de patio que sus ojos le habían estado asegurando era un rectángulo tembloroso cuyos lados vibraban como cuerdas de violín volvió a ser un trozo de patio normal, suponiendo que pudiera creer a sus pies.

—Caray, qué lista eres —dijo Teppic—. ¿Cómo se te ha ocurrido cerrar los ojos?

—Cuando estoy asustada siempre cierro los ojos —dijo Ptraci.

—Buen plan.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé y no quiero averiguarlo. Creo que largarse de aquí sería una idea asombrosamente juiciosa y prudente. ¿Qué dijiste que hay que hacer para conseguir que un camello se arrodille? Llevo encima una gran cantidad de objetos punzantes.

El camello estaba muy familiarizado con todas las amenazas e invectivas del lenguaje humano, y se apresuró a arrodillarse. Teppic y Ptraci treparon a la grupa y en cuanto el camello volvió a erguirse sobre sus cuatro patas el paisaje sufrió un nuevo ataque de oscilaciones.

El camello comprendía perfectamente todo lo que estaba ocurriendo. Tres estómagos y un sistema digestivo que no tiene nada que envidiar a una destilería industrial te proporcionan mucho tiempo para no hacer nada y pensar.

No es casualidad que las matemáticas más avanzadas suelan inventarse en los países cálidos. Eso se debe a la resonancia mórfica de todos los camellos, quienes poseen esa expresión desdeñosa que los ha hecho tan famosos como resultado natural de una increíble habilidad para plantear y resolver ecuaciones cuadráticas.

Casi nadie es consciente de que los camellos tienen una aptitud natural para las matemáticas avanzadas, especialmente en todas las facetas de éstas relacionadas con la balística. La evolución les hizo adquirir esa aptitud porque aumentaba considerablemente las posibilidades de sobrevivir. Otros ejemplos de rasgos útiles para la supervivencia son la coordinación entre la mano y el ojo de los seres humanos, el camuflaje de los camaleones y la famosa habilidad para salvar marineros a punto de ahogarse de que dan muestra los delfines cuando existe el más mínimo riesgo de que otros seres humanos se encuentren lo bastante cerca para ver lo que realmente les gustaría hacer —normalmente partirlos en dos de un mordisco—, con los comentarios desfavorables y la lógica hostilidad posterior que provocaría ese tipo de comportamiento.

La verdad es que los camellos son mucho más inteligentes que los delfines.[[19]](#footnote-19) Su inteligencia es tan superior a la de estos que no tardaron en comprender que lo más prudente que puede hacer un animal si no quiere que sus descendientes pasen mucho tiempo encima de una losa con electrodos metidos en el cerebro, colocando minas en el casco de algún barco o siendo tratados con espantosa condescendencia por manadas de zoólogos es asegurarse de que los malditos humanos no averigüen lo inteligentes que son. Así pues, los camellos decidieron ya hace mucho tiempo adoptar un estilo de vida que les garantizaba alimentación y cuidados adecuados y la posibilidad de escupir en el ojo a un humano y salir bien librados a cambio de que aguantaran llevar cargas de un lado a otro y se dejaran pinchar con objetos punzantes.

Y aquel camello en particular —el resultado de millones de años de evolución selectiva orientada a producir una criatura que pudiese contar los granos de arena sobre los que caminaba, tensar los músculos de sus fosas nasales cerrándolas a voluntad y sobrevivir bajo el sol abrasador sin beber agua durante muchos días—, se llamaba Maldito Bastardo.

Y, de hecho, era el matemático más genial de todo el Mundodisco.

Maldito Bastardo estaba pensando. «Parece que nos encontramos ante una inestabilidad dimensional creciente que a juzgar por su aspecto oscila desde los cero hasta casi los cuarenta y cinco grados. Qué interesante. Me pregunto qué la estará causando… Supongamos que V es igual a 3. Supongamos que Tau es igual a Chi/4. rumiarumiarumia. Supongamos que Kappa/y es un tensor diferencial del dominio Monstruo Maloliente[[20]](#footnote-20) con cuatro coeficientes de giro imaginarios…»

Ptraci le golpeó en la cabeza con una de sus sandalias.

—¡Venga, muévete! —chilló.

Maldito Bastardo siguió pensando. «Por lo tanto H elevada al poder capacitador es igual a V/s. rumiarumiarumia. Así pues, en notación hiperlógica…»

Dios estaba saliendo del palacio e incluso había conseguido encontrar a unos cuantos guardias cuyo temor a la desobediencia superaba al terror que les inspiraba aquel mundo tan repentina y misteriosamente distorsionado.

Maldito Bastardo seguía masticando estoicamente.

«… rumiarumiarumia lo cual nos da una oscilación progresivamente acortada muy interesante. ¿Cuál sería el período de esto? Supongamos que el período es igual a x. rumiarumiarumia. Supongamos que t es igual al tiempo. Supongamos que el período inicial…»

Ptraci empezó a saltar sobre su cuello y a golpearlo salvajemente con los talones, una actividad que habría hecho que cualquier antropoide del sexo masculino aullara y se golpeara la cabeza contra la pared más cercana.

—¡No quiere moverse! ¿Es que no piensas pegarle?

Teppic descargó una mano sobre el flanco de Maldito Bastardo golpeándolo con todas sus fuerzas. El único resultado fue que consiguió crear una nube de polvo y dejarse totalmente insensibles todas las terminaciones nerviosas de los dedos de esa mano. Golpear a Maldito Bastardo era como golpear un saco muy grande lleno de colgadores para la ropa.

—Vamos… —murmuró.

Dios alzó una mano.

—¡Alto en nombre del faraón! —gritó.

Una flecha se incrustó en la joroba de Maldito Bastardo.

«… igual a 6,3 recurrente. Reducir. Eso nos da… ay… 314 segundos…»

Maldito Bastardo hizo girar su largo cuello. Sus enormes cejas peludas formaron un par de curvas acusadoras, y los párpados de sus ojos amarillentos se entrecerraron mientras las pupilas se clavaban en el gran sacerdote. Su mente decidió dejar de lado aquel problema tan interesante durante unos momentos y extraer de sus profundidades aquella vieja rama de las matemáticas que su especie había perfeccionado hacía ya muchísimo tiempo y que tan familiar le resultaba.

«Distancia igual a trece metros. Velocidad del viento igual a 2. Vector uno-ocho. rumia. Glutinosidad igual a 7…»

Teppic desenvainó un cuchillo y se preparó para lanzarlo.

Dios tragó una honda bocanada de aire. «Va a ordenar que disparen sus arcos contra nosotros —pensó Teppic—. Me van a matar en mi propio nombre y en mi propio reino…»

«Ángulo dos-cinco. rumia. Fuego…»

El disparo resultó magnífico. La masa de bolo alimenticio poseía el coeficiente de giro y la velocidad de ascenso adecuadas y dio en el blanco con un sonido como… como el que produciría un cuarto de kilo de hierba a medio digerir haciendo impacto en el rostro de alguien. No había ninguna otra cosa que pudiera sonar igual.

El silencio que siguió al impacto resultó curiosamente parecido a la ovación de una sala con todo el público puesto en pie.

El paisaje empezó a sufrir una nueva oleada de distorsiones. Estaba claro que aquel no era un sitio en el que resultara muy aconsejable quedarse. Maldito Bastardo inclinó la cabeza y se contempló las patas delanteras.

«Supongamos que el total de patas es igual a cuatro…» Emprendió un trote que no tardó en volverse carrera. Los camellos parecen tener más rodillas que cualquier otro ser viviente de la creación, y Maldito Bastardo se movía como una máquina de vapor. Había montones de movimientos que formaban ángulos rectos con la dirección del avance acompañados por un atronador concierto de ruidos digestivos.

—Qué animal tan condenadamente estúpido —murmuró Ptraci mientras se iban alejando del palacio—. Bueno, parece que por fin ha entendido lo que esperábamos de él…

«… índice de repetición 3,5/z fijo en condiciones normales. ¿De qué demonios estará hablando? Condenadamente Estúpido vive en Espadarta…»

Las patas de Maldito Bastardo se movían y giraban por los aires como si las articulaciones consistieran en bandas de goma bastante gastadas, pero cada zancada cubría una gran cantidad de terreno. Unos instantes después ya estaban rebotando por las calles de tierra apisonada de la ciudad.

—Está empezando a ocurrir de nuevo, ¿verdad? —preguntó Ptraci—. Voy a cerrar los ojos.

Teppic asintió. Las casas de ladrillos calientes como hogueras que se extendían a su alrededor estaban volviendo a iniciar su movimiento a cámara lenta estilo cámara de los espejos, y el camino subía y bajaba de una forma que ningún terreno mínimamente sólido tenía derecho a utilizar.

—Es como el mar… —dijo Teppic—. ¡Eh! ¡Oh! —añadió.

Maldito Bastardo acababa de dejar atrás un bache.

—Pues yo no estoy mareada —replicó Ptraci con mucha firmeza.

—No, me refería al mar. El océano. Ya sabes, las olas y todo lo demás.

—He oído hablar de eso. ¿Nos persiguen?

Teppic giró sobre la silla de montar.

—No que yo pueda ver —dijo—. Parece como si…

Su posición actual le permitía ver la larga estructura achatada del palacio, el río y la Gran Pirámide que se alzaba en la otra orilla. La tumba quedaba casi oculta por una masa de nubes oscuras, pero lo que podía ver de ella tenía un aspecto decididamente extraño. Teppic sabía que. la Gran Pirámide sólo tenía cuatro caras, y podía verle las ocho.

La Gran Pirámide parecía haber decidido alternar la nitidez con el volverse borrosa, y los instintos de Teppic le advirtieron de que esa clase de decisiones siempre resultaban muy peligrosas, especialmente cuando eran tomadas por varios millones de toneladas de roca. Sintió un impulso apremiante de estar lo más lejos posible de la pirámide. Incluso una criatura con tan poco cerebro como el camello parecía haber tenido la misma idea que él.

Maldito Bastardo estaba pensando.

«Delta al cuadrado. Así pues la presión dimensional k producirá una transformación de noventa grados en Chi(16/x/pu)t en un fardo K de cualquiera de las tres invariables que se tomen. O cuatro minutos, más menos diez segundos…»

El camello inclinó la cabeza y contempló las cuatro almohadillas peludas en que terminaban sus patas.

«Supongamos que la velocidad es igual a galope…»

—¿Cómo has conseguido que hiciera eso? —preguntó Teppic.

—¡No he sido yo! ¡Lo está haciendo él solo! ¡Agárrate!

No resultaba nada fácil. Teppic había ensillado el camello, pero no le había puesto el arnés. Ptraci tenía a su alcance varios puñados de pelo de camello a los que agarrarse, pero Teppic sólo disponía de unos cuantos puñados de Ptraci. No importaba dónde intentara poner las manos: sólo encontraban carne caliente y perfumada que cedía agradablemente bajo sus dedos. Nada de lo que había aprendido durante sus estudios le había preparado para aquello, pero estaba claro que toda la educación de Ptraci había tenido como objetivo prepararla para situaciones semejantes. Su larga cabellera azotaba el rostro de Teppic y le envolvía en el aura irresistible y fascinadora de su perfume.[[21]](#footnote-21)

—¿Estás bien? —gritó Teppic intentando hacerse oír por encima del viento.

—¡Me agarro con las rodillas!

—¡Eso debe de resultar muy difícil!

—¡Te dan clases especiales!

Los camellos galopan lanzando sus patas lo más lejos posible del cuerpo y corriendo como locos después para atraparlas. Maldito Bastardo ascendió por el camino serpenteante que salía del valle con las articulaciones de las patas haciendo un ruido muy curioso y bastante parecido al que habrían producido unas castañuelas que llevaran un par de días metidas dentro de la nevera, y bajó a toda velocidad por la cañada que terminaba en el desierto. Los riscos de caliza de la cañada iban quedando atrás.

Y detrás de ellos la Gran Pirámide sufría los tormentos inconmensurables de la inexorable marea geométrica que le impedía desprenderse de su carga de Tiempo, y aullaba. La gigantesca estructura fue separando su base del suelo, deslizó su inmensa masa por los aires con un movimiento tan imparable como el de un objeto imparable, giró sobre sí misma noventa grados exactos e hizo algo inconcebiblemente feo con la textura del tiempo y el espacio.

Maldito Bastardo avanzaba por la cañada con el cuello extendido al máximo y las imponentes fosas nasales tan dilatadas como las entradas de aire de un motor a reacción.

—¡Está aterrorizado! —chilló Ptraci—. ¡Los animales siempre presienten cuándo van a ocurrir esta clase de cosas!

—¿A qué clase de cosas te refieres?

—¡A los incendios forestales y cosas así!

—¡Pero si aquí no hay árboles!

—Bueno, las inundaciones y… ¡Esas cosas! ¡Tienen un extraño instinto natural que les advierte!

«… Pi 1700[u/v]. E/v lateral. Igual a una rebanada de entre siete y doce…»

El sonido les alcanzó. Era tan silencioso como el de un reloj hecho de dientes de león dando la medianoche, pero poseía presión. El sonido rodó sobre ellos en una marea tan asfixiante como el terciopelo y tan repugnante como un pastel relleno de carne pasada que hubiera recibido unos cuantos golpes.

Y desapareció.

Maldito Bastardo redujo la velocidad gradualmente hasta ponerse al paso, un procedimiento muy complicado que exigía dar instrucciones increíblemente precisas a cada pata por separado.

Hubo una indefinible sensación de alivio y de tensión que se iba disipando.

Maldito Bastardo se detuvo. La claridad que precede al amanecer le permitió localizar un matojo de sifacias espinosas que crecía en un grupo de rocas junto al camino.

«… ángulo izquierdo. X igual a 37. Y igual a 19. Z igual a 43. Mordisco…»

La paz descendió sobre ellos. El silencio era absoluto, dejando aparte los eructos que viajaban por el conducto digestivo del camello y el ulular distante de un búho del desierto.

Ptraci bajó de la grupa y aterrizó torpemente sobre la arena.

—Mi trasero se ha convertido en una ampolla gigante —anunció dirigiéndose al desierto en general.

Teppic bajó de un salto y medio corrió, medio se tambaleó por la pequeña pendiente que había junto al camino, llegó al final y corrió sobre la meseta de caliza agrietada hasta que pudo echar un buen vistazo al valle.

El valle ya no estaba allí.

Dil el maestro embalsamador despertó. Aún estaba oscuro y su cuerpo vibraba con la sensación cosquilleante de que algo iba mal. Salió de la cama, se vistió apresuradamente y apartó la cortina que cumplía las funciones de puerta.

Y se encontró con una noche tan hermosa y negra como el terciopelo negro. El cántico de los insectos no lograba tapar del todo otro sonido, un débil ruido a fritura o chisporroteo tan débil que casi se hallaba en los límites de la audición.

Quizá era lo que le había despertado. El aire estaba caliente y saturado de humedad. Hilillos de neblina brotaban del río y…

Las pirámides no estaban descargando energía. Dil había crecido en aquella casa. La casa era propiedad de la familia de maestros embalsamadores desde hacía miles de años, y Dil había visto arder a las pirámides con tanta frecuencia que ya no se fijaba en las llamas, de la misma forma que tampoco era consciente de su propia respiración. Pero ahora las pirámides estaban oscuras y silenciosas, y el silencio gritaba, y la oscuridad tenía mil ojos que se clavaban en ti.

Pero eso no era lo peor. Sus aterrorizadas pupilas fueron subiendo hacia el cielo vacío que se extendía por encima de la necrópolis, vieron las estrellas y aquello a lo que estaban pegadas.

Dil estaba aterrado, y cuando tuvo tiempo de pensar en todo aquello con un poco más de calma se avergonzó de sí mismo. «Después de todo —pensó—, es justo lo que siempre nos habían dicho que estaba allí. Todo encaja. Lo único que ocurre es que lo estoy viendo bien por primera vez, nada más…»

Dil se preguntó si aquellos razonamientos le hacían sentirse un poco mejor.

«No», se respondió.

Giró sobre sí mismo y echó a correr por la calle con las sandalias golpeando ruidosamente las plantas de sus pies hasta llegar a la casa que albergaba a Gern y su numerosa familia. Arrancó por la fuerza al aprendiz de embalsamador de la esterilla de dormir comunal sin hacer ningún caso de sus protestas, le llevó a rastras hasta la calle y le hizo levantar el rostro hacia el cielo.

—¡Dime qué ves! —siseó.

Gern entrecerró los ojos para ver mejor.

—Puedo ver las estrellas, maese Dil —dijo.

—¿Y dónde están las estrellas, chico?

Gern se relajó un poquito.

—Oh, es una pregunta muy fácil de responder, maese Dil. Todo el mundo sabe que las estrellas están incrustadas en el cuerpo de la diosa Nept, que se arquea sobre nosotros apoyándose en… Oh, infiernos.

—¿Tú también puedes verla?

—Oh, mami —murmuró Gern, y se fue doblando lentamente sobre sí mismo hasta quedar arrodillado en el suelo.

Dil asintió. El maestro embalsamador siempre había sido un hombre devoto. Saber que los dioses estaban allí te ayudaba a soportar los pequeños problemas cotidianos. Lo terrible era darse cuenta de que ahora estaban aquí.

Porque lo que se arqueaba en el cielo era el cuerpo de una mujer de piel levemente azulada sobre el que la acuosa luz de las estrellas creaba débiles juegos de luces y sombras.

La mujer era enorme. Sus estadísticas entraban en la categoría de lo interestelar. La sombra que se extendía entre sus pechos galácticos era una nebulosa oscura, la curva de su estómago una gigantesca extensión de gas resplandeciente, su ombligo la negra incandescencia burbujeante dentro de la que nacen las estrellas. No estaba sosteniendo el cielo. La mujer era el cielo.

Los ojos de aquel inmenso rostro melancólico suspendido del revés sobre el horizonte se hallaban clavados en Dil, y Dil estaba empezando a comprender que hay muy pocas cosas que puedan hacer tambalear los cimientos de tus creencias de una forma tan rotunda como el ver con toda claridad y precisión el objeto de esas creencias. Contra lo que afirma la sabiduría popular, ver algo no produce el resultado automático de creer en ese algo. Cuando eso ocurre la fe deja de existir porque ya no es necesaria.

—Oh, que el Empape me salve —gimió Gern.

Dil le atizó un puñetazo en el brazo.

—Para ya —dijo—. Y ven conmigo.

—Oh, maese Dil, ¿qué vamos a hacer?

Dil contempló la ciudad dormida que se extendía a su alrededor.

No tenía ni la más mínima idea.

—Iremos al palacio —dijo con voz firme y decidida—. Lo más probable es que todo esto sea un truco de la… de la… de la oscuridad. Y de todas formas no tardará en salir el sol.

Dil echó a caminar pensando lo mucho que le habría gustado poder estar dentro del pellejo de Gern. Ah, si estuviera en su lugar le enseñaría lo que era el auténtico terror balbuceante y tembloroso… El aprendiz de embalsamador le siguió moviéndose con una mezcla de trote y deslizamiento asustado.

—¡Veo sombras entre las estrellas, maese Gern! Maese Gern, ¿podéis verlas? ¡Hay sombras en el borde del mundo, maese Gern!

—No son más que neblinas, chico —dijo Dil.

Estaba concentrando todas sus energías mentales en la tarea de mirar hacia adelante y mantener la postura digna y segura de sí misma que se espera del Guardián de la Puerta Izquierda de la Logia Natrónica y de un artesano cuyo manejo de la aguja ha sido premiado con varias medallas.

—Ahí —dijo—. ¡Mira, Gern, está saliendo el sol! Los dos se quedaron quietos y volvieron la cabeza en esa dirección. Y un instante después Gern empezó a emitir unos gimoteos casi inaudibles.

Una gran bola llameante estaba subiendo lentamente por el cielo. Y la bola era empujada por un escarabajo pelotero tan grande como unos cuantos mundos de buen tamaño.

# 

# LIBRO TERCERO

# EL LIBRO DEL HIJO NUEVO

El sol asomó por el horizonte. No estaban en el Viejo Reino, por lo que este sol era una mera bola de gases llameantes. La noche púrpura del desierto se fue evaporando bajo su implacable calor de soplete. Los lagartos se apresuraron a esconderse en las grietas de las rocas. Maldito Bastardo se acomodó en la pequeña sombra proyectada por lo que quedaba del matojo de sifacias, observó el panorama con expresión altiva y empezó a masticar un poco de bolo alimenticio mientras calculaba raíces cuadradas en base siete.

Teppic y Ptraci acabaron encontrando un poco de sombra debajo de un saliente de piedra caliza y se sentaron debajo de él para contemplar con expresión lúgubre las olas de calor que rebotaban en los peñascos.

—No lo entiendo —dijo Ptraci—. ¿Estás seguro de que has mirado en todas partes?

—¡Es un país! ¡No puede caerse por un agujero en el suelo y desaparecer, maldita sea!

—Bueno, ¿pues dónde está entonces? —replicó Ptraci sin perder la calma.

Teppic lanzó un gruñido. El martillo del calor estaba empeñado en aplanar el desierto, pero Teppic decidió salir de la sombra y empezó a moverse por entre las rocas como si fuera posible que novecientos kilómetros cuadrados de tierra estuvieran escondidos detrás de un arbusto o debajo de un guijarro.

Descubrió que el camino bajaba por entre los riscos, pero volvía a subir casi inmediatamente y seguía avanzando por encima de las dunas hasta llevar a lo que estaba claro era Espadarta. Teppic reconoció una esfinge erosionada por los vientos que había sido colocada allí para indicar la posición de la frontera. La leyenda afirmaba que cuando la nación estaba metida en un lío realmente serio la esfinge patrullaba a lo largo de la frontera, aunque no estaba muy segura del porqué lo hacía.

Teppic sabía que el galope del camello les había llevado hasta Efebas. Ahora tendría que estar contemplando toda la extensión del Djel, ese fértil valle salpicado de pirámides que se interponía entre los dos países.

Ya llevaba una hora buscándolo.

Era inexplicable. Era increíble. Y, aparte de eso, también era extremadamente embarazoso.

Teppic se hizo sombra en los ojos con una mano y echó el vistazo número mil al paisaje silencioso que se cocía bajo el sol. Y movió la cabeza. Y vio Djelibeibi.

La tierra en que había nacido ocupó todo su campo visual durante un momento. Teppic movió la cabeza rápidamente y volvió a verla, un fugaz destello de colores nebulosos que se desvaneció apenas empezó a concentrar su atención en él.

Ptraci sacó la cabeza de la sombra unos minutos después y le vio a cuatro patas en el suelo. Teppic empezó a levantar guijarros, y Ptraci decidió que ya llevaba demasiado rato al sol.

Fue hacia él y le puso la mano en el hombro, pero Teppic se la apartó e hizo una mueca de impaciencia.

—¡Lo he encontrado!

Sacó un cuchillo de su bota y empezó a pinchar las piedras con la punta.

—¿Dónde?

—¡Aquí!

Ptraci puso una mano llena de anillos en su frente.

—Oh, sí —dijo—. Comprendo. Claro. Estupendo. Bueno, creo que será mejor que te acuestes un ratito a la sombra y descanses, ¿no te parece?

—¡No, de veras! ¡Está aquí! ¡Mira!

Ptraci decidió seguirle la corriente. Se acuclilló y clavó los ojos en una roca.

—Hay una grieta —dijo pasados unos momentos, no muy segura de lo que podía significar el que hubiera una grieta.

—Fíjate bien en ella, ¿quieres? Tienes que volver la cabeza y… No sé cómo expresarlo. Hay que mirar por el rabillo del ojo, ¿entiendes?

La punta del cuchillo de Teppic entró en la grieta, una hendidura tan pequeña que apenas llegaba a ser una línea casi invisible sobre la roca.

—Vaya, sí que entra… —dijo Ptraci contemplando el suelo ardiente que pisaban.

—Desde la Segunda catarata hasta el Delta —dijo Teppic—. Taparte un ojo ayuda bastante. Por favor, inténtalo… ¡Oh, por favor!

Ptraci alzó una mano vacilante hasta taparse un ojo y contempló obedientemente la roca con el otro.

—No sirve de nada —dijo al cabo de unos instantes—. No puedo… veeeeeeer…

Permaneció totalmente inmóvil durante un momento y se arrojó de lado sobre las rocas. Teppic dejó de intentar meter el cuchillo en la grieta y reptó hacia ella.

—¡Estaba justo al borde! —gimoteó Ptraci.

—¿Lo has visto? —preguntó Teppic en un tono impregnado de esperanza.

Ptraci asintió, se puso en pie con mucha cautela y empezó a retroceder lentamente alejándose de la roca.

—Tus ojos… ¿Tuviste la sensación de que te los estaban volviendo del revés? —preguntó Teppic.

—Sí —replicó Ptraci con voz gélida—. ¿Tendrías la bondad de devolverme mis abalorios?

—¿Qué?

—Mis abalorios. Te los metiste en ese bolsillo tan raro tuyo. Quiero que me los devuelvas.

Teppic se encogió de hombros, metió la mano en su faltriquera y hurgó dentro de ella. La mayor parte de los abalorios eran de cobre con unas cuantas incrustaciones de esmalte. El artesano había intentado conseguir algo interesante combinando trocitos de alambre retorcido con cristales multicolores, pero no había tenido mucho éxito. Ptraci se los quitó de la mano y empezó a ponérselos.

—¿Poseen algún significado esotérico? —preguntó Teppic.

—¿Qué quiere decir «esotérico»? —replicó Ptraci con expresión distraída.

—Oh. Entonces, ¿para qué los necesitas?

—Ya te lo expliqué antes. Si no los llevo encima tengo la sensación de que no estoy lo suficientemente vestida.

Teppic se encogió de hombros, y volvió a concentrar su atención en la tarea de meter el cuchillo dentro de la grieta.

—¿Por qué estás haciendo eso? —le preguntó Ptraci.

Teppic dejó de luchar con la grieta y pensó en por qué estaba haciendo aquello.

—La verdad es que no lo sé —respondió por fin—. Pero tú también viste el valle, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ¿y…?

—¿Bueno qué?

Teppic puso los ojos en blanco.

—¿No te pareció que era un poquito… un poquito extraño? Todo un país consigue… digamos que esfumarse… resulta… ¡Maldita sea, creo que eso es algo que no se ve cada maldito día!

—¿Cómo quieres que lo sepa? Nunca había estado fuera del valle. No sé qué aspecto se supone que ha de tener desde el exterior. Y deja de maldecir, ¿quieres?

Teppic meneó la cabeza.

—Creo que voy a tumbarme un ratito a la sombra —dijo—. O a lo que queda de ella —añadió, pues los implacables rayos del sol ya estaban empezando a consumir las sombras.

Teppic fue tambaleándose hacia las rocas y miró a Ptraci en cuanto hubo llegado a ellas.

—No hay forma humana de llegar hasta el valle —logró decir por fin—. Todas esas personas…

—Vi los fuegos de las cocinas —dijo Ptraci dejándose caer junto a él.

—Es algo relacionado con la pirámide —dijo Teppic—. Antes de que saliéramos de allí tenía un aspecto muy extraño. Es cosa de magia o de geometría… una de las dos cosas. ¿Crees que hay alguna forma de volver al reino?

—No quiero volver. ¿Por qué iba a querer volver? Si vuelvo ya sabes lo que me espera, ¿no? Los cocodrilos y se acabó. Francamente, si no me ofrecen algo un poco mejor que los cocodrilos no pienso volver nunca.

—Hum. Quizá podría perdonarte o algo así… —dijo Teppic.

—Oh, claro —replicó Ptraci examinándose las uñas—. Dijiste que eras el faraón, ¿verdad?

—¡Soy el faraón! Eso que hay ahí es mi reino…—Teppic vaciló. No estaba muy seguro de cuál era la dirección que debía señalar con el dedo—. Bueno, eso que hay más o menos por ahí es mi reino. Soy su monarca, ¿entiendes?

—No tienes aspecto de ser faraón —dijo Ptraci.

—¿Por qué no?

—El faraón llevaba una máscara dorada.

—¡Y debajo estaba yo!

—Ya. Así que tú fuiste el que ordenó que me arrojaran a los cocodrilos, ¿eh?

—¡Sí! Quiero decir… ¡No! —Teppic vaciló—. Quiero decir que… Fue el faraón quien lo ordenó, no yo. Bueno, fui yo pero no era yo… Y de todas formas yo te rescaté —añadió valientemente.

—Bueno, pues ahí lo tienes. Además, si fueses el faraón también serías un dios, ¿no? Me parece que no te estás comportando de una forma muy divina.

—¿Sí? Eh… Esto…

Teppic sufrió un nuevo ataque de vacilación. Ptraci tenía una mente espantosamente literal, y eso significaba que las frases más inocentes tenían que ser examinadas muy minuciosamente antes de ser enviadas al mundo.

—Mira, lo que mejor se me da es hacer salir el sol —le explicó—. Pero aún no tengo ni idea de cómo lo consigo, y… Ah, y los ríos, claro. ¿Quieres una buena inundación? Pues en ese caso yo soy tu hombre… Tu dios, quería decir, y…

No llegó a completar la frase. Acababa de tener una idea.

—Me pregunto qué estará ocurriendo ahí dentro ahora que no estoy —dijo por fin.

Ptraci se puso en pie y empezó a caminar hacia la cañada.

—¿Adónde vas?

Ptraci se volvió hacia él.

—Bueno, señor faraón o Dios o asesino o lo que seas, ¿qué me dirías de hacer aparecer un poquito de líquido?

—Eh… Bien, si tienes la bondad de darte la vuelta…

—No estaba pensando en esa clase de líquido. Pensaba en algo de agua. Para beber, ¿entiendes? Puede que haya un río escondido dentro de esa grieta y puede que no, pero no podemos llegar hasta él, ¿verdad? Así pues, tenemos que ir a algún sitio donde haya agua y podamos llegar hasta ella. Es tan sencillo que creía que hasta un faraón podría entenderlo.

Teppic echó a correr detrás de ella y la siguió hasta la cuneta. Maldito Bastardo estaba acostado con la cabeza y el cuello pegados al suelo moviendo lentamente las orejas entre remolinos de calina mientras se distraía aplicando la Teoría de las Integrales Transitorias de Asquerosa Bestia Inmunda a una sucesión de números cisoidales que tenían un aspecto muy prometedor. Ptraci estaba tan irritada que le dio una patada.

—Entonces, ¿sabes dónde hay agua? —preguntó Teppic.

«… e/27. Once kilómetros…»

Un par de ojos ribeteados de kohl se volvieron hacia él y le observaron como si no pudiesen creer en lo que estaban viendo.

—¿Quieres decir que tú no sabes dónde hay agua? ¿Pensabas llevarme al desierto y no tienes ni la más mínima idea de dónde se puede encontrar agua?

—¡Bueno, ya que lo preguntas esperaba que podría llevarme un poco para el trayecto!

—¡Ni tan siquiera habías pensado en el agua!

—¡Oye, no puedes hablarme así! ¡Soy el faraón y…!

Teppic se calló de repente.

—Tienes toda la razón —siguió diciendo pasados unos momentos—. Ni tan siquiera había pensado en el agua. Vengo de un sitio en el que llueve a cántaros casi cada día. Lo siento.

Ptraci enarcó las cejas.

—Un-Sitio-En-El-Que-Llueve-A-Cántaros-Casi-Cada-Día… Un poco largo, ¿verdad? No, creo que no me suena. ¿Dónde queda eso?

—No, yo… Vengo de… En fin, concentrémonos en lo de la lluvia. Ya sabes qué es, ¿no? ¿Gotitas muy pequeñas que caen del cielo? ¿Eh?

—Qué idea tan ridícula. ¿Y de dónde vienes?

Teppic puso cara de sentirse bastante incómodo.

—¿Que de dónde vengo? De Ankh-Morpork. En cuanto a dónde empecé el trayecto… Aquí.

Volvió la cabeza hacia el camino. Si sabías lo que estabas buscando podías ver una grieta muy delgada que se deslizaba sobre las rocas. La grieta subía por los riscos que había a cada lado creando una nueva falla vertical con el grosor de una línea de lápiz que, casualmente, contenía un reino fluvial al completo con sus 7.000 años de historia.

Teppic había odiado cada minuto del tiempo que pasó allí. Y ahora el Djel le había echado. Y ahora el simple hecho de que no pudiera volver allí hacía que quisiera volver.

Fue hacia la piedra y se tapó un ojo. Si movías la cabeza en la dirección adecuada con mucho cuidado…

La imagen pasó velozmente por su campo visual y se esfumó. Teppic hizo unos cuantos intentos más, pero no consiguió volver a verla.

¿Y si hacía pedazos las rocas? «No —pensó—, qué idiotez… Es una línea. No puedes meterte dentro de una línea. Una línea carece de grosor. Es un hecho geométrico ampliamente conocido.»

Oyó los pasos de Ptraci a su espalda y un instante después sintió el contacto de sus manos en el cuello. Durante una fracción de segundo la mente de Teppic estuvo muy ocupada preguntándose cómo era posible que Ptraci conociera el Abrazo de la Muerte Cathártica, y un instante después los dedos empezaron a masajear suavemente sus músculos, y las rigideces se derritieron bajo aquellas expertas caricias tan deprisa como el sebo debajo de un cuchillo caliente. La tensión se fue esfumando y Teppic se estremeció.

—Qué agradable —dijo.

—Para eso nos entrenan. Tienes los tendones tan anudados que parecen una ristra de pelotas de ping-pong ensartadas en un hilo —dijo Ptraci.

Teppic lanzó un suspiro de gratitud, se fue deslizando hasta la base de uno de los peñascos que había junto al risco y dejó que el ritmo de los dedos de Ptraci fuese desenredando el amasijo de problemas de la noche.

—No sé qué hacer —murmuró—. Oh, eso es delicioso…

—Ser una buena doncella exige algo más que saber pelar uvas —dijo Ptraci—. La primera lección que aprendemos es que si tu amo acaba de volver a casa después de un día muy largo y agotador quizá no sea el momento más adecuado para proponerle la Conjunción del Zorro y el Perejil. ¿Y quién dice que tengas que hacer algo?

—Me siento responsable.

Teppic cambió poco a poco de posición moviéndose tan perezosamente como un gato.

—¿Sabes si hay dúlcemeles por aquí? Si hubiera uno cerca podría tocar algo suave que te ayudaría a relajarte —dijo Ptraci—. Todavía no he terminado el Libro I, pero ya he llegado a «La merienda de los duendes».

—Quiero decir que… Bueno, un monarca no debería permitir que su reino se desvaneciera así.

—Las otras chicas dominan los acordes y todas esas cosas —dijo Ptraci en un tono levemente melancólico mientras seguía dándole masajes en los hombros—. Pero el difunto faraón siempre decía que prefería oírme a mí. Decía que le animaba mucho.

—Acabarán llamándolo el Reino Perdido, ¿entiendes? —dijo Teppic con voz soñolienta—. ¿Y cómo crees que me sentiré entonces, eh?

—Decía que también le gustaba oírme cantar. Era el único, ¿sabes? Todo el mundo decía que oírme cantar les recordaba a una bandada de buitres que acabaran de encontrar un asno muerto.

—Rey de un Reino Perdido, imagínatelo… Sería horrible. Tengo que recuperar mi reino.

Maldito Bastardo estaba moviendo lentamente su enorme cabeza para seguir el errático revolotear de un tábano. Columnitas de números rojos parpadeaban en las profundidades de su cerebro detallando los vectores de velocidad y elevación. Las conversaciones de los seres humanos raras veces le interesaban, pero le pasó por la cabeza la idea de que los machos y las hembras siempre se llevaban mejor cuando ninguno de los dos escuchaba con mucha atención lo que estaba diciendo la otra parte. Los camellos no se complicaban tanto la vida.

Teppic clavó los ojos en la línea que recorría las rocas. Geometría. Sí, por supuesto…

—Iremos a Efebas —dijo—. Saben todo lo que hay que saber sobre geometría, y tienen algunas ideas muy poco sólidas. Creo que en estos momentos no me irían mal unas cuantas ideas poco sólidas.

—¿Por qué llevas encima esos cuchillos y todos esos trastos? Quiero decir… ¿Cuál es la auténtica razón de que vayas tan cargado?

—¿Hummm? Perdona, ¿qué has dicho?

—Todos esos cuchillos… ¿Por qué?

Teppic pensó en lo que le acababa de preguntar.

—Supongo que porque cuando no los llevo encima tengo la sensación de que no estoy vestido —dijo por fin.

—Oh.

Ptraci hizo lo que se esperaba de una buena doncella y empezó a buscar un nuevo tema de conversación. Ofrecer Temas de Charla Amena e Interesante también formaba parte de los deberes de una doncella, pero Ptraci nunca había sido muy buena en eso. Las otras chicas eran capaces de presentar un surtido de temas realmente asombroso que parecía abarcarlo prácticamente todo, desde las costumbres de apareamiento de los cocodrilos hasta las especulaciones sobre la vida en el Otro Mundo; pero en el caso de Ptraci una vez agotadas todas las variaciones posibles sobre el clima tenía que hacer un considerable esfuerzo de imaginación para no quedarse callada.

—Bien… —dijo—. Supongo que habrás matado a montones de personas, ¿no?

—¿Mmmm?

—Eres un asesino, ¿no? Te pagan para que mates gente. ¿Has matado a mucha gente? Oye, ¿sabes que tensas mucho los músculos de la espalda?

—Creo que no debería hablar de eso —dijo Teppic.

—Pues yo creo que debería saberlo. Ya que vamos a cruzar el desierto juntos y todo lo demás… ¿Más de cien?

—Cielo santo, no.

—Bueno, ¿menos de cincuenta?

Teppic se dio la vuelta y la miró.

—Oye, ni tan siquiera los asesinos más famosos llegaron a matar más de treinta personas en toda su vida —dijo.

—Entonces… ¿Menos de veinte?

—Sí.

—¿Menos de diez?

—Creo que sería mejor conformarse con un número entre el cero y el diez —dijo Teppic.

—De acuerdo, siempre que yo lo sepa. Estas cosas son muy importantes, ¿entiendes?

Fueron hacia Maldito Bastardo, pero ahora era Teppic quien parecía estar pensando algo.

—Todo eso de la disfunción… —empezó a decir.

—Conjunción —le corrigió Ptraci.

—Tú… Esto… ¿Más de cincuenta personas?

—Hay una palabra para definir a esa clase de mujer, y no es precisamente «doncella» —replicó Ptraci, pero sin demasiado rencor en la voz.

—Perdona. ¿Menos de diez?

—Digamos que… ¿Un número entre el cero y el diez? —propuso Ptraci.

Maldito Bastardo escupió. El tábano que zumbaba a seis metros de su boca fue limpiamente arrancado de su posición aérea y quedó pegado a la roca que había detrás de él.

—Asombroso, ¿verdad? —dijo Teppic—. No sé cómo lo hacen… Supongo que es algo relacionado con el instinto animal.

Maldito Bastardo le lanzó una mirada altiva desde debajo de sus pestañas modelo barre-el-desierto y siguió pensando.

«Supongamos que z = ei0. rumiarumiarumia. Por lo tanto dz = ie[i0]d0 o d0 = dz/iz…»

Ptaclusp vagaba sin rumbo por entre el caos que rodeaba a la pirámide. Aún llevaba puesta la camisa de dormir.

La pirámide estaba zumbando como si fuese una turbina. Ptaclusp no sabía por qué, y no sabía nada sobre el inmenso consumo de energía que había sido necesario para retorcer las dimensiones desplazándolas noventa grados y manteniéndolas en esa nueva posición contra las terribles presiones que intentaban devolverlas a la normalidad, pero al menos los inquietantes cambios temporales parecían haber cesado. Había muchos menos hijos de lo acostumbrado rondando el lugar y, de hecho, Ptaclusp se habría alegrado de encontrar aunque sólo fuese a uno o dos.

Lo primero que encontró fue la punta de la pirámide. El bloque se había roto y el recubrimiento de electro se había desprendido. Después de bajar a lo largo de toda la pirámide la punta había chocado con la estatua de Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre, y la había doblado por la mitad proporcionándole una expresión levemente sorprendida.

Un gemido casi inaudible hizo que Ptaclusp fuera corriendo hacia lo que había sido una tienda. Hurgó entre los gruesos pliegues de lona y acabó encontrando a IIb, quien parpadeó y entrecerró los ojos intentando ver algo en aquella penumbra grisácea.

—¡No ha funcionado, papá! —gimió—. ¡Casi habíamos conseguido llevarla hasta arriba del todo y entonces toda la estructura se… se retorció!

El constructor de pirámides apartó el caballete que había caído sobre las piernas de su hijo.

—¿Tienes algo roto? —preguntó en voz baja.

—Creo que sólo son morados.

El joven arquitecto se irguió, torció el gesto y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Dos-a? —preguntó—. Estaba más arriba que yo, casi en la punta…

—Le he encontrado —dijo Ptaclusp.

Los arquitectos no se han hecho famosos por su capacidad de prestar atención a las inflexiones y matices más sutiles de la voz, pero aún así IIb captó la presencia del plomo invisible que lastraba la de su padre.

—No estará muerto, ¿verdad? —murmuró.

—No lo creo. No estoy seguro. Está vivo. Pero… Se mueve… se mueve… Bueno, será mejor que lo veas con tus propios ojos. Creo que está atrapado en algo cuántico.

Maldito Bastardo avanzaba a la velocidad de 1,247 metros por segundo haciendo malabarismos mentales con complicadísimas conjugaciones de coordenadas para no aburrirse mientras sus enormes pies en forma de platos hacían crujir la arena.

Otro de los factores que habían impulsado de forma tan considerable el desarrollo del intelecto de los camellos era la falta de dedos. El progreso de las matemáticas entre los seres humanos siempre se había visto retrasado por la tendencia instintiva a contar con los dedos de que dan muestra todos los miembros de la especie cuando se enfrentan con un problema matemático realmente complejo, como por ejemplo un polinomio triforme o un diferencial paramétrico.

Los desiertos también ayudaban muchísimo. Los desiertos son sitios donde no hay muchas distracciones, y en lo que concernía a los camellos el camino que llevaba a un desarrollo intelectual prodigioso había sido el tener muy poco que hacer y no disponer de nada con lo que pudieran hacer ese poco.

Maldito Bastardo llegó a la cima de la duna, contempló con aprobación las arenas ondulantes que se extendían delante de sus ojos y empezó a pensar en logaritmos.

—¿Cómo es Efebas? —preguntó Ptraci.

—Nunca he estado allí. Tengo entendido que está gobernada por un Tirano.

—Bueno, entonces espero que no lleguemos a conocerle.

Teppic meneó la cabeza.

—No se trata de esa clase de Tirano —le explicó—. Cambian de Tirano cada cinco años y antes tienen que hacer algo con él. —Intentó dar con la palabra adecuada—. Creo que le alijan.

—Eso es lo que hacen con los gatos, los toros y otros bichos, ¿verdad?

—Eh…

—Ya sabes a qué me refiero. Sirve para que pierdan las ganas de pelear y se vuelvan más cariñosos.

Teppic torció el gesto.

—Si he de serte sincero la verdad es que no estoy muy seguro —dijo—, pero no creo que se trate de eso. Lo hacen con una especie de herramienta especial o algo así… Creo que se llama mocracia, y eso quiere decir que todas las personas del país pueden decir quién creen que ha de ser el nuevo Tirano. Un hombre, un… —Hizo una pausa. Las clases de historia política a las que había asistido parecían muy lejanas en el tiempo, y aparte de eso le habían expuesto a conceptos que resultaban tan nuevos como inauditos para alguien nacido en Djelibeibi y, pensándolo bien, incluso para alguien nacido en la misma Ankh-Morpork. Aun así Teppic decidió intentarlo—. Un hombre, un veto.

—Y eso sirve para el alijamiento, ¿no?

Teppic se encogió de hombros. Quizá sí, y quizá no. La verdad es que no tenía ni idea.

—Lo importante es que todo el mundo puede hacerlo. Están muy orgullosos de ello. Todo el mundo tiene… —volvió a vacilar. A esas alturas ya estaba bastante seguro de que se había hecho un lío—, tiene el veto. Salvo las mujeres, naturalmente. Y los niños. Y los criminales. Y los esclavos. Y los idiotas de nacimiento. Y los extranjeros. Y la gente que está mal vista por… eh… varias razones. Y montones de personas más. Pero aparte de esa gente todo el mundo tiene su veto. Es una civilización muy ilustrada.

Ptraci pareció meditar en lo que acababa de explicarle.

—Y a eso se le llama mocracia, ¿verdad?

—Bueno, ellos fueron los que la inventaron, ¿sabes? —respondió Teppic con la vaga sensación de que estaba obligado a defenderla.

—Apuesto a que han tenido graves problemas para exportarla —dijo Ptraci con firmeza.

El sol no sólo era una bola de estiércol llameante empujada a través del cielo por un escarabajo pelotero gigante. También era una embarcación. Dependía del ángulo desde el que lo contemplaras.

La luz no parecía luz. Se había vuelto extrañamente apagada y sin brillo, y si fuera agua la única forma de definirla habría sido decir que sabía a lo que sabe el agua después de haber pasado varias semanas dentro de un vaso. La luz había perdido la alegría. Iluminaba, sí, pero sin vida. Recordaba más a la luz de la luna que a la del día.

Pero en aquellos momentos Ptaclusp estaba bastante más preocupado por su hijo que por los problemas que pudiera tener la luz.

—¿Tienes alguna idea de qué le ha pasado? —preguntó.

Su otro hijo estaba mordiendo el punzón y su expresión dejaba bien claro que no le estaba sirviendo de mucho y que habría preferido morderse la mano, pero le dolía demasiado. Había intentado tocar a su hermano y las chispas le habían despellejado los dedos.

—Quizá —se atrevió a decir.

—¿Puedes curarle?

—No lo creo.

—Entonces… ¿Qué le pasa ?

—Bueno, papá… Cuando subimos a la pirámide… bueno, cuando quedó claro que no podía descargar la energía… verás, estoy seguro de que retorció el… el tiempo y de que le dio la vuelta… El tiempo no es más que otra dimensión, ¿entiendes? Hum…

Ptaclusp puso los ojos en blanco.

—No emplees tu jerga de arquitecto conmigo, chico —replicó—. ¿Qué le ocurre a tu hermano?

—Creo que sufre un desajuste dimensional, papá. Se ha hecho un pequeño lío con el tiempo y el espacio. Por eso no para de moverse de lado.

Ptaclusp IIb miró a su padre y le obsequió con un valeroso intento de sonrisa.

—Siempre ha tenido una cierta tendencia a moverse así —dijo Ptaclusp.

Su hijo suspiró.

—Sí, papá —dijo—, pero entonces el que se moviera de esa forma resultaba perfectamente normal. Todos los contables se mueven así porque no les gusta enfrentarse a la realidad. Ahora se mueve de lado porque para él… bueno, ahora es el Tiempo lo que le obliga a moverse así.

Ptaclusp frunció el ceño. Moverse de lado y muy despacio no era el único problema del que estaba aquejado IIa. También había quedado aplanado. No es que se hubiera vuelto como una carta, naturalmente, que tiene anverso, reverso y filo sino que… bueno, se había vuelto plano en todas direcciones a la vez.

—Me recuerda a los tipos de los frescos —dijo Ptaclusp—. ¿Dónde está su profundidad, su perspectiva o como demonios se le llame a eso?

—Creo que está en el Tiempo —dijo IIb poniendo cara de impotencia—. En el nuestro, claro, no en el suyo.

Ptaclusp caminó alrededor de su hijo, se dio cuenta de que la chatez le seguía y se rascó el mentón.

—Así que puede moverse en el Tiempo, ¿eh? —dijo hablando muy despacio.

—Sí, es posible que pueda hacerlo.

—¿Crees que podríamos convencerle para que se diera un paseíto de unos cuantos meses hacia atrás y nos dijese que no construyéramos esa maldita pirámide?

—No puede comunicarse, papá.

—Bueno, al menos en eso no ha cambiado mucho…

Ptaclusp se dejó caer sobre los cascotes y apoyó la cabeza en las manos. Las cosas no podían estar peor. Un hijo normal e imbécil y un hijo más plano que una sombra… ¿Y qué clase de vida iba a tener el pobre chaval ahora? Pasaría el resto de su existencia siendo utilizado para forzar cerraduras o para quitar el hielo de los limpiaparabrisas… Bueno, al menos siempre tendría un sitio en el que dormir. Podría pasar la noche en cualquier prensa-pantalones de la habitación de un motel barato,[[22]](#footnote-22) pero eso y el ser capaz de meterse por debajo de las puertas y leer libros sin necesidad de abrirlos no parecía gran cosa como compensación.

IIa se deslizó unos centímetros hacia un lado. Ptaclusp pensó que parecía un recortable moviéndose sobre el paisaje.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó—. No sé… ¿No podemos enrollarle o algo parecido? Quizá estaría más cómodo…

IIb se encogió de hombros.

—Podríamos ponerle algo en el camino. Quizá fuese buena idea. Impediría que le ocurriese algo peor porque entonces… eh… no habría tiempo de que le ocurriese. Creo.

Empujaron la estatua de Chist-Hera el Dios con Cabeza de Buitre hasta colocarla en el camino del hermano plano. Un par de minutos después su lento deslizarse de lado le hizo entrar en contacto con el obstáculo. El chispazo azul que se produjo a continuación derritió la mitad de la estatua, pero el movimiento se detuvo.

—¿Por qué echa chispas? —preguntó Ptaclusp.

—Creo que es un fenómeno parecido al de los resplandores que emiten las pirámides.

Ptaclusp no había llegado a donde estaba hoy… mejor dicho, no había llegado a donde estaba la noche anterior por casualidad. El constructor de pirámides era capaz de encontrar las ventajas implícitas, incluso en las situaciones más improbables.

—Ahorrará mucho en ropa —murmuró—. Quiero decir que… Bueno, ahora puede pasar con una lata de pintura, ¿no?

—Papá, creo que aún no lo has entendido del todo —dijo IIb con voz cansada.

Se sentó junto a su padre y levantó la cabeza para contemplar el río y el palacio que se alzaba al otro lado.

—Parece que ahí está ocurriendo algo —dijo Ptaclusp—. ¿Crees que se han dado cuenta de lo de la pirámide?

—No me sorprendería demasiado. Después de todo ha girado noventa grados, ¿no?

Ptaclusp volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro y asintió lentamente.

—Tiene un aspecto muy extraño, ¿verdad? —dijo—. Me parece que hay un poquito de inestabilidad estructural.

—¡Papá, es una pirámide! ¡Tendríamos que haberla descargado! ¡Te lo advertí! Las fuerzas involucradas… Bueno, sencillamente son demasiado…

Una sombra cayó sobre ellos. Padre e hijo miraron a su alrededor, no vieron nada y acabaron levantando la cabeza. Después la levantaron un poquito más.

—Oh, oh —dijo Ptaclusp—. Es Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre…

Efebas se extendía delante de ellos, un poema clásico de mármol blanco que se desplegaba perezosamente sobre las rocas curvándose alrededor de una bahía de un azul tan intenso que deslumbraba…

—¿Qué es aquello de ahí? —preguntó Ptraci después de haberlo examinado con mucha atención durante unos momentos.

—Es el mar —dijo Teppic—. Ya te he hablado de él, ¿recuerdas? Las olas y todo lo demás.

—Pero tú dijiste que era verde, y que estaba lleno de bultos y ondulaciones.

—A veces se pone así.

—Hmmm.

El tono de voz sugería que Ptraci no aprobaba el mar, pero antes de que pudiera explicar por qué oyeron el sonido de varias voces irritadas que discutían. Las voces venían de detrás de una duna cercana.

En lo alto de la duna había un cartel.

ESTACIÓN COMPROBADORA DE AXIOMAS, decía en varios idiomas.

Y debajo, en letras un poquito más pequeñas, se leía:

PRECAUCIÓN — POSTULADOS SIN RESOLVER.

Mientras leían el cartel —o, por lo menos, mientras Teppic lo leía y Ptraci no—, detrás de la duna se oyó un tañido musical acompañado casi inmediatamente por un chasquido, el cual fue seguido por la aparición de una flecha que pasó zumbando sobre sus cabezas. Maldito Bastardo alzó la mirada hacia ella durante unos momentos, volvió la cabeza y clavó los ojos en una zona muy concreta y muy pequeña de la arena.

La flecha se clavó en ella un segundo después. Maldito Bastardo evaluó el peso que soportaban sus pies, llevó a cabo un pequeño cálculo y averiguó que las dos personas que había estado transportando sobre su espalda ya no se encontraban allí. Unos cuantos cálculos más le indicaron que su peso había sido añadido al de la duna.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Ptraci escupiendo un chorro de arena.

—¡Alguien ha disparado una flecha contra nosotros!

—No lo creo. Quiero decir que… Bueno, no sabían que estábamos aquí, ¿verdad? No hacía falta que me empujaras de esa manera.

Teppic lo admitió, aunque de bastante mala gana, y fue ascendiendo cautelosamente por la pendiente de la duna con el cuerpo pegado a la arena. Las voces habían reanudado su discusión.

—¿Renunciar?

—No tenemos los datos necesarios. Los parámetros no están lo bastante afinados.

—Yo sé por qué no lo están.

—¿Ah, sí? Bien, te ruego que me digas por qué.

—Porque se nos han acabado las malditas tortugas. Eso es lo que no tenemos, tortugas.

Teppic asomó la cabeza por encima de la duna moviéndose con la máxima precaución posible.

Vio una explanada rodeada por complicadas hileras de señales y banderas. La explanada contenía un par de edificios —que consistían básicamente en jaulas—, y unas cuantas estructuras muy extrañas que no consiguió reconocer. En el centro de la explanada había dos hombres, uno bajito, regordete y sonrosado, y otro alto y bastante flaco envuelto en una indefinible aureola de autoridad. Los dos vestían lo que parecía una sábana. Formando círculo a su alrededor había un grupo de esclavos que apenas llevaban ropa. Uno de ellos sostenía un arco.

Varios esclavos sostenían tortugas atravesadas por palos que tenían un aspecto más bien patético. Teppic pensó que parecían chupa-chups con sabor a tortuga.

—Y de todas formas es cruel —dijo el hombre alto—. Pobres criaturas… Fíjate en todas esas patitas que no paran de moverse. Parecen estarlo pasando muy mal.

—¡Es lógicamente imposible que sean alcanzadas por la flecha! —El hombre bajito y regordete alzó las manos hacia el cielo—. ¡No debería ocurrir! Tiene que ser culpa de las tortugas que me has proporcionado hasta ahora —añadió con voz acusadora—. Deberíamos volver a intentarlo con tortugas más rápidas.

—¿Y por qué no con flechas más lentas?

—Posiblemente, posiblemente.

Teppic se percató de que llevaba unos momentos oyendo una especie de roce ahogado junto a su mentón. Miró hacia abajo y vio una tortuga muy pequeña que intentaba desaparecer lo más deprisa posible. Su caparazón mostraba las señales de rebote dejadas por varias flechas.

—Haremos un último intento —dijo el hombre regordete, y se volvió hacia los esclavos—. Eh, vosotros… Id a buscar la tortuga.

El pequeño reptil volvió la cabeza hacia Teppic y le lanzó una mirada en donde la súplica se mezclaba con la esperanza. Teppic la contempló en silencio durante unos momentos. Después se inclinó sobre ella, la cogió con mucho cuidado y la escondió detrás de una roca.

Se dejó resbalar rápidamente por la pendiente de la duna y se reunió con Ptraci.

—Ahí abajo está ocurriendo algo muy raro —dijo—. Están disparando flechas contra unas tortugas.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Parecen estar convencidos de que la tortuga debería ser capaz de ir más deprisa.

—¿Más deprisa que una flecha?

—Exactamente. Es realmente muy raro… Quédate aquí. Si me parece que no hay peligro y que puedes venir silbaré.

—¿Y qué harás si te parece que hay peligro?

—Gritaré.

Teppic volvió a trepar por la duna, se quitó toda la arena que pudo de la ropa, se puso en pie y empezó a agitar su gorra para llamar la atención del grupito de abajo. Una flecha le arrancó la gorra de las manos.

—¡Ooops! —dijo el hombrecito regordete—. ¡Lo siento!

Fue corriendo hacia Teppic y clavó la mirada en sus manos, que ya estaban empezando a enrojecer.

—Lo tenía en la mano y no sé qué ha pasado… —jadeó—. Te ruego que me disculpes. No me había dado cuenta de que estaba cargado, ¿sabes? Oh, no sé qué vas a pensar de mí…

Teppic tragó una honda bocanada de aire.

—Me llamo Xeno —siguió diciendo el hombrecillo antes de que Teppic pudiera abrir la boca—. ¿Estás herido? Tendríamos que haber puesto carteles de advertencia. ¿Has venido por el desierto? Supongo que estarás sediento, ¿no? ¿Quieres beber algo? ¿Quién eres? Oye, no habrás visto una tortuga, ¿verdad? Esos bichos son condenadamente rápidos. Se mueven más deprisa que el rayo. Crees que ya las has pillado, y de repente…

Teppic dejó escapar el aire que había aspirado.

—¿Tortugas? —preguntó—. ¿Estamos hablando de esas… ya sabes, de esas piedras con patas?

—Exacto, exacto —dijo Xeno—. Les quitas la vista de encima un momento, y… ¡Vazooooom!

—¿Vazooooom? —repitió Teppic.

Sabía todo lo que hay que saber sobre las tortugas. El Viejo Reino estaba lleno de tortugas. Se las podía llamar montones de cosas —vegetarianas, pacientes, distraídas e incluso maníacas sexuales extremadamente diligentes y tozudas—, pero que Teppic supiera hasta aquel momento a nadie se le había pasado por la cabeza llamarlas veloces. La velocidad era una palabra que casi nunca se asociaba a las tortugas, quizá porque las tortugas eran muy lentas.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí, la tortuga común es el animal más rápido que existe en toda la faz del Disco —dijo Xeno, aunque tuvo el detalle de bajar la vista al decirlo—. Lógicamente hablando, claro —añadió.[[23]](#footnote-23)

El hombre alto saludó a Teppic con una inclinación de cabeza.

—No le hagas ningún caso, muchacho —dijo—. Aún nos acordamos del accidente de la semana pasada, y está intentando cubrirse las espaldas.

—La tortuga venció a la liebre —dijo Xeno empezando a enfurruñarse.

—La liebre estaba muerta, Xeno —dijo el hombre alto con extremada paciencia—. Tú disparaste la flecha, ¿recuerdas?

—Pero apuntaba a la tortuga. Ya sabes… Intentaba combinar dos experimentos en uno, quería reducir al máximo el tiempo de investigación para ahorrar gastos, pretendía utilizar todos los recursos disponibles…

Xeno movió el arco y Teppic vio que ya había otra flecha colocada en él.

—Disculpa —dijo Teppic—, ¿podrías dejar eso en el suelo durante unos momentos? Mi amiga y yo venimos de muy lejos y no estaría nada bien que nos volvieran a disparar por error.

«Estos dos tipos parecen bastante inofensivos», pensó, y casi se lo creyó.

Se volvió hacia la duna y silbó. Ptraci apareció unos instantes después tirando de las riendas de Maldito Bastardo. Teppic tenía serias dudas sobre la capacidad de acoger bolsillos de su atuendo, pero Ptraci parecía haber sido capaz de reparar su maquillaje, arreglarse el pelo y volver a pintarse los ojos con kohl. Onduló hacia el grupo moviéndose como una serpiente sobre una pista de patinaje, decidida a que los desconocidos sintieran todo el impacto de su personalidad. Teppic la miró y vio que sostenía algo en la otra mano.

—¡Ha encontrado la tortuga! —exclamó Xeno—. ¡Bien hecho!

El reptil decidió refugiarse dentro de su caparazón. Ptraci fulminó a Xeno con la mirada. No tenía gran cosa en el mundo aparte de ella misma, y ser recibida como una simple portadora de testudinoides no le había hecho ninguna gracia.

El hombre alto dejó escapar un suspiro.

—Xeno, todo este asunto de las tortugas y las flechas… —dijo—. Cada vez que pienso en él tengo la impresión de que lo has enfocado mal. Si intentaras ver las cosas desde el punto de vista de la tortuga…

El hombrecillo le lanzó una mirada furibunda.

—Ídem, tu problema es que crees ser la mayor autoridad en todo lo que existe —dijo.

Los Dioses del Viejo Reino estaban despertando.

La fe es una fuerza. Comparada con la gravedad es una fuerza débil, por supuesto, y cuando se trata de mover montañas la gravedad siempre acaba ganando; pero aun así existe. El Viejo Reino se había cerrado sobre sí mismo y había quedado separado del resto del universo para flotar a la deriva alejándose del consenso general de opinión que suele ser dignificado llamándolo realidad, y el poder de la fe estaba empezando a hacerse notar.

Los habitantes de Djelibeibi llevaban siete mil años creyendo en sus dioses.

Ahora sus dioses existían.

Y los habitantes del Viejo Reino no tardaron en descubrir que, por ejemplo, Vut el Dios con Cabeza de Perro del Anochecer, tiene mucho mejor aspecto pintado sobre una olla de barro que cuando sus veinte metros de altura recorren la calle gruñendo y apestando.

Dios estaba sentado en la sala del trono con la máscara dorada del Faraón encima de las rodillas y los ojos clavados en la nada. El grupo de sacerdotes inferiores apelotonado alrededor de la puerta llevaba bastante rato haciendo acopio de valor para acercarse a él, y cuando hubo acumulado las reservas suficientes se puso en movimiento avanzando hacia Dios. El estado anímico del grupo era bastante parecido al de una persona desarmada cuando se dirige hacia un león que no para de gruñir. La manifestación física de una divinidad es algo que pone nervioso a cualquiera, pero quienes peor se la toman son sus sacerdotes. Es como si estuvieras tan tranquilo en tu despacho y tu secretaria entrara corriendo de repente para anunciarte que los auditores y el inspector de Hacienda acaban de llegar.

Koomi era el único sacerdote que no había buscado el consuelo del número y se mantenía a cierta distancia de los demás. Estaba pensando. Ideas tan extrañas como originales se empujaban las unas a las otras moviéndose a lo largo de senderos neurales raramente hollados por el pensamiento y salían disparadas a toda velocidad en direcciones impensables. Koomi quería averiguar dónde iban a parar.

—Oh Dios… —murmuró el gran sacerdote de Ket, el Dios con Cabeza de Ibis de la Justicia—. ¿Cuáles son las órdenes del faraón? Los dioses caminan sobre la tierra y además se pelean y destrozan casas, oh Dios. ¿Dónde está el faraón? ¿Qué quiere que hagamos?

—Cierto es —dijo el gran sacerdote de Ascorabajo, El que Empuja la Bola del Sol—. Y verdadero —añadió, teniendo la sensación de que se esperaba algo más de él—. Vuestra Reverencia ya se habrá dado cuenta de que el sol no para de oscilar porque los Dioses del Sol están luchando unos con otros para decidir cuál se lo queda, y… —Movió nerviosamente los pies—. El gran Ascorabajo, grande y bendito sea, se ha visto obligado a efectuar una retirada estratégica y… eh… ha hecho un aterrizaje de emergencia en la aldea de Hort. Afortunadamente el impacto de su caída ha sido amortiguada por un grupo de edificios, pero…

—Y así es como debe ser —le interrumpió el gran sacerdote de Thrrp, Auriga del Sol—, pues como todos sabéis mi dios y señor es el verdadero…

No llegó a completar la frase.

Dios estaba temblando y su cuerpo oscilaba lentamente hacia adelante y hacia atrás. Sus ojos seguían clavados en la nada. Sus manos aferraban la máscara con tal fuerza que faltaba poco para que dejaran huellas dactilares sobre el oro, y sus labios se movían articulando las palabras del Ritual de la Segunda Hora —que llevaba miles de años siendo pronunciado en esos momentos del día—, pero no emitían ningún sonido.

—Creo que es el shock —dijo un sacerdote—. Ya sabéis cómo es… Nunca le han gustado mucho los imprevistos.

Los otros sacerdotes se apresuraron a demostrar que había por lo menos un tema sobre el que sí podían dar consejos.

—Traedle un vaso de agua.

—Ponedle una bolsa de papel encima de la cabeza.

—Sacrificad una gallina debajo de su nariz.

Un silbido estridente muy lejano hizo vibrar las paredes de la sala del trono, y fue seguido por el estruendo de una explosión y un siseo ahogado. Unos cuantos zarcillos de humo se infiltraron por el umbral.

Los sacerdotes corrieron hacia el balcón dejando a Dios en su enervante charco de traumas, y descubrieron que las multitudes congregadas alrededor del palacio estaban observando el cielo.

—Parece que Thrrp no lo ha conseguido y que Jeht, Barquero del Orbe Solar, le ha sorprendido con una llave no reglamentaria —dijo el gran sacerdote de Cephut, Dios de la Cubertería, quien no se sentía demasiado involucrado en los problemas actuales y era capaz de contemplarlos con más tranquilidad y una cierta perspectiva.

Hubo un zumbido lejano como si varios billones de tábanos hubieran sucumbido al pánico en el mismo instante y emprendieran el vuelo de repente, y una inmensa silueta oscura pasó a toda velocidad por encima del palacio.

—Pero… —siguió diciendo el sacerdote de Cephut—, Ascorabajo ya se ha recuperado… sí, está ganando altura… Jeht todavía no le ha visto, está avanzando confiadamente hacia el meridiano y… ¡y aquí viene Sessifet, Diosa del Atardecer! ¡Esto es una auténtica sorpresa! ¡Sí, menuda sorpresa! Sessifet es una diosa muy joven que aún no ha conseguido hacerse un hueco en el firmamento pero qué gran promesa, sí, la cosa está que arde, eunucos y caballeros, es realmente asombroso y… Sí… ¡Ascorabajo lo ha conseguido! ¡Lo tiene, lo tiene y avanza…!

Las sombras bailotearon y giraron locamente sobre las piedras del balcón.

—… y… Un momento… ¿Qué es esto? Son los dioses primigenios, no hay otra palabra con la que definirlos, y… ¡Están cooperando contra los recién llegados! Pero Sessifet es una joven llena de recursos y está aguantando, está explotando las debilidades de la defensa y… ¡Ha logrado pasar! Y se aleja, se está alejando, Gil y Ascorabajo parecen estar luchando, Sessifet tiene todo el cielo libre y, sí, sí… ¡Sí! ¡Mediodía! ¡Ha sido mediodía! ¡Ha sido mediodiiiiiiiiiiiía!

Silencio. El sacerdote se dio cuenta de que todos los presentes le estaban mirando fijamente.

—¿Por qué estás gritando? ¿Y qué haces con ese embudo delante de la boca?

—Lo siento. Disculpad. No… no sé qué me ha pasado, no lo entiendo…

La sacerdotisa de Sarduk, Diosa de la Caverna, le lanzó una mirada desdeñosa y soltó un bufido.

—Suponed que se les cae —dijo secamente.

—Pero… Pero… —El sacerdote de Cephut tragó saliva—. Eso no es posible, ¿verdad? Realmente… No es posible, ¿eh? Debemos de haber comido algo que nos ha sentado mal, o quizá hayamos estado demasiado rato al sol con la cabeza descubierta, o algo parecido. Yo… Quiero decir que… Todo el mundo sabe que los dioses no… Oh, vamos, el sol es una bola inmensa de gases llameantes, ¿no?, y se mueve alrededor del mundo cada día y, y, y los dioses… Bueno, ya sabéis que la gente necesita creer en algo y no querría que me malinterpretarais, pero…

Los pérfidos pensamientos que zumbaban dentro de su cabeza no impidieron que Koomi reaccionara una fracción de segundo antes que sus colegas.

—¡A por él, chicos! —gritó.

Cuatro sacerdotes agarraron al infortunado adorador de la cubertería por los brazos y las piernas, le acarrearon a toda velocidad hasta la barandilla del balcón y le impulsaron por encima de ésta enviándole en un arco muy elegante que terminó con un aparatoso chapoteo en las aguas fangosas del Djel.

El sacerdote de Cephut emergió unos instantes después tosiendo y escupiendo agua.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó—. Vamos, todos sabéis que tengo razón, ¿no? Ninguno de vosotros…

Las aguas del Djel se movieron perezosamente y abrieron una mandíbula. El sacerdote de Cephut se desvaneció un segundo antes de que la inmensa silueta alada de Ascorabajo zumbara amenazadoramente sobre el palacio y lo dejara atrás poniendo rumbo hacia las montañas.

Koomi se limpió la frente.

—Ha faltado un pelo… —murmuró.

Sus colegas asintieron mientras contemplaban desvanecerse las ondulaciones del agua. El cambio se había producido de una forma muy repentina, pero estaba claro que Djelibeibi ya no era un buen lugar para quienes tenían dudas. Las dudas podían hacer que tuvieras graves problemas con tus miembros, el descuartizamiento incluido entre ellos.

—Esto… —dijo un sacerdote—. Puede que Cephut no se lo tome muy bien, ¿no os parece?

—Te saludamos y te reverenciamos, oh gran Cephut —gritaron a coro todos los sacerdotes, sólo por si acaso.

—No veo por qué —gruñó un sacerdote ya muy mayor que estaba pegado a una columna—. Ese condenado artista del cuchillo y el tenedor nunca ha…

Sus colegas le agarraron sin darle tiempo a que terminara de refunfuñar y le arrojaron al río.

—Te saludamos y te reve…

El coro de sacerdotes enmudeció a mitad del saludo ritual.

—¿De quién era gran sacerdote? —preguntó uno de ellos.

—¿No era…? ¿Bunu, el Dios con Cabeza de Chivo de los Chivos? Era ése, ¿no?

—Te saludamos y te reverenciamos, oh gran Bunu… probablemente —entonaron a coro mientras los cocodrilos sagrados se lanzaban hacia su nuevo objetivo como una flotilla de submarinos escamosos.

Koomi alzó las manos en un gesto implorante. Se ha dicho que cada momento hace aparecer al hombre más adecuado para la situación. Koomi es la clase de hombre que aparece en las horas más desagradables y tortuosas, y el cerebro que había debajo de su calva estaba empezando a desplegar ciertas conclusiones que se movían como cosas que hubieran pasado años atrapadas debajo de las piedras. Koomi aún no estaba muy seguro de qué eran, pero los temas predominantes eran los dioses, la nueva era que se aproximaba, la necesidad de que una mano firme empuñara el timón y, posiblemente, la inserción de Dios en el estómago del cocodrilo más próximo. La mera idea bastó para que se sintiera invadido por el deleite incontenible de lo prohibido.

—¡Hermanos! —exclamó.

—Disculpa, pero… —dijo la sacerdotisa de Sarduk.

—¡Y hermana!

—Muchísimas gracias.

—¡Regocijémonos!

Nadie abrió la boca. El enfoque era tan radical y nuevo que se les había pasado totalmente por alto. Koomi contempló los rostros vueltos hacia él, y sintió una excitación tan intensa que jamás la habría imaginado posible. Sus colegas estaban aterrorizados, y esperaban que él —¡nada menos que él, Koomi!— les dijera lo que tenían que hacer.

—¡Cierto es! —exclamó—. Cierto y verdadero es que la hora de los dioses…

—… y las diosas…

—Sí, y de las diosas, está a punto de sonar. Eh…

¿Qué diría a continuación? Ése era el problema. ¿Qué podía decirles? Y de repente Koomi comprendió que no importaba. Podía decir cualquier cosa siempre que diera la impresión de estar lo bastante seguro de sí mismo. El viejo Dios siempre les había empujado, pero nunca había intentado ponerse al frente de ellos y dirigirles. Sin él los sacerdotes iban dando tumbos de un lado a otro como un rebaño de ovejas que han perdido al pastor.

—Así pues, hermanos… y hermana, naturalmente… hemos de preguntarnos… hemos de preguntarnos… eh… sí… —Ya lo tenía. La nueva confianza en sí mismo que le invadió hizo que su voz perdiera el tono vacilante del comienzo—. Sí, hemos de preguntarnos cuál es la razón de que los dioses y las diosas estén entre nosotros. Y no me cabe duda de que si están aquí es porque no hemos sido lo bastante asiduos y devotos en nuestra adoración y porque… eh… nos hemos dejado dominar por la concupiscencia y nos hemos prosternado ante ídolos litografiados.

Los sacerdotes intercambiaron miradas entre perplejas y preocupadas. ¿Eso habían hecho? Y, pensándolo bien, ¿cómo te las arreglabas para hacer algo así?

—Y… Sí, ¿y qué pasa con los sacrificios? Hubo un tiempo en el que un sacrificio era un sacrificio, no esas tonterías con gallinas y flores de ahora.

La última frase provocó unas cuantas toses entre la audiencia sacerdotal.

—Perdona, pero… ¿Estamos hablando de doncellas? —preguntó un sacerdote con voz vacilante.

—Ejem…

—Y también de jóvenes faltos de experiencia, evidentemente —se apresuró a añadir el sacerdote que había hecho la pregunta.

Sarduk era una de las diosas más antiguas, y sus adoradoras se reunían en bosquecillos sagrados donde hacían cosas francamente desagradables. La mera idea de Sarduk vagabundeando por el país con sangre hasta los codos bastaba para erizar los pelos de cualquiera.

El corazón de Koomi estaba latiendo a toda velocidad.

—Bueno, ¿por qué no? —replicó—. Por aquel entonces todo iba mejor, ¿no?

—Pero… eh… Yo creía que habíamos decidido prescindir de esa clase de ceremonias. Debido al declive de la población y todo lo demás, ya sabes…

Las aguas del río temblaron agitadas por un monstruoso chapoteo. Khal-la, el Dios con Cabeza de Serpiente del Alto Djel, emergió a la superficie y contempló a los sacerdotes con expresión tan solemne como inescrutable. Fhez, el Dios con Cabeza de Cocodrilo del Bajo Djel, emergió a su lado un instante después y trató de arrancarle la cabeza con un enérgico mordisco que estuvo a punto de conseguir su objetivo. Las dos divinidades se sumergieron envueltas en una columna de espuma y una marejada de fuerza tres que se esparció sobre el balcón.

—Ah, pero puede que el declive de la población tuviera como única causa el que dejamos de sacrificar vírgenes… de ambos sexos, naturalmente —se apresuró a añadir Koomi—. ¿Habíais pensado alguna vez en esa posibilidad?

Los sacerdotes pensaron en ella, le dieron unas cuantas vueltas y decidieron pensar en ella un poquito más.

—Creo que el faraón no lo aprobaría… —dijo cautelosamente un sacerdote.

—¿El faraón? —gritó Koomi—. ¿Dónde está el faraón? ¡Venga, traedlo aquí y enseñádmelo! ¡Preguntadle a Dios dónde está el faraón!

Algo cayó junto a sus pies haciendo bastante ruido. Koomi bajó la vista y, horrorizado, contempló cómo la máscara dorada rebotaba y seguía rodando en dirección a los sacerdotes, quienes se apresuraron a dispersarse en todas direcciones como otros tantos bolos hartos de recibir impactos.

Dios entró en la zona iluminada por la cada vez más disputada bola del sol. Estaba tan furioso que tenía la cara de un color grisáceo.

—El faraón ha muerto —anunció.

La presión de su furia era tan palpable que Koomi se tambaleó, pero logró recobrar el control de sí mismo de una forma admirable.

—Entonces su sucesor… —empezó a decir.

—No hay ningún sucesor —dijo Dios. El gran sacerdote alzó la cabeza hacia el cielo. Muy pocas personas pueden mirar directamente al sol, pero el veneno que hervía y burbujeaba en los ojos de Dios era tan letal que el sol decidió no tomárselo en cuenta y desvió la mirada como si no se hubiese enterado. Los ojos de Dios bajaron lentamente, quedaron enfilados hacia aquella nariz temible y se clavaron en la sala. Sus pupilas parecían dos miras telescópicas.

—Presentarse aquí como si fueran los amos… Cualquiera diría que el reino es suyo. ¿Qué se han creído? —dijo Dios como si hablara con el aire.

Koomi sintió que se le aflojaban las mandíbulas. Abrió la boca para protestar, pero una mirada francamente kilovática le impidió hacerlo.

Koomi se volvió hacia el grupo de sacerdotes buscando apoyo, pero sus colegas estaban muy ocupados inspeccionándose las uñas o examinando las motas de polvo que flotaban delante de sus narices. El mensaje no podía estar más claro. Tendría que apañárselas solo, aunque si por algún milagro conseguía salir vencedor de la inminente batalla de voluntades que se iba a producir no tardaría en quedar rodeado de seguidores entusiastas que le asegurarían que siempre habían estado con él.

—Bueno, son los que mandan, ¿no? —farfulló.

—¿Qué?

—Ellos… Eh… Son los que mandan, Dios —repitió Koomi, y no pudo seguir conteniendo por más tiempo la ira que se había acumulado en su interior—. ¡Por todos los Empapes de la historia, son los malditos dioses!

—Son nuestros dioses —siseó Dios—. Pero nosotros no somos su pueblo, ¿entendido? ¡Son mis dioses, y aprenderán a obedecer las instrucciones que se les den!

Koomi decidió renunciar al ataque frontal. Aquella mirada de zafiro ganaría cualquier concurso de resistencia pupilar, esa nariz tan afilada como un hacha de guerra podía abrirse paso a través de cualquier muro de argumentos que se le pusiera delante y, por encima de todo, ningún hombre podía albergar la esperanza de que lograría hacer mella en la aterradora aleación emocional compuesta a partes iguales de tengo-razón y no-meequivoco que protegía al gran sacerdote.

—Pero… —consiguió balbucear.

Dios le hizo callar alzando una mano temblorosa.

—¡No tienen ningún derecho! —gritó—. ¡No he dado ninguna orden al respecto! ¡No tienen derecho!

Las manos de Dios se abrían y se cerraban espasmódicamente. Se sentía más o menos como habría podido sentirse un monárquico de toda la vida, un monárquico devoto que recortaba las fotos de la realeza en los periódicos y las pegaba en un álbum de recortes, un monárquico que no consentía que nadie hablara mal de Sus Majestades en su presencia porque hacían un trabajo magnífico y estaban allí para poder defenderse… si la familia real al completo se hubiera presentado en su sala de estar y hubiese empezado a cambiar de sitio todos los muebles sin tomarse la molestia de pedirle permiso antes. Dios anhelaba la necrópolis, y el frío silencio de que gozaría cuando volviera a estar entre sus viejos amigos, y echar una siestecita después de la que podría pensar con mucha más claridad que ahora…

Koomi sintió que el corazón le daba un vuelco. La visible incomodidad de Dios era una grieta, y si la trabajaba con el cuidado y la atención debidas quizá consiguiera meter una cuña en ella. Habría que ser muy sutil, naturalmente, y métodos tan groseros como los martillazos quedaban descartados desde el principio. El cráneo de Dios era tan duro que ni todos los martillos del mundo podrían hacerle cambiar de opinión.

El anciano sacerdote volvía a temblar.

—Jamás se me ocurriría decirles cómo han de gobernar el Aquí-abajo —murmuró—. ¿Cómo se atreven a decirme cuál es la forma más adecuada de gobernar mi reino?

Koomi echó un poco de sal sobre aquella frase para conservarla con vistas a su estudio posterior —su aparente potencial como delito de alta traición podía resultarle muy útil para el futuro—, la archivó en su mente y le dio una palmadita en la espalda.

—Tienes razón, claro —dijo.

Dios volvió lentamente la cabeza y le miró.

—¿Sí? —preguntó con bastante suspicacia.

—Estoy seguro de que encontrarás una solución —dijo—. Después de todo eres el primer ministro del faraón, ¿no?

Koomi se volvió hacia el grupo de sacerdotes, levantó una mano y éstos respondieron obedientemente con un coro de entusiástico asentimiento. Quizá no pudieras confiar en los monarcas y en las divinidades, pero siempre podías confiar en el viejo Dios. La ira de los dioses podía errar el blanco, pero la de Dios tenía una puntería infalible. No había ni uno solo de ellos que prefiriese la no muy precisa ira divina a la furia del gran sacerdote. Dios les aterrorizaba de una forma muy clara y humana que jamás estaría al alcance de ninguna entidad sobrenatural. Sí, Dios les sacaría de aquel lío.

—Y haremos oídos sordos a todos esos rumores ridículos sobre la desaparición del faraón que corren por ahí —dijo Koomi—. Estamos seguros de que son exageraciones totalmente carentes de base que no tienen ni el más mínimo fundamento.

Los sacerdotes asintieron mientras un rumorcito minúsculo desenroscaba su cola en la mente de cada uno.

—¿Qué rumores? —preguntó Dios por una comisura de los labios.

—Así pues, oh reverenciado gran sacerdote, te pedimos que nos ilumines y nos muestres el camino a seguir —dijo Koomi.

Dios abrió la boca y volvió a cerrarla.

No sabía qué hacer, y para él eso era una experiencia sin precedentes. Estaba ante un claro caso de Cambio.

Su mente se había convertido en un confuso remolino de pensamientos, y lo único que estaba claro de cuanto se agitaba dentro de ella eran las palabras del Ritual de la Tercera Hora que había pronunciado en ese momento del día desde… ¿Cuántos años habían pasado desde la primera vez? ¡Demasiados, demasiados! Dios tendría que haber abandonado sus deberes hacía ya mucho tiempo para gozar del bien merecido descanso que se había ganado, pero nunca encontraba el momento adecuado, nunca había nadie lo suficientemente capacitado, sin él todos habrían estado perdidos, el reino se habría hundido, habría traicionado la confianza de todos los que dependían de él, y… Y Dios había cruzado el río, y cada vez que lo cruzaba se prometía que era la última vez, pero nunca lo era y cuando el frío se iba apoderando de sus miembros volvía a cruzar las aguas y las décadas se habían ido volviendo… ¿Qué? ¿Más largas? Sí, las décadas se habían ido alargando. Y ahora, justo cuando su reino le necesitaba, las palabras del Ritual parecían haberse grabado en los senderos de su cerebro como si tuvieran voluntad propia y estaban frustrando todos sus intentos de pensar.

—Eh… —dijo.

Maldito Bastardo masticaba y era feliz. Teppic le había atado demasiado cerca de un olivo, y el pobre árbol estaba sufriendo el equivalente a una poda terminal. De vez en cuando el camello dejaba de masticar, alzaba la mirada durante unos momentos hacia las gaviotas que revoloteaban sobre la ciudad de Efebas y las sometía a un breve pero letal ametrallamiento con huesos de aceituna.

Su cerebro estaba muy ocupado dando vueltas a un nuevo concepto de física tau-dimensional muy interesante que unificaba el tiempo, el espacio, el magnetismo, la gravedad y, por alguna razón que Maldito Bastardo aún no tenía demasiado clara, la coliflor. De vez en cuando emitía sonidos que recordaban a los de una cantera lejana durante las fases más estrepitosas del trabajo, pero Maldito Bastardo era un camello y por lo tanto los ruidos sólo indicaban que todos los estómagos de que se hallaba provisto estaban funcionando a la perfección.

Ptraci estaba sentada debajo del olivo y se entretenía alimentando a la tortuga con hojas de parra.

El calor rebotaba en las blancas paredes de la taberna con un crujido casi audible, pero Teppic no podía evitar encontrarlo muy distinto al calor del Viejo Reino. Allí incluso el calor era viejo; la atmósfera carecía de vida y olía a moho y te oprimía como una prensa hasta que tenías la sensación de que el aire había sido obtenido hirviendo siglos. Aquí había una brisa marina que ayudaba a soportar el calor. El aire olía a cristales de sal, y llevaba consigo atisbos de vino que te hacían cosquillas en la nariz… más que atisbos, de hecho, ya que Xeno iba por su segunda ánfora. Efebas era la clase de lugar en el que las cosas se arremangaban y empezaban a ocurrir.

—Pero sigo sin entender lo de la tortuga —dijo Teppic con cierta dificultad.

Acababa de probar su primer sorbo del vino de Efebas, y había descubierto que uno de sus efectos más extraños parecía ser el de que te dejaba la garganta recubierta por una capa de barniz.

—Muy sencillo —dijo Xeno—. Mira, supongamos que este hueso de aceituna es la flecha y esto, esto… —Miró a su alrededor—, y esa gaviota medio inconsciente es la tortuga, ¿de acuerdo? Bueno, pues cuando disparas la flecha va desde aquí hasta la gav… la tortuga, ¿tengo razón?

—Supongo que sí, pero…

—Pero a estas alturas la gav… la tortuga se ha movido un poquito, ¿no? ¿Tengo razón o no tengo razón?

—Supongo que sí —tuvo que admitir Teppic.

Xeno le lanzó una mirada triunfal.

—O sea que la flecha tiene que recorrer un poquito más de distancia, ¿no? Para llegar hasta donde está la tortuga ahora, si me vas siguiendo. Mientras tanto la tortuga ha echado a vol… se ha movido, de acuerdo, admito que no mucho, vale, pero no hace falta que sea mucho, ¿eh? ¿Tengo razón? Bueno, así que la flecha tiene un poquito más de distancia que recorrer, pero el problema está en que cuando llega a donde la tortuga está ahora la tortuga ya no se encuentra ahí. O sea, que si la tortuga sigue moviéndose la flecha nunca podrá dar en ella. La flecha se irá acercando más y más, pero nunca llegará a dar en la tortuga. QED.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Teppic automáticamente.

—No se encuentra muy bien y además está equivocado —dijo Ídem con voz tirando a gélida—. Tenemos una docena de kebabs de tortuga que demuestran que está equivocado. El problema con mi amigo aquí presente es que no sabe cuál es la diferencia que hay entre un postulado y una metáfora de la existencia humana. O un agujero en el suelo, si a eso vamos…

—Pues ayer la flecha no le dio —replicó secamente Xeno.

—Oh, sí, claro. Recuerdo que te estaba observando. Hiciste retroceder la cuerda del arco unos cuantos milímetros como mucho. Te vi, ¿sabes? —dijo Ídem.

Los dos filósofos se enzarzaron en una nueva discusión.

Teppic clavó la mirada en su vaso de vino. «Estos hombres son filósofos —pensó. Teppic estaba seguro de que lo eran porque ambos se lo habían repetido varias veces—. Sus cerebros deben de ser tan grandes que les sobra espacio para contener ideas que las personas corrientes no tomarían en consideración durante más de cinco segundos…» Por ejemplo, Xeno había aprovechado el trayecto hasta la taberna para explicarle por qué era lógicamente imposible caerse de un árbol.

Teppic les había hablado del desvanecimiento del reino, pero no había revelado la posición que ocupaba en él. No tenía mucha experiencia en aquella clase de asuntos, pero presentía que los reyes sin reino no tenían muchas probabilidades de ser populares en los países vecinos. Había conocido un par de casos parecidos en Ankh-Morpork, monarcas depuestos que habían huido de sus repentinamente peligrosos reinos para refugiarse en el seno hospitalario de Ankh llevándose tan solo lo puesto y unos cuantos carros repletos de joyas. Naturalmente la ciudad daba la bienvenida con los brazos abiertos a cualquiera sin importarle su raza, color, clase o credo siempre que dispusiera de increíbles cantidades de dinero para gastar, pero aun así la inhumación de monarcas convertidos en excedentes innecesarios era una fuente regular de trabajo e ingresos para el Gremio de Asesinos. En el reino del que había huido siempre había alguien que quería asegurarse de que un monarca depuesto no cambiaría de posición social, y no había artículo más perecedero que un heredero.

—Creo que me he enredado en la geometría —dijo Teppic con la esperanza de que alguno de los dos filósofos podría ayudarle—. Oí comentar que aquí sois muy buenos con la geometría —añadió—, y pensé que quizá podríais decirme qué he de hacer para regresar.

—La geometría no es mi fuerte —dijo Ídem—, como probablemente sabrás.

—¿Eh?

—¿No has leído mis Principios del gobierno ideal?

—Me temo que no.

—¿Y mi Discurso sobre la inevitabilidad histórica?

—No.

Ídem puso cara de abatimiento.

—Oh —dijo.

—Ídem es una gran autoridad acerca de todo —dijo Xeno—. Salvo la geometría, claro. Y la decoración de interiores. Y la lógica elemental.

La mirada que le lanzó Ídem iba acompañada por unas cuantas chispas.

—Claro, claro —dijo Teppic—. ¿Y tú?

Xeno apuró su vaso de vino.

—Lo mío es la comprobación destructiva de axiomas —dijo—. Dada la naturaleza de tu problema… Creo que tendrías que hablar con Ptagonal. Es un tipo muy agudo, sabe ver las cosas desde todos los ángulos y…

Xeno fue interrumpido por un ruido de cascos de caballos. Varios jinetes pasaron por delante de la taberna galopando a una velocidad bastante temeraria y se perdieron por las serpenteantes calles adoquinadas de la ciudad. Parecían muy nerviosos.

Ídem extrajo de su vaso de vino a la gaviota muy aturdida que había caído dentro de él, la colocó encima de la mesa y la contempló con expresión pensativa.

—Si es cierto que el Viejo Reino ha desaparecido… —empezó a decir.

—Es cierto —dijo Teppic con firmeza—. Te aseguro que es algo sobre lo que no hay forma de equivocarse.

—Entonces eso significa que ahora nuestra frontera es concurrente con la frontera de Espadarta —dijo Ídem pronunciando muy lentamente cada palabra.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —preguntó Teppic.

—Que ya no hay nada entre nosotros —le explicó el filósofo—. Oh, cielos… Eso significa que nos veremos obligados a hacerles la guerra.

—¿Por qué?

Ídem abrió la boca, no dijo nada, la cerró y se volvió lentamente hacia Xeno.

—¿Cuál es la razón por la que nos veremos obligados a hacerles la guerra? —le preguntó.

—Imperativo histórico —replicó Xeno.

—Ah, sí. Sabía que era algo así. Me temo que es inevitable. Es una pena, pero… Ya lo ves, no hay forma de evitarlo.

Otro repiqueteo de cascos de caballos precedió a la aparición de un segundo grupo de jinetes, pero éste galopaba colina abajo. Todos llevaban el casco emplumado típico del soldado de Efebas y gritaban entusiásticamente.

Ídem se removió en el banco hasta encontrar una postura más cómoda y cruzó las manos sobre el estómago.

—Ésos eran los hombres del Tirano —dijo. El grupo de jinetes cruzó las puertas de la ciudad y se alejó al galope por el desierto—. Puedes apostar a que los ha enviado para que comprueben cuál es la situación.

Teppic estaba enterado de la enemistad existente entre Efebas y Espadarta, naturalmente. El Viejo Reino había sacado un considerable provecho de ella haciendo cuanto estaba a su alcance para que los comerciantes de ambos bandos tuvieran a su disposición un lugar discreto en el que intercambiar sus artículos. Teppic bajó la cabeza y empezó a repiquetear con los dedos sobre la mesa.

—Hace miles de años que no lucháis los unos contra los otros —dijo—. En aquellos tiempos erais un par de países minúsculos, y la cosa apenas llegaba a la categoría de una riña callejera. Ahora sois enormes. La gente podría salir bastante malparada. ¿No te preocupa?

—Es una cuestión de orgullo —dijo Ídem, pero la incertidumbre resultaba claramente perceptible en su voz—. No creo que tengamos mucho donde elegir.

—Todo por culpa de esa maldita vaca de madera o lo que fuese —dijo Xeno—. Nunca nos lo han perdonado.

—Si no les atacamos a ellos no cabe duda de que ellos nos atacarán primero —dijo Ídem.

—Exactamente —dijo Xeno—. Así pues, es mejor que tomemos represalias antes de que tengan ocasión de lanzarse a la ofensiva.

Los dos filósofos intercambiaron una mirada de incomodidad.

—Por otra parte, la guerra dificulta muchísimo el pensar con claridad —dijo Ídem.

—Eso también es verdad y no hay que olvidarlo —dijo Xeno—. Sobre todo a los muertos…

Hubo un silencio cargado de una incómoda tensión, roto únicamente por la voz de Ptraci cantándole a la tortuga y los graznidos ocasionales de las gaviotas.

—¿Qué día es? —preguntó Ídem.

—Martes —dijo Teppic.

—Creo que quizá sería buena idea que vinieras al simposio —dijo Ídem—. Celebramos uno cada martes —añadió—. Las mayores mentes de Efebas estarán allí. Este asunto es muy complicado, y hay que pensar en él.

Se volvió hacia Ptraci.

—Pero tu joven no podrá asistir, naturalmente —dijo—. Las mujeres tienen absolutamente prohibida la entrada. Se les recalienta el cerebro, ¿sabes?

Teppicamón XXVII abrió los ojos. «Caray, qué oscuro está esto», pensó.

Y se dio cuenta de que podía oír los latidos de su corazón, pero los latidos sonaban curiosamente ahogados y parecían venir de cierta distancia.

Y entonces lo recordó todo.

Estaba vivo. Volvía a estar vivo. Y además estaba hecho trocitos.

Siempre había dado por supuesto que cuando llegabas al Otro Mundo recobrabas tu integridad corporal y que las piezas sueltas volvían a unirse como en uno de los modelos de Grinjer.

«Ya lo has perdido casi todo, así que no pierdas la calma —pensó—. Ja, ja.»

Como decía su abuelo, había ciertas cosas que un hombre tenía que hacer sin ayuda de nadie. Juntar sus pedazos parecía ser una de ellas.

«De acuerdo —pensó—. Había seis recipientes como mínimo, así que mis ojos están dentro de uno de ellos. Lo primero que he de hacer es desenroscar la tapa para averiguar dónde está cada cosa… Para lo cual necesito utilizar los brazos, las piernas y los dedos.»

Teppicamón XXVII comprendió que aquello iba a ser realmente complicado.

Luchó con sus rígidas articulaciones, extendió un brazo y encontró algo pesado. Lo tocó y obtuvo la impresión de que podía ceder, por lo que colocó el otro brazo en la misma posición —la maniobra requirió muchos esfuerzos y un tiempo considerable—, y empujó.

Oyó un golpe ahogado seguido por la inconfundible sensación de un espacio abierto situado encima de él y se irguió con un estrepitoso acompañamiento de crujidos.

Los lados del sarcófago ceremonial seguían aprisionándole, pero un instante después se llevó la sorpresa de descubrir que un lento barrido del brazo bastaba para apartarlos como si fuesen de papel. «Tiene que ser un efecto secundario del relleno y el maceramiento —pensó—. Te proporcionan un poco de peso extra para que lo utilices en ocasiones apuradas.»

Se movió a tientas hasta encontrar el borde de la losa y bajó sus pesadas piernas hasta colocar los pies en el suelo. Después se quedó inmóvil, jadeó durante unos momentos, más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa, y dio el primer paso tambaleante del no muerto novato.

Caminar sobre un par de piernas rellenas de paja mientras el cerebro que les da instrucciones está metido dentro de un recipiente qué se encuentra a tres metros de distancia resulta asombrosamente difícil, pero logró llegar hasta la pared y fue siguiéndola hasta que el ruido le indicó que había llegado al estante de los recipientes ceremoniales. Desenroscó torpemente la tapa del primero y metió las manos dentro con la máxima delicadeza posible.

«Debe de ser el cerebro —se dijo histéricamente—, porque un frasco de sémola no tiene ese tacto viscoso y no hace squish-squish. Acabo de meter mano en mis propios pensamientos, ja, ja.» Probó suerte con un par de recipientes más hasta que una explosión de luz diurna le indicó que acababa de encontrar el que contenía sus ojos. Vio cómo su mano vendada bajaba hacia ellos creciendo a cada centímetro del trayecto hasta adquirir un tamaño gigantesco y los recogía con mucho cuidado.

«Bueno, creo que lo más importante ya está hecho —pensó—. El resto puede esperar hasta más tarde. Ya vendré a recogerlo cuando necesite comer algo y todas esas cosas…»

Giró sobre sí mismo y se dio cuenta de que no se encontraba solo. Dil y Gern le estaban observando. Pegarse más al rincón de la habitación en el que se hallaban habría exigido que sus cuerpos poseyeran columnas vertebrales de forma triangular, pero aun así Dil y Gern no lo estaban haciendo nada mal.

—Ah. Hola, buenas gentes —dijo el faraón, siendo consciente de que su voz sonaba un poco hueca—. Sé tantas cosas sobre vosotros que me gustaría estrechar vuestra mano. —Miró hacia abajo—. Pero… Me temo que dadas las circunstancias actuales no sería muy buena idea —añadió.

—Gkkkk —dijo Gern.

—Esto… ¿Crees que podrías hacerme un pequeño trabajo de compostura? —preguntó el faraón volviéndose hacia Dil—. Por cierto, las costuras están aguantando de maravilla. Te felicito.

El orgullo profesional de Dil logró abrirse paso a través de la barrera del terror.

—¿Estáis vivo? —preguntó.

—Bueno, creo que era justo lo que se pretendía, ¿no? —replicó el faraón.

Dil asintió. Desde luego, y siempre había creído firmemente que ése era el objetivo final de todo su arte. Aun así, Dil jamás había esperado ver cómo ocurría delante de sus ojos, pero… Había ocurrido, y las primeras palabras —bueno, casi podían considerarse las primeras palabras— pronunciadas por el faraón habían sido una alabanza de su pericia como costurero. Dil abombó el pecho. Ningún otro miembro del Gremio podía presumir de que un cliente le hubiera felicitado.

—Ahí tienes —dijo volviéndose hacia Gern. Los omoplatos del aprendiz estaban haciendo todo lo posible para atravesar la pared—. ¿Has oído lo que le acaban de decir a tu maestro?

El faraón estaba pensando. Empezaba a tener la impresión de que algo andaba mal. Naturalmente, el Otro Mundo era como éste sólo que mejor, y siempre había estado convencido de que cuando llegara a él se encontraría con montones de sirvientes y esas cosas, pero… El Otro Mundo se parecía demasiado a este mundo, y el faraón estaba casi seguro de que Dil y Gern aún no deberían estar en él. Aparte de eso siempre había estado convencido de que los súbditos tenían su propio Otro Mundo. Los dioses eran lo suficientemente considerados para querer que se encontraran a gusto, y ese Otro Mundo reservado a ellos les permitía pasar la eternidad en compañía de gente de su clase y les ahorraba la lógica incomodidad que se siente al estar ocupando un lugar social que no te corresponde.

—Yo… —dijo—. Puede que se me haya escapado algo, pero… No estáis muertos, ¿verdad?

Dil tardó un poco en responder. Algunas de las cosas que había visto últimamente habían hecho que albergara ciertas dudas respecto a si estaba vivo o no, pero al final se vio obligado a admitir que probablemente estaba vivo.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo? —preguntó el faraón.

—No lo sabemos, oh rey —dijo Dil—. La verdad es que no tenemos ni idea. ¡Todo ha resultado ser verdad, oh fuente de las aguas!

—¿El qué?

—¡Todo!

—¿Todo?

—El sol, oh gran señor. ¡Y los dioses! ¡Oh, los dioses! ¡Están por todas partes, oh amo del cielo!

—Hemos entrado por la puerta de atrás —dijo Gern, quien había caído de rodillas—. Perdónanos, oh señor de la justicia que ha vuelto para impartir su sinpar sabiduría y todo eso. Lamento inmensamente lo mío con Glwenda. Fue un momento de… de… de pasión incontrolable, sí, creo que fue exactamente eso. No pudimos controlarnos. Además fui yo el que…

Dil movió una mano indicándole que se callara. Gern cerró la boca y trató de adoptar la expresión más devota de que era capaz.

—Disculpadme, pero… —dijo Dil volviéndose hacia la momia del faraón—. ¿Podríamos hablar unos momentos sin que nos oyera el chico? Una charla de hombre a…

—¿Cadáver? —dijo el faraón intentando facilitarle un poco las cosas—. Desde luego, desde luego.

—El hecho, oh bondadoso y clemente monarca de… —empezó a decir Dil en un susurro de conspirador.

—Creo que podemos prescindir de todo eso —se apresuró a interrumpirle el faraón—. No quiero malgastar la eternidad en ceremonias. «Rey» será más que suficiente.

—El hecho es… rey… —dijo Dil experimentando una leve punzada de excitación al verse tratado casi como un igual—, es que el joven Gern cree que todo lo que ha ocurrido es culpa suya. Le he dicho ya no sé cuántas veces que los dioses no se habrían tomado tantas molestias por un chico que está creciendo y que tiene los impulsos lógicos de su edad, no sé si me seguís… —Hizo una pausa y puso cara de preocupación—. Eh… Los dioses no se pondrían así por algo tan insignificante, ¿verdad?

—Francamente no lo creo —dijo el faraón—. Si se tomaran tan en serio ese tipo de cosas no nos los quitaríamos de encima ni un momento.

—Es justo el argumento que le di —dijo Dil sintiendo un inmenso alivio—. Es un buen chico, señor, pero su madre es un poco rara y siempre se ha tomado muy en serio todo lo relacionado con la religión. «No nos los quitaríamos de encima ni un momento», ésas fueron mis mismas palabras… Señor, os agradecería muchísimo que hablarais con él. Si pudierais quitarle ese peso de encima…

—Será un placer —dijo el faraón amablemente.

Dil se acercó un poquito más.

—Señor, la verdad es que estos dioses no son como deberían ser. Les hemos estado observando, señor… al menos yo les he observado. Subí al tejado, ¿sabéis? Gern no quiso subir y se escondió debajo del banco. ¡Hay algo raro en ellos!

—¿Como qué?

—¡Pues para empezar el que estén aquí, señor! Eso no está bien, ¿verdad? Quiero decir que… Ya sé que los dioses están en todas partes y es lógico que estén aquí, pero de esta forma no. Y van de un lado a otro y se pelean entre ellos y le gritan a la gente. —Miró hacia ambos lados antes de seguir hablando—. Preferiría que esto quedara entre vos y yo, señor, pero me parece que no son demasiado listos.

El faraón asintió.

—¿Y qué están haciendo los sacerdotes? —preguntó.

—Vi cómo un grupo de ellos arrojaba un sacerdote al río —replicó Dil.

El faraón volvió a asentir.

—Creo que han hecho bien —dijo—. Parece que por fin empiezan a pensar con un poco de sentido común.

—¿Sabéis qué opino yo, señor? —dijo Dil con voz algo nerviosa—. Me parece que todas nuestras creencias se están convirtiendo en realidad. Ah, y me he enterado de otra cosa, señor… Esta mañana (si es que era esta mañana, supongo que ya me entendéis, porque no hay que olvidar que el sol no para de moverse y aparte de eso es un sol bastante raro), pues esta mañana unos cuantos soldados intentaron ir por el camino que lleva a Efebas y… ¿Sabéis qué descubrieron?

—¿Qué descubrieron?

—¡Que el camino de salida del reino lleva adentro! —Dil dio un paso hacia atrás para ilustrar mejor la seriedad de aquellas revelaciones—. Empezaron a subir por las rocas y de repente se encontraron caminando por el camino de Espadarta. Es como si el camino se curvara sobre sí mismo. Estamos encerrados y no podemos salir, señor. Hemos quedado atrapados con nuestros dioses…

«Y yo estoy atrapado dentro de mi cuerpo —pensó el faraón—. Así que todo cuanto creíamos ha resultado ser verdad, ¿eh? Y aquello en lo que creíamos tiene muy poco que ver con lo que creíamos eran nuestras creencias… Un momento, un momento. O sea que… Estábamos convencidos de que creíamos que los dioses eran sabios, justos y poderosos, pero lo que realmente creemos es que son más o menos como nuestros padres después de haber tenido un mal día. Y creíamos que el Otro Mundo era una especie de paraíso, pero en realidad creemos que está aquí mismo y que llegas a él en tu cuerpo y yo estoy en el Otro Mundo y no saldré nunca de él. Nunca, nunca, nunca…»

—¿Qué dice mi hijo de todo esto? —preguntó.

Dil tosió. La tos pertenecía a la variedad ominosa. Algunos idiomas tienen el detalle de utilizar un signo de interrogación al principio de la frase para advertirte de que lo que vas a oír es una pregunta; ésta era la clase de tos que te advierte de que lo que vas a oír es una elegía fúnebre.

—No sé cómo deciros esto, señor… —murmuró Dil.

—Venga, venga, no perdamos más tiempo.

—Señor… dicen que ha muerto, señor. Dicen que se quitó la vida y que huyó.

—¿Que se quitó la vida?

—Lo siento, señor.

—¿Y que huyó después de quitarse la vida?

—En un camello, dicen.

—Parece que nuestra familia lleva una existencia de ultratumba como muy activa, ¿verdad? —observó el faraón en un tono de voz bastante seco.

—Perdonad, señor, me temo que no os he entendido.

—Quiero decir que se puede afirmar que esas dos afirmaciones son mutuamente exclusivas.

El rostro de Dil se convirtió en una masa de inexpresividad impregnada por las mejores intenciones posibles.

—Quiero decir que las dos no pueden ser verdad al mismo tiempo —le explicó el faraón intentando sacarle del atasco mental.

—Ejem… —dijo Dil.

—De acuerdo, pero yo soy un caso especial —dijo el faraón, que podía ser muy tozudo cuando quería—. En este reino creemos que sólo puedes aspirar a gozar de la vida después de la muerte si has sido mommmmmm…

Se calló.

Era demasiado horrible. Era tan horrible que resultaba impensable, pero aun así el faraón estuvo pensando en ello durante unos momentos.

—Tenemos que hacer algo al respecto —dijo por fin.

—¿Os referís a vuestro hijo, señor? —preguntó Dil.

—Olvídate de mi hijo. No está muerto. Si estuviera muerto yo lo sabría —replicó secamente el faraón—. Sabe cuidar de sí mismo. Es mi hijo, ¿no? No, son mis antepasados los que me preocupan.

—Pero si están muertos… —empezó a decir Dil.

Ya se ha dicho que Dil tenía muy poca imaginación. En un trabajo como el suyo tener muy poca imaginación resultaba imprescindible, pero eso no quiere decir que no tuviera un poquito. Los ojos de su mente contemplaron un panorama de pirámides que se extendían a lo largo del río, y los oídos de su mente se lanzaron hacia puertas tan sólidas que ningún ladrón sería capaz de abrir y se pegaron a ellas.

Y oyeron los arañazos.

Y los golpes.

Y los gritos ahogados.

El faraón puso un brazo envuelto en vendajes sobre sus hombros temblorosos.

—Ya sé que puedes hacer maravillas con una aguja, Dil —dijo—. Eh… ¿Qué tal se te da manejar el mazo?

Copolímero, el mayor narrador de toda la historia del mundo, se echó hacia atrás, sonrió y contempló a las mentes más eximias del mundo sentadas a la mesa.

Teppic había añadido otro dato a su almacén de conocimientos. «Simposio» quería decir tomar el té con cuchillo y tenedor.

—Bien… —dijo Copolímero, y empezó a contar la historia de las guerras con Espadarta—. Veréis, lo que ocurrió fue que él se la llevó de vuelta a casa, y su padre. … no me refiero al viejo rey sino al anterior, pero ya no me acuerdo de cómo se llamaba, el que se casó con una chica de Elharib, y recuerdo que era un poquito bizca… ¿Cómo demonios se llamaba? Me parece que su nombre empezaba con una P. ¿O era una L? Bueno, seguro que era una de esas dos letras, y su padre tema una isla en la bahía, Papilos creo que se llamaba… No, estoy contando una mentira, era Crinix. Bien, el rey (el otro rey, ¿eh?) reunió un ejército y ellos… Elenor, justo, así se llamaba. Y era un poquito bizca, no lo olvidemos, pero dicen que a pesar de eso era bastante atractiva, y cuando digo que se casaron pues… en fin, supongo que no hace falta que entre en detalles, ¿verdad? Fue un poquito extraoficial, no sé si me explico… Eh… En fin, el caso es que había un caballo de madera y después de que se metieran dentro de él… ¿Os había hablado del caballo? Era un caballo, sí, estoy prácticamente seguro de que era un caballo. O quizá fuese una gallina… ¡Como me descuide un poco lo próximo que olvidaré será mi nombre, ja, ja! Fue idea de… de… del que cojeaba, sí, de ése. Sí. El de la pierna coja y… ¿Os he hablado de él? Bueno, pues hubo una pelea y… no, creo que el de la pelea fue el otro. Sí. En fin, el caso es que el cerdo de madera (una idea condenadamente astuta, dicho sea de paso), pues el cerdo en cuestión estaba hecho de… de… Lo tengo en la punta de la lengua. Un momento… De madera, claro. Pero eso ocurrió después, ¿sabéis? ¡Ah, sí la pelea! Casi me olvidaba de la pelea, sí. Fue una pelea condenadamente buena. Todo el mundo chillando y golpeando los escudos con la espada, ya os lo podéis imaginar, y la armadura de… de… bueno, la armadura de como se llamara resplandecía como resplandece una armadura resplandeciente de buena calidad. Oh, fue una pelea realmente soberbia, sí, y los que pelearon eran el… el cojo no, el otro, el… ¡El pelirrojo! Sí, ése, ya sabéis a quién me refiero, era un tipo muy alto que ceceaba un poco. Esperad, esperad, me acabo de acordar… Era de otra isla. Ése no, ¿eh?, el otro, el cojo… No quería irse, y él dijo que estaba loco. ¡Pues claro que estaba loco, caramba! En fin, no sé qué opinaréis vosotros, pero… ¡Una vaca de madera, nada menos! Y entonces el rey, no, ese rey no, el otro, vio al chivo y dijo: «Temo a los hombres de Efebas, especialmente cuando están lo bastante chiflados para dejar una res de madera tan condenadamente grande delante de la puerta, menuda cara dura, esos tipos se deben creer que nacimos ayer y que aún nos chupamos el dedo, prendedle fuego y no se hable más del asunto.» Y, naturalmente, el como-se-llame ya había entrado por la puerta de atrás y después pasaron toda la ciudad a cuchillo y se acabó el reírse, claro. ¿Os he dicho que bizqueaba? Decían que era guapa, pero ya se sabe que sobre gustos… Sí, sí. En fin, así es como ocurrió. Bien… Naturalmente como-se-llame (creo que se llamaba Melícano, y cojeaba), pues Melícano quería volver a casa, es comprensible, ¿no?, recordad que llevaban años allí y cada día que pasaba era un día más viejo y, francamente, ya estaba harto, y por eso dijo que había tenido aquel sueño en el que vio al no sé qué de madera. Sí, sí… No, miento. El que tenía el problema con la rodilla era Hermoseus. Oh, sí, fue una pelea de lo mejorcito que se ha visto, podéis creerme.

Copolímero se quedó callado y contempló la mesa. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Fue una pelea condenadamente buena, sí señor, ya lo creo…—murmuró.

Y se quedó dormido con una leve sonrisa en los labios.

Teppic se percató de que tenía la boca abierta y la cerró. Unos cuantos comensales se estaban limpiando las lágrimas.

—Magia —dijo Xeno—. Pura magia… Cada palabra es como una borla en el dosel del Tiempo.

—Lo más increíble es la forma en que recuerda hasta los detalles más insignificantes —murmuró Ídem—. Qué memoria, qué retentiva, qué precisión…

Teppic volvió la cabeza hacia el otro extremo de la mesa.

—¿Quién es quién? —preguntó dándole un suave codazo a Xeno, que estaba sentado junto a él.

—Bueno, a Ídem ya le conoces. Y a Copolímero, también, claro… Ése de ahí es Iesopo, el fabulista más eximio del mundo, y ése es Antífono, el escritor de comedias más eximio del mundo.

—¿Y dónde está Ptagonal? —preguntó Teppic.

Xeno señaló hacia el final de la mesa. Teppic siguió la dirección indicada por su dedo y vio a un hombre de aspecto sombrío que no paraba de beber y estaba absorto intentando determinar el ángulo formado por dos panecillos.

—Después te lo presentaré —dijo.

Teppic contempló las calvas y las largas barbas blancas que le rodeaban y decidió que debían de ser algo inherente a la profesión. Si poseías una calva y una larga barba blanca lo que se encontraba entre ellas tenía que estar atiborrado de sabiduría. La única excepción a la regla era Antífono, que parecía haber sido construido a base de embutidos.

«Son grandes mentes —se dijo Teppic—. Estos hombres intentan averiguar cómo funciona el mundo no mediante la magia o la religión, sino metiendo su cerebro en la primera grieta que encuentran y usándolo como palanca para separar los bordes…»

Ídem golpeó la mesa con los nudillos pidiendo silencio.

—El Tirano ha decidido que declaremos la guerra a Espadarta —dijo—. Y ahora, consideremos cuál es el lugar de la guerra en la república ideal —añadió—. Necesitaremos…

—Disculpa, ¿podrías pasarme el apio? —le pidió Iesopo—. Muchas gracias.

—… la república ideal, tal y como estaba diciendo, basada en las leyes fundamentales que gobiernan…

—Y la sal. La tienes justo al lado del codo.

—… las leyes fundamentales que… eh… que gobiernan a todos los hombres. Bien, no cabe duda de que la guerra… ¿Te importaría dejar de hacer eso?

—Es apio —dijo Iesopo masticando entusiásticamente—. Ya se sabe lo que pasa con el apio. No lo puede evitar, créeme.

Xeno lanzó una mirada suspicaz a lo que había clavado en la punta de su tenedor.

—Eh, esto es pulpo —dijo—. Yo no he pedido pulpo. ¿Quién ha pedido pulpo?

—… no cabe duda —repitió Ídem alzando el tono de voz—, no cabe duda, os lo aseguro…

—Creo que esto es el cuscús de cordero —dijo Antífono.

—¿Y el pulpo era para ti?

—Yo pedí marida y dolmades.

—Eh, el cuscús lo he pedido yo. ¿Serías tan amable de pasarlo hacia aquí?

—No recuerdo que nadie haya pedido todas esas tostadas con ajo —dijo Xeno.

—Escucha, algunos de nosotros estamos intentando poner a flote un concepto filosófico —dijo Ídem con voz sarcástica—. No nos interrumpas a cada momento, ¿quieres?

Alguien le arrojó un bastoncito.

Teppic inspeccionó lo que había en la punta de su tenedor. La dieta del Viejo Reino no incluía ningún producto procedente del mar, y el número de válvulas y ventosas existente en lo que había pinchado era tan elevado que resultaba vagamente inquietante. Teppic alargó la mano hacia una hoja de parra hervida, la levantó con extremada cautela y vio huir una criatura minúscula que se apresuró a esconderse detrás de una aceituna.

Ah. Otra cosa que debía recordar… Los naturales de Efebas eran capaces de hacer vino con cualquier cosa que pudieran meter dentro de un cubo, y se comían cualquier cosa que no pudiera escapar de un cubo.

Teppic cogió el tenedor y hurgó entre la comida que había en su plato. Una parte de la comida se lo tomó bastante mal.

Y los filósofos no se escuchaban los unos a los otros. Y parecían tener una terrible tendencia a divagar y andarse por las ramas. «Creo que estoy viendo cómo funciona una auténtica mocracia», pensó Teppic.

Un panecillo pasó volando junto a su cabeza. Otro rasgo de los filósofos parecía ser el que se excitaban con muchísima facilidad.

Teppic se fijó en el comensal que estaba sentado delante de él, un hombrecillo bastante flaco que masticaba delicadamente un tentáculo anónimo. Dejando aparte a Ptagonal el geómetra, quien había empezado a calcular el radio de su plato con la misma expresión sombría que había aplicado para la averiguación del ángulo formado por los panecillos, el hombrecillo era la única persona de la mesa que no pregonaba sus opiniones a pleno pulmón. De vez en cuando tomaba notas en un pergamino que guardaba dentro de su toga.

Teppic se inclinó sobre la mesa. Iesopo había empezado a contar una fábula larguísima sobre un zorro, un pavo, un ganso y un lobo que habían hecho una apuesta para averiguar quién podía aguantar más tiempo debajo del agua con pesos atados a las patas. El eximio fabulista estaba tan entusiasmado que apenas si prestaba atención a los ocasionales impactos de los panecillos y huesos de aceituna lanzados en su dirección.

—Disculpa —dijo Teppic subiendo el tono de voz para hacerse oír por encima del tumulto—. ¿Quién eres?

El hombrecillo le lanzó una mirada recelosa e impregnada de timidez. Tenía unas orejas extremadamente grandes, y Teppic pensó que en la luz adecuada se le habría podido confundir con un ánfora muy esbelta.

—Soy Endos —dijo.

—¿Y por qué no estás filosofando?

Endos empezó a diseccionar un molusco de aspecto bastante extraño.

—La verdad es que no soy filósofo —dijo.

—¿No escribes comedias ni nada parecido? —preguntó Teppic.

—Me temo que no. Soy Oyente. Endos el Oyente, así me llaman.

—Fascinante —dijo Teppic automáticamente—. ¿Y qué tienes que hacer?

—Escuchar.

—¿Nada más?

—Me pagan para que escuche —dijo Endos—. A veces asiento con la cabeza. O sonrío, o asiento y sonrío al mismo tiempo. Siempre poniendo cara de estar de acuerdo y animándoles a que sigan hablando, claro… Les gusta.

Teppic tuvo la sensación de que Endos le estaba pidiendo que hiciera algún comentario al respecto.

—Caramba —dijo.

Endos replicó con un asentimiento de cabeza y una sonrisa. La combinación del asentimiento y la sonrisa sugerían que en todo el mundo no había una actividad más fascinante que la de estar sentado allí escuchando a Teppic. Quizá fuera un efecto de sus orejas. Las orejas de Endos eran como un inmenso agujero negro auditivo que suplicaba ser llenado con palabras. Teppic sintió un impulso casi incontenible de contarle hasta el último detalle de su vida, sus esperanzas y sus sueños.

—Apuesto a que te pagan mucho dinero, ¿eh? —preguntó.

Endos sonrió.

—¿Cuántas veces le has oído contar esa historia a Copolímero?

Endos asintió y sonrió, aunque Teppic creyó detectar un dolor sordo y distante agazapado detrás de sus ojos.

—Supongo que cuando llevas algún tiempo en el oficio tus orejas acaban desarrollando unas cuantas callosidades protectoras, ¿no? —añadió Teppic.

Endos asintió.

—Sigue, sigue —murmuró.

Teppic volvió la cabeza hacia Ptagonal, quien estaba dibujando ángulos rectos en su taramasalata.

—Me encantaría quedarme y escuchar cómo me escuchas durante todo el día —dijo—, pero al final de la mesa hay un hombre con el que quiero hablar.

—Eso es asombroso —dijo Endos.

Hizo una anotación en su pergamino y concentró su atención en una conversación que se estaba desarrollando un par de platos más allá.[[24]](#footnote-24) Un filósofo acababa de afirmar que aunque la verdad era belleza, la belleza no era necesariamente verdad, y la discusión empezaba a caldearse. Endos estaba decidido a no perderse ni una palabra.

Teppic se puso en pie y caminó a lo largo de la mesa hasta llegar a Ptagonal. El geómetra parecía sentirse espantosamente triste y miserable, y Teppic le sorprendió levantando la corteza de un pastel y examinando lo que había debajo con expresión suspicaz.

Teppic miró por encima de su hombro.

—Creo que he visto moverse algo ahí dentro —dijo.

—Ah —murmuró el geómetra descorchando un ánfora con los dientes—. Hete aquí al misterioso joven vestido de negro que viene del reino perdido…

—Tenía la esperanza de que quizá podrías ayudarme a encontrarlo —dijo Teppic—. He oído comentar que en Efebas tenéis ideas bastante raras.

—Tenía que ocurrir —dijo Ptagonal. Sacó un compás de entre los pliegues de su toga y midió el pastel con expresión pensativa—. Es una constante, ¿no te parece? Sí, estoy seguro de que es una constante. Qué concepto más deprimente…

—Perdona, pero me temo que no te entiendo —dijo Teppic.

—El diámetro divide a la circunferencia, ¿sabes? Tendría que ser tres veces. Es lo que pensaría cualquiera, ¿no te parece? Pero ¿es así? No. Tres coma uno cuatro uno y montones de números más… No sé de dónde salen, pero los muy malditos no se acaban nunca. ¿Sabes lo mucho que me cabrea el que no se acaben nunca?

—Supongo que te debe de cabrear considerablemente —dijo Teppic en su tono más cortés.

—Exacto. Me indica que el Creador usó la clase de círculos que no debía. ¡Ni tan siquiera es un número presentable! Quiero decir que… Bueno, a tres coma cinco le puedes tener respeto. O a tres coma tres, por ejemplo… Sí, eso sí que tendría buen aspecto.

Clavó los ojos en el pastel y lo contempló con expresión meditabunda.

—Disculpa, pero… Dijiste algo sobre qué tenía que ocurrir, ¿no?

—¿Qué? —murmuró Ptagonal emergiendo de las profundidades de su melancolía—. ¡Maldito pastel! —añadió.

—¿Qué es lo que tenía que ocurrir? —insistió Teppic.

—No se puede tontear con la geometría, amigo mío. Y nada menos que las pirámides, ¿eh? Son muy peligrosas. Trastear con ellas es buscarse problemas. Lo que quiero decir es… —Ptagonal alargó una mano vacilante hacia su vaso de vino—. ¿Cuánto tiempo creían que podían seguir construyendo pirámides más y más grandes? No sé si me sigues, pero… ¿De dónde creían que procedía la energía? Quiero decir que… —Eructó—. Tú has estado en ese sitio, ¿no? Bueno, ¿nunca te habías fijado en lo despacio que parece ir todo allí?

—Oh, sí —respondió Teppic con voz átona.

—Eso es debido a que las pirámides absorben el tiempo, ¿comprendes? Ah, las pirámides… Y, claro, tienen que librarse del tiempo que han ido acumulando, y de ahí las luces y los fuegos artificiales. ¡Y les parece bonito! ¡Lo que están quemando es nada más y nada menos que su tiempo!

—Lo único que sé es que cuando respiras te parece que el aire ha sido hervido dentro de un calcetín —dijo Teppic—. Y nada cambia, aunque no siga siendo lo mismo.

—Exacto —dijo Ptagonal—. ¿Y sabes por qué? Por el pasado, por eso. Lo que hacen es utilizar el pasado una y otra vez. Las pirámides consumen todo el tiempo nuevo. Y si no dejas que las pirámides se desprendan de la energía acumulada ésta irá aumentando hasta que… —Hizo una pausa—. Claro que supongo que acabaría escapando por una como-se-llame… —añadió—. Una fractura. Sí, eso. Una fractura en el espacio…

—Yo estaba allí antes de que el reino se… se fuera —dijo Teppic—, y me pareció que la gran pirámide se movía.

—Ahí lo tienes. Probablemente habrá hecho que las dimensiones girasen noventa grados —dijo Ptagonal con la seguridad en sí mismo que sólo puede poseer un hombre absolutamente borracho.

—¿Quieres decir que la longitud se ha convertido en altura y que la altura se ha convertido en anchura?

—No, no, no —replicó Ptagonal—. Quiero decir que la longitud se ha convertido en altura y la altura ahora es anchura y la anchura es grosor y el grosor es… —Volvió a eructar—. Es tiempo. Otra dimensión, ¿entiendes? Ah, esas cuatro bastardas siempre están acechando por ahí… Y el tiempo es una de ellas. Noventa trastos con respecto a las otras tres. No, trastos no… grados, eso. Sólo que, sólo que ahora no puede existir en este mundo,[[25]](#footnote-25) y el lugar tuvo que hacer pop hacia fuera, ¿comprendes? De lo contrario la gente envejecería caminando de lado… —Clavó los ojos en las profundidades de su vaso y las contempló con una inmensa tristeza—. Y cada cumpleaños envejecerías otro kilómetro —añadió.

Teppic estaba perplejo.

—Bueno, el tiempo y el espacio son así —siguió diciendo Ptagonal—. Si no tienes mucho cuidado puedes acabar con un auténtico lío entre manos. Tres coma uno cuatro uno… ¿Qué clase de nombre crees que se merece semejante número?

—Suena horrible —dijo Teppic.

—Tienes toda la maldita razón. En algún sitio… —Ptagonal estaba empezando a oscilar sobre el banco—. En algún sitio alguien ha construido un cosmos donde pi tiene un valor decente y respetable. —Inclinó la cabeza y contempló la mesa como si no la viera con mucha claridad—. Pero aquí… ¿Pi? ¡Pah! Aquí es un maldito número que no se acaba nunca, y yo te pregunto qué clase de…

—¡No, me refería a eso de que la gente envejeciera caminando de lado!

—Quizá tuviera su lado bueno. Siempre podrías volver al sitio en el que tenías dieciocho años, ¿no? O dar un paseo y averiguar qué aspecto tendrás cuando hayas cumplido los setenta. Pero viajar por la anchura…, eso sí que sería realmente difícil.

Ptagonal le obsequió con una sonrisa vacua y se fue inclinando hacia adelante con gran lentitud hasta acabar derrumbándose sobre su cena. Una parte de la cena consiguió apartarse a tiempo.

Teppic se percató de que el estrépito filosófico que le rodeaba se había calmado un poco. Alzó la cabeza y fue resiguiendo la hilera de comensales con la mirada hasta que localizó a Ídem.

—No funcionará —estaba diciendo Ídem—. El Tirano no nos escuchará. Y la gente tampoco, claro. De todas formas… —Volvió la cabeza hacia Antífono—. Parece que no todos opinamos lo mismo, ¿verdad?

—Esos malditos espadartanos necesitan que alguien les dé una buena lección —replicó Antífono con expresión adusta—. En este continente no hay lugar suficiente para dos grandes potencias. El problema con esos tipos es que no saben perder, ¿entiendes? Todo porque les robamos la reina… La energía y el entusiasmo de la juventud, el amor vence todos los obstáculos, etcétera.

Copolímero se despertó.

—No lo has entendido bien —dijo con voz apacible—. La gran guerra, sí, claro, fue porque ellos nos robaron la reina. No recuerdo cómo se llamaba, pero tenía una cara capaz de hacer correr a mil camellos, y su nombre empezaba por A o por T o por…

—¿Eso hicieron? —gritó Antífono—. ¡Malditos bastardos!

—Estoy razonablemente seguro —dijo Copolímero.

Teppic se dejó caer sobre el banco y miró a Endos el Oyente, quien seguía consumiendo su cena con la expresión impasible de quien está decidido a no permitir que nada ni nadie le arruine la digestión.

—¿Endos?

El Oyente bajó el cuchillo y el tenedor y los colocó flanqueando su plato.

—¿Sí?

—Están locos, ¿verdad? —preguntó Teppic con voz cansada.

—Esto es extremadamente interesante —dijo Endos—. Sigue, sigue, te lo ruego.

Metió tímidamente una mano dentro de su toga, sacó un trocito de pergamino y lo empujó delicadamente hacia Teppic.

—¿Qué es esto?

—Mi factura —dijo Endos—. Cinco minutos de Escucha Atenta. Casi todos los caballeros para los que trabajo me pagan a final de mes, pero tengo entendido que te irás por la mañana, ¿no?

Teppic se rindió. Se puso en pie y salió al jardín que rodeaba la ciudadela de Efebas. Estatuas de mármol blanco que representaban a efebenses de la antigüedad totalmente desnudos que hacían cosas heroicas asomaban por entre el follaje, y aquí y allá se veían estatuas de las deidades de Efebas. Apenas había forma de distinguir las unas de las otras. Teppic sabía que Dios no aguantaba a los efebenses y solía reprocharles que tuvieran deidades cuyo aspecto era idéntico al de la gente. El argumento básico de Dios era que eso impedía que la gente supiera cuándo estaba delante de una deidad y dificultaba mucho el tratarla como era debido.

Teppic no compartía su opinión al respecto y, de hecho, la idea le resultaba bastante agradable. Según la leyenda las deidades de los efebenses eran iguales a los humanos en todo, con la única diferencia de que utilizaban su divinidad para hacer todas aquellas cosas que los humanos no tenían los medios o el atrevimiento de hacer. Teppic recordó que uno de los trucos favoritos de las deidades masculinas de Efebas era convertirse en algún animal para conseguir los favores de las mujeres de la alta sociedad efebense, y se decía que uno de ellos había llegado al extremo de convertirse en lluvia dorada para cortejar a la mujer de la que se había encaprichado. Todo aquello era fascinante, y suscitaba preguntas muy interesantes sobre la vida nocturna de la sofisticada Efebas.

Encontró a Ptraci sentada sobre la hierba debajo de un álamo dando de comer a la tortuga. Teppic la contempló con cierta suspicacia, ya que siempre cabía la posibilidad de que fuese un dios de incógnito. La tortuga no parecía un dios. Si era un dios lo estaba disimulando de maravilla, y su interpretación de tortuga hambrienta era francamente espléndida.

Ptraci estaba dándole de comer una hoja de lechuga.

—Ay la ptortuguita bonita… —dijo, y alzó la mirada hacia Teppic—. Oh, eres ptú —dijo con voz átona.

—No te has perdido gran cosa —dijo Teppic sentándose a su lado—. Son una pandilla de chiflados. Cuando me fui estaban empezando a romper los platos.

—Eso es ptradicional al final de una comida efebense —dijo Ptraci.

Teppic pensó en lo que acababa de oír.

—¿Y por qué no los rompen antes? —preguntó al cabo de unos momentos.

—Y luego probablemente bailarán al son del burzuki —añadió Ptraci—. Creo que es una especie de perro de lanas.

Teppic inclinó la cabeza y la apoyó en las manos.

—Por cierto, hablas muy bien el efebense —dijo.

—Muchas gracias —replicó Ptraci—. Basta con ptener un poco de oído.

—Pero se te nota un poquito el acento.

—Los idiomas son una parte del adiestramiento ptotal —dijo Ptraci—. Y mi abuela siempre decía que un poquito de acento extranjero pte hace más fascinante.

—Aprendimos lo mismo —dijo Teppic—. Venga de donde venga un asesino siempre debe parecer ligeramente extranjero. Eso es algo que se me da muy bien —añadió con amargura.

Ptraci empezó a administrarle masaje en el cuello.

—He estado en el puerto —dijo—. Tienen un montón de esas cosas que parecen balsas grandes. Ya sabes, camellos de mar…

—Barcos —dijo Teppic.

—Y van a ptodas partes. Podríamos ir a donde quisiéramos. Si tú quieres el mundo puede ser nuestro molusco, con perla incluida dentro.

Teppic le habló de la teoría de Ptagonal. Ptraci no pareció muy sorprendida.

—Es como una laguna estancada en la que no entra agua nueva —observó—. Ptodo el mundo se pasa la vida nadando en el mismo charco de siempre… Ptodo el ptiempo que vives ya ha sido vivido. Debe de ser como utilizar el agua del baño de otra persona.

—Voy a volver.

Los dedos de Ptraci interrumpieron el experto amasar de sus músculos que habían iniciado.

—Podríamos ir a donde quisiéramos —repitió—. Los dos ptenemos oficios y podemos ganarnos la vida, podríamos vender ese camello… Podrías enseñarme Ankh-Morpork. Parece una ciudad muy interesante.

Teppic se preguntó qué efecto ejercería Ankh-Morpork sobre Ptraci. Después se preguntó qué efecto ejercería Ptraci sobre la ciudad. No cabía duda de que Ptraci estaba… ¿floreciendo? En el Viejo Reino nunca había dado la impresión de tener alguna idea original dejando aparte el escoger cuál sería la próxima uva a pelar, pero desde que estaban en Efebas parecía haber cambiado considerablemente. Su mandíbula no había cambiado. Seguía siendo más bien pequeña, y Teppic tenía que admitir que bastante bonita. Pero ahora te fijabas más en ella. Antes, cuando hablaba con él, Ptraci solía clavar los ojos en el suelo. Ahora no siempre le miraba, pero si no lo hacía era porque estaba pensando en otra cosa.

Teppic descubrió que sentía el deseo de decirle que era el faraón. Oh, de la forma más cortés posible, claro, y sin ninguna clase de énfasis, pero… bueno, sólo como recordatorio. Pero también tenía la sensación de que si le decía eso Ptraci respondería diciendo que no le había oído y que tuviera la amabilidad de repetir lo que había dicho, y si le miraba a la cara Teppic jamás sería capaz de decirlo dos veces seguidas.

—Podrías marcharte —dijo—. Estoy seguro de que sabrías salir adelante. Puedo proporcionarte unos cuantos nombres y algunas direcciones, ¿sabes?

—¿Y tú? ¿Qué harías?

—Apenas si me atrevo a pensar en lo que estará ocurriendo en casa —dijo Teppic—. Creo que he de hacer algo al respecto.

—No puedes hacer nada. ¿Por qué quieres perder el tiempo intentándolo? Aunque no quieras ejercer de asesino sigue habiendo montones de cosas que podrías hacer. Y dijiste que ese hombre dijo que ahora ya no hay ninguna forma de entrar en el reino. Y odio las pirámides.

—Pero estoy seguro de que ahí dentro hay algunas personas que te importan, ¿no?

Ptraci se encogió de hombros.

—Si están muertas no puedo hacer nada por ellas —-dijo—. Y si están vivas tampoco puedo hacer nada por ellas, ¿no? Así que… Bueno, creo que no haré nada al respecto.

Teppic la contempló con una mezcla de horror y admiración. Las palabras de Ptraci resumían la situación de una forma tan concisa como elegante, pero Teppic no podía resignarse así como así. Su cuerpo había pasado siete años fuera del Viejo Reino, pero su sangre llevaba mil veces ese tiempo dentro de él. Oh, claro que deseaba dejar atrás toda esa etapa de su vida, y ahí estaba el meollo de la cuestión. La habría dejado atrás y allí se habría quedado, y aunque hubiese evitado pensar en ella durante todo el resto de su existencia habría seguido siendo una especie de ancla.

—No consigo hacerme a la idea —dijo—. Lo siento. Es lo que hay y… Quiero volver aunque sólo sea durante cinco minutos para… bueno, para decirles que no pienso volver nunca más. Me conformaría con eso. Probablemente todo es culpa mía.

—¡Pero no hay ninguna forma de volver! Lo único que podrías hacer sería rondar por los alrededores y deprimirte igual que ptodos esos monarcas depuestos de los que me hablaste. Ya sabes, los de las ptúnicas con los bordados deshilachados que se ganan la vida mendigando con mucha elegancia… Tú mismo dijiste que no había nada más inútil que un monarca sin reino. Piensa un poquito en ello, ¿quieres?

Fueron por las calles de la ciudad en dirección al puerto. Todas las calles de la ciudad llevaban al puerto.

Alguien estaba encendiendo el faro con una antorcha. El faro era una de las Más de Siete Maravillas del Mundo, y había sido construido según los planos que Ptagonal había dibujado utilizando la Regla de Oro y los Cinco Principios Estéticos. Desgraciadamente también había sido construido en el lugar equivocado porque ponerlo allí donde habría tenido que estar hubiese estropeado la hermosura natural de la bahía, pero casi todos los marineros estaban de acuerdo en que era un faro muy hermoso y que su contemplación ayudaba mucho a distraerte mientras esperabas a que remolcaran tu barco sacándolo de los arrecifes en los que había encallado.

El puerto que se extendía debajo del faro estaba repleto de embarcaciones. Teppic y Ptraci se fueron abriendo paso por el laberinto de cajas y fardos, y acabaron llegando a la larga curva del muro protector que separaba la calma de la bahía de las olas que se agitaban al otro lado. El faro ardía y echaba chispas por encima de sus cabezas.

Teppic sabía que aquellos barcos irían a lugares de los que ni tan siquiera había oído hablar. Los efebenses eran grandes comerciantes. Podía volver a Ankh para recibir su diploma, y en cuanto lo tuviera en las manos el mundo sería el molusco que más le apetecería y contaría con un amplio surtido de cuchillos para abrirlo.

Ptraci puso su mano en la suya.

Y nada de casarse con los parientes, naturalmente. Los meses que había pasado en Djelibeibi ya empezaban a parecerle un sueño, uno de esos sueños circulares que vuelven una y otra vez sin que haya forma de librarse de ellos y que acaban convirtiendo el insomnio en una perspectiva muy atrayente. Aquí, en cambio, el futuro se extendía delante de él desenrollándose como una alfombra.

Un hombre que se encontrara en su situación actual necesitaba una señal, un manual de instrucciones o algo parecido. El gran defecto de la vida era que nunca tenías ocasión de practicar antes. Lo único que…

—Por todos los cielos… ¡Pero si es Teppic!

La voz que se dirigía a él sonaba más o menos a la altura de su tobillo. Una cabeza asomó por el borde del atracadero y fue seguida rápidamente por su cuerpo. Era un cuerpo extremadamente bien vestido, y su propietario no había escatimado el dinero a la hora de ataviarlo con joyas, pieles, sedas y encajes. Sólo parecía haber una limitación, y era de orden estético. Todo tenía que ser de color negro.

El cuerpo y la cabeza pertenecían a Broncalo.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Ptaclusp.

Su hijo asomó cautelosamente la cabeza por encima de los restos de una columna y observó a Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre.

—Está olisqueando por ahí —dijo—. Creo que le gusta la estatua. Papá, sé sincero conmigo. ¿Por qué tuviste que comprar un horror semejante?

—Venía con un lote y lo dejaban barato —dijo Ptaclusp—. Además pensé que se pondría de moda. Estaba convencido de que se haría popular y…

—¿Popular? ¿Entre quiénes?

—Bueno, a él le gusta, ¿no?

Ptaclusp IIb se arriesgó a echar otro vistazo a la monstruosidad angulosa que se movía por entre las ruinas dando saltitos.

—Dile que si se va puede quedársela —sugirió—. Dile que se la puedes dejar a precio de coste.

Ptaclusp torció el gesto.

—A precio de coste, no. Con un descuento —dijo—. Una rebaja especial reservada a nuestros clientes sobrenaturales.

Alzó los ojos hacia el cielo. Su escondite en las ruinas del campamento —con la Gran Pirámide que seguía zumbando como una central eléctrica detrás de ellos—, les proporcionaba un punto de observación excelente desde el que contemplar la llegada de los dioses. Al principio Ptaclusp incluso había sido capaz de pensar en la nueva situación sin perder la calma. Los dioses serían buenos clientes. Siempre querían más templos y más estatuas, podría tratar directamente con ellos prescindiendo de los intermediarios…

Y un instante después le pasó por la cabeza una idea horrible. Un dios que no hubiera quedado satisfecho —y Ptaclusp sabía que los clientes siempre encontraban algún motivo de queja. Cuando no era porque faltaban las molduras de yeso prometidas en los planos era porque una esquina del templo se había hundido un poquito debido a una zona de arenas movedizas que nadie sabía que estuviese ahí—, no se limitaría a presentarse en la oficina gritando y exigiendo ver al encargado. Oh, no. Un dios siempre sabía dónde estabas e iba directamente al grano, y tampoco había que olvidar que los dioses tenían fama de pagar muy tarde y muy mal. Los humanos también, naturalmente, pero en el caso de los seres humanos el pago y el cobro de las cuentas pendientes solía tener lugar antes de que te murieras, no después.

Ptaclusp volvió la cabeza hacia su otro hijo, una silueta pintada que se recortaba contra la estatua con la boca congelada en una O de asombro, y el constructor de pirámides tomó una decisión.

—He terminado con las pirámides —dijo—. Recuérdamelo, chico. Si salimos vivos de este lío se acabaron las pirámides. Nos habíamos estancado. Creo que ha llegado el momento de diversificar el negocio.

—¡Papá, llevo siglos diciéndotelo! —exclamó IIb—. No sé cuántas veces he intentado hacerte entender que un par de acueductos decentes nos proporcionarían unos…

—Sí, sí, me acuerdo —dijo Ptaclusp—. Sí. Acueductos… Montones de arcos y no sé qué más, ¿eh? Estupendo, estupendo. Pero no recuerdo dónde dijiste que había que poner el sarcófago.

—¡Papá!

—No me hagas mucho caso, muchacho. Creo que me estoy volviendo loco.

Era imposible. No podía haber visto a una momia y a dos tipos con mazos.

Sí, era Broncalo.Y Broncalo tenía un barco. Teppic sabía que bastantes kilómetros de costa más allá estaba el reino del Cherife de Al-Khali, y que el Cherife vivía en el fabuloso palacio del Ualdhorf, que se decía había sido construido en una sola noche por un genio y cuyo esplendor era tan increíble que había originado montones de mitos y leyendas.[[26]](#footnote-26) El Anónimo era como un Ualdhorf capaz de flotar, pero más lujoso. Su diseñador estaba obsesionado por el color dorado, y había utilizado todos los trucos y combinaciones de purpurina, columnas que se enroscan sobre sí mismas y cortinajes posibles con el fin de conseguir que pareciera no tanto una embarcación como un tocador de señoras que había chocado con un teatro especializado en espectáculos francamente dudosos.

De hecho, había que poseer los ojos adiestrados de un asesino para darse cuenta de la inocencia con que todo ese abigarrado esplendor disimulaba la esbeltez del casco, y algo tan curioso como el que después de haber sumado el espacio ocupado por los camarotes al de las bodegas siguiera habiendo un montón de sitio disponible que no parecía utilizarse para nada. El agua ondulaba de una forma bastante extraña alrededor de lo que Ptraci llamaba el extremo puntiagudo, pero sería totalmente ridículo sospechar que una embarcación tan obviamente dedicada al comercio poseyera un espolón que quedaba oculto debajo del agua, o que cinco minutos de trabajo con un hacha bastarían para convertir aquel alcázar de lujos en algo que podía dejar atrás a casi cualquier embarcación existente y hacer que las pocas capaces de alcanzarla lo lamentaran seriamente después.

—Muy impresionante —dijo Teppic.

—Oh, todo es pura apariencia —dijo Broncalo.

—Sí, ya me doy cuenta.

—Quiero decir que en realidad somos unos pobres comerciantes, ya me entiendes.

Teppic asintió.

—La frase habitual es «pobres pero honrados» —dijo.

Broncalo le obsequió con la sonrisa depredadora del comerciante nato.

—Oh, creo que por el momento nos conformaremos con «pobres», ¿de acuerdo? Bueno, ¿y qué infiernos ha sido de tu vida? Lo último que supe de ti es que ibas a ser rey de un sitio del que nadie había oído hablar nunca. Y, por cierto, ¿quién es la hermosa joven que te acompaña?

—Se lla… —empezó a decir Teppic.

—Me llamo Ptraci —dijo Ptraci.

—Es don… —empezó a decir Teppic.

—Oh, estoy seguro de que es una princesa de sangre real —dijo Broncalo con voz alarmantemente untuosa—. Sería un inmenso placer para mí que accediera… que accedierais a cenar conmigo esta noche. Me temo que sólo puedo ofreceros el humilde sustento del marinero, pero ya nos las arreglaremos, ¿eh?

—Espero que no estés pensando en una cena al estilo efebense —dijo Teppic.

—Galletas, buey en salmuera… ese tipo de cosas —dijo Broncalo sin apartar los ojos de Ptraci ni un momento.

De hecho sus ojos no se habían apartado de ella desde que subió a bordo.

Después se echó a reír. Era la vieja risa del Broncalo de siempre, una carcajada a la que no se podía acusar de que le faltara buen humor, pero que dejaba muy claro que ese humor se encontraba sometido al control del cerebro de su propietario.

—Qué asombrosa coincidencia —dijo—. Y tenemos que zarpar al amanecer. ¿Puedo ofreceros ropa limpia? Los dos parecéis… eh… parece que habéis viajado bastante.

—Supongo que serán toscas ropas de marinero, ¿no? —dijo Teppic—. Tal y como conviene a un humilde comerciante, y corrígeme si me equivoco.

Teppic fue conducido a un pequeño camarote tan exquisita y cuidadosamente amueblado que parecía un huevo hecho de oro y piedras preciosas. Sobre la cama del camarote había desplegado un surtido de ropas que no tenía nada que envidiar a cualquiera de los que podían encontrarse en las comarcas que rodeaban el Mar Circular. Todas daban la impresión de ser de segunda mano, cierto, pero habían sido lavadas y remendadas tan expertamente que los desgarrones de espada apenas se notaban. Teppic contempló con expresión pensativa los ganchos de la pared y las sombras casi invisibles indicadoras de que unas cuantas cosas colgadas en ellos habían sido quitadas a toda velocidad.

Salió al angosto pasillo y se encontró con Ptraci. Ptraci había escogido un traje de gala de color rojo con mangas muy holgadas, inmensas armazones de varillas ocultas debajo de la tela y una gorguera tan grande como una piedra de molino, una moda que había hecho furor en Ankh-Morpork diez años atrás.

Nada más verla Teppic aprendió algo nuevo, el que las mujeres atractivas vestidas con unas cuantas tiras de gasa y unos metros de seda pueden resultar mucho más deseables cuando van tapadas desde el cuello hasta el tobillo. Ptraci giró sobre sí misma para enseñarle qué tal le quedaba su nuevo atuendo.

—Hay montones de trajes por el estilo en el armario —dijo—. ¿Es así como se visten las mujeres de Ankh-Morpork? Me siento como si llevara una casa encima… Da bastante calor.

—Oye, respecto a Broncalo… —dijo Teppic con tono apremiante—. No me malinterpretes, es un buen chico y todo eso, pero…

—Es muy amable, ¿verdad? —dijo Ptraci.

—Bueno… Sí. Lo es —admitió Teppic, y se dio por derrotado—. Somos viejos amigos.

—Qué bien.

Un miembro de la tripulación se materializó al final del pasillo, les hizo una reverencia y les llevó hasta el camarote de Broncalo. El marinero tenía la apariencia afable y jovial de un viejo lobo de mar, aunque el tapiz de cicatrices que cubría su cabeza y los tatuajes —a su lado las ilustraciones de El palacio secreto parecían láminas de un manual de bricolaje— estropeaban un poquito el efecto general. Las cosas que podía hacer con sus bíceps habrían mantenido fascinada a una taberna portuaria entera durante horas, y el marinero no era consciente de que el peor momento de toda su existencia llegaría dentro de pocos minutos.

—Estoy muy contento de que nos hayamos encontrado —dijo Broncalo mientras echaba vino en las copas—. Ya puedes servir la sopa, Alfonzo —añadió haciendo una seña con la cabeza al marinero tatuado.

—Bronco, dime que no eres un pirata —exclamó Teppic de repente.

—¿Es eso lo que te ha estado preocupando?

Broncalo le obsequió con su mejor sonrisa perezosa de buen chico.

La posibilidad de que Broncalo se dedicara a la piratería no era lo único que le había estado atormentando, pero ocupaba un lugar bastante alto en su lista de preocupaciones actuales. Teppic asintió.

—No, no somos piratas, pero preferimos evitar el… el papeleo siempre que sea posible. Comprendes a qué me refiero, ¿verdad? No queremos tener nada que ver con esas personas que siempre quieren saberlo todo sobre ti.

—Sí, pero todas esas ropas…

—Ah. Te sorprendería la cantidad de veces que hemos sido atacados por los piratas. Ésa fue la razón de que papá mandara construir el Anónimo. Siempre se llevan una sorpresa, y te aseguro que no hay nada moralmente reprochable en lo que hacemos. Nos quedamos con su nave y con su botín, y si había prisioneros a bordo los rescatamos y les ofrecemos un billete de vuelta a casa a una tarifa inmejorable.

—¿Y qué hacéis con los piratas?

Broncalo volvió la cabeza hacia Alfonzo.

—Eso depende de cómo ande el mercado laboral en esos momentos —replicó—. Papá siempre dice que si ves a un hombre en apuros tienes que echarle una mano… dejando bien claro lo que esperas conseguir a cambio antes, claro. ¿Qué tal te va lo de ser rey?

Teppic se lo explicó. Broncalo le escuchó con mucha atención mientras hacía girar el vino dentro de su copa.

—Conque así están las cosas, ¿eh? —dijo cuando Teppic hubo terminado de hablar—. Nos hemos enterado de que va a haber guerra, y por eso zarparemos en cuanto amanezca.

—No te culpo —dijo Teppic.

—No me has entendido. Tenemos que organizar los futuros intercambios comerciales. Con los dos bandos, naturalmente, ya que somos estrictamente imparciales. Las armas que fabrican en este continente son asombrosas, créeme. De lo más peligroso que he visto… Por cierto, creo que deberíais venir con nosotros. Eres una persona muy valiosa.

—Nunca me he sentido menos valioso que ahora —dijo Teppic con voz abatida. Broncalo puso cara de asombro.

—¡Pero si eres rey! —exclamó.

—Bueno, sí, pero…

—De un país que técnicamente hablando aún existe, pero al que ningún ser humano puede llegar, ¿no?

—Por desgracia así es.

—Y puedes dictar leyes sobre… bueno, sobre la moneda y los impuestos, ¿no?

—Supongo que sí, pero…

—¿Y no te consideras valioso? Cielos, Tep, estoy seguro de que a nuestros contables se les ocurrirán cincuenta métodos distintos de… Bueno, me sudan las manos sólo de pensarlo. Para empezar supongo que papá querrá trasladar nuestra sede a ese sito y luego…

—Broncalo, ya te lo he explicado. Ya sabes cuál es la situación, ¿no? Nadie puede entrar ahí —dijo Teppic.

—Eso no importa.

—¿No importa?

—No, porque utilizaremos Ankh como delegación principal y pagaremos nuestros impuestos donde esté ese sitio. Lo único que necesitamos es una dirección oficial en… no sé, en la Avenida de las Pirámides o algún lugar por el estilo. Oye, hazme caso y no abras la boca hasta que papá te haya ofrecido un puesto en el consejo de administración. Tienes sangre real y eso siempre impresiona bastante, así que…

Broncalo siguió hablando. Teppic empezó a tener la sensación de que sus ropas habían decidido asfixiarle.

Parecía muy sencillo. Perdías tu reino y entonces descubrías que valía más de lo que había valido nunca porque acababa de convertirse en un paraíso fiscal, y te daban un puesto en el consejo de administración, fuera lo que fuese un consejo de administración, y ya no tenías que preocuparte por nada.

Ptraci relajó un poquito la creciente tensión agarrando a Alfonzo del brazo cuando se disponía a servir el faisán.

—¡La Conjunción del Perro Bonachón y las Dos Galletitas! —exclamó examinando el complicado tatuaje—. Ahora ya no se ve casi nunca. Está muy bien hecho, ¿verdad? Fíjate, pero si incluso se puede distinguir el yoghurt…

Alfonzo se quedó totalmente inmóvil y empezó a ruborizarse. Ver cómo el rubor se iba extendiendo por aquella enorme cabeza llena de cicatrices era como contemplar al sol asomando por encima de una cordillera.

—¿Y qué hay en el del otro brazo?

Alfonzo —a juzgar por su aspecto la lista de trabajos anteriores desempeñados por el marinero había incluido el de servir como ariete para derribar puertas— murmuró algo ininteligible y le enseñó su antebrazo con mucha timidez.

—Realmente no es para que lo vea una dama —murmuró.

Ptraci apartó los pelitos parecidos a alambres con el entusiasmo de una exploradora nata mientras Broncalo la contemplaba boquiabierto.

—Oh, ya lo conozco —dijo en un tono levemente despectivo—. Está sacado de los 130 días de Pseudópolis. Es físicamente imposible.

Soltó el brazo de Alfonzo y volvió a concentrar su atención en la comida.

—Perdonad, no quería interrumpiros —dijo jovialmente un instante después alzando la mirada hacia Broncalo y Teppic—. Seguid con lo vuestro.

—Alfonzo, ve a tu camarote y ponte una camisa de manga larga —dijo Broncalo con voz enronquecida. Alfonzo retrocedió muy despacio sin apartar los ojos de su brazo ni un instante.

—Eh… ¿Qué estaba… eh… diciendo? —murmuró Broncalo—. Lo siento, me temo que he perdido el hilo de la conversación. Eh… ¿Quieres un poco más de vino, Tep?

Ptraci no sólo hacía descarrilar el tren de tus pensamientos, sino que arrancaba los rieles, quemaba las estaciones y derretía los puentes para venderlos como chatarra metálica. La cena fue pasando del pastel de buey a los melocotones frescos y los erizos de mar cristalizados, todo ello acompañado por charla intrascendente sobre los buenos y viejos tiempos de la escuela del Gremio de Asesinos. Sólo habían pasado tres meses desde entonces, pero parecía toda una vida quizá porque en el Viejo Reino tres meses eran una vida.

Ptraci no tardó en empezar a bostezar, y decidió retirarse a su camarote dejándoles en compañía de una botella de vino recién descorchada. Broncalo la observó marchar en un silencio claramente impresionado.

—¿Hay muchas chicas así en tu país? —preguntó.

—No lo sé —admitió Teppic—. Quizá. Lo normal es que estén acostadas en un diván pelando uvas o abanicándote.

—Es asombrosa. Ankh caería rendido a sus pies, ¿sabes? Con una figura así y una mente como… como… —Vaciló—. ¿Es…? Quiero decir… Vosotros dos… ¿Estáis…?

—No —dijo Teppic.

—Es muy atractiva.

—Sí —dijo Teppic.

—Parece un cruce entre una bailarina de templo y una sierra para metales.

Cogieron sus copas y salieron a la cubierta. El resplandor de las estrellas hacía palidecer las escasas luces de la ciudad. Las aguas de la bahía se hallaban tan lisas y tranquilas que casi parecían aceite.

Teppic sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas. Los efectos del desierto, el sol, las dos manos de barnizado a base de retsina efebense que recubrían el interior de su estómago y la botella de vino que se había bebido estaban haciéndose notar en sus sinapsis.

—Debo de-decir —consiguió farfullar apoyándose en la barandilla—, que has lo-logrado salir adelante.

—No me va mal —dijo Broncalo—. El comercio es muy interesante. Ganar mercados y todo eso, ya sabes… Las emociones y los riesgos de la competencia en el sector privado son fascinantes. Tendrías que venir con nosotros, chico. Mi padre siempre dice que el futuro está ahí, no en todas esas antiguallas de los hechiceros y los reyes, sino con la gente emprendedora que puede permitirse el lujo de contratarles. No pretendo ofenderte, claro.

—Somos todo lo que queda —dijo Teppic clavando los ojos en su copa de vino—. Todo el reino ha desaparecido, y ahora sólo quedamos yo, ella y un camello que huele igual que una alfombra vieja. Un reino antiquísimo perdido para siempre…

—Es una suerte que no fuese nuevo —dijo Broncalo—. Por lo menos ya lo habíais usado durante algún tiempo, ¿no?

—Tú nunca podrás entenderlo —dijo Teppic—. Es como una inmensa pirámide, pero… Puesta del revés, ¿entiendes? Toda esa historia, todos esos antepasados, todas las personas… todo va pasando por un embudo cada vez más estrecho y termina en mí, justo en el fondo del embudo.

Teppic se dejó caer sobre un rollo de cuerda y Broncalo le pasó la botella.

—Resulta increíble, ¿verdad? —dijo Broncalo—. Todas esas ciudades y reinos perdidos que hay por ahí… Como Ee, en el Gran Nef. Países enteros que desaparecieron de repente y que están en algún lugar lejano nadie sabe muy bien dónde. Puede que sus habitantes también empezaran a tontear con la geometría, ¿no te parece?

Teppic respondió con un ronquido.

Broncalo le contempló durante unos momentos sin decir nada. Después se tambaleó hacia adelante y arrojó la botella vacía por encima de la barandilla. La botella chocó con la superficie del agua, hizo un plunk no muy fuerte y se hundió dejando detrás de sí un reguero de burbujas que turbó la lisa tranquilidad de la bahía unos segundos y que no tardó en desaparecer. Broncalo salió con paso vacilante de la cubierta y se fue a acostar.

Teppic estaba soñando.

Soñaba que se encontraba en un lugar muy alto y que su posición no era muy segura porque estaba haciendo equilibrios sobre los hombros de su padre y de su madre, y debajo de ellos podía distinguir a sus abuelos y debajo de ellos estaban sus antepasados, una hilera de siluetas borrosas que se extendía hasta perderse de vista formando una inmensa pirámide de humanidad cuya base desaparecía entre las nubes.

Podía oír el murmullo de las órdenes y las instrucciones dadas a gritos que subían flotando hasta él.

Si no haces nada nunca habremos existido.

—Esto no es más que un sueño —dijo Teppic. Salió de él y se encontró en un palacio. Un hombrecillo de piel oscura vestido con un taparrabos estaba sentado sobre un banco de piedra comiendo higos.

—Pues claro que es un sueño —dijo el hombrecillo—. El mundo es el sueño del Creador. Todo son sueños… distintas clases de sueños, ¿entiendes? Se supone que te revelan cosas, como por ejemplo que no termines la cena comiendo langosta y revelaciones similares. ¿Has tenido el sueño de las siete vacas?

—Sí —dijo Teppic mirando a su alrededor. Había soñado una arquitectura bastante buena—. Una de ellas tocaba un trombón.

—En mis tiempos fumaba un puro. Es un sueño ancestral muy conocido, ¿sabes?

—¿Y cuál es su significado?

El hombrecillo se metió un dedo en la boca y hurgó dentro de ella hasta extraer una semilla de higo.

—Que me registren —dijo—. Te aseguro que daría mi brazo derecho por averiguarlo. Por cierto, creo que no nos habíamos visto antes. Soy Khuft. Yo fundé este reino, por cierto… Oye, sabes soñar unos higos excelentes.

—¿También te estoy soñando a ti?

—Has dado en el blanco, muchacho. Cuando estaba vivo tenía un vocabulario de ochocientas palabras. ¿Realmente crees que podría hablar así si esto no fuera un sueño? Ah, y si esperabas unos cuantos consejos y la ayuda de tus antepasados ya puedes irte olvidando de ello. Esto es un sueño, ¿comprendes? No puedo decirte nada que no sepas de antemano.

—Eres el fundador del reino.

—Ése soy yo.

—Yo… Pensaba que serías distinto —murmuró Teppic.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… La estatua…

Khuft movió una mano en un gesto cargado de impaciencia.

—Todo eso no son más que relaciones públicas —dijo—. Vamos, mírame bien. ¿Tengo aspecto patriarcal?

Teppic le examinó con mucha atención.

—Con ese taparrabos no, desde luego —admitió por fin—. Está un poquito… un poquito maltrecho.

—Aún puede aguantar unos cuantos años —dijo Khuft.

—Supongo que si estás huyendo de tus perseguidores no tienes tiempo de recoger el vestuario, claro —dijo Teppic, queriendo demostrarle que era un faraón comprensivo y poco exigente.

Khuft cogió otro higo y le miró de soslayo.

—¿Qué has dicho?

—Te estaban persiguiendo —dijo Teppic—. Por eso huiste al desierto, ¿no?

—Oh, sí, claro. Tienes toda la razón. Estaba siendo perseguido a causa de mis creencias.

—Eso es terrible —dijo Teppic.

Khuft escupió una semilla de higo.

—Desde luego que sí. Creí que nadie se daría cuenta de que los camellos que les había vendido tenían los dientes de yeso hasta que estuviera muy lejos del pueblo.

Las palabras de Khuft necesitaron unos momentos para abrirse paso por la mente de Teppic, pero en cuanto lo hubieron conseguido produjeron el mismo efecto que un bloque de granito cuando lo dejas caer encima de una vajilla de porcelana.

—¿Eres un criminal? —balbuceó Teppic.

—Bueno, siempre he opinado que «criminal» es una palabra muy fea, no sé si me entiendes —dijo el pequeño antepasado—. Yo prefiero usar la palabra «empresario». Mi gran problema siempre fue que iba muy por delante de mi época.

—¿Y tuviste que huir a causa de ello? —preguntó Teppic con un hilo de voz.

—Oh, te aseguro que quedarme ahí habría sido una pésima idea —dijo Khuft.

—Y Khuft el camellero se perdió en el Desierto, y entonces se abrió ante él un Valle rebosante de Leche y Miel, y Khuft el camellero pensó que era un Regalo de los Dioses —recitó Teppic con voz tirando a hueca—. Siempre pensé que el valle debía de estar bastante pegajoso —añadió.

—Allí estaba yo. Me moría de sed, los camellos estaban pidiendo agua a grito pelado y de repente… Whooosh, todo un maldito valle fluvial con cañaverales, hipopótamos y lo que quieras. Surgido de la nada, ¿comprendes? Lo cierto es que estuve a punto de morir en la estampida.

—¡No! —gritó Teppic—. ¡No ocurrió así! Los dioses del valle se apiadaron de ti y te mostraron el camino que llevaba hasta ahí, ¿verdad?

El tono de súplica de su voz era tan intenso que le sorprendió incluso a él.

Khuft lanzó un bufido despectivo.

—Oh, ¿sí? Y dio la casualidad de que tropecé con un río de ciento cincuenta kilómetros de largo que atravesaba el centro del desierto y que se le había pasado por alto a todo el mundo hasta que llegué yo, ¿no? Es comprensible. Un río de ciento cincuenta kilómetros de largo en pleno desierto no se ve así como así, ¿verdad? Claro que a camello regalado… Comprenderás que no iba a hacerle ascos, así que fui a recoger a mi familia y al resto de los chicos y regresé lo más deprisa posible. No miré atrás ni una sola vez.

—¿Surgió de la nada? ¿No estaba allí y cuando volviste a mirar sí estaba? —preguntó Teppic.

—Exacto. Resulta difícil de creer, ¿no?

—No —dijo Teppic—. No, la verdad es que no.

Khuft extendió una mano y clavó un dedo lleno de arrugas en las costillas de Teppic.

—Siempre estuve convencido de que fue cosa de los malditos camellos —dijo—. Creo que ellos lo hicieron aparecer. Era como si el valle estuviera allí en potencia, pero no del todo, como si hiciera falta ese poquito de esfuerzo para convertirlo en realidad. Los camellos son unos bichos muy raros, ¿sabes?

—Lo sé.

—Son aún más raros que los dioses. ¿Te ocurre algo?

—Perdona —dijo Teppic—, pero enterarme de todo esto tan de repente… Es una especie de shock. Quiero decir que… Bueno, siempre pensé que éramos realmente reales, que… en fin, que éramos más reales que nadie.

Khuft extrajo otra semilla de higo de entre dos bultos ennegrecidos. Los bultos estaban dentro de su boca, así que probablemente había que llamarlos dientes. Después escupió en el suelo.

—Allá tú con tus problemas —dijo, y se desvaneció.

Teppic paseó por la necrópolis. Las pirámides formaban una cordillera de ángulos que se perfilaba contra la noche. El cielo era el cuerpo arqueado de una mujer, y los dioses se alzaban alrededor del horizonte. No se parecían en nada a los dioses pintados que llevaban miles de años adornando las paredes. Aquellos dioses eran mucho peores. A decir verdad, daban la impresión de ser más viejos que el Tiempo. Después de todo los dioses casi nunca se entrometían en los asuntos de los hombres, pero existían otras criaturas tan aficionadas a intervenir en ellos que incluso circulaban refranes al respecto.

—¿Qué puedo hacer? No soy más que un mísero ser humano —dijo en voz alta.

—En parte —replicó una voz.

Los gritos de las gaviotas despertaron a Teppic.

Alfonzo —el marinero llevaba puesta una camisa de manga larga, y a juzgar por su expresión había decidido no quitársela nunca más ocurriera lo que ocurriese— estaba ayudando al grupo de hombres que desenrollaba una de las velas del Anónimo. Alfonzo bajó la mirada hacia Teppic, quien seguía acostado encima de su lecho de cuerda, y le saludó con una inclinación de cabeza.

Se estaban moviendo. Teppic se irguió sobre el rollo de cuerda y vio cómo los muelles de Efebas desfilaban silenciosamente y se alejaban a gran velocidad bajo la luz grisácea del amanecer.

Teppic logró ponerse en pie, lanzó un gemido, se llevó las manos a la cabeza, echó a correr y saltó por encima de la barandilla.

Pa-Kho Krona, propietario y gerente del establo y las cuadras Lo Mejor Para Su Joroba caminó lentamente alrededor de Maldito Bastardo canturreando en voz baja. Examinó las rodillas del camello y le dio una patadita en un pie. Después se movió con tal rapidez que pilló totalmente desprevenido a Maldito Bastardo, le abrió la boca con las dos manos, examinó sus enormes dientes amarillentos y retrocedió de un salto colocándose fuera de su alcance.

Cogió un tablón de madera del montón que había en un rincón, metió un pincel en un bote de pintura negra y tras pensárselo un momento se concentró en la complicada tarea de pintar las palabras SÓLO UN POPIETARIO.

Cuando hubo terminado contempló el tablón durante unos instantes y añadió ¡VED! KILOMETRAJE.

Estaba terminando de pintar GRAN COREDOR cuando Teppic entró tambaleándose y jadeando y se apoyó en el quicio de la puerta. El agua empezó a escurrirse por sus piernas y se fue acumulando en forma de charco alrededor de sus pies.

—He venido a por mi camello —dijo.

Krona suspiró.

—Anoche dijo que volvería en una hora —refunfuñó—. Tengo que cobrarle un día entero de cuadra, ¿no? Y aparte de eso lo he cepillado y me he ocupado de sus pies…, servicio completo. Serán cinco cercs, ¿de acuerdo, emir?

—Ah… —Teppic se palmeó los bolsillos—. Verá, he salido de casa con un poco de prisa y… me parece que no llevo dinero encima.

—Vale, emir. —Krona se volvió hacia el tablón—. Oiga, ¿sabe cómo se deletrea GUARANTÍA DE AÑOS?

—Le enviaré el dinero —dijo Teppic.

Krona respondió con la sonrisa gélida de quien lo ha visto todo —burros viejísimos maquillados para que pareciesen jóvenes y vigorosos, elefantes con colmillos de yeso, camellos con una joroba de cartón asegurada mediante pegamento— y conoce la profundidad de los abscesos purulentos que pueden formarse en una alma humana realmente decidida a caer lo más bajo posible.

—¿Por qué no prueba a contarme otra historia, rajá? —replicó—. A ser posible una que tenga campanillas, ¿eh? Hace tiempo que no bailo.

Teppic hurgó en su túnica.

—Podría darle este cuchillo como pago —dijo—. Es muy valioso, ¿sabe?

Krona lo miró de soslayo y lanzó un resoplido.

—Lo siento, emir. Imposible. Si no hay dinero no hay camello.

—Podría dárselo con la punta por delante —dijo Teppic.

Estaba desesperado, y sabía que esa amenaza bastaba para que le expulsaran del Gremio. También era consciente de que como amenaza no resultaba muy temible. Amenazar no era una asignatura que figurase en el programa de estudios de la escuela del Gremio de Asesinos.

Además Krona tenía a su favor la presencia de dos hombretones sentados sobre balas de paja al fondo del establo. Los hombretones estaban empezando a interesarse por lo que ocurría, y parecían los hermanos mayores de Alfonzo.

Ningún almacén o depósito de vehículos de cualquier clase del multiverso estaría completo sin ellos. Sus funciones son vagas y nunca se las puede definir con términos tan simples como «mozos de cuadra», «mecánicos», «empleados» o «clientes». La razón de que se encuentren allí nunca queda del todo clara. Mastican una brizna de paja o fuman cigarrillos de forma subrepticia, y si hay cerca algo mínimamente parecido a un periódico lo leen o, por lo menos, se distraen contemplando las fotos y las ilustraciones.

Los dos hombretones alzaron la cabeza y clavaron los ojos en Teppic. Uno de ellos cogió un par de ladrillos y empezó a hacer juegos malabares con ellos.

—Oiga, basta con mirarle para ver lo joven que es —dijo Krona casi con amabilidad—. Su vida apenas acaba de empezar, emir. No se busque problemas innecesarios.

Dio un paso hacia adelante.

La inmensa cabeza peluda de Maldito Bastardo se volvió hacia él. Columnas de números diminutos empezaron a moverse velozmente por las profundidades de su cerebro.

—Lo siento mucho, pero tengo que recuperar mi camello —dijo Teppic—. ¡Es un asunto de vida y muerte!

Krona se volvió hacia los dos hombretones y les hizo una seña.

Maldito Bastardo le atizó una coz. Maldito Bastardo tenía ideas muy firmes y claras sobre lo que hay que hacer con la gente que te mete las manos dentro de la boca y, aparte de eso, se había fijado en los ladrillos y cualquier camello sabe que si sumas un ladrillo con otro ladrillo obtendrás como resultado dos problemas. La coz fue magnífica, potente y engañosamente lenta, y Maldito Bastardo redondeó sus efectos separando los dedos al máximo. Krona remontó el vuelo y acabó cayendo sobre un humeante montón de estiércol de dimensiones y pestilencia francamente augíacas.

Teppic echó a correr, rebotó en la pared dándose impulso, cerró los dedos de una mano sobre el sucio pelaje de Maldito Bastardo y aterrizó pesadamente sobre su cuello.

—Lo siento mucho —dijo dirigiéndose a la pequeña parte de Krona que seguía siendo visible—. Le aseguro que me ocuparé de que reciba su dinero.

Maldito Bastardo había empezado a moverse en círculo como si bailara el vals. Los dos hombretones se mantenían lo más alejados posible, quizá porque el aire se había convertido en un remolino de patas que giraban en todas direcciones.

Teppic se inclinó hacia adelante y pegó la boca a una oreja que se agitaba locamente.

—Nos vamos a casa —dijo.

Habían escogido una pirámide al azar. El faraón examinó el cartucho que había encima de la puerta.

—Bendita sea la Reina Far-re-ptah —leyó Dil obedientemente—. Gobernante de los Cielos, Dueña del Djel, Ama de…

—Ah, sí, la abuela Pooney —dijo el faraón—. Supongo que servirá. —Se volvió hacia Dil y Gern, que le estaban observando con expresión perpleja—. Cuando era pequeño siempre la llamaba así. Nunca conseguí pronunciar su nombre, ¿entendéis? Far-re-ptah… aún me cuesta un poco. Bien, manos a la obra. Dejad de mirarme boquiabiertos y derribad la puerta.

Gern sopesó el mazo como si no supiera qué hacer con él.

—Es una pirámide, maese Dil —dijo por fin apelando a la conciencia profesional del jefe de embalsamadores—. Se supone que no se deben abrir.

—¿Y qué sugieres que hagamos, chico? ¿Que metamos un cortaplumas en la ranura y que lo movamos de un lado a otro a ver si hay suerte? —replicó el faraón.

—Hazlo, Gern —dijo Dil—. No te preocupes, todo irá bien.

Gern se encogió de hombros, escupió en sus manos —aunque el sudor del miedo ya se había encargado de humedecerlas lo suficiente—, e hizo girar el mazo.

—Otra vez —dijo el faraón.

El impacto del mazo hizo que la gigantesca losa retumbara con un tañido casi musical, pero era de granito y aguantó. Unos trocitos de mortero se desprendieron del quicio y cayeron al suelo, y los ecos no tardaron en volver rebotando locamente por las muertas avenidas de la necrópolis.

—Otra vez.

Los bíceps de Gern se movían como tortugas nadando en una sopera de grasa.

El tercer impacto del mazo fue respondido por un retumbar ahogado. El sonido resultaba curiosamente parecido al que podría causar una tapa de sarcófago bastante pesada chocando con el suelo a una gran distancia de la puerta.

—¿Vuelvo a darle, señor? —preguntó Gern. Dil y el faraón le hicieron callar con un gesto de la mano.

Los roces y crujidos se estaban aproximando. Y la piedra se movió. Se atascó un par de veces, pero no cabía duda de que se estaba moviendo y fue girando lentamente a un lado hasta crear una grieta de sombra muy oscura. El interior de la pirámide estaba tan tenebroso que Dil apenas pudo distinguir la silueta más negra que las tinieblas que acababa de aparecer.

—¿Sí? —preguntó la silueta.

—Soy yo, abuela —dijo el faraón.

La sombra no se movió.

—¿Quién, el joven Potle? —preguntó con un inconfundible tonillo de suspicacia.

Dil se volvió hacia el faraón, pero éste esquivó su mirada.

—El mismo, abuela. Hemos venido a sacarte de aquí.

—¿Y quiénes son estos hombres? —preguntó la sombra con voz irritada—. No tengo nada, jovencito —dijo mirando a Gern—. Ahí dentro no hay ni una moneda, y ya puedes soltar esa arma porque te aseguro que no me asusta.

—Son sirvientes, abuela —dijo el faraón.

—¿Pueden identificarse? —murmuró la anciana.

—Abuela, yo respondo de ellos y acabo de identificarles. Hemos venido a sacarte de la pirámide.

—Hay que ver lo largas que pueden resultar las horas cuando no tienes nada que hacer —dijo la difunta reina mientras emergía a la luz del sol. Su aspecto era idéntico al del faraón, pero sus vendajes estaban más polvorientos y mucho más grises—. Me aburría tanto que decidí acostarme un ratito… Cuando estás muerto nadie se preocupa por ti, ¿sabes? ¿Adónde vamos ahora?

—A sacar a los otros de sus pirámides —dijo el faraón.

—Buena idea, jovencito.

La vieja reina le siguió con paso tambaleante.

—Así que éste es el aspecto que tiene el Otro Mundo, ¿eh? —preguntó secamente—. Parece que las cosas no han mejorado mucho… —Se volvió hacia Gern y le hundió el codo en las costillas—. ¿Tú también estás muerto, jovencito?

—No, señora —dijo Gern usando el tono de bravura temblorosa que puede esperarse en alguien que está haciendo equilibrios sobre una cuerda con los abismos de la locura bostezando debajo de sus pies.

—No vale la pena, créeme.

—Sí, señora.

El faraón avanzó sobre las viejísimas losas de la calzada en dirección a la pirámide contigua.

—La conozco —dijo la reina—. Ya estaba aquí en mis tiempos. Eskh-aler-atep, faraón, Tercer Imperio. ¿Qué piensas hacer con ese mazo, jovencito?

—Eh… Tengo que golpear la puerta con él, señora —dijo Gern.

—No hace falta que llames. Siempre está dentro.

—Mi ayudante quiere decir que romperá los sellos con él, señora —dijo Dil intentando congraciarse con la anciana.

—¿Y quién eres tú? —preguntó la reina.

—Me llamo Dil, oh reina, y soy jefe de embalsamadores.

—Ah, conque eres jefe de embalsamadores, ¿eh? Bueno, pues yo tengo unas cuantas costuras a las que no les iría nada mal que les dieran un repaso.

—Será un honor y un privilegio, oh reina —dijo Dil.

—Sí. Lo será —murmuró la reina, y se volvió hacia Gern con un aparatoso acompañamiento de crujidos—. ¡Vamos, jovencito, demuestra que esos músculos no son de adorno!

Sus palabras animaron de tal forma a Gern que el mazo surcó los aires moviéndose en un arco tan veloz que apenas resultaba visible. El mazo pasó por delante de la nariz de Dil haciendo un ruido parecido al de una codorniz en celo y chocó con el sello reduciéndolo a fragmentos diminutos.

Lo que emergió de la pirámide en cuanto el polvo se hubo disipado no parecía estar muy enterado de cuál era la última moda funeraria. Los vendajes estaban marrones y mohosos, y las costuras de los codos ya habían empezado a desintegrarse, lo que hizo que Dil sintiera una punzada de preocupación profesional. Cuando habló todos pensaron en el crujido de un sarcófago muy viejo abriéndose después de llevar milenios cerrado.

—Desperteme et non vi luminaria alguna —dijo—. ¿Hállome por ventura en el Otro Mundo?

—Parece ser que no —dijo la reina.

—¿Et esto es todo?

—No valía la pena morirse, ¿verdad? —gruñó la reina.

El viejo faraón asintió con mucha lentitud y delicadeza, como si temiera que la cabeza se le pudiera desprender del tronco.

—Algo debe facerse al respectamen —dijo. Se volvió hacia la Gran Pirámide y extendió lo que en tiempos había sido un brazo.

—¿Quién dormita acullá? —preguntó.

—Bueno, es mía —dijo Teppicamón dando un paso hacia él—. Creo que no nos hemos visto antes. Aún no he sido enterrado, por cierto. Mi hijo la construyó para mí… en contra de mis deseos, te lo aseguro.

—Es cosa horrible et fementida —dijo el viejo faraón—. Sentí la tarea et la construcción, et incluso entre los vapores et el sopor de la muerte llegó hasta mí. Grande es, et lo bastante para atumular el orbe entero.

—Yo quería que me enterraran en el mar —dijo Teppicamón—. Odio las pirámides.

—Non —dijo secamente Eshk-aler-atep.

—Disculpa, pero te aseguro que las odio —replicó cortésmente el faraón.

—Non et non. Agora sólo sentís un débil et pálido disgustamiento. Cuando llevares un milenio de años en una… —dijo el monarca de la antigüedad—, ah, entonces et sólo entonces comprenderetes realmente qué es odiarla.

Teppicamón se estremeció.

—El mar… —dijo—. Es el mejor sitio posible. Te vas disolviendo poco a poco sin darte cuenta.

Fueron hacia la pirámide siguiente. Gern iba el primero, y su rostro era un auténtico estudio pictórico sobre el tema de las emociones contrapuestas, probablemente uno pintado a altas horas de la noche por un artista cuya inspiración estaba en tratamiento médico. Dil le seguía procurando mantener bien alta la cabeza y el pecho abombado. Siempre había tenido la esperanza de que se abriría camino en el mundo y aquí estaba ahora, caminando junto a los reyes.

Bueno, tambaleándose junto a los reyes…

El desierto estaba disfrutando de otro día precioso. En el desierto los días siempre son preciosos, a condición de que tu concepto de la belleza meteorológica incluya una temperatura del aire superior a la de un horno en funcionamiento y una arena tan caliente que podrías asar castañas encima de ella.

Maldito Bastardo iba al galope, más que nada porque quería mantener los pies alejados del suelo el máximo de tiempo posible. Subieron tambaleándose la pendiente de una colina cercana al oasis de olivos y campos que rodeaba a Efebas y Teppic creyó ver el Anónimo, una manchita minúscula perdida sobre el azul del mar; pero quizá fuese un reflejo del sol al chocar con una ola.

Y un instante después ya estaban en la cima entrando en un mundo de sombras y matices amarillos. Hileras de árboles achaparrados se resistieron al dominio de la arena durante un tiempo, pero la arena acabó ganando y empezó a desfilar triunfalmente hacia adelante dejando detrás suyo un reguero de dunas.

El desierto no sólo era un sitio muy cálido, sino también muy silencioso. No había pájaros, y el susurro de las criaturas orgánicas que se afanan en el negocio del seguir con vida estaba totalmente ausente. De noche quizá se oyera el chirriar de los insectos, pero ahora estaban ocultos debajo de la arena para protegerse del calor calcinante del día, y el cielo amarillo y la arena amarilla se convertían en una cámara desprovista de ecos en la que la respiración de Maldito Bastardo resonaba tan estrepitosamente como si sus pulmones funcionasen a vapor.

Teppic había aprendido muchas cosas desde que salió por primera vez del Viejo Reino, y estaba a punto de aprender una más. Todas las autoridades que se han ocupado del tema están de acuerdo en que si has decidido atravesar un desierto es conveniente haber salido de casa llevando sombrero.

Maldito Bastardo redujo la velocidad y adoptó el trote bamboleante que un buen camello de carreras es capaz de mantener durante horas.

Habían recorrido unos tres kilómetros cuando Teppic vio una columna de polvo alzándose detrás de la duna que tenían delante. Unos minutos después se encontraron con el contingente principal del ejército efebense, una masa de soldados con media docena de elefantes de guerra por centro. La brisa recalentada hacía que las plumas de sus cascos temblaran levemente, y cuando vieron pasar a Teppic los soldados le saludaron con unos cuantos vítores más por principio que porque estuvieran realmente contentos de verle.

¡Elefantes de guerra! Teppic lanzó un gemido. Espadarta también era muy aficionada a los elefantes de guerra y, de hecho, la moda de los elefantes de guerra parecía estar haciendo furor últimamente. El único problema era que cuando sucumbían al pánico —cosa inevitable dada su naturaleza más bien pacífica—, sólo servían para convertir en puré a los soldados del bando que había cometido la imprudencia de emplearlos, y las mentes militares de los dos estados habían reaccionado presionando a los criadores para que produjeran elefantes cada vez más grandes. Los elefantes impresionaban mucho, eso era innegable.

Por alguna razón inexplicable casi todos los elefantes remolcaban gigantescas carretas llenas de troncos y tablones.

Teppic y Maldito Bastardo siguieron avanzando mientras el sol iba subiendo por el cielo. Unos puntitos de color azul y púrpura empezaron a bailotear lentamente por el horizonte, cosa bastante inusual.

Y también estaba ocurriendo otra cosa muy extraña. El camello parecía estar trotando por el cielo. Teppic pensó que aquello quizá guardara alguna relación con el persistente zumbar de sus oídos.

¿Y si tiraba de las riendas para detenerle? Pero entonces el camello podía caerse del cielo…

Maldito Bastardo entró tambaleándose en la zona de sombra proyectada por el risco de caliza que en tiempos había indicado el comienzo del valle y se fue derrumbando muy lentamente sobre la arena. Teppic se inclinó a un lado, cayó de la grupa y fue rodando a lo largo de su flanco. El mediodía ya había quedado bastante atrás.

Cuando volvió a abrir los ojos Teppic se llevó la desagradable sorpresa de encontrarse con varias máscaras de bronce que le observaban. Las bocas de metal estaban congeladas para toda la eternidad en muecas espantosamente despectivas, y las frentes resplandecientes se retorcían en una contorsión iracunda. La patrulla efebense había formado un círculo a su alrededor.

—Está volviendo en sí, sargento —dijo uno de ellos.

Un rostro metálico que hacía pensar en la ira de los elementos se acercó un poco más y ocupó todo el campo visual de Teppic.

—Hemos salido a dar un paseíto y nos hemos olvidado del sombrero, ¿eh, chico? —dijo el sargento en un tono jovial que creó ecos muy extraños dentro de la máscara—. Ardías en deseos de enfrentarte al enemigo, ¿verdad?

El cielo giró locamente alrededor de Teppic, pero un pensamiento logró abrirse paso por el frenético burbujear de la sartén en que se había convertido su mente y asumió el control de sus cuerdas vocales.

—¡El camello! —graznó.

—¿A quién se le ocurre tratarlo de esa manera? Hay quien se ha pasado una larga temporada en el calabozo por mucho menos, ¿sabes? —dijo el sargento agitando un dedo delante de la cara de Teppic—. Nunca había visto un camello que se encontrara en tan mal estado.

—¡No le dejéis beber!

Teppic se irguió de golpe. Una orquesta de gongs empezó a resonar dentro de su cabeza en contrapunto al estallido de los fuegos artificiales. Las máscaras metálicas se volvieron las unas hacia las otras.

—Dioses, debe tenerle un odio realmente terrible a los pobres camellos —dijo una de ellas.

Teppic logró incorporarse y avanzó tambaleándose sobre la arena en dirección a Maldito Bastardo, quien estaba intentando resolver la complicada ecuación que le permitiría ponerse en pie. La lengua le asomaba por entre los labios, y no se encontraba demasiado bien.

Un camello que no se encuentra demasiado bien no es una criatura tímida. No se consuela yendo al bar de la esquina para hacer durar al máximo la copa que ha pedido mientras mata el tiempo en la soledad del mostrador. No telefonea a las viejas amistades para lloriquear y contarles lo mal que le han tratado. No se deprime, y no escribe poemas interminables sobre la Vida y lo horrible que resulta cuando la contemplas desde la ventana de tu cuarto. Un camello no sabría reconocer la melancolía ni aunque le pateara la joroba.

Lo que hace es sacar el máximo provecho posible a esos dos pulmones con la potencia de fuelles de herrero y esa voz capaz de hacer callar a toda una recua de burros que están siendo aserrados por la mitad de que le ha provisto la naturaleza.

Teppic intentó abrirse paso por entre la barrera sonora que rodeaba a Maldito Bastardo. El camello alzó la cabeza y la movió primero hacia un lado y luego hacia otro en una soberbia operación de paralaje y triangulación. Sus ojos rodaron locamente en las órbitas, la primera etapa del viejo truco de contemplarte con las fosas nasales que todos los camellos utilizan de vez en cuando.

Y escupió.

O, mejor dicho, intentó escupir.

Teppic cogió el ronzal y se lo puso.

—Vamos, maldito bastardo —dijo—. Hay agua cerca. Puedes olerla, ¿no? ¡Lo único que debes hacer es llegar hasta ella!

Se volvió hacia la patrulla efebense. Los soldados que se habían quitado la máscara le estaban contemplando con expresiones de asombro y los que seguían con ella puesta le observaban con expresiones de espantosa ferocidad metálica.

Teppic cogió el odre de agua que le alargaba uno de ellos, le quitó el corcho y esparció el contenido del odre delante del tembloroso hocico del camello.

—Mira, esto es un río —siseó—. Sabes dónde está. ¡Lo único que debes hacer es llegar hasta él!

Los soldados efebenses miraron a su alrededor poniendo cara de nerviosismo. La patrulla de soldados espadartanos que se había acercado para averiguar qué estaba ocurriendo les imitó.

Maldito Bastardo se puso en pie con un espantoso temblequeo de rodillas y empezó a girar sobre sí mismo. Teppic se agarró al ronzal y se dejó llevar.

«… supongamos que d es igual a 4 —estaba pensando Maldito Bastardo con creciente desesperación—. Supongamos que el Anno Domini es igual a más menos 90. Supongamos que no-d es igual a 45…»

—¡Necesito un palo! —aulló Teppic cuando la rotación del camello le hizo pasar delante del sargento—. ¡Nunca entienden nada a menos que les atices con un palo! Para ellos es algo parecido a la puntuación…

—¿Crees que podrías arreglártelas con una espada?

—¡No!

El sargento vaciló y acabó alargándole su lanza.

Teppic la agarró por la punta, intentó no perder el equilibrio y la hizo caer sobre el flanco del camello creando una espesa nube de polvo y pelos.

Maldito Bastardo se detuvo de repente. Sus orejas empezaron a girar como si fueran dos platos de radar. Volvió la cabeza hacia la pared de rocas y puso los ojos en blanco. El camello se lanzó hacia adelante una fracción de segundo antes de que Teppic agarrara sendos puñados de pelo y saltara sobre su grupa.

«Pensemos en fractales…»

—Esto… Me temo que vas directo hacia… —empezó a decir el sargento.

El silencio que siguió a esas palabras se prolongó durante mucho, mucho tiempo.

El sargento se removió nerviosamente. Después alzó la mirada hacia los espadartanos y sus ojos se encontraron con los de su líder. El centurión y el sargento fueron el uno hacia el otro guiados por ese entendimiento que no necesita palabras, compartido por los centuriones y los sargentos de todos los tiempos y lugares, y se detuvieron junto a la grieta apenas visible que recorría el risco.

El centurión espadartano deslizó una mano sobre ella.

—Tendría que haber… No sé, pelos de camello o algo así —dijo.

—O sangre —dijo el efebense.

—Supongo que es uno de esos fenómenos inexplicables que ocurren de vez en cuando, ¿no?

—Oh. Sí, claro. Bueno, entonces no hay por qué preocuparse, ¿verdad?

Los dos hombres contemplaron el risco sin decir nada durante unos momentos.

—Como un espejismo —dijo el espadartano.

—Sí, algo así.

—Me pareció oír a una gaviota.

—Ridículo, ¿verdad? Aquí no hay gaviotas.

El centurión espadartano emitió una tosecilla cortés y volvió la cabeza hacia sus hombres. Después se inclinó hacia el sargento efebense.

—Supongo que el resto de tu gente no tardará mucho en llegar, ¿verdad?

El efebense se acercó un poquito más al centurión y cuando habló lo hizo por la comisura de los labios mientras sus ojos parecían seguir absortos en la contemplación de las rocas.

—Exacto —dijo—. Y si me permites preguntarlo, los tuyos tampoco tardarán mucho, ¿no?

—Sí. Si los nuestros llegan primero me temo que tendremos que masacraros.

—Desde luego, desde luego… Y si los nuestros llegan antes no me extrañaría nada que tuviéramos que masacraros a vosotros. No hay forma de evitarlo, ¿verdad?

—Sí, supongo que tendrá que ser una cosa o la otra —dijo el espadartano.

El sargento efebense asintió.

—Qué extraño es el mundo, ¿verdad? Si te paras a pensarlo… No hay quien lo entienda.

—Oh, desde luego. Has puesto el dedo en la llaga.

El centurión se aflojó un poco el peto pensando en lo mucho que le gustaría poder quedarse un rato más a la sombra—. ¿Qué tal están vuestras raciones? —preguntó.

—Oh, así así, ya sabes. Nunca hay que quejarse por nada.

—A nosotros nos pasa igual.

—Porque si te quejas lo único que consigues con eso es pasarlo peor.

—Lo mismo digo. Oye, vuestras raciones… ¿No te sobrará por casualidad algún higo? Creo que un par de higos me sentarían estupendamente.

—Lo siento.

—En fin, por preguntar no se pierde nada, ¿verdad?

—Pero si te apetecen tenemos montones de dátiles.

—Oh, nosotros también, gracias.

—Lo siento.

Los dos hombres siguieron inmóviles delante del risco durante unos momentos más, absortos en sus pensamientos. Después, el sargento efebense volvió a ponerse el casco y el centurión espadartano se ajustó los correajes del peto.

—Bueno, pues nada…

—Bueno, pues… eso.

Cuadraron los hombros, tensaron las mandíbulas y se pusieron en movimiento. Un instante después giraron elegantemente sobre sus talones, intercambiaron una sonrisa de incomodidad apenas perceptible y se encaminaron cada uno hacia su patrulla.

# 

# LIBRO CUARTO

# EL LIBRO DE LAS 101 COSAS QUE PUEDE HACER UN MUCHACHO

Teppic había esperado…

¿Qué?

Oír el sonido entre líquido y gomoso de la carne chocando contra la roca, posiblemente, o quizá contemplar los panoramas del Viejo Reino extendiéndose debajo de él, aunque eso ya rozaba los límites del anhelo tan tímido que no se atreve ni a soñar que pueda ser verdad.

Lo que no había esperado era encontrarse con una neblina fría y húmeda.

La ciencia actual sabe que existen muchas más dimensiones que las cuatro clásicas. Los científicos afirman que lo normal es que esas dimensiones no tengan ningún contacto con el mundo porque las dimensiones extra son muy pequeñas y se curvan sobre sí mismas, y el hecho de que la realidad sea fractal hace que la mayor parte de ella esté cómoda y a buen recaudo dentro de sí misma. Eso significa que el universo está tan lleno de maravillas que ya podemos irnos despidiendo de la esperanza de comprenderlas todas o, más probablemente, que los científicos se van inventando las respuestas a medida que se les plantean nuevas preguntas.

Pero el multiverso está repleto de dimensioncitas, los pequeños parques de juegos de la creación donde los seres de la imaginación pueden divertirse sin ser atropellados por la parte más seria de la realidad. A veces se meten por los agujeros de la realidad y entran en contacto con este universo dando origen a los mitos, las leyendas y las acusaciones de Embriaguez y Conducta Desordenada.

Y un error de cálculo de lo más trivial había hecho que Maldito Bastardo entrara al trote en una de esas dimensioncitas.

La leyenda casi había dado en el blanco. La Esfinge rondaba por las fronteras del reino. El único problema era que la leyenda no había sido muy precisa a la hora de definir de qué fronteras hablaba.

La Esfinge es una criatura irreal, y existe únicamente porque ha sido imaginada. Es bien sabido que en un cosmos infinito todo aquello que pueda ser imaginado tiene que existir en algún sitio, y como una gran parte de los frutos de la imaginación son criaturas que no deberían estar presentes en un marco espacio-temporal mínimamente bien ordenado acaban viéndose empujadas a una dimensión colateral. Este hecho quizá explique el mal genio crónico que aqueja a la Esfinge, aunque naturalmente cualquier criatura que tenga cuerpo de león, pechos de mujer y alas de águila es propensa a sufrir serias crisis de identidad y no necesita mucho para enfadarse.

Ésa era la razón de que la Esfinge hubiera decidido inventar el Acertijo.

A esas alturas el Acertijo ya había demostrado su utilidad en varias dimensiones, y le había proporcionado considerable diversión e innumerables cenas.

Mientras guiaba a Maldito Bastardo por entre los remolinos de niebla Teppic no sabía nada de todo aquello, pero los huesos que crujían bajo las patas del camello bastaron para que se hiciera una idea general de la situación.

Un montón de personas habían muerto allí, y parecía razonable suponer que los añadidos más recientes a la alfombra de huesos habían visto los restos de sus predecesores antes de perecer y habían decidido moverse con la máxima cautela posible. No parecía haberles servido de nada.

Así pues, moverse con sigilo no tenía ningún sentido, y además algunas de las rocas que asomaban de la neblina poseían formas realmente inquietantes. Por ejemplo, aquella de ahí era idéntica a una…

—Alto —dijo la Esfinge.

El silencio que siguió a esa orden fue absoluto, dejando aparte el perezoso gotear de la neblina y algún que otro sonido de aspiración producido por Maldito Bastardo cuando intentaba extraer humedad de la atmósfera.

—Eres una esfinge —dijo Teppic.

—Soy la Esfinge —le corrigió la Esfinge.

—Caray. En casa tenemos montones de estatuas tuyas. —Teppic alzó la mirada, se estremeció y siguió alzándola un poquito más—. Siempre te había imaginado más pequeña —añadió.

—Acurrúcate y tiembla, mortal —dijo la Esfinge—, pues te hallas en presencia de la más terrible sabiduría que tu pobre mente puede concebir. —Parpadeó—. Y esas estatuas de las que hablas… ¿Se me parecen?

—Oh, no te hacen justicia —dijo Teppic, y era sincero.

—¿De veras lo crees? Sí, casi siempre tienen problemas con la nariz —dijo la Esfinge—. Me han asegurado que mi mejor perfil es el derecho y…

La Esfinge se dio cuenta de que se estaba desviando del tema y dejó escapar una tosecilla muy seca.

—No podrás seguir adelante a menos que respondas a mi acertijo, oh mortal —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Teppic.

—¿Qué?

La Esfinge puso cara de sorpresa y parpadeó. No la habían diseñado para aquel tipo de cosas.

—¿Por qué? ¿Por qué? Pues porque… Eh… Porque… espera un momento… sí, claro, porque si no respondes a mi acertijo te arrancaré la cabeza de un mordisco y me la comeré. Sí, me parece que es por eso.

—De acuerdo —dijo Teppic—. Bueno, pues entonces oigamos el acertijo.

La Esfinge se aclaró la garganta con un estruendoso carraspeo casi idéntico al que produciría un camión vacío despeñándose por una cantera.

—¿Qué es lo que se mueve sobre cuatro piernas por la mañana, sobre dos al mediodía y sobre tres al anochecer? —preguntó con un molesto tonillo de suficiencia.

Teppic meditó en el acertijo.

—Es difícil, ¿eh? —dijo por fin.

—Es el más difícil de todos los acertijos que han existido y existirán —dijo la Esfinge.

—Hum.

—Nunca podrás dar con la respuesta.

—Ah —dijo Teppic.

—Oye, ¿te importaría ir quitándote la ropa mientras piensas? Me molesta mucho que se me queden hilos entre los dientes.

—¿No habrá alguna clase de animal al que le vuelven a crecer las piernas que ha…?

—Frío, frío y casi congelado —dijo la Esfinge empezando a sacar las garras.

—Oh.

—No tienes ni la más mínima idea, ¿verdad?

—Sigo pensando —replicó Teppic.

—Nunca lo adivinarás.

—Tienes razón.

Teppic contempló las garras de la Esfinge. «No es un animal acostumbrado a combatir —se dijo intentando tranquilizarse—. Basta con mirarla para ver que está demasiado dotada… Además, aun suponiendo que tenga el cerebro suficiente para saber lo que se hace estoy seguro de que esos pechos deben estorbar muchísimo en un cuerpo a cuerpo.»

—La respuesta es «El Hombre» —dijo la Esfinge—. Y ahora te ruego que no opongas resistencia, ¿de acuerdo? La agitación y el nerviosismo hacen que la sangre se sature de sustancias químicas que saben a rayos.

Teppic saltó hacia atrás con el tiempo justo de esquivar el zarpazo que pretendía partirle en dos.

—Espera, espera —dijo Teppic—. ¿Qué quieres decir con eso de «El Hombre»?

—Es muy sencillo —replicó la Esfinge—. El bebé gatea por la mañana, se sostiene sobre dos piernas al mediodía y al atardecer el anciano camina apoyándose en un bastón. Astuto, ¿verdad?

Teppic se mordió el labio inferior.

—Oye, ¿estás segura de que hablamos de un día? —preguntó con voz dubitativa.

El silencio que siguió a sus palabras resultó tan largo como embarazoso.

—Es un… ¿Cómo se llama eso? Ah, sí, una figura retórica —dijo por fin la Esfinge en un tono bastante irritado, y le lanzó otro zarpazo.

—No, no, espera un momento —dijo Teppic después de esquivarlo—. Me gustaría que fuéramos lo más claros posible con respecto a este asunto, ¿de acuerdo? Quiero decir que… Bueno, es lo justo, ¿no te parece?

—Al acertijo no le pasa nada malo —dijo la Esfinge—. Es un acertijo condenadamente bueno, ¿entendido? Llevo usando ese acertijo desde hace cincuenta años, y me ha funcionado tanto de esfinge como de cachorrita. —Pensó en lo que acababa de decir—. Perdón, de polluela —se corrigió.

—Oh, sí, es un acertijo magnífico —dijo Teppic intentando calmarla—. Es muy profundo y… eh… muy conmovedor. Toda la condición humana resumida en unas cuantas palabras. Pero tienes que admitir que todo eso que has dicho no le ocurre a un individuo en un solo día, ¿verdad?

—Bueno… No —admitió la Esfinge—. Pero creo que eso resulta evidente con sólo fijarse un poquito en el contexto, ¿verdad? Todos los acertijos contienen un elemento de analogía dramática —añadió.

A juzgar por su expresión había oído aquella frase hacía mucho tiempo y estaba claro que le había gustado, aunque no lo suficiente para impedirle utilizar como cena al que la había pronunciado.

—Sí, pero… —Teppic se acuclilló delante de la Esfinge y alisó una pequeña extensión de arena con la mano—. En fin, lo que yo me pregunto es si la metáfora posee consistencia interna o no. Supongamos que el promedio de vida es de setenta años, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo la Esfinge en el tono inseguro de alguien que ha dejado entrar a un vendedor ambulante y empieza a contemplar y lamentar la perspectiva inexorable de un futuro en el que acabará suscribiendo un seguro de vida.

—De acuerdo. Bien, veamos… Así pues, el mediodía llegaría sobre los treinta y cinco años, ¿verdad? Bueno, si consideramos que casi todos los bebés dan sus primeros pasos al cumplir el año, la referencia a las cuatro patas me parece realmente muy poco adecuada, ¿no? Según tu analogía… —Hizo unos cuantos cálculos con un fémur que el destino había tenido la amabilidad de poner a su lado—. Si empezamos a contar partiendo de las cero horas ese hombre metafórico de tu acertijo sólo pasaría unos diez minutos a cuatro patas… media hora como mucho. ¿Tengo razón o no tengo razón? Vamos, sé justa y admítelo.

—Bueno… —murmuró la Esfinge.

—Y si seguimos con los cálculos a las seis de la tarde no usarías un bastón porque sólo tendrías… eh… cincuenta y dos años —dijo Teppic garabateando furiosamente en la arena—. De hecho ni tan siquiera pensarías en ningún tipo de ayuda locomotriz hasta… hasta las nueve y media por lo menos. Eso suponiendo que toda la vida de ese hombre metafórico del que estamos hablando se desarrollara en un día, y creo que ya he dejado bien claro lo rídicula que resulta semejante presuposición. Lo siento. A primera vista todo parece estar bien, pero… Me temo que no funciona.

—Bueno —dijo la Esfinge, ahora con bastante más irritación que antes—, pues me parece que no puedo hacer nada al respecto. No tengo ningún otro acertijo que plantearte. Nunca había necesitado un acertijo de reserva.

—Basta con que lo alteres un poquito.

—¿Qué quieres decir?

—Haz que sea un poquito más realista.

—Hmmm. —La Esfinge se alisó la melena con una zarpa—. De acuerdo —dijo por fin, aunque no parecía muy convencida—. Supongo que podría preguntar qué es lo que camina a cuatro patas…

—Metafóricamente hablando —dijo Teppic.

—A cuatro patas, metafóricamente hablando —dijo la Esfinge—, durante unos…

—Creo que hemos quedado de acuerdo en que eran unos veinte minutos, ¿no?

—… de acuerdo, perfecto, veinte minutos por la mañana, sobre dos piernas…

—Pero creo que usar las palabras «por la mañana» es pasarse un poco —dijo Teppic—. Ha pasado muy poco desde la medianoche. Quiero decir que técnicamente es la mañana, de acuerdo, pero en un sentido muy real todavía sigue siendo anoche. ¿Qué opinas?

La Esfinge le contempló con algo muy parecido al pánico. Sus ojos estaban empezando a vidriarse.

—¿Qué opinas tú? —logró preguntar por fin.

—Veamos qué tenemos hasta el momento, ¿de acuerdo? Metafóricamente hablando, ¿qué es lo que camina a cuatro patas justo después de la medianoche, sosteniéndose sobre dos piernas durante la mayor parte del día…?

—… siempre que no sufra ningún accidente, claro —dijo la Esfinge, impulsada por un deseo francamente patético de demostrar que ella también estaba contribuyendo.

—Sí, muy bien, sosteniéndose sobre dos piernas siempre que no sufra ningún accidente y sigue así por lo menos hasta la hora de la cena, momento en el que camina con tres piernas…

—He conocido a personas que usaban dos bastones —dijo la Esfinge, cada vez más deseosa de ayudar.

—De acuerdo. A ver qué te parece esto… Momento en el que sigue caminando sobre dos piernas o con la ayuda de cualquier dispositivo protésico de su elección.

La Esfinge se lo pensó.

—S-sssí —dijo por fin con mucha seriedad—. Eso parece cubrir todas las eventualidades posibles, ¿no?

—¿Y bien? —preguntó Teppic.

—¿Y bien qué? —replicó la Esfinge.

—Bueno, ¿cuál es la respuesta?

La Esfinge le observó con expresión entre pétrea e impasible, y acabó enseñándole los colmillos.

—Oh, no —dijo—. No creas que vas a pillarme tan fácilmente, muchacho. ¿Crees que soy estúpida? Eres tú quien debe darme la respuesta.

—Oh, vaya —dijo Teppic.

—Creías que ya habías conseguido hacerme caer en la trampa, ¿eh? —dijo la Esfinge.

—Lo siento.

—Creías que podrías confundirme con toda esa palabrería tuya, ¿verdad?

La Esfinge sonrió.

—Bueno, tenía que intentarlo —dijo Teppic.

—No puedo culparte. Bien, ¿cuál es la respuesta?

Teppic se rascó la nariz.

—No tengo ni idea —dijo—. A menos que… y es un auténtico disparo a ciegas, entiéndelo, a menos que sea… ¿El Hombre?

La Esfinge le contempló en silencio durante unos momentos que parecieron hacerse eternos.

—Oye, no habrás estado por aquí antes, ¿verdad? —dijo por fin.

—No.

—Entonces es que alguien se ha ido de la lengua, ¿eh?

—¿Quién podría haberlo hecho? ¿Existe alguien que haya respondido al acertijo antes? —preguntó Teppic.

—¡No!

—Bueno, ahí lo tienes. No se encontraban en condiciones de hablar, ¿verdad?

Las garras de la Esfinge arañaron la roca.

—Supongo que será mejor que sigas tu camino —gruñó.

—Gracias —dijo Teppic.

—Y… Te agradecería que no hablaras de esto con nadie, ¿de acuerdo? —añadió la Esfinge con voz gélida—. Podrías estropearle la diversión a los que vengan después de ti.

Teppic subió a una roca y se instaló sobre la grupa de Maldito Bastardo.

—No hace falta que te preocupes por eso —dijo clavando los talones en los flancos del camello para hacerlo avanzar.

Teppic no pudo evitar el darse cuenta de que los labios de la Esfinge se movían en silencio, como si estuviera dando vueltas a algo que no lograba comprender del todo.

Maldito Bastardo sólo había tenido tiempo de recorrer unos veinte metros antes de que un alarido de rabia tan ensordecedor que parecía una erupción volcánica resonara detrás de él; y aunque sólo fuera por una vez decidió saltarse la regla del código de conducta de los camellos que les prohíbe hacer algo a menos que hayan sido golpeados antes con un palo. Sus cuatro enormes pies entraron en contacto con el suelo y ejercieron presión.

Y en aquella ocasión no hubo ningún error de cálculo.

Los sacerdotes estaban empezando a comportarse de una forma francamente irracional.

No se trataba de que los dioses les estuvieran desobedeciendo. Lo grave era que los dioses les estaban ignorando.

Claro que los dioses siempre les habían ignorado. Hacía falta una considerable pericia para convencer a un dios de Djelibeibi de que te obedeciera, y los sacerdotes habían tenido que aguzar el ingenio y dar grandes muestras de inventiva. Por ejemplo, si empujabas una piedra hasta hacerla caer por el borde de un acantilado y elevabas una rápida petición a los dioses rogándoles que hicieran caer la piedra podías estar seguro de que tu petición sería atendida. Los dioses también se aseguraban de que el sol saliera por la mañana y las estrellas hicieran lo mismo por la noche. Cualquier petición dirigida a los dioses rogándoles que hicieran crecer las palmeras con las raíces en el suelo y las hojas en la parte superior era aceptada y satisfecha. En conjunto cualquier sacerdote que se tomara la molestia de adoptar las precauciones básicas podía asegurarse un porcentaje de éxito muy elevado.

Pero que los dioses te ignorasen cuando estaban muy lejos y no se les veía era una cosa, y que te ignoraran cuando estaban paseándose por el paisaje era otra muy distinta. Ser ignorado por una divinidad que tenías delante de las narices te hacía sentir como un idiota.

—¿Por qué no nos escuchan? —preguntó el gran sacerdote de Teg, el Dios con Cabeza de Caballo de la agricultura.

Estaba llorando. Teg había sido visto por última vez sentado en el centro de un maizal arrancando las mazorcas mientras lanzaba risitas estúpidas.

Los otros grandes sacerdotes no habían tenido mucha más suerte. Rituales sancionados por los milenios habían impregnado la atmósfera del palacio con dulzonas humaredas azules y habían asado tal cantidad de volátiles y reses que habrían bastado para abastecer a las víctimas de una hambruna a escala continental, pero los dioses se habían instalado en el Viejo Reino como si fuese de su propiedad y las personas que vivían en él fueran tan insignificantes como un enjambre de insectos.

Y las multitudes seguían congregadas alrededor del palacio. La religión había gobernado al Viejo Reino durante la mayor parte de sus siete mil años de historia. Detrás de los ojos de cada sacerdote presente en la sala había una imagen muy detallada de lo que ocurriría si el pueblo llegaba a pensar, aunque sólo fuese por un momento, que la religión había perdido el control del reino.

—Y por eso nos volvemos hacia ti. Dios —dijo Koomi—. ¿Qué nos aconsejas que hagamos ahora?

Dios estaba sentado en los peldaños del trono y contemplaba el suelo con expresión lúgubre. Los dioses nunca escuchaban, y Dios lo sabía. ¿Quién iba a saberlo mejor que él? Pero antes eso no importaba. Bastaba con que entonaras los cánticos e hicieras los gestos rituales y con que dieras la respuesta que todos esperaban oír. Lo realmente importante era el ritual, no los dioses. Los dioses estaban allí para cumplir la misma función que un megáfono. ¿A quién iba a escuchar el pueblo si no a los dioses?

Dios intentó pensar con claridad mientras sus manos llevaban a cabo los movimientos del Ritual de la Séptima Hora guiadas por instrucciones neurales tan rígidas e inmutables como cristales.

—¿Habéis probado con todo? —preguntó.

—Hemos seguido todos tus consejos, oh Dios —dijo Koomi, y esperó a que casi todos los sacerdotes presentes les estuvieran mirando antes de seguir hablando, ahora en un tono de voz bastante más alto—. Si el faraón estuviera aquí intercedería por nosotros, ¿verdad?

Los ojos de Koomi se posaron en el rostro de la sacerdotisa de Sarduk y vio que le estaba mirando. Koomi no había discutido con ella ni un solo detalle de lo que pensaba hacer y, pensándolo bien, ¿acaso había algo que discutir? Aun así Koomi tenía la sensación de que la sacerdotisa de Sarduk estaba bastante de acuerdo con él. Dios no le caía muy bien, y aparte de eso le tenía un poco menos de miedo que los demás.

—Ya os he dicho que el faraón ha muerto —murmuró Dios.

—Sí, te oímos. Pero el cuerpo parece haber desaparecido, oh Dios. Aun así creemos lo que nos dices, pues es el gran Dios quien habla y hacemos oídos sordos a los cotilleos maliciosos.

Los sacerdotes siguieron sumidos en el silencio más absoluto. Así que ahora también había cotilleos maliciosos, ¿eh? Y antes alguien ya se había referido a los rumores, ¿no? No cabía duda de que algo muy raro estaba sucediendo.

—Ha ocurrido muchas veces en el pasado —dijo la sacerdotisa como si Koomi le hubiese acabado de hacer la señal indicadora de que debía entrar en el escenario—. Cuando un reino estaba amenazado o las aguas del río no subían de nivel, el faraón intercedía ante los dioses. De hecho, era enviado a interceder ante los dioses…

El filo acerado de satisfacción que había en su voz dejaba bien claro que el billete que se le entregaba para ese viaje no incluía el regreso.

Koomi tuvo que reprimir un estremecimiento de deleite y horror. Oh, sí, aquellos sí que habían sido grandes tiempos… Muchos años antes algunos países habían llevado los experimentos en ese terreno hasta el extremo de juguetear con la idea del sacrificio real. Unos cuantos años de banquetes y de gobernar seguidos por un chop lo más tajante posible, y el monarca se esfumaba para dejar paso a una nueva administración.

—En un momento de crisis incluso es posible encargar la intercesión a un ministro o a alguien que ocupe una posición de alto rango dentro del estado —dijo la sacerdotisa de Sarduk.

Dios alzó la cabeza. Su expresión reflejaba la agonía de sus tendones.

—Comprendo —dijo—. ¿Y quién sería el próximo gran sacerdote?

—Los dioses escogerían —dijo Koomi.

—Oh, sí, estoy seguro de que lo harían —murmuró Dios con amargura—. Pero tengo algunas dudas acerca de si sabrían escoger con sabiduría.

—Los muertos pueden hablar con los dioses en el Otro Mundo —dijo la sacerdotisa.

—Pero ahora todos los dioses están aquí —dijo Dios.

Estaba luchando con el terrible palpitar de sus piernas, las cuales no paraban de insistir en que deberían estar moviéndose por el pasillo central a fin de supervisar el Rito del Cielo Bajo. Su cuerpo exigía el alivio que sólo podía encontrar al otro lado del río. Y cuando hubiera cruzado el río no volvería jamás… pero siempre decía eso, claro.

—En ausencia del faraón el gran sacerdote debe asumir sus deberes. ¿No es así, Dios? —preguntó Koomi.

Era cierto. Estaba escrito. En cuanto algo quedaba escrito ya no podías alterarlo. Dios mismo lo había escrito, aunque ya hacía mucho tiempo de eso.

Dios inclinó la cabeza. Esto era peor que la fontanería, esto era peor que cualquier catástrofe moderna. Y pese a ello… pese a ello… cruzar el río…

—Muy bien —dijo—. Tengo una última petición que hacer.

—¿Sí?

La voz de Koomi había adquirido repentinamente un timbre que la hacía mucho más fácil de oír. Ya era la voz de un gran sacerdote.

—Deseo ser enterrado en… —empezó a decir Dios.

El murmullo de los sacerdotes que podían contemplar el otro lado del río le impidió terminar la frase.

Todos los ojos se volvieron hacia la lejana mancha de tinta que era la orilla.

Las legiones de los monarcas de Djelibeibi se habían puesto en movimiento.

Avanzaban tambaleándose y tropezando, pero cubrían terreno con mucha rapidez. Había pelotones, batallones enteros de momias. Ya no necesitaban el mazo de Gern.

—Debe de ser cosa del adobo —dijo el faraón mientras observaba cómo las manos vendadas de media docena de antepasados arrancaban un sello incrustado en la piedra—. Te hace más correoso.

Algunos de los antepasados más viejos se dejaban llevar por el entusiasmo y atacaban las mismísimas pirámides con tanto vigor que lograban mover bloques de piedra más altos que ellos. El faraón no les culpaba. Qué terrible era estar muerto y saber que lo estabas, y que pasarías toda le eternidad encerrado en las tinieblas…

«Nunca me meterán dentro de una de esas cosas», se prometió.

La marea de las momias llegó a otra pirámide. La pirámide era una estructura pequeña, oscura y no muy alta, medio enterrada en las dunas de arena acumulada por el viento, y los peñascos de bordes toscamente redondeados que la formaban apenas si habían conocido las manos de los canteros. Estaba claro que había sido edificada mucho antes de que el Reino dominara el arte de construir pirámides, y más que una pirámide parecía un montón de rocas.

Tallados sobre el umbral se veían los jeroglíficos angulosos y profundos del Reino Primordial: KHUFT ME MANDÓ ERIGIR. LA PRIMERA.

Varios antepasados fueron hacia ella.

—Oh, oh —dijo el faraón—. Quizá estemos yendo demasiado lejos.

—La Primera… —murmuró Dil—. La Primera de todo el Reino… Antes de que se construyera no había nadie; sólo hipopótamos y cocodrilos. Setenta siglos nos contemplan desde el interior de esa pirámide. Es más vieja que cualquier…

—Sí, sí, de acuerdo —le interrumpió Teppicamón—. No creo que haya ninguna razón para ponerse lírico, ¿entendido? Fue un hombre, igual que todos nosotros.

—Y Khuft el camellero contempló el valle… —empezó a salmodiar Dil.

—Et tras llevar siete milenarios de años dentro cierto estoy de que apetecerale volver a contemplarlo, et mucho —dijo secamente Eskh-aler-atep.

—Aun así… —murmuró el faraón—. No sé, me parece un poco…

—Toda la caravedalia igual est —dijo Eskh-aler-atep—. Tú, zagal. Llámale et despabílale.

—¿Quién, yo? —balbuceó Gern—. Pero él fue el Pri…

—Sí, sí, ya hemos hablado de todo eso —le cortó Teppicamón—. Vamos, hazlo. Todo el mundo se está impacientando, y supongo que él también.

Gern puso los ojos en blanco y levantó el mazo. Se disponía a hacerlo caer sobre el sello con un silbido cuando Dil echó a correr hacia adelante haciendo que Gern bailoteara locamente sobre sus pies para no enterrar el mazo en la cabeza de su maestro gremial. Gern logró salir vencedor de su lucha contra la inercia, pero el esfuerzo estuvo a punto de tener graves consecuencias para su ingle.

—¡Está abierta! —exclamó Dil—. ¡Mirad! ¡El sello gira a un lado con solo tocarlo!

—¿Acaso pretendieres decirnos por ventura que non se halla en su morada?

Teppicamón dio un paso tambaleante hacia adelante, se agarró a la puerta de la pirámide y descubrió que no costaba nada moverla. Después examinó la piedra que había debajo. Estaba medio cubierta de polvo y arena, pero no cabía duda de que alguien se había ocupado de mantener despejado un camino que conducía hasta el interior de la pirámide. Y la piedra estaba muy desgastada, como si hubiera soportado el roce de muchos pies…

Y, naturalmente, eso indicaba que en aquella pirámide estaba ocurriendo algo muy raro. Después de todo, lo habitual era que cuando habías entrado en una pirámide ya no volvieras a salir jamás de ella.

Las momias examinaron la piedra de la entrada e intercambiaron crujidos de sorpresa. Una de las más viejas —un montón de vendajes tan antiguos que apenas conseguían mantenerse unidos—, emitió un ruido idéntico al de una colonia de termitas que por fin consigue adueñarse de la última rama intacta de un árbol.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Teppicamón.

La momia de Eskh-aler-atep se encargó de traducírselo.

—Ha proclamado et afirmado que esto parécele Espeluznante et un tanto Misterioso —graznó.

El difunto faraón asintió.

—Voy a echar un vistazo. Eh, los vivos, venid conmigo.

Dil se puso pálido.

—Oh, venga, hombre —dijo secamente Teppicamón mientras abría la puerta—. Oye, yo no estoy asustado. Demuestra que tienes redaños. Nosotros ya nos hemos despedido de ellos, pero no lo estamos haciendo tan mal, ¿verdad?

—Pero necesitaremos un poco de luz —protestó Dil.

Las momias más cercanas se apresuraron a retroceder tambaleándose en cuanto Gern sacó su cajita de yesca y pedernal del bolsillo y la ofreció tímidamente a su maestro.

—Necesitaremos algo para quemar —dijo Dil. Las momias retrocedieron un par de pasos más y empezaron a murmurar entre ellas.

—Ahí dentro hay antorchas —dijo Teppicamón. Su voz sonaba ligeramente ahogada—. Tú te encargarás de mantenerlas alejadas de mí, muchacho.

Era una pirámide muy pequeña desprovista de laberinto y de trampas, y sólo consistía en un pasadizo que iba ascendiendo. Los embalsamadores siguieron al faraón temblando y esperando ver horrores innombrables saltando sobre ellos en cualquier momento, y el trío acabó llegando a una pequeña cámara cuadrada que olía a arena. El techo estaba ennegrecido por el hollín.

No había sarcófago ceremonial, ataúd ni terrores nombrables o innombrables. El centro de la cámara estaba ocupado por un bloque de piedra sobre el que se veían una manta y una almohada.

Ni la manta ni la almohada tenían un aspecto particularmente antiguo. Casi resultaba decepcionante.

Gern miró a su alrededor.

—No está nada mal, ¿eh? —dijo—. Parece muy cómodo.

—No —dijo Dil.

—¡Eh, señor rey, venid a ver! —exclamó Gern, y trotó hacia uno de los muros de la cámara—. Fijaos. Alguien ha estado haciendo señales en la pared. Fijaos en todas esas rayitas…

—Y en ésta —dijo el faraón—, y en el suelo también. Alguien ha estado contando. Hay una rayita encima de cada grupo de diez rayitas, ¿veis? Alguien ha estado contando cosas. Montones de cosas…

Se echó hacia atrás.

—¿Qué cosas ha contado? —preguntó Dil mirando por encima de su hombro.

—Es muy extraño —murmuró el faraón, y se inclinó hacia adelante—. Apenas se pueden distinguir las inscripciones que hay debajo.

—¿Podéis leerlas, rey? —preguntó Gern dando muestras de lo que a Dil le pareció un entusiasmo totalmente innecesario.

—No. Están en uno de los dialectos más viejos. No consigo distinguir ni un bendito jeroglífico —dijo Teppicamón—. No me extrañaría que ya no hubiese ninguna persona capaz de leerlas.

—Qué pena —dijo Gern.

—Cierto —dijo el faraón, y suspiró.

El trío se sumió en un silencio bastante lúgubre y contempló las inscripciones durante unos momentos.

—Quizá podríamos hablar con los muertos para averiguar si hay alguno que sea capaz de leerlas —dijo Gern de repente.

—Eh… Gern —dijo Dil dando un paso hacia atrás.

El faraón se inclinó hacia Gern y le dio una palmada en la espalda. El aprendiz se tambaleó y estuvo a punto de caerse de narices.

—¡Una idea condenadamente inteligente! —exclamó—. Bastará con traer aquí a uno de los antepasados realmente antiguos y… —Se quedó callado y se le encorvaron los hombros—. No servirá de nada. Nadie podrá comprenderle.

—¡Gern! —exclamó Dil.

Sus ojos estaban sufriendo un aparatoso proceso de desorbitamiento acelerado.

—No, rey, sí que servirá de algo —dijo Gern, quien estaba disfrutando muchísimo con aquella libertad de pensamiento recién descubierta—, porque… por la razón de que… todo el mundo entiende a alguien, ¿verdad?, y lo único que hemos de hacer es averiguar quién entiende a quién.

—Eres un chico muy listo —dijo el faraón.

—¡Gern!

El faraón y el aprendiz se volvieron hacia Dil y le contemplaron con expresión de asombro.

—Maese Dil, ¿os encontráis bien? —preguntó Gern—. Os habéis puesto muy blanco de repente.

—La a… —farfulló Dil.

El maestro embalsamador estaba tan aterrorizado que tenía todos los músculos rígidos.

—¿La qué, maese Dil?

—La an… fíjate en la an…

—Creo que le convendría acostarse un rato —dijo el faraón—. Conozco a esta clase de personas, ¿sabes? Los artistas son muy excitables y cualquier emoción fuerte…

Dil tragó una honda bocanada de aire.

—¡Gern, mira lo que le está pasando a la maldita antorcha!

El faraón y Gern se volvieron hacia la antorcha. La antorcha había decidido arder al revés y estaba convirtiendo las cenizas negras en paja seca.

El Viejo Reino se extendía delante de Teppic, y no parecía real.

Volvió la cabeza hacia Maldito Bastardo, quien acababa de meter el hocico en el arroyo que corría junto al camino y hacía un ruido idéntico al que se produce cuando intentas sorber la última gota de tu vaso de batido.[[27]](#footnote-27) Maldito Bastardo parecía francamente real —no hay que olvidar que en cuestiones de solidez y realidad es muy difícil superar a un camello—, pero el paisaje poseía una cualidad curiosamente vacilante, como si aún no hubiese decidido si quería estar allí o en otro sitio.

Con la excepción de la Gran Pirámide, claro. La Gran Pirámide era una masa enorme agazapada en el centro de la perspectiva y parecía tan real como el alfiler que clava una mariposa al tablero de corcho. También se las arreglaba para parecer extremadamente sólida, como si estuviera absorbiendo la solidez de todo el paisaje y la acumulara en su estructura.

Bueno, por lo menos Teppic estaba allí. Fuera donde fuese ese allí, claro…

¿Cómo se mata una pirámide?

¿Y qué ocurriría si consiguieses matarla?

Teppic había decidido actuar basándose en la hipótesis de que todo volvería a su lugar anterior, o sea al estanque de tiempo recirculado del Viejo Reino.

Observó a los dioses durante un rato y se preguntó qué demonios eran y por qué no parecía importar demasiado lo que fuesen. Los dioses absortos en sus incomprensibles quehaceres divinos daban la impresión de ser tan poco reales como la tierra sobre la que se movían. El mundo no era más que un sueño, y Teppic se sentía incapaz de sorprenderse por nada. Si hubiera visto pasar delante de él a siete vacas muy gordas apenas les habría echado un vistazo distraído.

Volvió a montar sobre la grupa de Maldito Bastardo e hizo que el camello avanzara por el camino balanceándose lentamente de un lado a otro. Los campos que lo flanqueaban tenían todo el aspecto de haber sido concienzudamente devastados.

El sol había empezado a hundirse en el horizonte. Los dioses del crepúsculo y de la noche habían conseguido imponerse a los dioses de la luz diurna, pero la contienda había sido larga y encarnizada, y si cometías la imprudencia de pensar en todas las cosas que le ocurrirían ahora —ser devorado por diosas, ser llevado en embarcaciones por debajo del mundo, etcétera—, no tardabas en sospechar que había muy pocas posibilidades de que el pobre sol volviera a subir por el cielo al día siguiente.

Teppic entró en el patio del establo. No había nadie visible. Maldito Bastardo caminó tranquilamente hasta su aprisco y empezó a mordisquear delicadamente unas briznas de heno. Acababa de tener una idea muy interesante que quizá causaría una revolución en todo lo referente a las distribuciones bivariantes.

Teppic le dio unas palmaditas en el flanco —su gesto creó otra nube de polvo y pelos—, y subió por los anchos peldaños que llevaban hasta el palacio propiamente dicho. Seguía sin haber ni rastro de los guardias y los sirvientes. No se veía un alma.

Entró en su propio palacio moviéndose tan silenciosamente como un ladrón amparado en los resplandores del día, dio unas cuantas vueltas y acabó logrando encontrar el taller de embalsamamiento de Dil. El taller estaba vacío, y daba la impresión de haber recibido la visita reciente de algún salteador que tenía gustos muy peculiares. La sala del trono olía igual que una cocina, y a juzgar por su aspecto los cocineros habían huido a toda velocidad no hacía mucho tiempo.

La máscara dorada de los faraones de Djelibeibi había acabado rodando hasta un rincón. Teppic la cogió, vio que tenía algunas abolladuras y sintió una repentina punzada de sospecha que le impulsó a rascarla con uno de sus cuchillos. La capa de oro no tardó en desprenderse revelando un metal de color gris plateado.

Teppic ya lo había sospechado. La triste verdad era que no había tal cantidad de oro disponible. La máscara pesaba tanto como si fuese de plomo porque… bueno, precisamente porque era de plomo. Teppic se preguntó si hubo un tiempo en el que había sido realmente de oro, qué antepasado había dado el cambiazo y cuántas pirámides se habían podido costear con el dinero de la venta. El plomo que intentaba pasar por oro quizá fuese muy simbólico de una cosa o de otra, aunque también cabía la posibilidad de que el simbolismo no se refiriese a nada en concreto. Teppic pensó que había muchas probabilidades de que la máscara falsa fuese pura y simplemente simbólica a secas.

Un gato sagrado había decidido esconderse debajo del trono. Teppic se inclinó para hacerle una caricia y el felino pegó las orejas al cráneo y le bufó. Bueno, por lo menos aquello no había cambiado…

El palacio seguía pareciendo totalmente desierto. Teppic fue hacia el balcón.

Y allí estaba la gente, una gigantesca masa de cuerpos silenciosos apelotonados bajo los últimos rayos grisáceos del crepúsculo que contemplaban la otra orilla del río. Teppic salió al balcón el tiempo justo de ver cómo una flotilla de botes y barcazas zarpaba de la orilla en que se alzaba el palacio y empezaba a cruzar las aguas del Djel.

«Tendríamos que haber construido unos cuantos puentes —pensó—, pero siempre dijimos que eso sería como ponerle grilletes al río…»

Salvó la balaustrada de un salto, aterrizó ágilmente sobre la tierra apisonada y fue hacia la multitud.

Y sintió el terrible impacto de la fuerza de sus creencias de forma tan palpable como si fuesen la hoja de una guadaña.

Los habitantes de Djelibeibi quizá albergaran ideas dispares e incluso conflictivas acerca de sus dioses, pero su fe en los monarcas había permanecido firme e inmutable durante miles de años. Teppic sintió como si acabara de sumergirse en una cuba llena de alcohol. Sintió la energía de la fe entrando en él hasta que las yemas de sus dedos parecieron chisporrotear, y las oleadas de fuerza impalpable recorrieron su cuerpo hasta acumularse en su cerebro trayendo consigo no sólo la omnipotencia sino la sensación de ser omnipotente, la irresistible convicción de que aunque quizá no lo supiese todo no tardaría demasiado en saberlo, tal y como ya le había ocurrido en el pasado.

Cuando la divinidad se apoderó de él en Ankh había sentido algo muy similar, pero entonces la sensación apenas había durado unos instantes. Ahora estaba respaldada por el sólido poder de las creencias de toda una muchedumbre.

Teppic bajó la mirada hacia el suelo y contempló los brotes verdes que brotaban de la arena reseca y que se iban amontonando alrededor de sus pies.

«Por todos los… —pensó—. Es cierto. Soy un dios.»

Aquello podía acabar resultando muy embarazoso.

Teppic se abrió paso a codazos y empujones por entre la masa de cuerpos hasta que consiguió llegar a la orilla del río. Se quedó inmóvil y no tardó en quedar rodeado por un pequeño maizal. La multitud se fue percatando de su presencia, y los que estaban más cerca se apresuraron a caer de rodillas. Un círculo de personas que se arrodillaban o se conformaban con tirarse al suelo se fue extendiendo alrededor de Teppic con la rapidez de las ondulaciones en una charca a la que alguien ha tirado una piedra.

«¡Pero yo no deseaba nada así! Yo sólo quería ayudarles a llevar una vida más feliz. La fontanería, por ejemplo… y también quería hacer alguna clase de mejoras en los barrios más pobres de la ciudad. Sólo deseaba que se sintieran más a gusto. Quería preguntarles qué opinaban de sus vidas y si estaban contentos con ellas. Y las escuelas, claro… Sí, las escuelas podrían ser muy útiles. Unos cuantos años de escolarización y no se arrojarían al suelo para adorar al primer tipo con los pies verdes que se les pusiera por delante. Y también quería hacer algo respecto a la arquitectura…»

Los últimos resplandores se fueron esfumando del cielo como si la luz fuera acero que se enfría, y la pirámide pareció hacerse aún más grande de lo que ya era. Si tuvieras que diseñar algo que produjese una impresión de masa clarísima e inconfundible acabarías optando por una pirámide así. Teppic vio una multitud de siluetas congregadas a su alrededor, pero la luz grisácea era tan débil que no consiguió identificarlas.

Sus ojos recorrieron el mar de cuerpos arrodillados o acostados sobre el suelo hasta que localizaron un uniforme de la guardia del palacio.

—Eh, tú, levántate —ordenó. El guardia le contempló con expresión horrorizada, pero se fue incorporando lentamente.

—¿Qué está pasando aquí?

—Oh, monarca que eres señor de…

—Creo que no tenemos tiempo para esas formalidades —le interrumpió Teppic—. Ya sé quién soy, ¿de acuerdo? Sólo quiero saber qué está ocurriendo.

—¡Hemos visto caminar a los muertos, oh rey! Los sacerdotes han ido a hablar con ellos.

—¿Que los muertos caminaban?

—Sí, oh rey.

—Oh. Bueno… Gracias. Has sido muy claro y conciso. No es que la información me haya servido de mucho, pero al menos era clara y concisa… ¿Hay alguna embarcación cerca?

—Los sacerdotes se las llevaron todas, oh rey.

Un rápido vistazo bastó para informar a Teppic que el guardia estaba diciendo la verdad. Los atracaderos cercanos al palacio solían estar llenos de embarcaciones, pero ahora todos se hallaban vacíos. Teppic clavó los ojos en el agua y el agua reaccionó desarrollando dos ojos y un hocico muy largo, como si quisiera recordarle que nadar en el cauce del Djel era algo tan factible como clavar la niebla a una pared.

Teppic volvió la cabeza hacia la multitud. Todos los presentes le estaban observando con expresión expectante, y todos parecían convencidos de que Teppic sabría sacarles de aquel lío.

Teppic les dio la espalda. Se volvió hacia el río, extendió las manos delante de él, juntó las palmas y las fue separando con una gran lentitud.

Hubo un ruido de succión considerablemente húmeda y las aguas del Djel le abrieron un camino. La multitud dejó escapar un suspiro ahogado, pero su asombro no era nada comparado con la perplejidad de la docena de cocodrilos que se encontraron intentando nadar en tres metros de vacío.

Teppic corrió hacia la orilla y avanzó por encima de la gruesa capa de fango yendo de un lado a otro para esquivar las colas que se movían locamente intentando alcanzarle mientras los reptiles caían pesadamente sobre el fondo del río.

Las murallas de color kaki del Djel se alzaban a cada lado, y era como si estuviese corriendo por un callejón oscuro y muy húmedo. Aquí y allá había fragmentos de huesos, escudos viejos, trozos de lanza y los costillares de las embarcaciones que se habían hundido en el río. Teppic saltó y corrió a toda velocidad por entre los escombros de los siglos.

Un cocodrilo gigantesco se movió perezosamente por delante de él emergiendo del muro de agua, se debatió frenéticamente en el aire y se desplomó sobre el barro. Teppic le pisoteó el hocico y siguió corriendo.

Los ciudadanos más rápidos de reflejos ya habían reaccionado ante el espectáculo de las criaturas aturdidas que se agitaban debajo de ellos y estaban empezando a buscar piedras. Los cocodrilos habían sido los amos indiscutidos del río desde el origen de los tiempos, pero los ciudadanos parecían opinar que si había una posibilidad de cobrarse parte de las cuentas pendientes en unos minutos era indudable que valía la pena aprovecharla.

El sonido de los monstruos del río iniciando el largo viaje que terminaría convirtiéndoles en bolsos y monederos empezó a alzarse detrás de Teppic justo cuando iniciaba la ascensión por los barrizales de la orilla opuesta.

Una hilera de antepasados se extendía a lo largo de la cámara, seguía por el pasadizo sumido en las tinieblas y terminaba desperdigándose sobre la arena. La hilera estaba saturada de murmullos que iban y venían en ambas direcciones, un sonido curiosamente reseco y marchito que hacía pensar en el viento moviendo un fajo de hojas de papel muy viejo.

Dil estaba acostado sobre la arena y Gern le daba aire en la cara con un trapo.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Dil.

—Están leyendo las inscripciones —respondió Gern—. ¡Tendríais que verlo, maese Dil! El que se encarga de leerlas es… bueno, podría decirse que está prácticamente…

—Sí, sí, te entiendo —dijo Dil intentando incorporarse—. No te esfuerces.

—¡Tiene más de seis mil años! Y su nieto le escucha, y le cuenta lo que ha dicho a su nieto, y éste se lo pasa a su ni…

—Sí, sí, todos…

—Y esto también dijo Khuft al Primero: ¿Qué podemos darte a Ti, que nos has Enseñado el Camino y Lo Que Ha De Hacerse? —dijo Teppicamón,[[28]](#footnote-28) que estaba al final de la hilera de antepasados—. Y el Primero habló, y Esto es lo que dijo: Construidme una Pirámide para que pueda Descansar, y Construidla de estas Dimensiones para que sea Justa y Adecuada, y así se hizo, y el Nombre del Primero era…

Pero no hubo ningún nombre, sólo un burbujeo de voces irritadas, discusiones y maldiciones milenarias que se fue extendiendo por la hilera de antepasados resecos moviéndose tan deprisa como una chispa que corre a lo largo de un reguero de pólvora. Hasta que llegó a Teppicamón, quien explotó.

El sargento efebense estaba sudando tranquilamente en la sombra cuando vio lo que una parte de su ser había estado esperando que aparecería de un momento a otro y lo que la totalidad de su ser llevaba bastante rato temiendo ver. Una columna de polvo acababa de asomar sobre el horizonte.

El grueso de las fuerzas de Espadarta iba a llegar primero.

Se puso en pie, saludó a su contrafigura espadartana con un asentimiento de cabeza impecablemente profesional y contempló a los dos puñados de hombres que estaban a sus órdenes.

—Necesito un mensajero para que… eh… para que vaya a la ciudad llevando un mensaje —dijo.

Un bosque de manos salió disparado hacia el cielo. El sargento suspiró y acabó escogiendo al joven Autoclave, más que nada porque sabía que echaba de menos a su mamá.

—Corre como el viento —le dijo—. Aunque supongo que no hará falta que te lo diga, ¿verdad? Y cuando llegues… cuando llegues…

El sargento se quedó como paralizado. Sus labios se movían sin emitir ningún sonido mientras el sol cocía las rocas de la angosta y escarpada cañada, y unos cuantos insectos zumbaban en los resecos matorrales. Su educación no había incluido un cursillo en Últimas Palabras Para La Posteridad.

Acabó alzando la cabeza y volvió los ojos hacia la dirección en que quedaba su hogar.

—Ve y di a los efebenses… —empezó a decir.

Los soldados esperaron en silencio.

—¿Qué les digo? —preguntó Autoclave pasados unos momentos—. De acuerdo, iré allí, pero ¿qué quiere que les diga cuando haya llegado?

—Ve y diles que por qué demonios han tardado tanto —concluyó el sargento.

Otra columna de polvo acababa de aparecer por su lado del horizonte y se aproximaba bastante deprisa.

Aquello ya le gustaba más. Si iba a haber una masacre lo justo era que los dos bandos disfrutaran de ella.

La ciudad de los muertos se extendía delante de Teppic. Después de Ankh-Morpork, que casi podía considerarse como su opuesta en todo (en Ankh incluso las sábanas estaban vivas) probablemente fuese la mayor ciudad de todo el Disco. Sus calles eran las más hermosas, su arquitectura la más majestuosa e impresionante.

En términos de población la necrópolis superaba a las demás ciudades del Viejo Reino, pero sus habitantes casi nunca salían de casa y las noches de los sábados resultaban francamente aburridas.

Hasta ahora.

Porque ahora la necrópolis era un hervidero de actividad.

Teppic se había subido a la punta de un obelisco erosionado por el viento y estaba contemplando cómo los ejércitos de los que habían pasado a mejor vida desfilaban por debajo de él. Las huestes de los muertos eran básicamente de color gris o marrón, con alguna que otra manchita verdosa esparcida al azar. Los monarcas habían sido muy democráticos. En cuanto las pirámides hubieron quedado vacías, cuadrillas de faraones concentraron su atención en las tumbas menores, y ahora la necrópolis por fin podía enorgullecerse de contar con sus comerciantes, sus nobles e incluso sus artesanos; aunque dado que la moda predominante era la venda más o menos envejecida resultaba bastante difícil distinguir a los unos de los otros.

Y hasta el último cadáver liberado se dirigía hacia la Gran Pirámide. Su gigantesca estructura asomaba sobre las más pequeñas de los edificios de mayor antigüedad como un forúnculo que ha soportado demasiados manoseos. El ejército de momias parecía estar muy irritado.

Teppic se dejó caer sobre el tejado de una mastaba, trotó hasta el borde, saltó la distancia que le separaba de una esfinge ornamental —no sin un fugaz momento de preocupación, pero aquella esfinge parecía totalmente inerte—, y una vez allí le bastó con arrojar su gancho para llegar a uno de los pisos inferiores de una pirámide de varios niveles.

Los largos rayos de aquel sol tan disputado alanceaban el paisaje silencioso mientras Teppic saltaba de un monumento a otro haciendo zigzags sobre el ejército tambaleante que seguía avanzando hacia la Gran Pirámide.

«Esto es lo tuyo —le decía su sangre mientras corría velozmente por las venas de su cuerpo inundándolas con un cosquilleo de excitación—. Para esto te adiestraron. Incluso Mericet tendría que darte sobresaliente. Moverse velozmente por entre las sombras deslizándose sobre una ciudad dormida con la agilidad de un gato mientras encuentras asideros que dejarían boquiabierto incluso a un mandril… y con una víctima esperándote en tu punto de destino.»

Cierto, la víctima era una pirámide que pesaba un billón de toneladas, y hasta el momento el cliente de mayor masa inhumado por el Gremio de Asesinos había sido Patricio, el Déspota de Gusania, quien sólo pesaba doscientos treinta kilos, pero aun así…

Un inmenso obelisco cuyos bajorrelieves narraban los logros y hazañas de un faraón que había reinado hacía cuatro mil años —y que habría sido más pertinente si el viento saturado de arena no hubiese borrado el nombre del faraón—, le proporcionó una escalera muy útil. Teppic sólo necesitó lanzar expertamente su gancho desde la punta asegurándolo en los dedos extendidos de la palma de un monarca olvidado y pudo bajar trazando un elegante arco que acabó depositándole sobre el techo de una tumba.

Teppic siguió corriendo, trepando y balanceándose, y su avance dejó un reguero de crampones clavados a toda prisa en los monumentos que conmemoraban la memoria de los muertos.

Los puntitos de luz de las antorchas esparcidos sobre la piedra caliza indicaban la situación de los dos ejércitos. La enemistad que oponía a los dos imperios era tan profunda como estilizada, pero ambos acataban la vieja tradición de que la guerra no debía emprenderse de noche, durante la época de la cosecha o si llovía. La guerra era lo suficientemente importante como para quedar reservada a ciertos momentos solemnes. Ponerse a guerrear en cualquier momento habría reducido toda la solemnidad del combate a una farsa.

El crepúsculo empezó a deslizarse sobre las posiciones de los dos ejércitos acompañados por el martilleo y las ocasionales maldiciones ahogadas, indicadoras de que ambos bandos habían emprendido una considerable labor de carpintería.

Se ha afirmado que los generales siempre están dispuestos a repetir la última guerra que han librado. El último enfrentamiento bélico entre Efebas y Espadarta había tenido lugar hacía unos cuantos miles de años, pero los generales tienen una memoria envidiable y esta vez no les iban a pillar por sorpresa.

Un gigantesco caballo de madera estaba empezando a cobrar forma a cada lado de lo que sería el campo de batalla.

—Se ha ido —dijo Ptaclusp IIb dejándose resbalar por el montón de cascotes.

—Ya iba siendo hora —dijo su padre—. Échame una mano con tu hermano, ¿quieres? ¿Estás seguro de que no le dolerá?

—Bueno, si le vamos plegando con mucho cuidado no podrá moverse en el Tiempo… es decir, en lo que para nosotros es la anchura. Si no puede sentir el transcurso del tiempo no podrá sufrir ningún daño… creo.

Ptaclusp pensó en los viejos tiempos, cuando la construcción de pirámides se limitaba a colocar un bloque de piedra encima de otro y lo único que debías recordar era que a medida que ibas subiendo ponías cada vez menos bloques. Y ahora construir pirámides significaba correr el riesgo de arrugar a tu propio hijo…

—Bueno, si tú lo dices —murmuró, no muy convencido—. Venga, salgamos de aquí.

Reptó cautelosamente sobre los cascotes y asomó la cabeza por encima del montón justo cuando la vanguardia de los muertos doblaba la esquina de la pirámide más cercana.

«Ya está —fue lo primero que le pasó por la cabeza—. Se han hartado y vienen a protestar…»

Había hecho cuanto estaba en sus manos. ¿Qué esperaban? Construir ciñéndose a un presupuesto no siempre resultaba factible. De acuerdo, puede que no todos los dinteles fuesen exactamente tal y como prometían los planos, y en cuanto a la calidad del escayolado y las molduras interiores decir que habían quedado impecables quizá fuera exagerar un poco, pero…

«Es imposible —se dijo—. No pueden haberse puesto de acuerdo para venir a protestar todos a la vez… Hay demasiados.»

Ptaclusp IIb trepó por el montón de cascotes, se colocó junto a su padre y se quedó boquiabierto.

—¿De dónde han salido todos esos clientes? —preguntó.

—Tú eres el experto. Dímelo tú.

—¿Están muertos?

Ptaclusp observó a las siluetas que se aproximaban.

—Si no están muertos algunos de ellos tienen muy mala cara —dijo por fin.

—¡Huyamos!

—¿Adónde? ¿Quiere que trepemos por la pirámide?

La Gran Pirámide se alzaba detrás de ellos y sus vibraciones hacían temblar la atmósfera. Ptaclusp volvió la cabeza hacia la inmensa estructura y la contempló.

—¿Qué va a ocurrir esta noche? —preguntó.

—¿Cómo?

—Bueno, ¿va a…? No sé qué hizo antes, pero… ¿Crees que volverá a hacerlo?

IIb le miró.

—No tengo ni idea.

—¿Y no puedes averiguarlo?

—La única forma es quedarse aquí para ver qué ocurre. Y ni tan siquiera estoy muy seguro de qué fue lo que hizo antes.

—Y cuando lo haga… ¿Crees que nos gustará?

—Tengo la impresión de que no mucho, papá. Oh, cielos…

—¿Qué está pasando ahora?

—Mira hacia allí.

Los sacerdotes acababan de aparecer y se dirigían hacia los muertos. Koomi iba delante, y la masa de túnicas se extendía detrás de él como si fuese la cola de un cometa.

El interior del caballo estaba oscuro y muy caliente. Y también muy atestado.

Los soldados esperaban y sudaban.

—¿Qué ocu-ocurrirá a-ahora, sa-sargento? —tartamudeó el joven Autoclave.

El sargento trató de mover un pie. La atmósfera de amontonamiento general habría sido capaz de provocar claustrofobia incluso en una sardina.

—Bueno, chico… Nos encontrarán, ¿entiendes?, y se quedarán tan impresionados que nos remolcarán hasta su ciudad, y cuando haya oscurecido del todo saldremos de aquí y les pasaremos a cuchillo. O a espada, como resulte más cómodo, y… En fin, una cosa o la otra, ¿de acuerdo? Y después saquearemos la ciudad, quemaremos las murallas y sembraremos el suelo con sal. Ya os lo expliqué todo el viernes, ¿te acuerdas?

—Oh.

Las gotitas de sudor caían de una decena de frentes. Varios soldados estaban intentando escribir una carta a casa y deslizaban sus punzones sobre tablillas de cera que se encontraban a muy pocos grados de la temperatura de fusión.

—¿Y qué ocurrirá después, sargento?

—Pues que volveremos a casa y seremos recibidos como héroes, muchacho.

—Oh.

Los soldados más veteranos no apartaban los ojos de las paredes de madera y parecían bastante nerviosos. Autoclave se removió como si aún estuviera preocupado por algo.

—Sargento… —murmuró—. Mi mamá me dijo que volviera con mi escudo o encima de él.

—Muy bien, muchacho. Tu madre es una gran mujer.

—Pero no nos pasará nada, ¿verdad? ¿Verdad que no, sargento?

El sargento clavó los ojos en la fétida oscuridad que les rodeaba.

Pasado un rato, alguien empezó a tocar la armónica.

Ptaclusp apartó la mirada de la escena que se estaba desarrollando debajo de él.

—Eres el constructor de pirámides, ¿verdad? —preguntó una voz junto a su oreja.

Otra figura acababa de presentarse en el escondite que Ptaclusp había estado compartiendo con su hijo. Iba vestida de negro y su forma de moverse hacía que el caminar de un gato pareciera tan estruendoso como un hombre-orquesta en plena actuación.

Ptaclusp asintió, pero no consiguió responder. Ya había tenido sorpresas más que suficientes para un solo día.

—Bueno, pues desconéctala. Quiero que la desconectes ahora mismo, ¿entendido?

IIb se acercó a ellos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Teppic.

—Vaya, ¿igual que el faraón?

—Sí, igual que el faraón. Y ahora, desconectadla.

—¡Es una pirámide! ¡Las pirámides no se pueden desconectar! —exclamó IIb.

—Bueno, pues haced algo para que descargue la energía que ha ido acumulando.

—Ya lo intentamos anoche. —IIb señaló los restos de la punta—. Papá, haz el favor de desplegar a Dos-A.

Teppic contempló al hermano aplanado sin decir nada durante unos momentos.

—Supongo que es un poster para adornar la pared, ¿no? —murmuró por fin.

IIb inclinó la cabeza. Teppic captó el movimiento y también miró hacia abajo. Los brotes verdes ya le estaban llegando a la altura de los tobillos.

—Lo siento mucho —dijo—. Parece que no hay ninguna forma de evitarlo.

—Sí, ya me imagino que ha de ser horrible —dijo IIb en un tono de voz tirando a frenético—. Ya sé lo mal que lo pasas. En una ocasión me salió una verruga, y recuerdo que me costó muchísimo librarme de ella.

Teppic se acuclilló junto a los restos de la punta.

—Esta cosa… —murmuró—. ¿Para qué sirve? Veo que está recubierta de metal. ¿Por qué?

—Si la pirámide no termina en punta no puede descargar la energía acumulada —dijo IIb.

—¿Así de sencillo? Eso es oro, ¿no?

—No, es electro, una aleación de oro y plata. La punta tiene que ser de electro.

Teppic empezó a arrancar la capa de metal.

—No es de metal sólido —dijo en voz baja.

—Sí, bueno… —murmuró Ptaclusp—. Descubrimos que… eh… que funciona igual de bien con un simple chapado.

—¿Y no podríais usar algo más barato? Algo como… No sé… ¿Acero, por ejemplo?

Ptaclusp lanzó un bufido despectivo. No había tenido un buen día y la cordura era un recuerdo cada vez más lejano, pero seguía habiendo ciertos hechos de los que estaba totalmente seguro.

—No duraría más de un año o dos —dijo—. El rocío, la arena… Te quedarías sin punta antes de que pudieras darte cuenta. Sólo aguantarías unas doscientas o trescientas descargas.

Teppic acercó la cabeza a la pirámide. Estaba muy fría, y zumbaba. Teppic creyó detectar una leve vibración oculta debajo del zumbido, y le pareció que se estaba volviendo más estridente a cada momento que pasaba.

La pirámide se alzaba sobre él. IIb podría haberle explicado que eso era debido a que los muros iban descendiendo en un ángulo de 56 grados exactos, y un efecto conocido como reforzamiento hacía que la pirámide pareciese todavía más alta de lo que era en realidad. Probablemente también habría utilizado palabras como «perspectiva» y «altura virtual».

El mármol negro era tan liso como un cristal. Los canteros habían hecho un trabajo magnífico. Las grietas que había entre cada panel de textura sedosa apenas eran lo bastante anchas para insertar la punta de un cuchillo… pero bastarían.

—¿Y crees que aguantaría una sola descarga? —preguntó Teppic.

Koomi se estaba mordisqueando las uñas, y parecía nervioso.

—Fuego —dijo—. Eso las detendría. Son muy inflamables, todo el mundo lo sabe. O agua… Probablemente se disolverían.

—Algunas de ellas estaban destruyendo las pirámides —dijo el gran sacerdote de Juf, el Dios con Cabeza de Cobra del Papiro.

—No sé por qué será, pero los muertos que salen de la tumba siempre están de muy mal humor —dijo otro sacerdote.

Koomi observó con creciente perplejidad al ejército que se aproximaba hacia ellos.

—¿Dónde está Dios? —preguntó. El anciano gran sacerdote fue empujado hacia la primera fila del grupo de sacerdotes.

—¿Qué he de decirles? —le preguntó Koomi.

Afirmar que Dios sonrió habría sido erróneo. Sonreír no entraba en la lista de actividades musculares que realizase con frecuencia, pero las comisuras de sus labios se arrugaron un poquito y sus párpados se entrecerraron.

—Podrías decirles que los nuevos tiempos exigen nuevos hombres —dijo—. Podrías decirles que ha llegado el momento de abrir paso a personas más jóvenes con ideas frescas. Podrías decirles que se han quedado anticuados. Sí, creo que podrías decirles todo eso…

—¡Me matarían!

—Oh, no creo que tengan tantas ganas de disfrutar de tu compañía durante toda la eternidad.

—¡Sigues siendo gran sacerdote!

—¿Por qué no hablas con ellos? —replicó Dios—. Ah, y que no se te olvide decirles que los tiempos están cambiando y que lo quieran o no tendrán que acostumbrarse a la idea de que vivimos en el Siglo de la Cobra. —Le alargó su báculo—. O como se llame este siglo, me da igual…—añadió.

Koomi sintió que los ojos de sus hermanos y su hermana en el sacerdocio se clavaban en su rostro. Carraspeó, se puso bien los pliegues de la túnica y se volvió hacia las momias.

Las momias estaban canturreando lo que parecía una sola palabra repetida una y otra vez. Koomi no logró distinguirla con claridad, pero fuera la que fuese no cabía duda de que se estaban tomando el cántico con mucho entusiasmo.

Koomi alzó el báculo y la luz acuosa hizo que las serpientes de madera parecieran desusadamente vivas.

Los dioses del Disco —y nos referimos a los dioses del gran consenso popular, los que realmente moran en su Valhalla particular semi-desconectado del mundo que se encuentra en esas montañas centrales de alturas imposibles y que se entretienen observando la ridícula agitación de los mortales mientras redactan quejas interminables en las que se deplora el que la influencia de los gigantes de Hielo haya hecho bajar el valor de las propiedades en las regiones celestes— siempre se han sentido fascinados por la increíble capacidad de decir exactamente las palabras menos adecuadas en el peor momento imaginable, de la que ha dado tan repetidas muestras la humanidad.

No se refieren a errores tan fáciles de cometer como «Os aseguro que no corremos ningún peligro» o «Los que gruñen tanto nunca muerden», sino a frasecitas sencillas que son introducidas en situaciones muy difíciles produciendo un efecto general muy parecido al que se obtendría si se deslizara una barra de acero entre los engranajes de una turbina de 660 megawatios de potencia que gira a 3.000 revoluciones por minuto.

Y cualquier estudioso de esa curiosa tendencia a meter la extremidad locomotora allí donde debería estar la lengua que distingue a la humanidad debería estar de acuerdo en que cuando se abran los sobres que contienen las votaciones de los jueces la maravillosa aportación de Ptra-hi-dor Koomi —«Abandonad este lugar, espectros repugnantes y pestilenciales», para ser exactos—, contará con muchas posibilidades de ser considerada como el saludo más imbécil y poco adecuado de todos los tiempos.

La primera fila de antepasados se detuvo, pero la presión de los que venían detrás hizo que siguiera avanzando un poquito antes de volver a inmovilizarse.

Teppicamón XXVII —los veintiséis Teppicamones anteriores habían conferenciado entre ellos y habían decidido nombrarle portavoz—, se tambaleó hacia Koomi en solitario y acabó cogiendo al tembloroso sacerdote por los brazos.

—¿Qué has dicho? —le preguntó afablemente. Koomi puso los ojos en blanco. Su boca se abrió y se cerró, pero su voz era lo bastante inteligente para comprender que aquel quizá no fuese el momento más adecuado para abandonar el refugio.

Teppicamón se inclinó sobre el sacerdote hasta que su rostro vendado casi rozó su puntiaguda nariz.

—Me acuerdo de ti —gruñó—. Te he visto por el palacio, y recuerdo que siempre me hacías pensar en una mancha de aceite… «Ahí va el tipo más rastrero y untuoso que he visto en toda mi vida.» Sí, recuerdo haber pensado eso al verte.

Se volvió hacia los otros sacerdotes.

—Todos sois sacerdotes, ¿verdad? Habéis venido a decir que lo lamentáis, ¿no? ¿Dónde está Dios?

Los antepasados dieron un paso colectivo hacia adelante y empezaron a murmurar. Llevar cientos de años muerto hace que no te sientas muy inclinado a ser generoso con las personas que se aseguraron de que ibas a disfrutar de una eternidad muy larga y agradable. El faraón Tharum-ba-net —quien había pasado cinco mil años de encierro sin más distracción que el reverso de la tapa de su sarcófago—, perdió el control de sus amojamados nervios y tuvo que ser contenido por algunos de sus colegas más jóvenes, lo que produjo un considerable tumulto en el centro de la multitud de momias.

Teppicamón volvió a concentrar su atención en Koomi, quien seguía paralizado delante de él.

—Espectros repugnantes y pestilenciales, ¿eh? —murmuró.

—Yo… Esto… —balbuceó Koomi.

—Bájale. —Dios recuperó el báculo de entre los cada vez más fláccidos dedos de Koomi, quien no opuso ninguna resistencia—. Soy Dios, el gran sacerdote —dijo—. ¿Por qué estáis aquí?

La voz de Dios no podía ser más tranquila y razonable, y vibraba con los matices de la autoridad preocupada pero indiscutible. Era una voz que los faraones de Djelibeibi habían oído durante millares de años, una voz que había regulado los días, prescrito los rituales, dividido el tiempo en rebanadas cuidadosamente medidas e interpretado los deseos y la voluntad de los dioses para transmitírsela a los hombres. Era una voz indiscutible que debía ser obedecida, y oírla trajo a la memoria de los antepasados un sinfín de viejos recuerdos. Las momias se removieron nerviosamente y unas cuantas llegaron a inclinar la cabeza para contemplarse los vendajes de los pies en una clara muestra de incomodidad.

Uno de los faraones más jóvenes se separó de la primera fila de antepasados y avanzó tambaleándose hacia Dios.

—Maldito hijo de perra… —graznó—. Nos hiciste embalsamar y nos fuiste encerrando uno a uno mientras tú seguías viviendo. Todo el mundo creía que el nombre se transmitía de un gran sacerdote a otro, pero siempre eras tú. ¿Cuántos años tienes, Dios?

No hubo ni el más mínimo sonido. Nadie se movió. Una brisa jugueteó con unos cuantos granos de polvo creando un pequeño remolino.

Dios suspiró.

—No quería hacerlo —dijo—. Había tantas cosas de las que ocuparse… El día nunca parecía tener horas suficientes. Os juro que no comprendí lo que estaba ocurriendo. Pensaba que era… refrescante, nada más. No sospeché nada. Sólo tenía ojos para la sucesión de los rituales, no para el transcurrir de los años.

—Supongo que en tu familia es habitual vivir muchos años, ¿no? —preguntó Teppicamón sarcásticamente. Dios le miró fijamente y sus labios se movieron sin emitir ningún sonido.

—Familia… —dijo por fin, y su voz se había suavizado dejando de ser el ladrido seco que esperaba ser obedecido de costumbre—. Familia. Sí. Supongo que debí de tener una familia, ¿no? Pero… Bueno, me temo que no me acuerdo de ella. La memoria es lo primero que desaparece. Por extraño que pueda pareceros, las pirámides son capaces de conservarlo todo salvo la memoria.

—¿Y éste es Dios, el que redacta las notas a pie de página de la historia? —preguntó Teppicamón.

—Ah. —El gran sacerdote sonrió—. La memoria desaparece de la cabeza, pero los recuerdos me rodean por todas partes. Todos los pergaminos, todos los libros…

—¡Pero todo eso es la historia del reino!

—Sí. Mi memoria…

El faraón se tranquilizó un poco. La fascinación horrorizada que se estaba adueñando de él era tan intensa que estaba empezando a deshacer el nudo de la furia.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Creo que… unos siete mil. Pero a veces me parece que ha pasado mucho más tiempo.

—¿Realmente tienes siete mil años?

—Sí —dijo Dios.

—¿Y cómo es posible que un ser humano pueda aguantar el vivir tanto tiempo? —preguntó el faraón.

Dios se encogió de hombros.

—Si lo piensas bien te darás cuenta de que basta con ir aguantando cada día tal y como viene —dijo.

Hincó una rodilla en el suelo moviéndose muy despacio y con alguna que otra mueca de dolor, y extendió sus manos temblorosas con el báculo sobre las palmas.

—Oh, monarcas —dijo—. Siempre he existido única y exclusivamente para servir.

Hubo un silencio muy largo y extremadamente incómodo.

—Destruiremos las pirámides —dijo Far-re-ptah abriéndose paso por entre las momias de la primera fila.

—Destruirías el reino —dijo Dios—. No puedo permitirlo.

—¿Que no puedes permitirlo?

—Sí. ¿Qué seremos sin las pirámides? —preguntó Dios.

—Bueno, hablando en nombre de los muertos… Seremos libres —replicó Far-re-ptah.

—Pero entonces el reino no será más que otro pequeño país como hay muchos —dijo Dios, y cuando alzó la cabeza los antepasados se horrorizaron al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Todo lo que nos es precioso, todo lo que valoramos… Haréis que flote a la deriva por el tiempo. Se volverá incierto, sin guía… Se volverá mudable.

—Tendrá que correr esos riesgos —dijo Teppicamón—. Apártate, Dios.

Dios alzó su báculo. Las serpientes enroscadas a su alrededor se desenroscaron, miraron al faraón y le amenazaron con un siseo estridente.

Relámpagos oscuros empezaron a chisporrotear entre las filas de antepasados. Dios contempló su báculo con cara de asombro. Hasta aquel momento el báculo nunca había hecho nada remotamente semejante, pero siete mil años de generaciones sacerdotes habían creído en lo más hondo de sus corazones que el báculo de Dios podía regir este mundo y el siguiente.

El repentino silencio que se produjo a continuación permitió oír con toda claridad el débil tintineo de la punta de un cuchillo al ser introducida entre dos losas de mármol negro situadas muy por encima de las momias y los sacerdotes.

La pirámide palpitaba debajo de Teppic y el mármol estaba tan resbaladizo como si fuese hielo. La inclinación hacia adentro del obstáculo no le ayudaba tanto como había esperado.

«El truco está en no mirar hacia arriba o hacia abajo —se dijo—, sino mantener la mirada fija en el mármol que tienes delante de los ojos. Hay que parcelar esa altura imposible en secciones que puedan ser manejadas. Igual que hacemos con el tiempo… Así es como sobrevivimos a lo infinito. Lo matamos dividiéndolo en pedacitos muy pequeños.»

Teppic oyó gritos debajo de él y se arriesgó a lanzar una rápida ojeada por encima de su hombro. Apenas había recorrido una tercera parte de la distancia que debía escalar, pero podía ver las multitudes congregadas al otro lado del río, una masa gris puntuada por las manchitas pálidas de los rostros vueltos hacia arriba. Más cerca de él estaba el pálido ejército de los muertos encarado con el grupito grisáceo de los sacerdotes, con Dios al frente de ellos. Parecía como si estuvieran discutiendo.

El sol ya casi rozaba el horizonte.

Teppic alargó el brazo, localizó la siguiente hendidura, encontró un asidero…

Dios divisó la cabeza de Ptaclusp asomando por encima del montón de cascotes y envió a un par de sacerdotes para que se lo trajeran. IIb siguió a su padre con su hermano cuidadosamente doblado debajo del brazo.

—¿Qué está haciendo el chico? —preguntó Dios.

—Oh, Dios, dijo que iba a descargar la energía acumulada en la pirámide —replicó Ptaclusp.

—¿Cómo puede hacer eso?

—Oh, gran sacerdote, dice que va a taparla antes de que se ponga el sol.

—¿Y es posible hacerlo? —preguntó Dios volviéndose hacia el arquitecto.

IIb dudó unos momentos antes de responder.

—Quizá —dijo por fin.

—¿Y qué ocurrirá? ¿Volveremos al mundo exterior?

—Bueno, eso depende de si el efecto dimensional ha quedado encajado, por así decirlo, o de si resulta estable en cada estado o si, por el contrario, la pirámide está actuando como una gigantesca banda elástica sometida a una fuerte tensión…

La intensidad de la mirada de Dios hizo que su voz fuera bajando de tono hasta convertirse en un tartamudeo casi inaudible que no tardó en desvanecerse.

—No lo sé —admitió.

—Volver al mundo exterior… —dijo Dios—. No es nuestro mundo. Nuestro mundo es el Valle. Nuestro mundo es un lugar ordenado. Los hombres necesitan orden.

Alzó su báculo.

—¡Ése de ahí es mi hijo! —gritó Teppicamón—. ¡No te atrevas a hacerle nada! ¡Es el faraón!

Las filas de antepasados oscilaron de un lado a otro, pero no consiguieron romper el hechizo.

—Esto… Dios… —murmuró Koomi.

Dios se volvió hacia él y enarcó las cejas.

—¿Has hablado? —le preguntó.

—Eh… Si es el faraón, entonces… Eh… Entonces yo… Es decir, nosotros… creemos que quizá deberías permitir que siguiera adelante… Eh… ¿No te parece que sería una buena idea?

El báculo de Dios sufrió un espasmo, y Koomi sintió la fría presión de las bandas de energía que se cerraron alrededor de sus miembros dejándole totalmente inmovilizado.

—He dado mi vida por el reino —dijo el gran sacerdote—. La he dado una y otra vez, ¿entiendes? Yo creé cuanto existe. He de cumplir con mi deber hacia lo que he creado.

Y entonces vio a los dioses.

Teppic se izó otro medio metro más y extendió cautelosamente un brazo para sacar un cuchillo del mármol, pero ya se había dado cuenta de que el método no iba a funcionar. La escalada con cuchillos era útil para salvar distancias cortas e incómodas carentes de otra clase de asideros, y aun así casi todos los asesinos la tenían en muy poca estima porque sugería que habías escogido una ruta equivocada. No era para este tipo de obstáculos, a menos que contaras con un suministro ilimitado de cuchillos.

Volvió a mirar por encima de su hombro y vio cómo extraños juegos de luces y sombras parpadeaban sobre la cara de la pirámide.

Los dioses estaban volviendo del crepúsculo, donde habían estado muy entretenidos con sus interminables discusiones y peleas.

Ahora avanzaban tambaleándose a través de los campos y los cañaverales, y venían hacia la pirámide. Apenas poseían un cerebro digno de ese nombre, pero eso no les impedía comprender lo que era. Quizá incluso comprendían lo que Teppic estaba intentando hacer. El que la inmensa mayoría tuviera cabeza de animal dificultaba considerablemente afirmarlo con seguridad, pero Teppic tuvo la impresión de que los dioses estaban muy enfadados.

—¿Vas a controlarlos, Dios? —preguntó el faraón—. ¿Vas a decirles que el mundo debería seguir igual eternamente y no cambiar nunca?

Dios alzó los ojos hacia las criaturas que habían empezado a vadear el río empujándose y peleando las unas con las otras. Había demasiados dientes, demasiadas lenguas colgantes que asomaban por las fauces entreabiertas. Las partes humanas de los dioses se estaban empequeñeciendo a cada momento que pasaba. Un dios de la justicia con cabeza de león —Dios recordó que se llamaba Put—, estaba usando sus escamas como flagelo con el que golpear a uno de los dioses del río. Chefet, el Dios con Cabeza de Perro de la metalurgia, gruñía y atacaba con su martillo a todas las deidades que se le aproximaban lo suficiente. «Chefet —pensó Dios—, la deidad que yo creé para que sirviera de ejemplo a los hombres en todo lo referente al arte del alambre, la filigrana y las bellezas diminutas…»

Y aun así el truco había funcionado. Dios había tomado a un grupo de vagabundos del desierto y les había enseñado cuanto podía recordar referente a las artes de la civilización y los secretos de las pirámides. Ah, qué desesperadamente había necesitado a los dioses entonces…

El problema con los dioses es que en cuanto un número suficiente de personas empieza a creer en ellos tienen la molesta costumbre de hacerse reales, y lo que empieza a existir en ese momento no es lo que se había pretendido originalmente.

«Chefet, Chefet… —pensó Dios—. Creador de anillos, moldeador de los metales. Ahora ha salido de nuestras cabezas, y ved cómo sus uñas se alargan convirtiéndose en garras…»

Dios no había imaginado así a sus deidades.

—Alto —gritó—. ¡Os ordeno que os detengáis! Tenéis que obedecerme. ¡Yo os creé!

Dios no tardó en descubrir que las divinidades tienen otro grave defecto: son unas desagradecidas.

Teppicamón sintió cómo el poder que le envolvía se iba debilitando a medida que Dios desviaba su atención hacia los asuntos eclesiásticos más apremiantes. Volvió la cabeza hacia la minúscula silueta que había recorrido la mitad de la cara de la pirámide y vio cómo vacilaba.

El resto de los antepasados también lo vio y reaccionó como un solo cadáver. Sabían lo que tenían que hacer. Dios podía esperar.

Aquello era un asunto de familia.

Teppic oyó cómo la empuñadura del cuchillo se partía con un chasquido debajo de su pie, se deslizó unos centímetros hacia abajo y acabó quedando inmóvil suspendido de una mano. Había conseguido clavar otro cuchillo por encima de su cabeza pero… No, no iba a servirle de nada. No podía llegar hasta él. A efectos prácticos era como si sus brazos se hubieran convertido en dos trozos de cuerda empapada. Si desplegaba los miembros al máximo durante su deslizamiento por la cara de la pirámide quizá conseguiría reducir la velocidad lo suficiente para…

Miró hacia abajo y vio a los escaladores que venían hacia él, una extraña marea que se movía rápidamente hacia arriba.

Los antepasados subían por la cara de la pirámide sin hacer ningún ruido y se deslizaban como insectos. Cada nueva hilera ocupaba su posición sobre los hombros de la generación que tenía debajo, y después los más jóvenes trepaban hasta quedar por encima de ella. Manos huesudas agarraron a Teppic, la ola de momias se rompió a su alrededor y su cuerpo fue medio empujado medio izado a lo largo de las losas de mármol. Voces que recordaban al crujir de los sarcófagos resonaron en sus oídos gimiendo palabras de ánimo.

—Bien hecho, chico —graznó una momia que estaba empezando a desintegrarse mientras le colocaba sobre su hombro—. Me recuerdas a mí cuando estaba vivo. Tuyo, hijo.

—Ya lo tengo —dijo el cadáver de encima tirando de Teppic sin ninguna dificultad con un solo brazo—. Así me gusta, muchacho… El viejo espíritu indomable de la familia, ¿eh? Tu tío tatarabuelo te desea lo mejor, aunque supongo que no te acordarás de mí. Marchando hacia arriba…

Otros antepasados pasaron junto a Teppic dejándole atrás mientras él iba siendo transmitido de una mano a otra. Dedos muy viejos capaces de ejercer tanta presión como si fuesen de acero tiraron de él y fueron llevándole hacia las alturas.

La pirámide se iba estrechando.

Ptaclusp lo observaba todo desde abajo con expresión pensativa.

—Menuda fuerza laboral —dijo—. Quiero decir que… ¡Caray, pero si los de la base están aguantando todo el peso!

—Papá, creo que será mejor que huyamos —dijo Ptaclusp IIb—. Esos dioses están cada vez más cerca.

—¿Crees que podríamos contratarles? —preguntó Ptaclusp sin hacer ningún caso de su advertencia—. Están muertos. No creo que quieran cobrar un sueldo muy alto, y…

—¡Papá!

—Sería algo así como una auto-construcción de…

—Dijiste que se acabaron las pirámides, papá. Dijiste que nunca más, ¿lo recuerdas? ¡Y ahora, vamos!

Teppic logró llegar a la cima de la pirámide ayudado por los dos últimos antepasados. Uno de ellos era su padre.

—Por cierto, creo que no conociste a tu bisabuela —dijo Teppicamón señalando a la otra figura envuelta en vendajes que le había izado hasta allí.

La momia saludó a Teppic con una amable inclinación de cabeza y Teppic abrió la boca.

—No hay tiempo —dijo su bisabuela—. Lo estás haciendo muy bien, jovencito.

Teppic volvió la cabeza hacia el sol. El sol era un profesional con milenios de veteranía en el oficio, y escogió aquel preciso instante para precipitarse sobre el horizonte. Los dioses ya habían cruzado el río, y lo único que frenaba su avance era su tendencia a empujarse y ponerse zancadillas los unos a los otros, pero a pesar de eso los primeros ya empezaban a tambalearse por las calles de la necrópolis. Unos cuantos permanecían inclinados sobre el punto donde había estado Dios.

Los antepasados se dejaron caer y fueron resbalando a lo largo de la pirámide tan deprisa como habían subido por ella dejando a Teppic solo sobre unos pocos metros cuadrados de roca.

Un par de estrellas asomaron en el firmamento.

Los antepasados se apresuraron a dispersarse para cumplir con algún quehacer secreto, y Teppic vio un torrente de siluetas blancas que avanzaban hacia la ancha banda que era el río tambaleándose con una sorprendente velocidad.

Los dioses ya habían dejado de interesarse por el gran sacerdote, aquel extraño humano diminuto del palito y la voz cascada. El dios más cercano —una criatura con cabeza de cocodrilo—, entró en la plaza que se extendía debajo de la pirámide, contempló a Teppic durante unos momentos, entrecerró los ojos y extendió un brazo hacia él. Teppic buscó a tientas un cuchillo preguntándose qué modelo sería el más adecuado para los dioses…

Y las pirámides esparcidas a lo largo del Djel empezaron a iluminarse para descargar la mísera cosecha de tiempo que habían acumulado…

Los sacerdotes y los antepasados huyeron a la carrera en cuanto el suelo empezó a temblar. Incluso los dioses pusieron cara de sorpresa.

IIb agarró a su padre del brazo y empezó a tirar de él.

—¡Vamos! —le gritó acercando la boca a su oreja—. ¡No podemos estar aquí cuando descargue! ¡Si nos quedamos tendrán que acostarnos en un colgador de ropa!

Unas cuantas pirámides más emitieron sus descargas, unos chispazos muy débiles que apenas resultaban visibles y se confundían con los restos de claridad dejados por el crepúsculo.

—¡Papá, ya te he dicho que tenemos que irnos!

Ptaclusp fue arrastrado sobre las losas sin apartar la mirada de la impresionante masa de la Gran Pirámide.

—Aún hay alguien ahí —dijo—. Mira. Y señaló hacia la silueta que se alzaba en el centro de la plaza.

IIb forzó la vista intentando ver algo en la creciente penumbra.

—No es más que Dios, el gran sacerdote —dijo por fin—. Supongo que debe de estar planeando algo y ya sabes que siempre es mejor no meterse en los asuntos de los sacerdotes, y… ¿Quieres hacer el favor de venir conmigo?

El dios con cabeza de cocodrilo movió su hocico de un lado a otro intentando centrar la mirada en Teppic sin gozar del beneficio de la visión binocular. Visto tan de cerca su cuerpo parecía ligeramente transparente, como si alguien hubiera esbozado todas las líneas de un dibujo y se hubiera hartado de él antes de que llegara el momento de hacer el sombreado. El dios pisó una tumba de pequeño tamaño y la redujo a polvo.

Una mano que parecía un haz de canoas terminadas en garras quedó suspendida sobre Teppic. La pirámide tembló y la piedra que había debajo de sus pies parecía estar un poco más caliente que antes, pero aparte de eso la inmensa estructura se abstuvo de dar ninguna señal de que quisiera descargar la energía que había acumulado.

La mano descendió. Teppic se dejó caer sobre una rodilla y, más por desesperación que por otra cosa, alzó el cuchillo por encima de su cabeza sosteniéndolo con las dos manos.

La luz se reflejó durante un momento en la punta del cuchillo y la Gran Pirámide descargó su energía.

Empezó haciéndolo en el más absoluto silencio enviando hacia los cielos un chorro de llamas que eran una pura tortura para los ojos y que convirtieron todo el reino en un zigzagueo de sombras negras y luz blanca, unas llamas que podrían haber transformado a cualquier observador no sólo en columna de sal sino en todo un juego de especias selectas. La luz explotó como un diente de león que se desintegra en el aire, y el estallido resultó tan silencioso como el de la luz de las estrellas y tan terriblemente intenso como el de una supernova.

El sonido no llegó hasta varios segundos después de que la luz hubiera estado bañando la necrópolis con su resplandor imposible, y era la clase de sonido que se va infiltrando a través de los huesos, se desliza hasta el interior de cada célula del cuerpo e intenta darle la vuelta con un cierto grado de éxito. Era demasiado potente para que se le pudiera llamar ruido. Hay sonidos que no pueden oírse precisamente porque son increíblemente potentes, y aquel era uno de ellos.

El sonido acabó dignándose abandonar la escala cósmica y se convirtió en el estruendo más ensordecedor jamás experimentado por todos los que lo oyeron.

El ruido se esfumó en la nada y llenó el aire con el oscuro tintineo metálico del silencio repentino. La luz se desvaneció perforando la noche con un sinfín de imágenes residuales azules y púrpuras. No eran el silencio y la oscuridad de la conclusión sino el de la pausa, como ese instante de equilibrio en el que una pelota arrojada al aire agota su aceleración pero aún no se ha dado cuenta de que existe algo llamado gravedad y durante un momento fugaz piensa que lo peor ha terminado.

La nueva etapa de la descarga fue anunciada por un zumbido muy agudo que surgió del cielo y por un torbellinear que se convirtió en un resplandor, y el resplandor se convirtió en una llama y la llama se convirtió en una claridad cegadora que salió disparada hacia abajo envuelta en chisporroteos y crujidos hasta acabar chocando con la masa de mármol negro de la pirámide. Los dedos del relámpago se extendieron con un nuevo chisporroteo y se enterraron en las tumbas de menores dimensiones que se alzaban alrededor de la Gran Pirámide, y serpientes de fuego blanco se abrieron un camino llameante que las llevó de una pirámide a otra moviéndose velozmente por toda la necrópolis hasta que el aire quedó saturado por el olor pestilente de la piedra quemada.

Y la Gran Pirámide que ocupaba el centro de aquella tormenta de fuego pareció moverse unos centímetros hacia arriba flotando sobre un haz de incandescencia, y dio un giro de noventa grados. Es prácticamente seguro que se trató del tipo de ilusión óptica muy especial y poco frecuente que puede producirse incluso cuando no hay nadie presente para observarla.

Y después estalló con engañosa lentitud y más que considerable dignidad.

La palabra «estallar» casi resulta demasiado vulgar y poco precisa. Lo que hizo exactamente la Gran Pirámide fue esto: se disgregó convirtiéndose en un montón de masas de piedra tan grandes como edificios, que flotaron alejándose lentamente unas de otras en un tranquilo planear que las fue dispersando sobre la necrópolis. Unas cuantas chocaron con otras pirámides y les causaron graves daños de una forma que sólo puede definirse como entre perezosa y distraída, y rebotaron en el más absoluto silencio para seguir moviéndose cada vez más despacio hasta que acabaron deteniéndose detrás de una montaña de cascotes.

El retumbar no llegó hasta ese momento, y siguió durante un período de tiempo francamente largo.

Una nube de polvo gris rodaba lentamente sobre el reino.

Ptaclusp logró incorporarse y avanzó cautelosamente con las manos extendidas delante de él hasta que tropezó con alguien. Pensó en la clase de personas que había visto rondando por allí últimamente y se estremeció, pero pensar le resultaba bastante difícil porque al parecer algo le había golpeado en la cabeza hacía poco y…

—Muchacho, ¿eres tú? —se arriesgó a preguntar.

—Papá, ¿eres tú?

—Sí —dijo Ptaclusp.

—Soy yo, papá.

—Me alegra que seas tú, hijo.

—¿Puedes ver algo?

—No. Sólo hay nieblas y neblinas.

—Doy gracias a los dioses por eso. Creí que era yo.

—Oye… Eres tú, ¿verdad? Dijiste que eras tú.

—Sí, papá.

—¿Y tu hermano? ¿Está bien?

—Lo tengo a buen recaudo dentro de mi bolsillo, papá.

—Estupendo. Mientras no le haya ocurrido nada…

Siguieron avanzando lo más despacio posible y treparon sobre cascotes y fragmentos de bloques que apenas podían ver.

—Algo ha explotado, papá —dijo IIb—. Creo que ha sido la pirámide.

Ptaclusp se frotó la parte superior de la cabeza. Dos toneladas de roca volante habían estado a punto de convertirle en material de construcción adecuado para edificar una de sus propias pirámides, y si se hubiese acercado un milímetro más lo habrían conseguido.

—Supongo que todo ha sido culpa de ese cemento que le compramos a Marco el efebense.

—Creo que esto ha sido algo más grave que un dintel caprichoso que ha decidido no seguir aguantando su parte del peso total, papá —dijo IIb—. De hecho, creo que ha sido muchísimo más grave.

—Parecía un poquito… no sé cómo decirlo… un poquitín demasiado arenoso, ¿me explico?

—Creo que deberías sentarte en algún sitio y descansar un rato, papá —dijo IIb con la mayor amabilidad posible—. Aquí está Dos-A. Vamos, cógelo y no lo pierdas.

Siguió avanzando en solitario, trepó sobre una losa cuya textura y apariencia general eran sospechosamente parecidas a las del mármol negro, y llegó a la conclusión de que lo que más deseaba encontrar en esos momentos era un sacerdote. Los sacerdotes tenían que servir de algo, y aquél parecía ser la clase de momento y situación en que quizá necesites tener a mano uno para que te consuele y te alivie o quizá, como insistía tozudamente una parte de su cerebro, para destrozarle la cabeza con una roca.

Lo que encontró fue alguien que estaba a cuatro patas y tosía. IIb le ayudó a levantarse —en cuanto lo hizo descubrió que «alguien» era la palabra adecuada, aunque hubo un momento en el que temió que fuese más bien «algo»—, y le ayudó a sentarse sobre otro trozo de… sí, casi estaba seguro de que era mármol.

—¿Eres sacerdote? —preguntó mientras buscaba a tientas entre los cascotes.

—Soy Dil, jefe de embalsamadores —murmuró la figura.

—Ptaclusp IIb, arquitecto paracós… —empezó a decir IIb, pero sospechó que los arquitectos no iban a ser demasiado populares por aquella zona durante una temporada y se apresuró a corregirse a sí mismo—. Soy ingeniero —dijo—. ¿Estás bien?

—No lo sé. ¿Qué ha ocurrido?

—Me parece que la pirámide ha explotado —dijo IIb.

—¿Estamos muertos?

—No lo creo. Después de todo parece que puedes hablar y caminar, ¿no?

Dil se estremeció.

—Ay, no es tan fácil distinguir a los muertos de los vivos con esos criterios, créeme. ¿Qué es un ingeniero?

—Oh, es un constructor de acueductos —se apresuró a replicar IIb—. Los acueductos van a hacer furor en el futuro, ¿sabes?

Dil se puso en pie con cierta dificultad.

—Necesito beber —dijo—. Busquemos el río.

Pero antes encontraron a Teppic.

Teppic estaba agarrado a un trocito de pirámide que había creado un cráter de moderadas dimensiones al chocar con el suelo.

—Le conozco —dijo IIb—. Es el tipo que estaba en la cima de la pirámide. Esto es ridículo… ¿Cómo ha conseguido sobrevivir a algo semejante?

—¿Y de dónde han salido todos esos tallos de maíz que hay a su alrededor? —preguntó Dil poniendo cara de asombro.

—Bueno, quizá sea debido a alguna clase de efecto colateral que sólo se produce si te encuentras en el centro de la descarga o algo así —dijo IIb pensando en voz alta—. Una especie de zona tranquila, como la que hay en el centro de un remolino… —Alargó la mano de forma instintiva hacia su tablilla de cera, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y no llegó a completar el gesto. El ser humano no había sido hecho para comprender todas las cosas en que metía las narices—. ¿Está muerto? —preguntó.

—A mí no me mires, ¿eh? —exclamó Dil, y se apresuró a dar un paso hacia atrás.

Había estado redactando una lista mental de las ocupaciones a que podía dedicarse en el futuro, y había llegado a la conclusión de que el de tapicero podía ser un oficio bastante atractivo. Por lo menos los sillones no se levantaban y empezaban a caminar de un lado a otro después de que los hubieses rellenado…

IIb se inclinó sobre Teppic.

—Mira lo que tiene en la mano —dijo mientras le separaba los dedos con la máxima delicadeza posible—. Es un trozo de metal derretido. ¿Para qué llevaría eso encima?

Teppic estaba soñando…

Vio a siete vacas muy gordas y a siete vacas muy flacas, y una de ellas iba montada en una bicicleta.

Vio a unos cuantos camellos que cantaban, y lo más extraño era que la canción alisaba las arrugas de la realidad.

Vio a un dedo que escribía en la cara de una pirámide: Seguir adelante es fácil. Volver atrás exige (continua en la cara siguiente…).

Teppic caminó alrededor de la pirámide y vio que el dedo seguía escribiendo. Un esfuerzo de voluntad, porque resulta mucho más difícil. Gracias por su atención.

Teppic pensó en las palabras que acababa de leer y se dio cuenta de que aún le quedaba una cosa por hacer. Antes nunca había tenido ni idea de cómo podía hacerse, pero ahora se daba cuenta de que todo consistía en números colocados de una forma especial. Todo lo mágico no era más que una forma de describir el mundo en las palabras de un lenguaje que éste no podía ignorar.

El esfuerzo hizo que lanzara un gruñido.

Hubo un breve momento de velocidad.

Dil y IIb miraron a su alrededor. Un torrente de haces luminosos se abrieron paso por entre la neblina y las nubes de polvo, y convirtieron el paisaje en oro viejo.

Y el sol empezó a subir por el cielo.

El sargento abrió cautelosamente la trampilla disimulada en el vientre del caballo. Cuando se convenció de que el diluvio de lanzas que había estado esperando no iba a materializarse ordenó a Autoclave que desenrollara la escala de cuerda, bajó por ella e inspeccionó el frío amanecer del desierto.

El nuevo recluta le siguió, puso las sandalias sobre la arena y empezó a dar saltitos apoyándose alternativamente en una y en otra. El suelo del desierto casi estaba congelado, pero cuando llegase la hora del almuerzo ya se habría puesto lo bastante caliente para que se pudieran freír huevos en él.

—Ahí —dijo el sargento señalando con el dedo—. ¿Ves las líneas espadartanas, muchacho?

—A mí me parece que eso es una hilera de caballos de madera, sargento —dijo Autoclave—. Y para ser exactos el del extremo parece un caballo balancín.

—Supongo que será el de los oficiales. Bah, esos espadartanos deben de creer que nos chupamos el dedo…

El sargento dio unas cuantas patadas sobre la arena para insuflar algo de vida en sus piernas, tragó un par de bocanadas de aire fresco y empezó a trepar por la escala de cuerda.

—Vamos, muchacho —dijo volviéndose hacia Autoclave.

—¿Por qué hemos de volver ahí dentro?

El sargento se quedó inmóvil con un pie suspendido a unos centímetros del travesaño de la escala sobre el que iba a ponerlo.

—Usa tu sentido común, chaval. Si nos ven tomando el fresco aquí jamás vendrán a por nuestros caballos de madera, ¿verdad? Es lógico, ¿no?

—¿Entonces está seguro de que vendrán? —preguntó Autoclave.

El sargento le contempló con el ceño fruncido.

—Escucha, soldado —dijo—, cualquiera que sea lo suficientemente estúpido para creer que volveremos a nuestra ciudad remolcando un montón de caballos de madera llenos de soldados tiene que ser lo suficientemente imbécil para remolcar nuestros caballos hasta su ciudad. QED.

—¿QED, sargento? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que vuelvas a subir por la maldita escala de cuerda, chaval.

Autoclave se apresuró a colocarse en la posición de firmes y le saludó.

—Sargento, ¿me da su permiso antes para excusarme?

—¿Excusarte de qué?

—Necesito excusarme unos momentos, sargento —dijo Autoclave con creciente desesperación—. Quiero decir que… Ahí dentro se está muy apretado, sargento, no sé si me entiende y…

—Si quieres seguir siendo un soldado de caballería tendrás que desarrollar tu fuerza de voluntad y el control de ti mismo, muchacho. Ya lo sabes, ¿no?

—Sí, sargento —dijo Autoclave con voz abatida.

—Dispones de un minuto.

—Gracias, sargento.

Un segundo después de que la trampilla se cerrara sobre su cabeza Autoclave corrió hacia una de las gigantescas patas del caballo y le dio un uso que jamás había pasado por las mentes de quienes lo habían diseñado.

Y mientras estaba distraído con los ojos clavados en la nada, absorto en ese estado contemplativo casi zen que se produce en momentos semejantes, oyó un «pop» muy suave y todo un valle fluvial apareció delante de él.

No es la clase de cosa que debiera ocurrirle a un chico diligente y que se esfuerza por hacerlo todo lo mejor posible, especialmente si se da la casualidad de que el chico en cuestión tiene que lavarse el uniforme.

Una brisa procedente del mar se adentró en el reino trayendo consigo la leve sospecha… no, rugiendo innegables sugerencias de sal, calamares y líneas de marea requemadas por el sol. Unas cuantas aves marinas más bien perplejas empezaron a moverse en círculos sobre la necrópolis donde el viento correteaba por entre los bloques caídos mientras cubría de arena los monumentos conmemorativos erigidos en honor de los monarcas de la antigüedad, y los pájaros se las arreglaron para decir más con un simple vaciar de estómagos de cuanto Ozimandias había conseguido llegar a decir nunca.

El viento cortaba con un filo fresco y nuevo que no resultaba nada desagradable. Las personas que estaban reparando los daños causados por los dioses sintieron el impulso de volver la cara hacia él como el pez que se vuelve hacia el chorro de agua fresca y límpida que acaba de entrar en su charca.

Nadie estaba trabajando en la necrópolis. Casi todas las pirámides habían perdido sus niveles superiores y desprendían hilillos de humo que hacían pensar en volcanes recién extinguidos. Las losas de mármol negro se habían esparcido un poco por todas partes puntuando el paisaje. Una de ellas casi había conseguido decapitar una excelente estatua de Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre.

Los antepasados se habían esfumado. De momento nadie se había ofrecido voluntario para averiguar dónde estaban.

Hacia el mediodía un barco con todo el velamen desplegado empezó a subir por el Djel. El barco resultaba bastante engañoso. Parecía moverse con la perezosa lentitud de un hipopótamo gordo que no cuenta con ninguna protección, y hacía falta observarlo durante algún tiempo para percatarse de que también avanzaba a una velocidad francamente notable. El barco acabó dejando caer el ancla delante del palacio.

Y pasado un rato bajó un bote.

Teppic estaba sentado en el trono y observaba cómo la vida del reino se iba recomponiendo a sí misma igual que un espejo roto que ha sido reparado y refleja la misma vieja luz de siempre en formas tan nuevas como inesperadas.

Nadie estaba muy seguro de en calidad de qué ocupaba el trono ahora, pero no había nadie más que tuviera muchas ganas de ocuparlo y oír instrucciones pronunciadas por una voz límpida y segura de sí misma era un gran alivio. Una voz límpida y segura de sí misma puede hacer qué las personas obedezcan incluso las órdenes más increíbles, y el reino estaba acostumbrado a oír una voz límpida y segura de sí misma.

Aparte de eso el dar órdenes servía para que Teppic no tuviera tiempo de pensar en ciertas cosas, como por ejemplo qué ocurriría después. Por lo menos los dioses habían vuelto a la no-existencia, lo cual hacía que resultara mucho más fácil creer en ellos, y la hierba ya no parecía crecer debajo de sus pies.

«Quizá pueda reconstruir el reino tal y como era —pensó Teppic—. Pero… ¿Qué puedo hacer con él en cuanto lo haya reconstruido? Si consiguiéramos encontrar a Dios… Siempre sabía lo que había que hacer. Era su gran virtud, no cabe duda.»

Un guardia se abrió paso por entre la multitud de nobles y sacerdotes.

—Disculpadme, Alteza —dijo—. Hay un mercader que quiere veros, y afirma que es urgente.

—Ahora no, buen hombre. Dentro de una hora tengo que recibir a los representantes de los ejércitos de Efebas y Espadarta, y antes debo ocuparme de un montón de cosas. No puedo perder el tiempo hablando con el primer viajante de comercio que pasa por delante del palacio… ¿Y qué vende?

—Alfombras, Alteza.

—¿Alfombras?

Era Broncalo. Sonreía como la mitad de un melón e iba seguido por unos cuantos tripulantes. Broncalo cruzó lentamente la sala del trono contemplando los frescos y los tapices. El hecho de que fuera Broncalo y no otra persona hacía muy probable que estuviera calculando cuánto podían valer, y cuando se detuvo delante del trono ya había dibujado dos rayas debajo del total.

—Muy bonito —dijo, resumiendo miles de años de acumulación arquitectónica en cuatro sílabas—. Ha ocurrido algo increíble, ¿sabes? Es tan increíble que no lo adivinarías ni en un siglo. Verás, estábamos navegando junto a la costa y de repente apareció un río. Antes había acantilados, y un momento después allí estaba el río. «Qué extraño», pensé yo. «Apuesto a que el viejo Teppic anda por ahí y que esto es cosa suya…»

—¿Dónde está Ptraci?

—Sabía que te habías quejado de que echabas en falta las pequeñas comodidades domésticas de AnkhMorpork, así que te hemos traído esta alfombra.

—Te he preguntado que dónde está Ptraci.

Los tripulantes se hicieron a un lado revelando a un Alfonzo muy risueño que cortó las cuerdas que mantenían enrollada la alfombra y la sacudió para extenderla.

La alfombra se desenrolló velozmente sobre el suelo envuelta en un torbellino compuesto por pelusas, polillas y, finalmente, Ptraci, quien siguió rodando hasta que su cabeza chocó con la puntera de una de las botas de Teppic.

Teppic la ayudó a levantarse e intentó quitarle las pelusas de la cabellera mientras Ptraci se tambaleaba hacia atrás y hacia adelante. Ptraci acabó logrando recuperar el equilibrio, le ignoró y se volvió hacia Broncalo con el rostro enrojecido por la furia y la falta de aire.

—¡Podría haber muerto ahí dentro! —gritó—. ¡Y a juzgar por el olor mi muerte no habría sido la primera! ¡Y el calor…!

—Dijiste que a la Reina… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, dijiste que en el caso de la Reina Ram-Jam-Hurrah funcionó, ¿verdad? —replicó Broncalo—. No me eches la culpa. En casa lo habitual es regalar un collar o algo por el estilo.

—Apuesto a que ella tenía una alfombra decente —dijo secamente Ptraci—, no un horror polvoriento que se ha pasado seis meses metido dentro de una maldita bodega.

—Oye, da gracias de que hubiera una alfombra a bordo —replicó Broncalo sin perder la calma—. Después de todo fuiste tú quien tuvo la idea, ¿no?

—Eh… —murmuró Ptraci, y se volvió hacia Teppic—. Hola —dijo—. Se suponía que esto iba a ser una sorpresa asombrosamente original.

—Pues lo ha sido —dijo Teppic con fervor—. Oh, sí, te aseguro que lo ha sido.

Broncalo estaba tumbado en un diván en la espaciosa terraza del palacio mientras tres doncellas se turnaban en la tarea de pelarle granos de uva. Un jarro de cerveza puesto a la sombra se enfriaba junto a él. Broncalo sonreía afablemente.

Alfonzo yacía de bruces sobre una manta y se sentía extremadamente incómodo. La Señora de las Mujeres había descubierto que aparte de los tatuajes de sus antebrazos su espalda era un auténtico manual ilustrado que contenía toda la historia de las prácticas exóticas y había hecho acudir a las chicas para que pudieran ampliar su educación. Alfonzo torcía el gesto ocasionalmente cuando el puntero indicaba algo particularmente interesante, y se había metido un dedo en cada oreja para no oír las risitas.

Teppic y Ptraci estaban al otro extremo de la terraza. El resto de los presentes no había tenido necesidad de hablar para ponerse de acuerdo en que era mejor dejarles solos. Las cosas no iban muy bien entre ellos.

—Todo ha cambiado —dijo Teppic—. No voy a ser faraón.

—Eres el faraón —dijo Ptraci—. No puedes cambiar las cosas.

—Claro que puedo. Puedo abdicar. Es muy sencillo. Si no soy el faraón podré ir a donde me dé la gana. Si soy el faraón entonces mi palabra es ley y puedo abdicar. Si podemos cambiar el sexo mediante un decreto real estoy seguro de que también podemos cambiar de profesión, ¿no? Ya encontrarán algún pariente que ocupe el puesto. Debo de tener docenas.

—¿El puesto? ¿Cómo puedes hablar así? Y, de todas formas, me dijiste que sólo estaba tu tía…

Teppic frunció el ceño. Pensándolo bien tía Clep-a-otra no era la clase de monarca más adecuada para un reino que necesitaba partir de cero. Su tía tenía una considerable cantidad de ideas muy firmes sobre una amplia gama de temas, pero la mayoría de ellas involucraban el despellejamiento en vida de las personas que no estaban de acuerdo con sus opiniones. Para empezar, eso incluía a casi todas las personas que se encontraban por debajo de los treinta y cinco años de edad…

—Bueno, pues ya encontrarán a algún otro —dijo Teppic—. No debería de ser tan difícil. Siempre me ha parecido que teníamos muchos más nobles de lo que realmente habría sido necesario. Tendremos que encontrar a uno que haya soñado con las vacas.

—Oh, ¿te refieres al sueño de las vacas muy gordas y las vacas muy flacas? —preguntó Ptraci.

—Sí. Es una especie de sueño ancestral.

—No sé si es ancestral o no, pero puedo asegurarte que resulta de lo más molesto. Hay una vaca que toca la tuba y que no para de sonreír.

—Siempre me ha parecido que era un trombón —murmuró Teppic.

—Si te fijaras en las cosas te habrías dado cuenta de que es una tuba ceremonial —dijo Ptraci.

—Bueno, supongo que hay algunas variaciones en cada caso. No creo que importe mucho.

Teppic suspiró y se dedicó a observar la descarga del Anónimo. El cargamento parecía incluir un número sorprendente de colchones de plumas, y algunas de las personas que iban y venían por la pasarela con expresiones de perplejidad acarreaban cajas de herramientas y cañerías.

—Creo que descubrirás que va a ser bastante más difícil de lo que supones —dijo Ptraci—. No puedes limitarte a decir «Todos los que hayan soñado con vacas que tengan la bondad de dar un paso al frente». Se te vería el plumero, ¿entiendes?

—No puedo quedarme sentado esperando a que alguien venga a verme y me cuente que ha soñado con vacas, ¿no te parece? Vamos, intenta ser razonable —dijo Teppic en un tono más bien seco—. ¿Qué probabilidades crees que hay de que alguien me diga: «Eh, anoche tuve un sueño rarísimo en el que había montones de vacas»? Aparte de ti, quiero decir…

Teppic y Ptraci se miraron fijamente el uno al otro.

—¿Y es mi hermana? —preguntó Teppic.

Los sacerdotes asintieron. La tarea de explicarlo todo verbalmente recayó en Koomi, quien acababa de pasar diez minutos examinando los archivos ayudado por la Señora de las Mujeres.

—Su madre era… eh… era la favorita de vuestro difunto padre —dijo Koomi—. Siempre se interesó mucho por su educación, como ya sabéis, y… eh… bien, parece ser que… Sí. Puede que sea vuestra tía, claro. Las concubinas siempre tienen ciertos problemas con el papeleo, pero… Sí, hay muchísimas probabilidades de que sea vuestra hermana.

Ptraci se volvió hacia Teppic. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Eso no cambia las cosas, ¿verdad? —murmuró. Teppic inclinó la cabeza y clavó la mirada en sus pies.

—Sí —dijo por fin—. La verdad es que… Creo que sí las cambia. —Alzó los ojos hacia ella—. Pero puedes ser reina —añadió, y se volvió hacia los sacerdotes—. ¿Verdad que puede ser reina? —preguntó con voz firme.

Los sacerdotes se miraron los unos a los otros. Después miraron a Ptraci, una silueta solitaria de hombros temblorosos. Bajita, acostumbrada a obedecer órdenes, familiarizada con las costumbres y rituales del palacio… Los sacerdotes miraron a Koomi.

—Sería la reina ideal —dijo Koomi. Hubo un murmullo de aquiescencia que fue cobrando una veloz seguridad en sí mismo.

—Ahí lo tienes —dijo Teppic intentando consolarla. Ptraci le miró. Teppic se encogió sobre sí mismo.

—Y yo me iré —dijo—. No necesito hacer el equipaje. Ya me las arreglaré.

—¿Así de sencillo? —exclamó Ptraci—. ¿Eso es todo? ¿No piensas decir nada más?

Teppic ya estaba a medio camino de la puerta, pero se detuvo. «Podrías quedarte —se dijo—. Pero no funcionaría. Todo terminaría horriblemente mal, y hay muchas probabilidades de que el reino acabara dividido en dos mitades. Que el destino os haya reunido no quiere decir que haya acertado al reuniros. Y, de todas formas, ya has estado en el gran mundo…»

—Los camellos son más importantes que las pirámides —murmuró—. Es algo que siempre deberíamos recordar.

Y echó a correr mientras Ptraci buscaba algo que arrojarle a la cabeza.

El sol llegó al punto culminante de su ascensión por el cielo sin haber tenido ningún problema con los escarabajos peloteros mientras Koomi revoloteaba alrededor del trono como si fuera el mismísimo Chist-Hera, el Dios con Cabeza de Buitre.

—Complacerá a Vuestra Majestad confirmar mi nombramiento como gran sacerdote —dijo.

—¿Qué? —Ptraci estaba sentada con el mentón apoyado en una mano—. Oh —dijo moviendo distraídamente la mano libre—. Sí, claro. Muy bien.

—Ay, por desgracia no se ha hallado rastro alguno de Dios. Creemos que se encontraba muy cerca de la Gran Pirámide cuando ésta… se descargó.

Ptraci clavó los ojos en la nada.

—Bueno, tendrás que tomar el relevo —dijo.

Koomi abombó el pecho.

—Los preparativos para la coronación formal exigirán cierto tiempo —dijo mientras cogía la máscara dorada—. Pero ahora Vuestra Magnificencia se complacerá en colocarse la máscara de la autoridad, ya que hay asuntos muy importantes de los que…

Ptraci volvió la mirada hacia la máscara.

—No pienso ponerme eso —dijo con voz átona.

Koomi sonrió.

—Su Majestad se complacerá en llevar la máscara de la autoridad —dijo.

—No —dijo Ptraci.

La sonrisa de Koomi sufrió un leve proceso de enloquecimiento en las comisuras mientras su mente intentaba comprender aquel nuevo concepto. Estaba seguro de que Dios nunca había tenido que enfrentarse a aquella clase de dificultades.

Acabó resolviendo el problema mediante un cauteloso rodeo. Los rodeos y la cautela eran dos métodos que siempre le habían dado muy buenos resultados, y no pensaba renunciar a ellos ahora. Koomi se inclinó y dejó la máscara sobre un taburete manejándola con mucho cuidado.

—Es la Primera Hora —dijo—. Vuestra Majestad deseará presidir el Ritual del Ibis, y después tendrá la bondad de conceder una audiencia a los comandantes de los ejércitos de Efebas y Espadarta. Ambos desean obtener permiso para atravesar el reino. Vuestra Majestad se lo negará. Cuando llegue la Segunda Hora habrá…

Ptraci empezó a tamborilear con los dedos sobre los brazos del trono. Después tragó una profunda bocanada de aire.

—Voy a darme un baño —dijo.

Koomi se tambaleó de forma casi imperceptible.

—Es la Primera Hora —repitió. Se le había quedado la mente en blanco—. Vuestra Majestad desearía presidir…

—¿Koomi?

—¿Sí, oh noble reina?

—Cierra la boca.

—… el Ritual del Ibis… —gimoteó Koomi.

—Estoy segura de que eres capaz de ocuparte de eso sin mi ayuda —dijo Ptraci—. Eres la viva imagen del hombre que sabe hacer las cosas por sí solo —añadió con cierta amargura.

—… los comandantes de los ejércitos…

—Diles… —empezó a decir Ptraci, y se calló—. Diles… —repitió—. Diles que los dos ejércitos pueden atravesar el país. No uno o el otro, ¿comprendes? O los dos o ninguno.

—Pero… —La mente de Koomi hizo un esfuerzo titánico y consiguió comprender el significado de las palabras que acababan de captar sus oídos—. Eso quiere decir que acabarán en el lado opuesto al que estaban.

—Estupendo. Y después de eso puedes encargar unos cuantos camellos. En Efebas hay un comerciante que tiene un material magnífico. Ah, echa un vistazo a sus dientes antes, ¿de acuerdo? Oh, y luego habla con el capitán del Anónimo y dile que venga a verme. Había empezado a explicarme qué es un «puerto libre».

—¿Mientras os bañabais, oh reina? —preguntó Koomi con un hilo de voz.

No podía evitar el darse cuenta de que la voz de Ptraci cambiaba a cada frase. El barniz de la educación recibida se estaba evaporando bajo el chorro llameante que brotaba del soplete de la herencia.

—¿Qué tiene de malo eso? —replicó secamente Ptraci—. Y ocúpate de la fontanería. Parece que todo se reduce a una mera cuestión de tubos y cañerías.

—¿Para la leche de burra? —preguntó Koomi, quien a esas alturas ya se hallaba sumido en un desierto de dudas y temores.[[29]](#footnote-29)

—Cierra la boca, Koomi.

—Sí, oh reina —dijo Koomi sintiéndose infinitamente miserable.

Había querido cambios. El único problema era que también había querido que todo siguiera igual.

El sol descendió hacia el horizonte por sus propios medios y sin ninguna clase de ayuda exterior. Algunas personas habían tenido un día excelente.

La luz rojiza iluminaba a los tres miembros varones de la dinastía Ptaclusp inclinados sobre los planos de…

—Se llama puente —dijo IIb.

—¿Es como un acueducto? —preguntó Ptaclusp.

—Al revés pero… Sí, más o menos se trata de eso —dijo IIb—. El agua pasa por debajo del puente y nosotros pasamos por encima del puente.

—Oh. Al fa… a la reina no le va a gustar —dijo Ptaclusp—. La familia real siempre ha estado totalmente en contra de encadenar el río con presas, embalses y ese tipo de cosas.

IIb se volvió hacia su padre.

—Fue ella misma quien lo sugirió —replicó con una sonrisa triunfante—. Y no conforme con eso tuvo la gentileza de añadir que nos ocupáramos de que hubiera sitios para que la gente pudiera dejar caer piedras sobre los cocodrilos.

—¿La reina dijo eso?

—Sus palabras exactas fueron «piedras grandes y muy puntiagudas».

—Vaya, vaya —dijo Ptaclusp, y se volvió hacia su otro hijo—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? —le preguntó.

—Me encuentro estupendamente, papá —dijo IIb.

—¿No…? —Ptaclusp vaciló durante unos momentos antes de seguir hablando—. ¿No tienes dolores de cabeza ni nada parecido?

—Nunca me había sentido mejor —dijo IIa.

—Es que… Bueno, no has preguntado cuánto va a costar —dijo Ptaclusp—. Pensé que quizá seguías sintiéndote un poco aplan… que no te sentías bien.

—La reina ha tenido la gentileza de pedirme que echara un vistazo a las finanzas reales —dijo IIa—. Dijo que los sacerdotes no saben sumar.

Sus experiencias recientes no parecían haber dejado secuelas de ninguna clase salvo una utilísima tendencia a pensar en ángulo recto al curso de los pensamientos de los demás. IIa era todo sonrisas y su mente no paraba de calcular tarifas de atraque, índices de tasas y un complejo sistema de impuesto sobre el valor añadido que pronto haría palidecer de horror a todos los comerciantes y mercaderes de Ankh-Morpork.

Ptaclusp pensó en todos aquellos kilómetros de Djel virgen en los que no existía ni un solo puente. Y además ahora había bloques por todas partes… millones de toneladas de roca esperando a que las cogieras para hacer algo con ellas. Y además… Bueno, en alguno de aquellos puentes quizá hubiera dos o tres huecos para colocar estatuas, y Ptaclusp ya sabía con qué iba a llenarlos.

Ptaclusp extendió los brazos y los pasó sobre los hombros de sus hijos.

—Muchachos —dijo con orgullo—, esto empieza a tener un aspecto realmente cuántico.

Los rayos rojizos del crepúsculo también caían sobre Dil y Gern, aunque en este caso tenían que seguir una ruta algo tortuosa y se veían obligados a terminar precipitándose por el tragaluz de las cocinas del palacio. Dil y Gern habían acabado allí sin que pareciera haber ninguna razón obvia para ello, aparte de que de repente los dos se habían dado cuenta de que la sala de embalsamamiento se había convertido en un sitio muy deprimente.

El personal de la cocina trabajaba a su alrededor siendo muy consciente del impenetrable halo de melancolía que rodeaba a los dos embalsamadores. Embalsamar cadáveres no es un trabajo que te vuelva muy sociable y los embalsamadores suelen tener grandes dificultades para hacer amigos, y aparte de eso el personal de la cocina tenía que preparar un banquete de coronación.

Dil y Gern estaban sentados en el centro de todo aquel ajetreo observando el futuro por encima del borde de una jarra de cerveza.

—Supongo que Gwlenda podría hablar con su papá —dijo Gern.

—Eso es, muchacho —dijo Dil con voz cansada—. La gente siempre necesitará ajos, ¿sabes? El ajo tiene mucho futuro.

—El ajo es condenadamente aburrido —dijo Gern con una ferocidad nada usual en él—. Y no conoces a gente interesante. Eso es lo que me gustaba de nuestro trabajo. Siempre estaba viendo caras nuevas.

—No más pirámides —dijo Dil sin rencor—. Es lo que dijo. «Habéis hecho un buen trabajo, maese Dil, pero voy a asegurarme de que este país entra en el Siglo del Murciélago de la Fruta tanto si quiere como si no…» Eso es lo que dijo.

—De la Cobra —dijo Gern.

—¿Qué?

—Es el Siglo de la Cobra, no el del Murciélago de la Fruta.

—El que sea —dijo Dil en un tono levemente irritado.

Inclinó la cabeza y contempló su jarra de cerveza con expresión abatida. «Ése es el problema —pensó—. Hay que empezar a acordarse de en qué siglo vives…»

Alzó la mirada y clavó los ojos en una bandeja de canapés. Los canapés se habían puesto de moda de la noche a la mañana. Todo el mundo parecía…

Dil cogió una aceituna y empezó a darle vueltas y más vueltas.

—No puedo afirmar que sintiera lo mismo acerca de lo que hacíamos antes, claro —dijo Gern apurando su jarra de cerveza—, pero apuesto a que vos estabais realmente orgulloso, maese… quiero decir Dil. Las costuras se portaron de maravilla, ¿no?

Dil extendió una mano hacia su cinturón sin apartar los ojos de la aceituna y cogió uno de los cuchillos más pequeños que utilizaba para trabajos realmente complicados.

—Decía que habrás sentido mucho que todo terminara así, ¿eh? —murmuró Gern.

Dil giró sobre su taburete para tener un poco más de luz, tragó aire y se concentró.

—Pero ya lo superarás —dijo Gern—. Lo importante es no permitir que se convierta en una obsesión y…

—Guarda este hueso de aceituna en algún sitio —dijo Dil.

—Perdón, ¿qué…?

—Guarda este hueso de aceituna en algún sitio —repitió Dil.

Gern se encogió de hombros y aceptó el hueso de aceituna que le ofrecía.

—Bien —dijo Dil en un tono de voz repentinamente impregnado de decisión y seguridad en sí mismo—. Y ahora pásame un trocito de pimiento…

Y el sol brillaba sobre el delta, ese pequeño infinito de cañaverales y orillas fangosas donde el Djel iba depositando los sedimentos de todo el continente. Las aves que chapoteaban de un lado a otro subían y bajaban la cabeza con la regularidad de un metrónomo buscando comida en el verde laberinto de los tallos y billones de insectos bailoteaban sobre las aguas cenagosas moviéndose en un continuo enredo de zigzags. Aquí el tiempo siempre había transcurrido, pues el delta respiraba las aguas limpias y frescas de la marea dos veces al día.

La marea estaba a punto de llegar, y la cúspide coronada de espuma no tardó en deslizarse entre los cañizos.

Los antiquísimos vendajes empapados en agua esparcidos aquí y allá se fueron desenredando, se agitaron durante unos momentos como serpientes increíblemente ancianas y acabaron disolviéndose de la forma más discreta y silenciosa posible.

—ESTO ES FRANCAMENTE IRREGULAR.

—Lo sentimos. No es culpa nuestra.

—¿CUÁNTOS SOIS?

—Me temo que más de 1.300.

—BIEN, DE ACUERDO… HACED EL FAVOR DE FORMAR UNA COLA.

Maldito Bastardo estaba contemplando el tablón donde le ponían el heno.

El tablón estaba vacío y representaba una sub-disposición en el conjunto general «heno» que contenía valores arbitrarios situados entre el cero y K.

Ahora no había ni una brizna de heno en él. De hecho, era posible que contuviera un valor negativo de heno, pero si tienes el estómago vacío la diferencia existente entre que no haya heno y menos-heno carece de interés.

Hiciera lo que hiciese siempre acababa obteniendo la misma respuesta. La ecuación poseía una sencillez francamente clásica, y una limpia elegancia que en aquellos momentos no estaba en condiciones de admirar.

Maldito Bastardo estaba cansado, y no podía evitar el tener la sensación de que el destino había sido particularmente duro e injusto con él. Aquello no tenía nada de raro, naturalmente, dado que es el estado anímico normal de un camello. Maldito Bastardo se arrodilló con infinita paciencia y Teppic empezó a llenar las alforjas.

—Nos mantendremos alejados de Efebas —dijo Teppic usando un tono de voz y una posición de la cabeza calculados para dejar bien claro que estaba hablando con el camello y con nadie más—. Iremos hasta el extremo del Mar Circular, puede que a Gusania o al otro lado de las Montañas del Carnero. Hay montones de sitios a los que ir. Puede que incluso encontremos unas cuantas ciudades perdidas, ¿eh? Estoy seguro de que eso te gustaría, ¿verdad?

Intentar animar a un camello siempre es un error que se paga muy caro, y como pérdida de tiempo no tiene nada que envidiar al dejar caer merengues dentro de un agujero negro.

La puerta que había al otro extremo del establo giró sobre sus goznes revelando a un sacerdote que parecía muy cansado y tenía el rostro enrojecido. Los sacerdotes no estaban acostumbrados a correr, y el día les estaba resultando muy duro.

—Eh… —murmuró el sacerdote—. Su Majestad te ordena que no abandones el reino.

Tosió.

—¿Hay alguna contestación? —preguntó después. Teppic se lo pensó.

—No —dijo por fin—, creo que no.

—Bien, entonces le digo que no tardarás en prosternarte ante ella, ¿eh? —dijo el sacerdote con cierta ansiedad.

—No.

—Oh, claro, como a ti no te va a hacer nada… —dijo el sacerdote poniendo mala cara, y salió del establo.

Unos minutos después fue sustituido por Koomi. El gran sacerdote estaba tan rojo como un tomate.

—Su Majestad te pide que no abandones el reino —dijo.

Teppic subió a la grupa de Maldito Bastardo y le dio unos golpecitos con el aguijón.

—Habla en serio —dijo Koomi.

—Estoy seguro de ello.

—Podría haber ordenado que te arrojaran a los cocodrilos sagrados, ¿sabes? —añadió Koomi.

—Ahora que lo dices hoy no he visto a ninguno. ¿Qué tal están? —replicó Teppic, y volvió a mover el aguijón.

Maldito Bastardo y Teppic emergieron a la claridad del día y a los rayos del sol que cortaban como cuchillos, y recorrieron las calles de tierra apisonada que el tiempo había convertido en una superficie más dura que la piedra. Las calles estaban repletas de personas, y ni una sola de ellas le prestó la más mínima atención.

Era una sensación maravillosa.

Teppic fue por el camino que llevaba hasta la frontera y no se detuvo hasta haber llegado a lo alto del risco. Todo el valle se extendía por debajo de él. Un viento muy cálido procedente del desierto agitaba los matorrales de sifacias haciendo entrechocar los tallos. Teppic ató las bridas de Maldito Bastardo a un matorral en una zona de sombra, trepó unos cuantos metros por las rocas y miró hacia atrás.

El valle era viejo, tan viejo que podías creer que había sido el primer lugar que existió y que había visto cómo el resto del mundo se iba formando a su alrededor. Teppic se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza sobre las manos.

Naturalmente, el valle llevaba miles de años despojándose lentamente de sus futuros para envejecerse. El cambio estaba produciéndole un efecto muy parecido al que sufre un huevo cuando entra en contacto con el suelo.

Teppic pensó que había muchas probabilidades de que las dimensiones fueran bastante más complicadas de lo que creía la gente. Y el tiempo… Sí, probablemente el tiempo también era más complicado y las personas quizá también lo fueran, aunque resultaban un poco más predecibles.

Vio cómo la columna de polvo se iba arremolinando delante del palacio, se ponía en movimiento y se iba abriendo paso por la ciudad, cruzaba la estrecha franja del rompecabezas formado por los campos, desaparecía durante un minuto en un bosquecillo de palmeras que se alzaba cerca del risco y reaparecía al inicio de la pendiente. Mucho antes de que pudiera verlo, Teppic ya estaba seguro de que en el centro de la nube de arena había un carro.

Bajó sin apresurarse por las rocas, se puso en cuclillas junto al camino y se dispuso a esperar pacientemente. El carro acabó apareciendo, se detuvo unos cuantos metros más allá de Teppic haciendo mucho ruido, giró con bastantes dificultades en aquel espacio tan angosto y volvió hacia él.

—¿Qué piensas hacer? —gritó Ptraci inclinándose sobre la barandilla.

Teppic la saludó con una reverencia.

—Vuelve a hacer eso y… —dijo Ptraci con voz amenazadora.

—¿No te gusta ser reina?

Ptraci vaciló unos momentos antes de responder.

—Sí —dijo por fin—. Me gusta…

—Pues claro —dijo Teppic—. Lo llevas en la sangre. En los viejos tiempos la gente luchaba como tigres para poder sentarse en un trono. Hermanos contra hermanas, tíos contra sobrinos… Horrible, horrible.

—¡Pero no hay ninguna razón para que te marches! ¡Te necesito!

—Tienes consejeros —dijo Teppic sin perder la calma.

—No me refería a eso —replicó secamente Ptraci—. Y de todas formas sólo tengo a Koomi, y es un inútil.

—Eres muy afortunada. Yo tenía a Dios, y te aseguro que sabía hacer su trabajo. Koomi será un magnífico gran sacerdote. Puedes aprender mucho no escuchando lo que te diga, ¿sabes? Oh, los consejeros incompetentes pueden ser una gran ayuda. Además, estoy seguro de que Broncalo te ayudará. Está lleno de grandes ideas.

Ptraci enrojeció un poco.

—Ya intentó exponerme unas cuantas cuando estábamos en el barco.

—¿Ves? Estaba seguro de que os llevaríais estupendamente apenas os conocieseis un poco mejor. De hecho, en cuanto os vi juntos pensé que os llevaríais tan bien como el rayo y un montón de paja seca.

Gritos, llamas, gente que huye buscando algún sitio donde refugiarse…

—Y tú piensas volver a convertirte en asesino, ¿verdad? —preguntó Ptraci con voz burlona.

—No lo creo. He inhumado una pirámide, un panteón y la totalidad del Viejo Reino. Quizá vaya siendo hora de que pruebe a hacer algo distinto. Por cierto, no habrás descubierto brotecitos verdes que asoman del suelo allí donde pones los pies, ¿verdad?

—No. Qué idea tan ridícula. Brotecitos verdes…

Teppic se relajó. Bien, eso demostraba de forma concluyente que todo había terminado.

—Lo importante es seguir adelante, ¿sabes? No permitas que la hierba crezca bajo tus pies —dijo—. Y… Tampoco habrás visto ninguna gaviota, ¿verdad?

—Hoy había montones de ellas. ¿O es que no te has fijado?

—Sí. Creo que eso es buena señal.

Maldito Bastardo observó cómo hablaban un ratito más manteniendo esa peculiar conversación lenta y desganada en la que suelen ir quedando atrapadas dos personas pertenecientes a sexos opuestos cuando están pensando en temas muy distintos a los que son expresados en voz alta. Entre los camellos la hembra se limitaba a inspeccionar la metodología del macho, con lo que las cosas siempre resultaban mucho más sencillas.

Después se besaron de una forma bastante casta —si es que se puede considerar que un camello es un juez digno de confianza en cuestión de besos—, y tomaron una decisión.

Maldito Bastardo dejó de interesarse por lo que hacían después de ese punto.

EN EL COMIENZO…

El valle no podía estar más silencioso y tranquilo. El río de orillas que aún no habían sido domadas vagabundeaba lánguidamente abriéndose paso por entre los cañaverales y los macizos de papiros. Los ibis paseaban tranquilamente por los bajíos; los hipopótamos que moraban en las profundidades subían un metro o dos y volvían a hundirse tan lentamente como un huevo duro metido en un cazo de agua hirviendo.

El único sonido que rompía el silencio impregnado de humedad era el chapoteo ocasional de un pez o el siseo de un cocodrilo.

Dios llevaba un buen rato acostado en el barro. No estaba muy seguro de cómo había llegado allí o de por qué la mitad de su túnica había desaparecido y la otra mitad estaba chamuscada y ennegrecida. Recordaba vagamente un ruido ensordecedor y una sensación de extremada velocidad que había coincidido de forma inexplicable con el estar totalmente inmóvil, y de momento no necesitaba respuestas. Las respuestas siempre implicaban preguntas, y las preguntas nunca habían llevado a nadie a ningún lugar digno de ser visitado. Las preguntas sólo servían para meterse en líos. El fresco abrazo del barro era muy relajante, y Dios estaba seguro de que podría pasar algún tiempo sin prestar atención a nada salvo a esa sensación tan agradable.

El sol fue bajando hacia el horizonte. Unos cuantos merodeadores nocturnos se acercaron a Dios, y alguna clase de instinto animal les hizo decidir que una pierna tan flaca no compensaría todos los problemas que iban a tener si se la arrancaban de un mordisco.

El sol volvió a asomar en el cielo. Las garzas lanzaron graznidos que parecían bocinazos. Las hilachas de niebla se fueron desenrollando entre las lagunas y se consumieron lentamente a medida que el color del cielo iba pasando del azul al bronce recién enfriado.

Y el tiempo fue transcurriendo en la más maravillosa y tranquila falla de acontecimientos que Dios había conocido en toda su larguísima existencia, hasta que un ruido muy extraño agarró al silencio y le hizo el equivalente de cortarlo en trocitos con un cuchillo oxidado.

El ruido resultaba curiosamente parecido al que podría producir un asno mientras lo convenían en rebanadas con una sierra mecánica. Comparado con una melodía era… bueno, era como comparar una carrera de motos con un xilófono bien manejado, pero cuando otras voces similares aunque distintas se unieron a él en una amplia variedad de tonos medio quebrados y notas dislocadas Dios descubrió que el efecto global resultaba curiosamente atractivo. Tenía gancho. De hecho, poseía lo que sólo puede definirse como una extraña capacidad succionante.

El ruido llegó a una meseta, una nota purísima compuesta por una sucesión de discordancias, y las voces se separaron las unas de las otras moviéndose cada una a lo largo de su propio vector durante una fracción de segundo…

Hubo un agitarse del aire, un fugaz parpadeo del sol.

Y una docena de camellos se recortó sobre la cima de una colina distante, y una docena de cuerpos flacos y cubiertos de polvo echaron a correr hacia el agua. Los cañaverales dejaron escapar una erupción de aves. Los saurios reptaron sobre los bancos de arena y se esfumaron lo más deprisa posible. Un minuto después la orilla se había convertido en una masa de barro pisoteado, y las criaturas de rodillas nudosas se empujaban y se peleaban para meter el hocico en el agua.

Dios se irguió y vio su báculo en el fango. El báculo estaba un poquito chamuscado, pero seguía entero y Dios se percató de algo que nunca le había llamado la atención antes. ¿Antes? ¿Es que había existido un antes? No estaba demasiado seguro, pero de lo que no cabía duda era de que había existido un sueño, o algo muy parecido a un sueño…

Cada serpiente tenía la cola metida en la boca.

Una silueta bajita y morena seguida por su maltrecha familia empezó a bajar por la pendiente de la colina yendo hacia los camellos. La silueta blandía un aguijón para controlar camellos, parecía tener mucho calor y estar francamente perpleja.

De hecho, su expresión era la de alguien que necesita buenos consejos y una mano firme que le guíe.

Los ojos de Dios se posaron en el báculo. Sabía que el báculo era un símbolo, y que simbolizaba algo muy importante, pero no podía recordar el qué. Lo único que podía recordar era que pesaba mucho y que, contra toda lógica, una vez que lo habías cogido resultaba muy difícil soltarlo. De hecho, resultaba casi imposible… «Será mejor que no lo coja», pensó.

Claro que… Bueno, siempre podía cogerlo sólo un ratito, el tiempo que necesitara para ir hasta aquella silueta y explicarle por qué las pirámides y los dioses eran tan importantes. Y cuando hubiera terminado de explicárselo se libraría de ese peso.

Dios suspiró, se envolvió en los restos de su túnica para ofrecer un aspecto lo más digno posible y echó a caminar apoyándose en el báculo.

1. Por ejemplo el que lo enterraran en la arena y lo usaran como recipiente para poner huevos. [↑](#footnote-ref-1)
2. El de respirar el primero. [↑](#footnote-ref-2)
3. Literalmente, «Niño de Djel». [↑](#footnote-ref-3)
4. Eso sí, se trataba de una rana muy grande, y en cuanto consiguió llegar a los conductos de ventilación se las arregló para que nadie pegara ojo durante semanas. [↑](#footnote-ref-4)
5. Hay quienes afirman que en Ankh-Morpork una vida no vale nada. No pueden estar más equivocados, naturalmente, ya que el precio de una vida no para de subir. Morir, en cambio, no te costará ni una moneda. [↑](#footnote-ref-5)
6. El hinchón se extrae del pez globo (Singularis minutia gigantica) de las profundidades abisales, el cual se protege de sus enemigos hinchándose hasta alcanzar unas dimensiones varias veces superiores a su tamaño normal. Si es introducido en un organismo humano produce el curioso efecto de convencer a cada célula de que debe aumentar de tamaño unas dos mil veces. El resultado es invariablemente fatal y muy ruidoso. [↑](#footnote-ref-6)
7. Las puertas del Gremio de Asesinos nunca estaban cerradas. Se decía que eso era porque la Muerte trabaja las veinticuatro horas, pero en realidad era porque las bisagras se habían oxidado varios siglos atrás y nadie se había tomado la molestia de hacer algo al respecto. [↑](#footnote-ref-7)
8. El vino inverso se fabrica con uvas que pertenecen a esa clase de flora —la reanual—, que sólo crece en campos donde hay un contenido de magia terriblemente elevado. Las plantas normales crecen después de que las semillas hayan sido plantadas, pero con las reanuales ocurre al revés. El vino reanual provoca el mismo efecto de embriaguez que el normal, pero la acción del sistema digestivo sobre sus moléculas produce una reacción muy poco usual cuya consecuencia principal es hacer que la resaca resultante sea arrojada hacia atrás en el tiempo hasta detenerse en un punto situado unas cuantas horas antes de que se haya bebido el vino. De aquí el refrán «Que la resaca de hoy no te haga olvidar que has de beber mañana». [↑](#footnote-ref-8)
9. Cuando el Gremio de Ladrones declaró una huelga general el Año de la Babosa Simpática, el número de crímenes llegó a doblarse. [↑](#footnote-ref-9)
10. Una de las dos leyendas[[30]] sobre la fundación de Ankh-Morpork que se conocen cuenta que los dos huérfanos que construyeron la ciudad fueron encontrados y amamantados por una hipopótamo (lit. orijeple, aunque algunos historiadores afirman que se trata de una traducción equivocada de la palabra orejaple, un tipo de mueble bar con puertas de cristal). El puente está adornado por ocho hipopótamos en actitudes heráldicas que contemplan el mar, y se afirma que el día en que la ciudad se encuentre amenazada por algún peligro los hipopótamos huirán a la máxima velocidad posible. [↑](#footnote-ref-10)
11. Al igual que ocurre en otras muchas culturas que habitan valles fluviales, el Reino no pierde el tiempo con trivialidades como el verano, la primavera y el invierno, y basa su calendario en el palpitar del gigantesco corazón del Djel; de ahí las tres estaciones, el Tiempo de la Semilla, la Inundación y el Empape. Es un sistema lógico, sencillo y práctico aprobado por todos con la única excepción de algunas corales populares.[[31]] [↑](#footnote-ref-11)
12. Literalmente «Khui-da-ndo-bhajos» o «recortamientos de los pies», pero algunos eruditos afirman que debería ser «Rhas-pa-ndo-bhajos», literalmente «eliminación de pintura mediante aire caliente». [↑](#footnote-ref-12)
13. Zambullero: constructor y limpiador de letrinas. Una profesión particularmente floreciente en Ankh-Morpork, donde el nivel de las aguas subterráneas suele estar a ras del suelo, y considerablemente respetada. Cuando un zambullero sale a dar un paseo todo el mundo se apresura a dejar libre el lado de la calle por el que camina. [↑](#footnote-ref-13)
14. Los murmullos enronquecidos no se adaptan demasiado bien a las condiciones ambientales del desierto. [↑](#footnote-ref-14)
15. Literalmente, «Volveré a estar aquí de nuevo». [↑](#footnote-ref-15)
16. Este pasaje no puede ser entendido a menos que se realice un considerable esfuerzo de adaptación. Si un embajador extranjero (impulsado por un genuino deseo de no desentonar en el ambiente) se presentara en el Palacio de la Zarzuela ataviado con bata de cola y boina, luciendo una guitarra a la espalda y una rosa entre los dientes, y llevara a remolque una cabra con dos banderillas clavadas en la grupa causaría más o menos la misma impresión. [↑](#footnote-ref-16)
17. Los asesinos jóvenes —que normalmente son muy pobres—, tienen ideas muy claras sobre la inmoralidad básica de la riqueza y las conservan hasta que se convienen en asesinos maduros —quienes normalmente son muy ricos—, momento en el que empiezan a adoptar la opinión de que la injusticia también tiene su lado bueno y que no hay por qué ser tan estrictos. [↑](#footnote-ref-17)
18. Los escultores encargados de los frisos habían tenido que hacer un considerable esfuerzo de imaginación. El difunto faraón había poseído muchos atributos excelentes, pero el de llevar a cabo grandes hazañas no figuraba entre ellos. La puntuación era: Número de enemigos convertido en polvo bajo las ruedas de su carro = 0. Número de tronos aplastados bajo sus divinas sandalias = 0. Número de veces en que sus piernas de coloso habían abarcado el mundo = 0. Por otra parte: Reinados de terror = 0. Número de veces que las sandalias del enemigo habían aplastado el trono del Viejo Reino = 0. Rostros de pobres pisoteados = 0. Número de cruzadas ruinosas emprendidas = 0. En definitiva, podía decirse que su vida había sido un empate a cero. [↑](#footnote-ref-18)
19. Nunca confíes en una especie que sonríe todo el tiempo. Está tramando algo. [↑](#footnote-ref-19)
20. El matemático más prodigioso que ha dado la especie de los camellos a lo largo de toda su historia. Inventó una matemática del espacio octadimensional mientras estaba acostado con las fosas nasales contraídas para que no le entraran los granos de arena durante una violenta tempestad del desierto. [↑](#footnote-ref-20)
21. Que se obtiene destilando los testículos de una especie de oso arborícola muy pequeño, combinando el extracto con vómito de ballena y añadiendo un puñado de pétalos de rosa a la mezcla. Es bastante probable que saberlo no hubiese ayudado mucho a Teppic, y quizá incluso habría hecho que se sintiera todavía más afectado por el perfume. [↑](#footnote-ref-21)
22. La traducción es aproximada, naturalmente, dado que el idioma de Ptaclusp no poseía ningún vocablo cuyo significado fuera equivalente al de las palabras «hielo», «parabrisas» o «habitación de motel». Pese a ello, no hay que pasar por alto un hecho tan interesante como el de que la traducción literal de Garabato Águila Águila Jarrón Línea ondulada Pato es «prensa para los tubos de tela que cubren las piernas de los bárbaros». [↑](#footnote-ref-22)
23. Para cualquiera que no posea un marco lógico de referencia semejante, el animal más veloz[[32]] del Disco es el Puzuma Ambiguo, una criatura extremadamente neurótica que se mueve tan deprisa que es capaz de alcanzar una velocidad cuasilumínica en el campo mágico del Disco. Esto significa que si puedes ver un puzuma no está allí. La inmensa mayoría de los puzumas machos mueren jóvenes después de haberse destrozado los tobillos corriendo a gran velocidad detrás de hembras que no están allí lo que, naturalmente, les permite alcanzar la masa suicida en concordancia con la teoría de la relatividad. El resto de ellos muere de PIH (Principio de la Incertidumbre de Heisenberg), dado que no tiene forma alguna de saber simultáneamente quiénes son y dónde están. La incertidumbre que ello provoca da como resultado colateral el que un puzuma sólo pueda estar seguro de su identidad cuando se encuentra inmóvil (normalmente encima de los cascotes en que se ha convertido la montaña con la que acaba de chocar a velocidades cuasilumínicas). Se rumorea que el puzuma es de un tamaño aproximado al leopardo y que posee un pelaje a cuadros blancos y negros sin igual entre todos los animales, aunque los escasos especímenes descubiertos hasta el momento por los sabios y filósofos del Mundodisco les han inducido a afirmar que el estado natural del puzuma es ser tan delgado como una alfombrilla de baño y estar muerto. [↑](#footnote-ref-23)
24. El papel de los oyentes nunca ha sido apreciado como se merece, a pesar de que es un hecho ampliamente conocido que la mayoría de las personas nunca escuchan a los demás. Lo habitual es utilizar el tiempo en que el otro habla para pensar en lo que dirás a continuación. Las culturas orales siempre han reverenciado a los escasísimos Oyentes natos y los han considerado como un auténtico tesoro nacional. Los bardos y los poetas proliferan como hongos, pero un buen Oyente es muy difícil de encontrar e incluso en el caso de que consigas encontrar uno hay muchas posibilidades de que no vuelvas a verle el pelo en toda tu vida. [↑](#footnote-ref-24)
25. Estaba equivocado. La naturaleza aborrece las anormalidades dimensionales y hace todo lo posible para sellarlas y esconderlas allí donde no puedan poner nerviosa a la gente. De hecho, la naturaleza aborrece un montón de cosas, incluidos los vacíos, los barcos llamados Marie Celeste y esas llavecitas prácticamente imposibles de manejar que sirven para cambiar las barrenas de los taladros eléctricos. [↑](#footnote-ref-25)
26. Por lo que en lenguaje colonial era conocido como la chabola del Genio. [↑](#footnote-ref-26)
27. Sí, ésta a la que no hay forma de llegar con la paja. [↑](#footnote-ref-27)
28. Pero no inmediatamente, claro está, pues los mensajes cambian al ser repetidos y algunos antepasados tenían ciertas dificultades para vocalizar y otros estaban intentando ayudar lo más posible y colaboraban añadiendo lo qué creían que eran palabras perdidas a lo largo de la cadena. Originalmente el mensaje recibido por Teppicamón empezaba así: «La tía estaba esposada a la cama y tenía sed.» [↑](#footnote-ref-28)
29. Una cultura menos reseca habría utilizado las palabras «un mar». [↑](#footnote-ref-29)